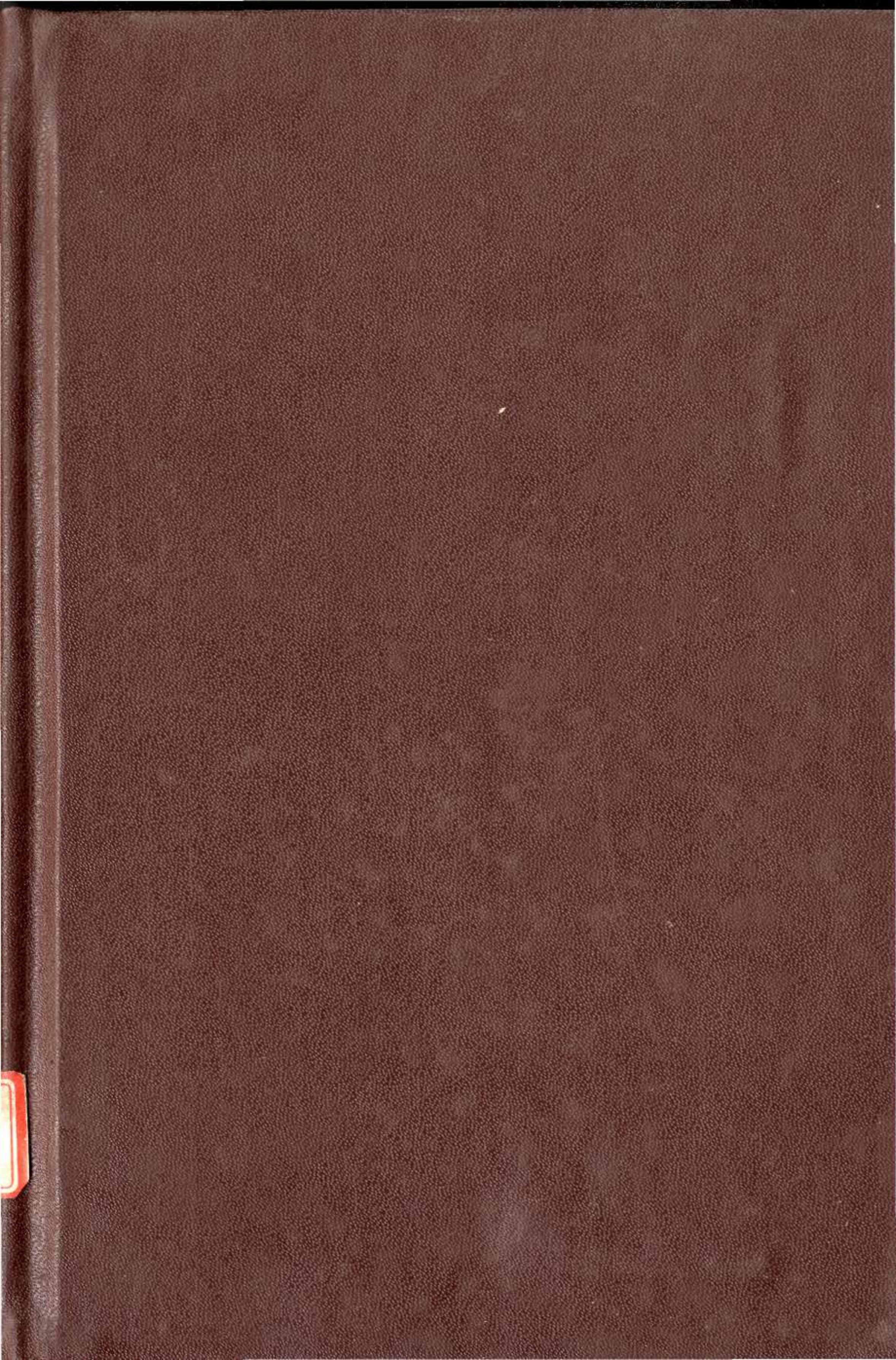


3⁰⁰

LA *figura del General Manuel Piedra Martel ha operado el conjuro de hacer brillar la cruz de la pluma y la espada. Con ésta, como Ayudante del Lugarteniente General Antonio Maceo, defendió la independencia de su patria; con la pluma, en nueva ofrenda a la Historia de Cuba, publica ahora su segundo libro que en el campo literario ha de acrecentar su prestigio como escritor, cimentado ya sobre base firme con su producción anterior: "Mis primeros treinta años" que hubo de obtener acogida tan amplia como merecida.*

"Campañas de Maceo en la última Guerra de Independencia" *no sólo es libro de valores históricos y de exaltación del bravo guerrero, sino también el aporte magnífico de lo vivido al conocimiento de los cubanos, cronológicamente expuesto, para que las hazañas de quien inmortalizó su nombre en admirable gesta merezcan permanentemente el homenaje de admiración y respeto de cuantos, gracias a él, disfrutan de la libertad en su patria.*

ALCANZARON *las hazañas guerreras de Antonio Maceo tal ámbito de plenitud y gloria que la literatura histórica que las narra y exalta tiene siempre el sentido de lo singular y trascendente.*

El General Manuel Piedra Martel, en ésta su nueva obra, escrita con la emoción del recuerdo y con la brillantez de su talento, rinde un nuevo homenaje a quien como Maceo fué, es y será el símbolo de la gallardía, de la abnegación y del sacrificio.

Coincidente la aparición de este segundo libro del General Piedra con la efemérides del quincuagésimo aniversario de la batalla de San Pedro, en la que sucumbió el héroe, habrá de quedar conmemorada la fecha histórica con el mejor homenaje que es dable tributar a las grandes figuras: el de la perpetuación de sus glorias para ejemplo y guía de las generaciones que han de seguir la ruta que aquéllas marcaron con su virtud.

...s de Maceo
...ra de Indep...

Impreso en Cuba
Printed in Cuba

EDITORIAL LEX.—LA HABANA

General Manuel Piedra Martel
Coronel del Ejército Libertador. Ayudante de Campo que fué del Lugarteniente General Antonio Maceo. Académico Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba.

Campañas de Maceo

en la última Guerra de Independencia

✪





EDITORIAL LEX
LA HABANA
1946

Comprado a: "Lib. Raigor"

Precio: $ 3.00 B.P. no 7032 - 77-80 ★ 96

V02

Fecha: Oct 23/61

0 | L

a. 0543
pre
e

Impreso en los Talleres Tipográficos de Editorial LEX.—Habana, 412.—La Habana.

Preámbulo

Próximo a cumplirse el quincuagésimo aniversario del combate de San Pedro, en el que sucumbió el Mayor General, Lugarteniente del Ejército Libertador de Cuba, Antonio Maceo y Grajales, me propongo hacer, en homenaje de recordación de aquel excelso caudillo, un resumen, más o menos completo y circunstanciado, de sus campañas durante nuestra última guerra de Independencia. Dichas campañas abarcan un lapso de tiempo de un año y nueve meses, a partir del día primero de abril de 1895, en que, procedente del extranjero, en unión de veintidós expedicionarios más, desembarcó de un pequeño buque de velas en la playa de Duaba, a seis kilómetros de la ciudad de Baracoa, en Oriente, hasta el 7 de diciembre de 1896, en que, después de recorrer con el lábaro de la redención triunfante todo el territorio de la Isla esclavizada, y como el sol, que antes de desaparecer entre las sombras del ocaso y cederle su reino a la noche, inunda la tierra de luz y de vivificante calor, se sumió entre resplandores de gloria en el seno insondable de la muerte.

Muchas de las acciones de guerra por él libradas y otras operaciones militares que cito aquí, las he referido ya en otro libro de reciente publicación, titulado ''Mis primeros treinta años''. *Al reproducirlas ahora, lo hago con el fin, bien comprensible, creo yo, de que no queden como eslabones desprendidos de la cadena de los acontecimientos, y trunca como consecuencia la relación histórica de los mismos, para quienes no hayan leído mi mencionado libro, o no lo conozcan en su totalidad por lecturas anteriores a la mía; pero al reeditarlos, procuro eliminarme —en lo posible— de las escenas en que en los mismos aparezco.* ''Mis primeros treinta años'' *es la exposición personal de un período de mi vida que incluye los gloriosos días en que, soldado improvisado por un noble ideal, combatí en defensa de los derechos patrios. Es pues, el precitado libro una autobiografía en la que, naturalmente, me presento como actor. Ahora hablo como autor.*

La razón por la que en "Mis primeros treinta años" *no está comprendida toda la actuación militar de Maceo en la guerra del 95, huelga, me parece, tener que explicarla: no tomé parte en toda ella, ni fuí, por consiguiente, testigo ocular de gran número de sus incidentes. Mas a nadie habrá de extrañar el conocimiento que no obstante tengo de los mismos, si se tiene en cuenta mi condición de Ayudante de Campo de aquel gran jefe; cargo que me imponía el deber de hallarme siempre a su lado, cuando alguno de los múltiples azares de la guerra no me compelía a separarme de él, y me proporcionaba el codiciado honor de vivir en su propio Cuartel General. Esta situación privilegiada me permitía informarme, casi al punto y por referencias, de cualquier acontecimiento relacionado con la guerra que se hubiese desarrollado durante el tiempo que durara mi ausencias oyéndoselos contar a mis compañeros del Estado Mayor bajo la improvisada tienda en los fugaces momentos de inactividad o descanso, o escuchándolos en los sencillos y pintorescos comentario de los soldados, cuando, conservando todavía en la imaginación las trágicas peripecias de un combate, se reunían a charlar al amor de la lumbre de los vivaques; o conversando con mis camaradas heridos durante los largos y tediosos días pasados en los internados y ocultos hospitales. Corrigiendo y enmendado, más que con pericia o idoneidad militar, con intuición y lógica, aquellas versiones que me parecían carecer de un común sentido táctico, las fuí anotando en mi diario.*

Mas este diario —ya lo he consignado en mi reptido libro "Mis primeros treinta años"*— se me perdió, cuando por heberme matado una bala el caballo que montaba, hube de quedarme a pie en el combate de San Pedro. Ahora he de atenerme a la sola evocación de mis recuerdos. Mi memoria me había sido siempre fiel, pero ya estoy viejo y me voy tornando olvidadizo. A los setenta y ocho años que cuento de edad, es muy frecuente el caso de que la vitalidad mental de un hombre, señaladamente en lo que atañe a la capacidad para recordar, se encuentre, cundo no agotada en absoluto, sí en avanzado proceso de periclatación y decadencia. Por otra parte, nos encontramos que ya a medio siglo de aquellos sucesos, y a tal lejanía en el tiempo es difícil retener todos los aspectos y todos los detalles de un tan accidentado panorama histórico. Para reconstruirlo sin incurrir en posibles anacronismos y errores topográficos, y recelando que se hayan podido desvanecer o debilitar fundamentalmente en*

mi mente las impresiones en ella recibidas por los relatos de aquellos hechos que no presencié; desconfiando de que al cabo de tantos años transcurridos se conserve aún incólume mi capacidad evocativa, antes de comenzar este trabajo y a manera de ayuda mnemotécnica, he leído cuanto hasta el presente se ha publicado respecto a la vida militar de Maceo. Con el examen y cotejo de tales escritos, particularmente con lo consignado por el General Miró en su libro "Crónicas de la Guerra de Cuba", *creo haber podido fijar con exactitud fechas, escenas y escenarios.*

•

Expresado lo que antecede, se puede muy bien colegir que nada nuevo ni esencialmente distinto de lo que ya se ha escrito sobre tan interesante tema, he de decir yo en este libro. Pero los mismos hechos se pueden relatar de diferentes maneras, con tal de no alterarlos ni modificarlos: Clío, cuando es musa de la poesía épica, puede permitirse ciertas fantasías; pero cuando es musa de la historia ha de ser austera. El relato, pues, carecerá de originalidad, podrá ser una redundancia. Pero vibran en mi mente con tanta insistencia, con tal poder de sugestión, las remembranzas de los grandes días de Peralejo, Sao del Indio, la Invasión y la campaña de Pinar del Río; se presenta con tal frecuencia y con rasgos tan definidos a mi imaginación la figura de aquel coloso de las batallas que se llamó Antonio Maceo; me siento tan orgulloso de su condición de cubano, que deseoso de que se graben en el corazón de cada uno de mis compatriotas, ta hondamente como lo están en el mío, sus geniales y portentosas hazañas, ahora que va a cumplirse un aniversario más de su muerte heroica y ejemplar, no puedo sustraerme a la idea subyugadora de hacer por mí mismo una nueva narración de ellas.

Fué Antonio Maceo la culminación del heroísmo y de las virtudes militares cubanas en la lucha por la independencia nacional. Lucha sin paralelo en ningún otro pueblo y en ningún otro momento de la historia, en la que un puñado de patriotas, inermes unos e imperfectamente armados los demás; sin un hábito tradicional de disciplina y de organización castrense; compuesto de soldados voluntarios salidos de los ingenios y estancias de labor unos y de los talleres otros, que jamás habían manejado un fusil, se enfrentó a un ejército formidable por su número y armamento, y por una reputación guerrera adquirida en cien

campos de batalla europeos, venciéndolo en una multitud de choques parciales y en el resultado final de la contienda.

Fué Antonio Maceo el genio de la invasión, de aquella marcha militar, quizás la más notable de todos los siglos, por su extensión de 424 leguas de un territorio estrecho y abierto, defendido por poblaciones fortificadas y más de sesenta mil soldados en operaciones, que emprendió en el centro de la provincia más oriental con menos de mil quinientos hombres, y de victoria en victoria, sintiendo al león español rugir de impotente cólera bajo los cascos de su caballo, la finalizó, cuando ya no hubo tierras que invadir, en la más occidental de las provincias. No, no sobra este nuevo relato de sus proezas. El conocimiento de un ejemplo que nos enaltece debe ser bien difundido. Y las geniales empresas realizadas por Maceo, constituyen un blasón que los cubanos, por lo exclusivo y por lo honroso del mismo, debemos siempre recordar. Y la conducta abnegada de aquellos otros patriotas que perecieron o combatieron, por darnos los derechos políticos que disfrutamos, debe ser también conocida, reverenciada y emulada por los cubanos actuales y por los que han de venir. No, no sobra este nuevo relato. Fué la de nuestra gesta libertadora una época gloriosa, y un pasado glorioso es en el recuerdo de los hombres, un surtidor de energías espirituales, que conforta el ánimo, lo vigoriza y lo hace apto para afrontar con entereza las adversidades y reveses del presente. Su evocación estimula en todo pecho viril el entusiasmo y el afán de la emulación; robustece —por el antecedente probatorio de la posesión de excepcionales cualidades— la confianza del pueblo en su perdurabilidad y en su suerte futura como nación, e incita a todas las clases sociales a la cohesión en el vínculo común de la patria.

La rememoración de los grandes hechos que hemos realizado en el pretérito nos induce a imitarlos en la actualidad, y nos prepara para la realización de iguales esfuerzos e idénticos sacrificios —sin son necesarios— para conservar incólume y sin menoscabo los postulados de dignidad y decoro patrios que como legados de anteriores generaciones hemos recibido.

Pienso que en todo momento y en cualquiera circunstancia, conviene que se les recuerde a los pueblos, que no siempre fueron libres, los trabajos y las vicisitudes que hubieron de podecer sus mayores para librarlos de la tiranía y de la opresión. En este caso se encuentra Cuba. El pueblo cubano, de origen y forma-

ción colonial es, incorporado hace ya casi medio siglo al proceso de los pueblos de propia personalidad jurídica, después de trescientos años de dominación española, durante cuyo tiempo vivió en minoría de edad, sin intervención en sus más vitales intereses, parece, a juzgar por la frivolidad y la desaprensión con que contempla el uso que de sus poderes hacen sus gobernantes, no haber completado aún la transición del colono al ciudadano, ni haberse dado cuenta de los deberes y responsabilidades que trae aparejados el ejercicio de la soberanía. El símil más apropiado que a este respecto se pudiera establecer, sería el de un rico heredero que, por librarse de preocupaciones, jamás, incauto, le exigiera cuenta a un tutor, el cual maliciosa y pérfidamente estimulara en él la propensión al ocio, a la molicie y a la prodigalidad, con el propósito de defraudarlo.

●

Hasta qué punto carece todavía nuestro pueblo de conciencia nacional se evidencia en la finalidad puramente utilitaria y simonista con que, por lo menos una parte importante del cuerpo electoral, confiere su voto sin discriminación en los comicios a cualquier candidato que le ofrezca insertarlo en la nómina del Estado. De ahí las promociones y remociones que siguen a todo período eleccionario, que han hecho de Cuba un país de cesantes.

Fué esta isla, como es sabido, la última de las posesiones que constituían el imperio colonial de España en América que se emancipó de la madre patria, unida a la cual y devotamente sumisa vivió desde los primeros días de la colonización hasta fines del siglo XIX; pues que si es verdad que a partir de las insurrecciones, o más adelante aún, a partir de la independencia de las otras colonias del Continente, se manifestó en el País cierto dscontento, ello fué solamente entre muy reducido grupo de sus naturales, y los movimientos revolucionarios que entonces tuvieron lugar carecieron de importancia, pese a que algunos historiadores quieran ver en ellos la tendencia separatista ya definida. Un espíritu nacional de independencia nunca estuvo bien desarrollado en Cuba. No lo estaba en 1868, tampoco en 1895. La guerra del 68 la sostuvo una minoría heroica, que se batió por espacio de diez años ante la indiferencia —quizá ante la reprobación— de una inmensa mayoría, e igual ocurrió en la del 95, que culminó en la intervención militar de los Estados Unidos y el desastre de España. En ambas contiendas fué mayor el nú-

mero de hijos de Cuba que defendió con las armas la soberanía de España que el de los que la combatieron.

Entiendo que cuando se trata de una guerra civil como fueron las nuestras, no se justifica el empleo de la palabra "traición", porque ambos opuestos bandos pueden creer sinceramente que la causa que defienden es la legítima. Y después de tan largo tiempo como ha transcurrido de aquellas luchas, borrado, junto con el enconamiento de la pelea, la diferencia de ideales que nos separaban, bien pudiéramos justificar el españolismo de aquellos cubanos guerrilleros, si no hubiesen sido a la par que mercenarios y poco gallardos en el combate, tan crueles y sanguinarios con las gentes campesinas pacíficas e indefensas.

No creo incurrir en un error histórico al afirmar que Cuba fué durante todo el tiempo que duró la dominación española un verdadero y bienavenido pueblo colonial español; que se mantuvo adicto a su metrópoli —fuera por convicción, fuera por falta de otra más elevada aspiración— tanto en sus momentos de fortuna y esplendor, como en sus momentos de adversidad y oscurecimiento. De este sentimiento le dió elocuente testimonio en múltiples ocasiones, pese a los desdenes, injusticias y atropellos de ella recibidos a partir del primer cuatro del siglo XIX, que marcó el principio y el fin de su jurisdicción periférica de América. Cierto es que ya desde principios del referido siglo, bajo el cetro de Carlos IV y la perniciosa influencia de su favorito Manuel Godoy, el procedimiento del gobierno metropolitano, de los Capitanes Generales y de los españoles residentes había cambiado la política de compenetración y de igualdad con los hijos del país, que había prevalecido durante los tres siglos anteriores, particularmente a partir del año 1763 en que los ingleses devolvieron a España La Habana que habían tomado el año anterior, trocándola por la Florida. Este acontecimiento señaló un período de la historia, durante el cual Cuba recibía el mismo trato que las provincias españolas de Europa, y los cubanos tenían iguales oportunidades que los españoles a participar en la economía ,entonces muy desarrollada en la Isla) y hasta, en ciertos casos, a ser atendidos en los negocios públicos que les afectaran. Mas a esta situación se había sustituído otra muy distinta de despotismo y usurpaciones por parte de los gobernantes coloniales enviados aquí a hacer su propia fortuna y la de sus protectores de la metrópoli, y de favoritismo y exclusivismo en obsequio del peninsular inmigrante. Surgieron entonces el des-

contento y las quejas de aquellos criollos que a título de ricos y de intelectuales habían disfrutado de una condición privilegiada que los igualaba en jerarquía a los españoles más distinguidos en la colonia. Pero estos descontentos y estas quejas llevaban el acento de fidelidad a la nación soberana.

Quizás si también se marcó alguna división entre españoles peninsulares y canarios e hijos del país, con motivo de las propagandas que hacían en la Isla allá por el año 1822 los agentes secretos de Bolívar y de Iturbide a favor de la independencia cubana.

Por otra parte había en aquella época cierto resquemor o rivalidad puramente provincianos entre ellos. Al español de Europa y al de Canarias, añorando sus países distantes se les antojaba ver en ellos superioridad a todo lo que veían aquí, cosa que irritaba el patriotismo meramente contemplativo del criollo.

Yo me inclino a creer que comenzada la colonización de Cuba en el siglo XVI, durante el cual España, victoriosa en una multitud de guerras europeas, llegó a ser la nación más fuerte y respetable del mundo, el colono nativo hijo de español se sintió honrado y orgulloso bajo la bandera afamada e invicta de su padre. Se podrá argüir contra esta tésis que, colonizados en la misma época también por españoles los países que constituyeron sus demás posesiones en el mundo descubierto por Colón, podrían haber tenido iguales razones para mantener la unidad nacional con España, y no obstante se independizaron de ella casi tres cuartos de siglo antes que Cuba. Esto puede ser atribuído, bien a que, en contacto más directo con la Europa de aquel tiempo, las repercusiones de la Revolución Francesa proclamando los derechos del hombre y de los pueblos, se dejaron sentir en ellos antes que en nosotros, agitando en sus espíritus el ansia de libertad y de autodeterminación; o bien a que alarmada la metrópoli por las nuevas ideas político-sociales que iban prendiendo en la mente de las colectividades tradicionalmente sujetas al absolutismo monárquico, y queriéndolas sustraer a la seducción de las mismas, empleara con tal fin medidas coercitivas de prevención, que haciéndose ya insoportables cuando la evicción y encarcelamiento del rey Fernando VII por Napoleón, le enajenaron al fin todo el afecto adhesivo que en otro tiempo le tuvieran, lanzándolas por el camino de la insurrección al separatismo.

La independencia de aquellas colonias continentales, si afectaron las relaciones de cordial y mansa devoción del colono cu-

bano con la madre patria, no lo fué tanto como para temerse que se dispusiera éste a seguir el ejemplo de las mismas. Sin embargo, fué a partir de aquellos acontecimientos que comenzaron para nosotros los aciagos días del despotismo esjañol.

•

Al comienzo del año de 1825 fué establecida en Cuba la llamada Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, encargada de juzgar los delitos de "infidencia" y los crímenes ordinarios en despoblado; y poco después y en el mismo año, una real orden confería al Capitán General, gobernador de la colonia, las facultades excepcionales de un jefe militar al mando de una plaza sitiada; medida ésta que nos despojaba del amparo de las leyes civiles y nos sometía de hecho a la omnímoda voluntad de un soldado, en ocasiones inculto y tirano en ocasiones.

En 1837, el Congreso Español se negó a aplicarle a Cuba la misma Constitución que regía para las demás provincias del Reino, e impidió que tomaran posesión de sus cargos los diputados cubanos elegidos de acuerdo con la misma Constitución, privándonos así de la condición de ciudadanos españoles. El descontento producido por tan ofensivo proceder, se manifestó por algunas conspiraciones e intentos de rebelión aislados y sin consecuencia, a los que la masa del pueblo se mostró indiferente. Los más serios de aquellos intentos revolucionarios fueron los realizados por Narciso López, primero en Cárdenas en 1850, y después en Playitas en 1851. En ambas ocasiones sus tropas, con muy raras excepciones, se componían de extranjeros. Los cubanos no secundaron estos movimientos.

En 1861, patrocinado por un grupo de cubanos esclarecidos, surgió el llamado movimiento reformista que duró hasta 1867 y dió ocasión al real decreto del 25 de noviembre de 1865 constituyendo en Madrid una "Junta de Información" para oir las aspiraciones cubanas bajo la soberanía de España. Representando al partido de las "Reformas" fueron a la capital de la metrópoli sus hombres más conspicuos. Estos abogaron, entre otras mejoras, por la abolición de la esclavitud, la inmigración blanca, la supresión de las aduanas, el establecimiento de un impuesto directo en sustitución de todos los otros que eran en tan gran número como onerosos y un régimen de gobierno más descentralizado y liberal para el país, y, naturalmente, el cese del estado de excepción en que se encontraba la Isla desde 1825. El gobierno de

Madrid no atendió ninguna de estas recomendaciones, porque si es verdad que estableció el impuesto directo, dejó vigente, como una burla, la mayoría de aquellos cuya supresión se había solicitado. Fué ésta una nueva decepción que hubieron de sufrir aquellos hombres que, sin ideas separatistas, buscaban justicia, progreso y libertad para su patria bajo el pabellón de España, que secularmente los venía cobijando; pero este descontento tampoco trascendió al pueblo, quiero decir a las masas populares.

Yo sé que estoy emitiendo un juicio que está en oposición con aquellos que afirman que el sentimiento de la independencia del pueblo cubano data del primer cuarto del siglo XIX. Convengo desde luego que desde entonces, y alentados por el ejemplo de las revoluciones en el Continente, siempre hubo en Cuba hombres de anhelos separatistas, y que algunos de ellos sacrificaron sus vidas a este ideal. Pero fueron en número reducido, al que no se le podría atribuir razonadamente la representación del país. Este, lo repito, se mantuvo siempre incondicionalmente español; o más propiamente dicho, colono español,. La causa de ésta su condición psicológica, tal vez se podría descubrir —ya lo he apuntado antes— en su formación primitiva y fundamental; en las circunstancias en que en el período de su colonización se encontraba la metrópoli, y en la duración de su eseado colonial. Cuba, habiendo sido la última de las posesiones que constituyeron el imperio colonial español en América en declararse independiente, había sido también una de las primeras en ser colonizada; y lo fué en una época en que el nombre español significaba un timbre de orgullo para todo aquel que lo llevara.

Cuando Diego Velázquez vino a colonizar la Isla, en 1512, hacía nada más que veinte años que los Reyes Católicos habían completado la reconquista de España con la toma de Granada, y su arribo coincidió con la conquista de Navarra por el mismo Rey Católico, con cuya campaña, y la de la conquista de Orán por Cisners y Pedro Navarro, tres años antes, se abre aquel capítulo de victoriosas guerras, de cien años de duración, que en esplendorosa ascensión elevó a España en rango y poder sobre todas las potencias de Europa. Paralelamente al engrandecimiento de España en el Antiguo Continente, debido a los triunfos de sus armas invencibles, se realizaban en el Continente Americano las portentosas hazañas de las conquistas de México y del Perú, etc., etc., e iba creciendo con la afluencia de inmigrantes peninsulares, el número de sus descendientes nativos y arraigándose

en éstos más y más profundamente el amor y la admiración a la nación progenitora que tantos prestigios sobre ellos reflejaba. Después, es cierto, llegó para España el momento adverso con el siglo XVII, que muchos llaman el siglo de la decadencia española, y que a mí me parece más adecuado llamarle el siglo de la decadencia militar española perque, en otros aspectos, particularmente en las letras y en las artes, nunca antes habían brillado con tanto y con tan propio esplendor. Así, a la pléyade heróica, había sustituído la pléyade artístico-literaria, y los colonos cubanos, al dejar de oir pronunciar los nombres gloriosos de Fernando de Córdoba (el Gran Capitán), de Pedro Navarro, de Cisneros, de Paredes, de Leiva, de Alarcón, de Pescara, de Urbina, de Vasto, etc., etc., de los reinados de Carlos V y de Felipe II, escuchaban los de otro modo igualmente gloriosos, de Cervantes, de Lope, de Calderón; y de Velázquez, de Murillo y del Greco, cuyas obras figuran hasta el día de hoy en las bibliotecas públicas y pinacotecas de las ciudades más cultas.

Mas, no por perdidas para España las adquisiciones por ella hechas en Italia, en Holanda y en Francia, durante el siglo XVI, cesó el ruido de sus armas un solo momento; ruido escuchado con entusiasmo en su colonia de Cuba, para la cual la metrópoli seguía siendo la misma de "Los Tercios de Flandes". Su participación en la guerra de los treinta años bajo Felipe IV, último rey español desde la dinastía de los Austrias en el siglo XVII, así parecía confirmarlo. Y así parecía también probarlo la guerra llamada de la Sucesión Española, promovida a causa de la ascensión al solio español de Felipe V, de la dinastía borbónica: guerra que España y Francia, agotadas ambas, la primera por las guerras sostenidas durante el reinado de Carlos V y Felipe II, y la otra por las libradas bajo Luis XIV, hubieron de mantener por espacio de nueve años contra casi toda la Europa coaligada, inclusive Inglaterra, y que terminó por el tratado de Utrecht. En ella la suerte de las armas favoreció tan pronto a un bando como otro. Pero las victorias de Brihuega y Villaviciosa (9 y 10 de diciembre de 1710), que permitieron al fin al biznieto de Luis XIV ceñir en sus sienes la corona de Fernando e Isabel, debieron haber hecho vibrar de entusiasmo a la españolísima población de Cuba.

En la segunda mitad del siglo XVIII, España como otras naciones de Europa, se vió envuelta en la guerra llamada de Siete Años (1756-1763), originada en la invasión de la Silesia, uno de

los Estados de María Teresa de Austria, por Federico II de Prusia, en diciembre de 1740. Y el "Pacto de Familia" (1761), firmado con Francia por Carlos III, hijo de Felipe V, que Inglaterra consideró contrario a sus intereses, provocó la guerra entre esta nación y España. Una de las consecuencias de esta guerra fué la toma de La Habana por los ingleses al mando del Conde de Albemarle, cuya escuadra se presentó a la vista de la plaza el 6 de junio de 1762. En la defensa de la misma fueron las milicias criollas del Coronel José Luis Aguiar, y la del Alcalde de Guanabacoa, José Antonio Gómez, (Pepe Antonio) las que más se distinguieron.

La dinastía de los Borbones españoles estaba destinada por una ley de la fatalidad, a arruinar a España en Europa, y a presidir la disolución de su imperio colonial en América. A fines de aquel mismo siglo, en 1796, ocupando el solio español Carlos IV fué firmado entre su gobierno y el Directorio Nacional Francés, un tratado de alianza, y en virtud del mismo, en 1807, Napoleón, hecho Emperador de los franceses tres años antes, hizo entrar un fuerte ejército en España. El pretexto confesado para ello, era ocupar Portugal para obligarlo a cerrar sus puertos al comercio de Inglaterra, con la cual estaba en guerra; pero el objeto verdadero era paoderarse de la península Ibérica y uncirla a su carro imperial. Eefectivamente, en 1808, destronó a Carlos IV, secuestró al Príncipe de Asturias, Fernando de Borbón, y el 15 de junio del mismo año colocó en las sienes de su hermano José la corona española. Fueron esta taimada invasión del suelo de España y la usurpación de su real corona lo que dió lugar a la guerra llamada de la "Independencia Española", que me parece más propio llamarle guerra de liberación nacional, ya que España no era una posesión ni una colonia de Francia, sino un Estado soberano.

Durante el reinado de José Bonaparte, agentes de Napoleón recorrieron las colonias españolas de América, recabando el reconocimiento de su hermano como rey legítimo de España, sin lograr su propósito en ninguna de ellas. En cuanto a Cuba, inmediatamente de conocer aquellos acontecimientos proclamó su adhesión a sus antiguos soberanos y a la nación española. Las torpes medidas que la desconfianza hacia sus colonias inpiraron a los políticos de Madrid, dieron a éstas fundados motivos para insurreccionarse y hacerse independientes. Pero, lo repito, la se-

paración de dichas colonias en nada, o en muy poco, amenguó la fidelidad que el cubano tenía a su antigua metrópoli.

Terminada la guerra de los diez años con la capitulación, por falta del concurso de las masas populares, como antes se ha dicho, del bando separatista, nació el partido llamado "Liberal Cubano" primeramente, y más tarde "Autonomista", que llenó el período de diez y siete años que medió entre aquella contienda y la del 95. El partido "Autonomista", como su nombre lo indica, postulaba un gobierno formado por hijos del país dentro de la unidad española. Tal vez fué su doctrina la que más adeptos tuvo en nuestro pueblo. Y si los gobernantes metropolitanos, con más clara visión de la tempestad que iba obscureciendo el horizonte hacia el septentrión, la hubieran aceptado, quizás por cuánto tiempo más se hubiese prolongado el dominio de España sobre la Isla, y cuátnos infortunios se habría evitado y nos habría evitado a nosotros. Cuba era ya un pueblo preparado para regirse en forma autonómica, y contaba con estadistas de tanta talla como los de la metrópoli. Pero aquellos señores de allá, durmiendo el sueño del historicismo, soñaban con el tiempo de de la conquista. De este sueño los despertaron las descargas de los fusiles de Maceo en Peralejo, las clarinadas de la Invasión y los cañonazos de la escuadra americana de Sampson en aguas de Santiago de Cuba.

En conciencias donde, como la del pueblo cubano, el espíritu colonial había penetrado hasta una profundidad de cuatro siglos, la República, por la única virtud de ser proclamada y establecida, no era de esperar que obrara de inmediato la radical mutación requerida para el ejercicio de la ciudadanía.

El proceso evolutivo de las ideas, así como el de las costumbres, está en relación directa con la mayor o menor eficiencia de los métodos de ilustración empleados por los mentores de una sociedad. Es necesario darle a nuestro pueblo otra dirección espiritual, sin que hayamos de renegar de nuestro abolengo hispano, ni maldecir de España, pues sería odioso dirigirle injurias en su misma lengua a la nación cuyo genio y cuya civilización hemos heredado; en la misma lengua en que hemos aprendido a pronunciar el nombre dulce de madre y el sacratísimo de Dios; y sin que ello signifique que hemos de quemar los viejos textos de una historia que por tanto tiempo fué también la nuestra, darle a leer nuevos textos de historia cubana, de historia patria. Es necesario hablarle mucho de nuestras epopeyas, de nuestra

génesis nacional; hay que hacerle tender la vista con frecuencia sobre la escabrosa y larga senda, jalonada de sangre y de cadáveres, que valientes y estóicos recorrieron otros cubanos en el pasado, hasta alcanzar la meta de sus ideales aspiraciones, y levantar, sobre los muros ya carcomidos de la colonia, la eurítmica arquitectura de la República. Hay que enseñarle al pueblo a amar y a reverenciar la memoria de sus héroes. Los pueblos que rinden culto a sus héroes, son pueblos imperecederos, llamados a sobrevivir a través de todas las vicisitudes que le reserve el porvenir, y si sucumben dejarán como las han dejado Grecia y Roma, las huellas visibles de sus pasos en el camino de la historia.

•

Cuando Antonio Maceo asumió el mando de las tropas orientales en el primer destacamento encontrado después de su desembarco en la playa de Duaba, era Mayor General. Tal rango, el más elevado de la milicia cubana, lo había adquirido en la guerra anterior, en la que figuró de manera principal —señero al final de la contienda. Incorporado como simple recluta a una de aquellas partidas todavía inconexas y anónimas que surgieron en los primeros momentos, en distintos puntos de la región oriental, al grito de Indepedncia dado por Carlos Manuel de Céspedes el día 10 de Octubre en La Demajagua, hizo sus primeras armas a las pocas horas de su ingreso (25 de Octubre de 1868) en el pueblo de Ti-Arriba. Por su notable comportamiento en aquella acción, fué promovido a sargento. En lo sucesivo y en el curso de nueve años y cuatro meses, a contar de la fecha en que estalló la guerra, hasta la capitulación del diez de febrero de 1878, seguirá distinguiéndose, no ya tan sólo por su insólita bravura, sino, y muy particularmente, por su talento táctico, su don de mando, y su espíritu de orden y de organizador. Soldado raso a los 23 años de edad, era Mayor General a los 32. Había tomado parte en varios cientos de acciones de armas, muchas de las mismas dirigidas por él en persona como jefe, y en las que fué herido veintidós veces, y al comenzar el año de 1878 estaba considerado como la primera espada del ejército. Pero la causa de la independencia estaba ya envuelta en sombras crepusculares, y la aurora de aquel año marcó su ocaso.

La revolución, carente desde largo tiempo atrás de recursos del interior y del exterior; minada en su moral por mezquinos intereses regionales y de banderías; por envidias e impacientes

y viles y bastardas ambiciones, y seducida por el espejismo de generosa paz que producía la política de atracción y de promesas del General y Pacificador Martínez Campos, fué a caer, escindida, mutilada, exangüe, y al cabo defraudada en el Zanjón, donde quedaron sepultados diez años de nobles sacrificios.

Maceo no se había inmiscuído en aquellas disenciones intestinas. Había permanecido ajeno a todos los enredos de partido y de regiones, que a tal abismo habían conducido a aquella revolución, cuyas armas en un tiempo victoriosas, estuvieron a punto de acabar con la dominación de España. Y creyendo todavía posible una reacción del patriotismo cubano, rehusó adherirse a aquel titulado convenio, que para el bando separatista no significaba más que una incondicional deposición de armas, en cuyas estipulaciones quedaba implícitamente consagrada, sin una sola concesión de derechos políticos ni administrativos a la Isla, la secular soberanía de España. Pues que si en el mismo fué ofrecida alguna medida descentralizadora del poder metropolitano que mejorara, modernizándolo, el estatuto, propio de la época de los Austrias, porque se regía la colonia, el gobierno de Madrid, faltando al compromiso contraído por su plenipotenciario en las negociaciones, dejó incumplida la promesa.

Maceo repudió la capitulación, y al frente de un reducido número de hombres —poco más de un millar— que fieles al credo de la revolución empuñaban aún las armas, continuó luchando; y el día 15 de marzo de 1878, en la dilatada sabana de Baraguá, no lejos de donde corre el límpido y bullicioso Barigua, bajo unos robustos y frondosos mangos que ofrecen al viajero que atraviesa la soleada llanura, la fresca sombra de sus ramajes; en una entrevista de emocionante dramatismo con Mrtínez Campos, protestó solemne y enérgicamente de los acuerdos del Zanjón. Y expirada la tregua de ocho días convenida en la conferencia, se abrieron de nuevo las hostilidades el 23 del referido mes.

Pero la lucha se habría de hacer imposible en corto plazo. Combatiendo en una proporción de uno contra cuarenta o cincuenta, y mal armados, aquel diminuto ejército iba rápidamente desapareciendo bajo las balas enemigas, el martirio del hambre, de las desnudez y de las enfermedades. Nadie venía a cubrir sus bajas, nadie le enviaba un cartucho, ni un pomo de medicina, ni una muda de ropa, ni un par de zapatos, ni una ración de alimentos. Sucumbía solo y abandonado, ante la indiferencia del

pueblo por cuya dignidad peleaba. Y aún era perseguido y acosado por una gran parte de este mismo pueblo, pues veinte mil o veinticinco mil guerrilleros hijos del país, hacían causa común con el ejército español.

Considerando al fin el gobierno provisional, constituído en sustitución del que había capitulado, que la vida de la revolución se aproximaba a su fin, de no inyectársele con urgencia nueva savia con elementos del exterior, resolvió enviar a Maceo a Jamaica y a los Estados Unidos a recabarlos entre los cubanos emigrados a dichos países. Dada la significación de Maceo en el partido separatista y la grande aureola que como militar había alcanzado por sus múltiples y maravillosas victorias, era sin duda la persona más indicada para tal misión. Pero Fernando Figueredo, que fué actor de calidad en el acto de la Protesta, dice en el capítulo consagrado a la Protesta de Baraguá de su libro "La Revolución de Yara", que el gobierno sabía de antemano que nada se podía ya esperar de los cubanos del extranjero, y que la comisión dada a Maceo fué un pretexto delicado que tuvo para alejarlo de Cuba y sustraerlo a los riesgos de una muerte oscura e infecunda, en una guerra sin vislumbres de triunfo, y conservarlo como una esperanza para el porvenir.

•

El día 8 de mayo de 1878, embarcó Maceo rumbo a Jamaica en el buque de la marina de guerra española "Fernando el Católico", puesto caballerosamente a su disposición por su antagonista, el general en jefe del ejército español, Arsenio Martínez Campos.

Tal como lo había previsto el gobierno de la revolución, las gestiones de Maceo con los emigrados cubanos, fueron nulas. Sólo obtuvo en Jamaica, —según dice Enrique Collazo— donde los había ricos, cinco chelines, y siete hombres dispuestos a venir a Cuba a reforzar al ejército libertador. Lo que sí encontró, con prodigalidad, fueron censuras a los hombres que llevaban ya diez años combatiendo y muriendo por la causa común. Y aun hubo de conocer de maliciosas alusiones a la conducta de los mismos: veladas, desde luego, y proferidas a distancia de él, para no exponerse a poner sus fondillos en contacto con los recios y varoniles pies del Guerrero.

Aquellos seres, cobardes unos y egoístas todos, se habían pasado la vida más o menos cómodamente y exenta de peligro, con-

templando desde lejos cómo morían sus compatriotas en la manigua isleña defendiendo el derecho de la patria, que era el derecho de todos sus hijos, sin hacer un solo esfuerzo ni el menor sacrificio para colaborar al éxito. Eso sí, eran, según ellos, buenos patriotas a los que con frecuencia se les oía exclamar: "¡ojalá que ganen los cubanos!", de lo que les vino el gracioso remoquete de ojalateros.

Fallida aquella postrera esperanza (si es que la hubo) en los emigrados, se impuso la deposición de las armas; es decir terminó la guerra. Y al extinguirse entre las cuchillas del Toa el eco de la última descarga, los ojalateros *se dijeron defraudados.*

Durante los diecisiete años que mediaron entre la Protesta de Baraguá y la reanudación de la guerra en 1895, Maceo, peregrino del patriotismo, y llevando en el corazón los dolores todos de su pueblo esclavizado, recorrió una parte del Contiente, postulando en las naciones libres del mismo, adhesiones y aliados para la causa de su liberación. En su odisea estuvo, como el Ulises de Homero, expuesto con frecuencia al peligro de perecer. En muchas celadas tendidas por los mantenedores del poder de España en Cuba, se encontró bajo el puñal de asesinos pagados —"Seides" de los agentes consulares españoles—, y la diplomacia española, invocando la ley de la neutralidad y de las buenas relaciones, presionó en todas partes para obtener su expulsión, a título de súbdito rebelde y conpirador contra la integridad del Reino.

De Jamaica pasó Maceo a New York. En dicha ciudad estadounidense estuvo comprometido, en agosto de 1879, con el general Calixto García Iñiguez, promotor y jefe del movimiento revolucionario conocido por la Guerra Chiquita, a venir a Cuba: se dijo entonces que a última hora el prestigioso jefe holguinero había prescindido de Maceo, sin saberse la causa.

Maceo pasó a Haití en diciembre de aquel mismo año; en enero de 1880 fué a Saint Thomas; en febrero está en Santo Domingo; en julio en Tursk Island; en 1881 y 1884 está en Honduras; en octubre de ese último año está en New York, junto a Martí; en septiembre de 1885 se encuentra en Panamá; en el mismo mes y año va a New York; en enero de 1886 está en Panamá; en julio del mismo año, está en Jamaica; en noviembre está en Panamá; en enero de 1888 se encuntra en el Perú; en enero de 1890, viene a Cuba con amplias garantías y quizás con el beneplácito del general Salamanca, que gobernaba la Isla.

Fallecido a los pocos días dicho General, lo sustituye en el mando Polavieja, quien lo expulsa del país. En septiembre de 1890 vuelve a Jamaica, de donde sigue para New York. Ese mismo mes y año regresa a Jamaica; en febrero de 1891, está en Costa Rica; en febrero de 1892 está en New York; en junio de 1893 está de nuevo en Costa Rica, en cuyo país lo visita Martí, y donde permanece hasta el 25 de marzo de 1895, en que, ya con la espada al cinto, sale para los campos de batalla de Cuba, que poco más de tres lustros atrás, y con el firme propósito de volver abandonara.

En todos los pueblos a cuyas puertas tocara el héreo cubano en su larga peregrinación, se le abrieron cordiales y generosas. En ellos encontró acogida y hospitalidad para su persona, y cálida simpatía y apoyo para la noble causa que representaba, con excepción de Haití, donde su Presidente Salomón, para granjearse el favor de España, y en complicidad con sus agentes consulares, tramó asesinarlo; viéndose Maceo en la necesidad de huir de Port-au-Prince de noche y a caballo para salvar su vida. Pero la historia, para ser justa, deberá excluir al pueblo haitiano, siempre hospitalario y amante de la libertad, del pecado de tan infamante complot. En Haití, tuvieron también Maceo y Cuba entusiastas admiradores y buenos y leales amigos. Pero debemos recordar con gratitud que, en particular, de todos los países visitados por el heróico proscrito, donde mejor acogida recibió, fué en Santo Domingo, en Honduras y en Costa Rica. Cierto que también en Santo Domingo un cónsul español conspiró contra su vida, pero allí encontró el amparo de los poderes públicos: sus sucesivos Presidentes: Luperón, Meriñoy Hereaux, enérgicos y celosos defensores de la soberanía de su patria y de sus derechos de hospitalidad y asilo, rechazaron con dignidad y decoro las pretensiones del gobierno español, que exigía la expulsión de aquel territorio del jefe cubano por tratarse de un revolucionario peligroso para la tranquilidad de la nación española; y protegieron su persona contra las acechanzas criminles de uno de sus agentes. Maceo halló amigos sinceros y generosos en la sociedad y en el pueblo dominicanos, y un espíritu de leal identificación americanista respecto al problema de Cuba en sus clases gobernantes. Este espíritu no ha cambiado ni se ha debilitado nunca allí. Cuando al cabo de diez y siete años, los cubanos reanudamos la guerra de separación, el pueblo dominicano hizo de nuestra causa, causa nacional. Muchos de sus hijos corrieron

desde los primeros momentos a alistarse en el Ejército Libertador, en cuyas filas se hicieron notar por su número, su devoción a nuestra bandera, por su arrojo y sus virtudes militares. Y allá se organizaron a profusión los clubes y se abrieron cuestaciones públicas para recaudar fondos de subsidios a la isla hermana, en lucha por su libertad. Nuestros triunfos eran celebrados con entusiástica alegría como si fuesen triunfos propios, y se lamentaban, con pesar de hermanos, nuestros reveses. La muerte de Maceo produjo en Santo Domingo un dolor como de patria. Del libro "Maceo en Santo Domingo" de Eimilio Rodríguez Demorizi, cito lo dicho al respecto a la caída del "Titán" por el Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha: "Nunca vi dolor tan espontáneo, tan intenso, tan visible como el que se manifestó en la capital dominicana por la muerte de Maceo".

En Honduras, no solamente fué recibido Maceo con simpatías, admiración y cariño por todos sus habitantes, sino que su gobierno, queriendo acudir en auxilio a sus dificultades económicas y honrarlo en el mismo acto lo nombró Comandante de Armas de Tegucigalpa.

En Costa Rica, entre el respeto y el agasajo de todas las clases sociales, vivió Maceo holgadamente de las rentas que le proporcionaba la explotación de unas tierras, que por contrato le cediera el Gobierno de la República. No pocas familias cubanas, huyendo de las persecuciones políticas que sufrían en su país, encontraron cómodo y amable refugio en aquella colonia de Nicoya, fundada por Maceo.

Antonio Maceo dejó su nombre incorporado a la historia de Cuba, como el más ilustre de sus guerreros. Fué ciertamente la guerra —ocupación seguramente digna de su animoso corazón y de su mente privilegiada— la única materia en que entre sus contemporáneos se destacó. ¡¿Pero cuántas otras capacidades intelectuales tendría él, que no tuvo oportunidad de exteriorizar y lucir, porque el guerrear constante se lo impidió?!

Algunas veces oigo exclamar a gentes sencillas y poco o nada analizadoras de las causas, cuyos efectos tienen a la vista: ¡Qué bravo era Maceo! Sí, era muy bravo; nadie lo fué más que él en Cuba y fuera de Cuba. Sin duda que no le aventajaba en intrepidez el famoso guerrero Ben Albsi Antar, protagonista en el "Romance de Antar" de la Epopeya Arabe. ¿Pero es que basta la intrepidez para realizar altas combinaciones estratégicas y

conducir los ejércitos a la victoria? No, esto no es cuestión de valor únicamente, sino de cerebro. El valor es una virtud subalterna, se puede decir que primaria: nació con el primer peligro que hubo de afrontar el hombre; y las empresas ejecutadas por Maceo fueron tan extraordinarias, que solamente una mente iluminada como la suya pudo haberlas llevado a cabo. No, Maceo no fué un simple combatiente de excepcional arrojo. Maceo fué un genio de la estrategia.



Campañas de Antonio Maceo en la última Guerra de Independencia

CAMPAÑA DE ORIENTE

1 8 9 5

Abril

El general Antonio Maceo tuvo su primer fuego con el enemigo el día primero de Abril de 1895, a unos 3 kms. al suroeste de la ciudad de Baracoa, a las pocas horas de haber desembarcado. El enemigo se retiró.

El día 14 volvió a combatir en Monteverde, a 20 kms. al suroeste del pueblo de Jamaica.

Mayo

El día 7 de Mayo combatió en El Cristo, a 17 kms. de Santiago de Cuba.

El día 13 combatió en El Jobito, a 20 kms. al noroeste de Guantánamo.

El día 20 combatió en La Playuela, a 20 kms. al sudeste de Victoria de las Tunas.

Junio

El día 2 de Junio cobatió en Guabajaney, a 18 kms. al sudeste de Gibara.

El día 5 de Junio combatió en Aguas Claras, a 8 kms. al norte de Holguín.

El 29 de Junio combatió en el ingenio Unión, a 8 kms. al norte de San Luis.

Julio

COMBATE DE PERALEJO

El general Maceo venía recibiendo confidencias desde algunos días atrás, respecto a que el general en jefe del ejército español, Arsenio Martínez Campos, preparaba, en Manzanillo, una concentración de sus tropas en el pueblo de Veguitas, con objeto de organizar allí y conducir a la ciudad de Bayamo un convoy de abastecimiento. Y a fin de cerciorarse de la veracidad o falsedad de tales avisos, y de presentarle combate en la hipótesis afirmativa, acampó el 12 de Julio de 1895 en Vegas de Yao, distante cuatro leguas aproximadamente de las dos últimas mencionadas localidades.

Disponía Maceo únicamente, en aquellos momentos, de una fuerza cuyo efectivo no pasaba de ochocientos hombres, de los que seiscientos eran de infantería, y los doscientos restantes de caballería. Llevaba, además, sobre mil individuos desarmados —afectos a los distintos regimientos que se mencionan—, enorme impedimenta que, necesitada de los cuidados y protección de las fuerzas armadas, constituía una embarazosa preocupación.

La primera de dichas armas estaba representada por los regimientos Moncada, Baire, Jiguaní, y elementos de Cambute, al mando de los coroneles Jesús Rabí, Quintín Bandera, Alfonso Goulet, Carlos Suárez, Joaquín Estrada, Joaquín Tamayo, Popa y los hermanos Saturnino y Mariano Lora; y la caballería, compuesta por dos escuadrones del regimiento Céspedes y un escuadrón del regimiento Luz de Yara, estaba a las órdenes de los coroneles Fernando Zamora y Juan Masó Parra, respectivamente. El completo de los doscientos jinetes lo daban todas las plazas montadas del Cuartel General: el Estado Mayor y la escolta.

Allí, en Vegas de Yao, en la misma noche, obtuvo el General noticias que podía considerar exactas, según las cuales en las primeras horas de la siguiente mañana saldría de Veguitas con destino a Bayamo una columna del ejército enemigo, fuerte de mil quinientos a mil seiscientos hombres, al mando directo de su propio general en jefe.

La circunstancia de ser con el mismo jefe supremo de las fuerzas españolas con quien habríamos de contender, era para nosotros una razón más que nos estimulaba a combatir; porque,

dada su alta jerarquía militar y los prestigios personales de que estaba revestido, vencedores nosotros o vencidos, un hecho de armas librado con él, siempre le produciría al país y al mundo la sensación de nuestra pujanza y del progreso realizado en tan corto tiempo por la Revolución.

Para nuestro famoso caudillo la perspectiva de volver a encontrarse frente a frente con Martínez Campos en el campo de batalla, después de diecisiete años, era también un poderoso aliciente. Se trataba de un digno adversario con el cual había, en múltiples ocasiones, medido su espada, durante el decenio inolvidable del 68; le reconocía pericia militar y arrojo no comunes, y una victoria sobre él la estimaba más que la obtenida sobre cualquier otro jefe del ejército contrario.

La ruta que tenía que seguir el enemigo era el camino llamado de Bayamo. Esta vía, que era la única, tomada en Veguitas hacia la ciudad de su nombre, o sea del S. O. para el N. E., conducía, después del paso del río Buey, a Ceja del Buey. Aquí daba rumbo cardinal al Norte en un corto trecho hasta Babatuaba. Se inclinaba luego la N. E. hasta Jucaibamita, lugar en que se bifurcaba: la rama superior hacía una curva al Norte para La Palma, otra menos pronunciada después al Este, para llegar a Jucaibama; enderezaba entonces su rumbo al Nordeste y, pasando por Cayo Largo y Santa Isabel y cruzando el río Bayamo, entraba en la ciudad del mismo nombre, por su lado occidental.

La rama inferior corría hacia el Este, atravesaba la sabana de Barrancas, con una curva al Norte y otra al Sur; aquí se unía con el camino llamado de Peralejo, atravesaba la sabana así llamada y seguía por este lugar, cruzando antes el río Mabay; y después de un cañada o regajo del mismo río llegaba a Bacajama. En Bacajama, se unía a otro camino que iba de Bayamo al Horno, pasando por El Dátil; seguía para Los Mangos y, cruzando el río Bayamo, entraba en esta ciudad por el Sur. El camino de Bayamo tenía aún una bifurcación más que, si bien se enderezaba a distinto rumbo, es necesario mencionarla, por el valor estratégico que representó en la iniciación, y quizá si también en el resultado del combate. Arrancaba después del paso del río Buey a la entrada de Barrancas, corría en dirección N. O. a S. E., atravesando diagonalmente la sabana así llamada por su extremo occidental, unos cuantos kilómetros; se reunía al Sur a otro camino que iba de Sureste a Noroeste, desde Los Frijoles hasta

Bacajama, pasando, con curva bastante pronunciada, por Maguelles y, a la izquierda de La Caoba, se juntaba, en la sabana de Peralejo, con el camino de este nombre. De este camino, en Magüelles, partía otro de carretas que con rumbo cardinal al Sur iba a Valenzuela. Por cualquiera de los caminos mencionados que conducían de Veguitas a Bayamo, la distancia entre ambas localidades era de seis y media a siete leguas, y todos estaban bordeados, en su mayor extensión, de montes y de maniguazos más o menos altos y espesos.

El territorio de Barrancas es llano, y en él alternaban entonces secciones más o menos considerables de sabanas y de bosques o cayos de monte, predominando entre los árboles y los arbustos la palma cana, la guásima y los peralejos y marañones. En Peralejo, especialmente, según se avanza hacia Mabay, el terreno es un tanto ondulado y desigual, bajando sus pendientes o declives del lado derecho, caminando hacia el Este. La altura culminante es lo que entonces se conocía por Altos de Peralejo, lugar donde estaba enclavada la casa de la hacienda. No obstante, algo apartada de aquellos sitios, existe una mayor elevación de terreno que se llama Loma de Peralejo. Los sitios de mayor depresión son el cauce del río Mabay y el de la cañada o regajo ya referido, que está un poco más adelante.

En Peralejo, como en Barrancas, existían secciones de bosque o cayos de monte, tupidos maniguales y una extensa sabana, poblada en su mayor parte de peralejos, a los que seguramente debe su nombre el lugar. También había en aquella época, próximos a la casa de la finca, a la derecha, caminando hacia el Mabey, un cocal y un cañaveral.

El general Maceo levantó el campo de Vegas de Yao a la una de la madrugada del día 13, y de cinco a seis de la misma mañana se situó en El Santísimo, lugar conocido también por El Tanteo, en la sabana de Barrancas, entre el antiguo caserío de este último nombre y el río Mabay, teniendo a su espalda la sabana de Peralejo, en parte antes del cruce de dicho río. Desde allí dominaba los dos caminos descritos que conducían a Bayamo, bien que se fuera por Babatuaba o por Magüelles, antes de la bifurcación de Jucaibamita, y de la convergencia que efectuaban próximo al río Mabay, para llegar a Bacajama, el camino llamado de Peraiejos y el que iba de Los Frijoles. Emboscó convenientemente la infantería entre los montes que bordeaban los caminos: a la derecha la mandada por Rabí y a la izquierda la

de Bandera, con sus respectivos puestos avanzados hacia el rumbo de donde debía venir el enemigo; y colocó la caballería en la sabana, disimulada entre los arbustos y los yerbajos: los dos escuadrones de Céspedes a la derecha, y a la izquierda el de Luz de Yara; y él, con los jinetes de su Estado Mayor y los de su escolta, se situó en el centro. La gente desarmada la abrigó detrás del monte de La Caoba, dándole de guardia cuarenta infantes al mando del coronel Alfonso Goulet.

Como se puede fácilmente deducir de nuestras posiciones y del orden de batalla adoptado, su éxito consistía principalmente en la sorpresa, único medio, por otra parte, de poder equilibrar nuestro poder ofensivo con el de los contrarios, tan superior en número, según lo que de ellos sabíamos. Mientras tanto, los españoles habían salido de Veguitas en dos columnas distintas: una a las órdenes directas de Martínez Campos, compuesta de cuatrocientos infantes y cuarenta jinetes, y otra, que emprendió marcha veinte o treinta minutos después, mandada por el general Fidel Santoscildes, fuerte de mil cien hombres de infantería. La primera tropa debía encaminarse a Bayamo y la segunda a Valenzuela; pero, habiéndose reunido ambas antes de llegar al paso del río Buey, y habiendo adquirido la noticia de nuestra presencia en El Tanteo y de las posiciones que ocupábamos, siguieron juntas por la sabana que se extiende a la margen izquierda de dicho río, y así llegaron hasta Magüelles. Aquí la columna Martínez Campos siguió por el camino que va para Peralejo; y la columna Santoscildes, desbordando a la derecha la referida vía y penetrando en el monte bajo, entonces existente, en marcha paralela a la que llevaba la otra fuerza, pero ganándole delantera, fué a irrumpir frente a La Caoba, refugio de nuestra impedimenta.

Serían las diez o las once de la mañana, y llevábamos cinco o seis horas de esperar en nuestras posiciones, con el arma preparada y los nervios en tensión. Súbito se oyeron a nuestra izquierda detonaciones de fusilería: primero disparos graneados, individuales, característicos del fuego de los soldados cubanos, y seguidamente las descargas cerradas, colectivas y ruidosas de los soldados españoles. La acción no se iniciaba por donde nosotros la esperábamos: a nuestro frente y sobre cualquiera de los dos caminos en que estaban en posición nuestras fuerzas, sino casi a retaguardia de las mismas y con el débil destacamento que allá distante, y casi aislado, servía, más que de protección, de

vigilancia a nuestra inerme muchedumbre. No se amilanaron, sin embargo, aquellos cuarenta infantes: hicieron bravamente frente al enemigo al mando de su jefe, el heroico Goulet, que al fin pereció en la demanda.

Ahora todas las ventajas que lleva aparejadas el ataque por sorpresa las poseía el enemigo. Nuestro plan de batalla estaba inutilizado y era forzoso poner en práctica otro, concebido en el instante, sobre el tereno ya en disputa y bajo el plomo del adversario.

El general Maceo, que en aquellos momentos dormitaba a la sombra de un macizo de peralejos, se puso en pié, montó a caballo y se adelantó con su Estado Mayor a examinar el orden y la posición del enemigo. Sus ademanes eran tranquilos y reposados y en su semblante no se reflejaba la más leve alteración.

Los españoles caminaban a la sazón rectamente hacia La Caoba. Maceo envió orden a los jefes de la infantería para que flanquearan por la derecha y fueran a interponerse entre aquéllos y el nombrado monte, mientras que él trataba de detenerlos con la caballería; y reuniendo en sus propias manos los escuadrones se lanzó a la carga. Los infantes enemigos hicieron en el acto pie firme y formaron el cuadro, y los jinetes cubanos, a la distancia de noventa o cien metros, giraron a la izquierda y, describiendo un semicírculo, fueron de nuevo a formarse al frente del cuadrilátero, no sin que muchos, y entre ellos varios oficiales del Estado Mayor —como el capitán Carlos González Clavell, el teniente Salvador Pastor y otros—, por no haber oído a tiempo la voz de retirada, o por su natural enardecimiento, fueran a chocar materialmente contra aquel muro de bayonetas.

Esta primera acometida nos costó bastantes bajas: algunos de nuestros hombres cayeron al avanzar, otros al pie del mismo cuadro español y los demás al retroceder. Entre las primeras víctimas contamos al comandante Moncada. Su muerte revistió circunstancias tan excepcionales, que la considero digna de especial mención. A este valerosísimo jefe le destrozó una bala el corazón, cuando llegábamos a unos ciento veinte metros del enemigo. Iba inmediatamente delante de todos. De pronto se le notó al lado izquierdo de sus espaldas, de sus anchas espaldas, pues era de cuerpo robusto y hermoso, una mancha roja como una flor. Vaciló sobre la montura, se reafirmó en ella, detuvo su caballo, le hizo volver grupas y se apartó a galope hacia la

retaguardia. Ya estaba muerto y dijérase que corría para poner en salvo su cadáver. ¡Formidable energía la de aquel hombre, que parecía vencer a la muerte misma!

Cumplidas por Rabí y Quintín Bandera las órdenes de flanquear al enemigo, la situación de ambos combatientes era como sigue. Los españoles, agrupados en masa, a la izquierda de La Caoba. Parte de nuestra infantería, enfrente, desplegada en batalla, y parte en posición en los montes del lado izquierdo del camino de Peralejo. Detrás de ésta y en el mismo lado izquierdo, pero en la sabana, la caballería en constantes movimientos de carga. En este orden, la columna española recibía dos fuegos convergentes que diezmaban rápidamente sus filas y hacían su situación sobremanera difícil.

El genio militar y la presencia de ánimo de nuestro gran caudillo había restablecido a nuestro favor, en cortos minutos, la suerte de las armas, y una victoria inminente parecía sonreírnos. Pero de pronto, un vivísimo fuego de fusilería resonó hacia el Sur y sobre el mismo camino de Peralejo. Un nuevo adversario, también al parecer poderoso, entraba en la contienda. A reforzar la infantería que allá estaba sosteniendo el nuevo combate, envió el general Maceo uno de los escuadrones, y fué aquel sector del campo de batalla teatro de uno de los episodios más fieros de aquella jornada de Peralejo. De macizo en macizo, de árbol en árbol y de matojo en matojo le salían al paso a los españoles los infantes cubanos, mientras el escuadrón se arrojaba sobre ellos en cada sao, en cada limpio y en cada campa del terreno. Pero en vano fueron todos sus esfuerzos por interceptarles el paso e impedir su reunión con aquellos a cuyo socorro se aprestaban. Marchando en columnas de compañías, con muy estrechos intervalos entre una y otra, y haciendo fuego por todos sus frentes, siguieron adelante. Entonces la otra columna, cobrando aliento con el oportuno auxilio que le llegaba, se movió de La Caoba, rompió por el monte, salió por el lado opuesto y fué a juntarse con la que acababa de llegar.

Todas nuestras fuerzas maniobraron con arreglo a la nueva situación que se les acababa de crear: la infantería se corrió toda sobre el flanco derecho de los españoles, y la caballería sobre la izquierda. La primera ocupó los montes de aquella margen del camino; y la segunda, con el Estado Mayor y la escolta del Cuartel General, el escuadrón de Luz de Yara y uno de Céspedes, fué a situarse en la sabana de Peralejo. La otra unidad de

dicho regimiento tomó posición más a vanguardia y a la derecha del camino sobre Bacajama, en una campa en las inmediaciones del Mabay.

El fuego cobró en estos momentos gran intensidad de ambas partes. Nuestra infantería, desde los montes que la abrigaban, barría con sus disparos las filas de los españoles, mientras que la caballería a su vista, amenazándolos con sus cargas, los obligaba a permanecer en orden fuertemente cerrado, que propiciaba la mayor cantidad de impactos.

Pero se iba ya haciendo evidente para nosotros que a pesar de la pericia del gran Maceo y del valor de nuestros soldados y no obstante las ventajas de nuestras posiciones, la suerte no nos iba a ser constante hasta el fin. Teníamos enfrente doble número de enemigos con abundante parque, y nuestras municiones, que en ningún momento habían sido muchas, en cerca de cuatro horas que llevábamos de incesante combatir, comenzaban a escasear.

Mas, en este momento de inquietante incertidumbre se vieron aparecer por Occidente fuerzas de caballería cubana, que galopaban hacia el campo de la acción. Eran tres escuadrones del regimiento Guá, a las órdenes de los coroneles Salvador Ríos y Alonso Rivero, que, con instrucciones oportunas del General, venían desde Campechuela a reunírsele en Vegas de Yao. Habían oído el fragor del combate y corrían a su reclamo. Maceo arrojó inmediatamente en la oscilante balanza de la batalla las nuevas unidades que su buena estrella le deparaba. Envió a Rivero con dos escuadrones a engrosar las fuerzas de caballería situadas en la sabana de Peralejo, y el otro con Ríos lo adscribió al Cuartel General. Mientras que tan felices novedades ocurrían en el campo cubano, en el campo español la situación volvía a ser en extremo comprometida. Reunidas las columnas Martínez Campos y Santoscildes, como ya se ha dicho, habían proseguido trabajosamente su marcha hacia delante hasta venir a encontrarse imprevistamente encallejonadas entre dos recias cercas de alambre de púas, separadas por un espacio de 80 a 100 metros, ya en terrenos de Peralejo.

Camino y alambradas llegaban hasta la margen del Mabay, y aquí quedaban limitadas las cercas por una empalizada. El camino torcía, muy angosto, a la derecha, a bajar al paso del río. Pero antes, dando acceso a la sabana de Peralejo, existía una talanquera, y frente a ella, a no larga distancia, comenzaba

el terreno montuoso. La columna, metida entre las dos alambradas, circuídas por nuestras fuerzas, se detuvo. Se extendió al pie de una y otra cerca y, poniendo rodilla en tierra, comenzó a disparar sobre nuestras posiciones. Los nuestros la acribillan de todas partes, especialmente la infantería desde los montes de la derecha, que eran terreno alto, pues ya apunté que todos los declives bajaban de aquel lado, y la caballería desde la izquierda, donde había echado pie a tierra. Diríase que aquel callejón estaba destinado a ser para los españoles "horcas caudinas" o necrópolis; que la disyuntiva que se les presentaba era la de rendirse o perecer. Dentro los desangraba por instantes el plomo de nuestra infantería; y, fuera, los aguardaba el acero de nuestros escuadrones. El desenlace no había de tardar en sobrevenir. Mas de pronto, dentro del alambrado recinto, suena un toque de corneta. Las compañías enemigas se ponen de pie, giran a derecha e izquierda y emprenden marcha ligera, siempre arrimadas a los alambres, con frente hacia el Mabay.

Todas nuestras fuerzas corrieron por ambos flancos a ocupar el paso del río. De pronto, la columna española da frente a retaguardia y comienza a desandar el camino a paso ligero. Maceo hace cambiar también el frente a nuestras tropas y las empuja en la dirección que llevaban los españoles, y él mismo con su Estado Mayor y su escolta y el escuadrón Guá, que tiene a mano, corre a tomar posición frente a la salida de las alambradas. La columna enemiga hace alto junto a la talanquera, se arroja sobre ella y la deshace, así como algunos tramos de la cerca, y comienza a salir a la carrera a tomar el monte que tiene al frente. En vano Maceo les echa encima la infantería: sus cananas están exhaustas y sólo pueden disparar unos cuantos tiros más. Inútiles resultan igualmente las furiosas cargas que contra las alambradas dan los escuadrones de caballería. Las cercas resisten y sirven ahora de protección a los españoles.

Maceo, contemplando cómo los restos de la columna enemiga se le escapaban, por no contar con quince o veinte mil cartuchos más, estaba irritadísimo. Sus órdenes tenían el acento de la cólera. En los momentos en que, como un león herido, se revolvía buscando gente para arrojarla sobre los españoles en su marcha de retroceso, alcanzó a ver allá, al fondo del callejón, la unidad aquella de Céspedes, que él mismo había hecho situar allí, y le gritó a uno de sus ayudantes de campo:

—Vaya usted a ordenar a aquel escuadrón que se reúna al grueso de la caballería y cargue al enemigo, y dígale al oficial que lo manda que se me presente después, si no lo matan.

El ayudante, ante orden tan perentoria, no escontrando camino más corto y expedito que el recinto alambrado ya dicho. se metió por él, atravesó a escape las líneas españolas, trasmitió el mandato y regresó por donde mismo había ido.

Pero ya todo había terminado y era inútil pedirle nuevos favores aquel día a la Fortuna. Eramos de todos modos los victoriosos. El enemigo había huído del campo de batalla, abandonando sus muertos y una multitud de heridos. En su parte oficial confesaba 126 bajas: 28 muertos y 98 heridos, entre los primeros un general, Fidel Santoscildes, un capitán y un teniente. Los heridos debieron de ser más; tal vez se olvidaron de anotar entre los mismos 26 soldados que después recogió la sanidad cubana. Nosotros también tuvimos numerosas pérdidas: 118 entre muertos y heridos, entre los primeros los coroneles Goulet y Suárez y el comandante Moncada.

Tal fué el combate de Peralejo, llamado así por haber terminado la acción en la sabana de este nombre, si bien la misma comenzó en la de Barrancas.

Al día siguiente de Peralejo, temprano en la mañana, marchamos sobre Bayamo, en cuya ciudad se había encerrado el general en jefe del ejército español, con los restos de la columna que tan maltrecha habíamos dejado el día anterior. Nuestras tropas se formaron en orden de batalla en una sabana a la vista de la ciudad, y aun algunos destacamentos de caballería se adelantaron hasta sus primeras casas a retar al enemigo. Pero éste no salió, contentándose con hacernos varios disparos de artillería desde una pequeña fortaleza, llamada Fuerte España. Si se hubiese resuelto a recoger el guante, nos habría dejado en la situación del enano de la venta, porque aquella nuestra arrogancia no era otra cosa que un simple alarde. No teníamos municiones para sostener siquiera un duelo de diez minutos de duración. Pero el general Martínez Campos nos creía tan poderosos, que, para decidirse a dejar aquella ciudad seis o siete días más tarde, hizo concurrir a su Cuartel General a varios generales con sus respectivas columnas. Cerrado que hubo la noche de aquel día, nos retiramos de las inmediaciones de Bayamo, dejando los fuegos encendidos, de manera que los españoles nos creyeran vivaqueando allí, y emprendimos marcha hacia Baire, pueblo que

tomó Rabí por instrucciones de Maceo. Este se había separado en la misma fecha, con dos oficiales y una pareja, y, luego de hacer una rapidísima incursión por el distrito de Holguín, regresó a Baire el día 17.

Habiéndose puesto el general Maceo nuevamente al frente de sus fuerzas, dejamos el distrito de Baire y fuimos a operar sobre la línea férrea San Luis-Santiago de Cuba, atacando el día 21 los destacamentos del ingenio Unión, combatiendo el 22 en el camino de Montompolo, el mismo día en Banabacoa y en Burenes; y entre los paraderos de San Vicente y Boniato, con un tren militar, el 28.

Agosto

COMBATE DE SAO DEL INDIO

Todo el mes de Agosto lo pasamos en operaciones, sin acciones tácticas, por la parte sureste de la provincia de Santiago de Cuba. En una de las marchas llegamos al Aguacatico.

El día 30, en marcha hacia Ti Arriba para ir a efectuar operaciones en la zona de los cafetales, nos encontrábamos, a eso de las seis de la tarde, a punto de acampar para pasar la noche en las alturas de Escandell, cuando el General recibió un correo de su hermano, el general José Maceo notificándole la salida de Guantánamo, aquella misma mañana, de una columna española con rumbo al Ramón de las Yaguas. Dicha fuerza enemiga, según los informes de José Maceo, iba al mando del general Canella y estaba compuesta de un batallón de infantería, tres escuadrones de caballería de línea, una pieza de artillería y doscientos iregulares del país pertenecientes a las escuadras de Guantánamo. Su objetivo era la prefectura y hospital de la Casimba. Los españoles estaban enterados de que allí se encontraba hospitalizado José Maceo, que a la sazón padecía de una doble ciática, enfermedad que, suponían ellos, le impedía moverse. Para su guardia personal y la custodia del hospital y prefectura, contaba el general José Maceo con sólo cincuenta hombres, incluyendo a sus propios ayudantes. Sao del Indio es un lugar montuoso. a 20 kilómetros al soroeste de la ciudad de Guantánamo.

Inmediatamente que se recibió aquel aviso nos volvimos a poner en marcha hacia el Ramón de las Yaguas. Se podía dar por seguro que, habiendo llegado a conocimiento de José Maceo el propósito del enemigo, éste estaba ya de antemano frustrado; que él, José Maceo, y demás heridos estarían a buen recaudo.

Pero Antonio Maceo no podía tolerar que los españoles entraran impunemente en aquellos nuestros dominios.

Disponía en aquellos momentos el general Antonio Maceo de unos seiscientos combatientes de infantería y caballería, de la primera de dichas armas la mayor parte. No contaba con artillería, y llevaba, además, unos novecientos hombres desarmados. Estas tropas constituían la mayor parte de la primera división de Cuba, y estaban al mando de Demetrio Castillo, Pedro Pérez (Periquito) y Agustín Cebreco.

La distancia que habíamos de recorrer, entre las alturas de Escandell y el Ramón de las Yeguas, es de sobre nueve leguas, por lo que estaría demás decir que la mayor parte del trayecto lo hicimos de noche. Era ésta sumamento oscura y estaba el camino hecho un lodazal, donde a cada momento se atascaban infantes y jinetes. Sin embargo, como debíamos llegar a nuestro destino antes que alumbrara el sol del nuevo día, era necesario forzar el paso, y todo aquel a quien le faltaba aliento para seguir a ritmo acelerado, fuera hombre o bestia, se iba quedando tirado en el camino, como lastre embarazoso que se arroja por la borda.

Como a las tres de la madrugada, ya en las inmediaciones del Ramón de las Yaguas, hicimos un alto en un sitio llamado Esperico, para reorganizar las fuerzas y disponerlas para la pelea inmediata. Efectuado esto, reanudamos la marcha.

El escenario en que íbamos a combatir es un terreno en parte montañoso, cubierto de tupidas malezas y breñales, y cortados por varios ríos, por lo general de angosto pero profundo cauce y escarpadas orillas, muy difíciles de cruzar, como no sea por determinados sitios. Si sobre este terreno imagináramos un polígono, tendríamos un cuadrilátero, dentro del cual, y en un espacio como de veinte o veintidós kilómetros de largo, por unos ocho o diez de ancho, quedarían comprendidos —entre otros parajes y tópicos de conocidas denominaciones que es innecesario mencionar en la descripción de la batalla—, los siguientes: Ampudia, donde existía un palmar próximo al ángulo occidental del cuadrilátero; debajo, hacia el Sur, El Indio; casi en la mitad, al Norte, Alturas de Santa María; más allá, al Sur, Pimienta; atravesando el cuadrilátero, entre Ampudia, El Indio, Alturas de Santa María y Pimienta, el río Baconao; en la mitad del cuadrilátero y al Norte, Filipinas; al Este de Alturas de Santa María y Pimienta, el río Casimba; a la derecha del río Casimba,

el río Filipinas; en el ángulo oriental del cuadrilátero y al Norte, Sao del Indio (sao: alto, especie de plataforma o alcarria), y, atravesando Sao del Indio, el Maca. El Ramón de las Yaguas, pueblo recientemente destruído por los nuestros, queda fuera, al Norte, sobre el extremo occidental del cuadrilátero, y a muy corta distancia del mismo; así como la Casimba queda también fuera, al Sur.

Desde Esperico, el General le había hecho conocer su presencia a José Maceo, notificándole al mismo tiempo su propósito de atacar al enemigo por su retaguardia y flanco derecho. José Maceo se encontraba, desde la tarde del día anterior, y pese a la completa invalidez que le suponían los españoles, hostilizándolos en el Ramón de las Yaguas, donde habían pernoctado. Les había puesto emboscadas en el camino de Pimienta y en el Palmar de Ampudia, y, al tener conocimiento de la inminencia del ataque del general Antonio Maceo, y del sitio por donde lo iba a efectuar, tomó posición a la margen derecha del Baconao sobre el Trucutú, una de las alturas de Santa María.

No era aún bien de día cuando los españoles comenzaron a salir de sus acantonamientos del Ramón de las Yeguas, en direc ción de Ampudia, para tomar el camino de Pimienta que conduce a la Casimba. Aquí recibieron, desde el palmar el fuego de nuestra emboscada. Atravesaron resueltamente y desalojaron de él a nuestros tiradores. Fueron éstos los primeros fogonazos. Eran las cinco de la mañana, y la pólvora en ignición precedió, con más viva lumbre, a la aurora de aquel día. Al oír Antonio Maceo el fuego del palmar de Ampudia, ordenó a Cebreco que flanqueara por la izquierda, izquierda de los españoles, y, dándose la mano con el genera José Maceo en la margen derecha del Baconao, fuera a reforzar el destacamento de Pimienta; y se formalizó la acción. La vanguardia de la columna enemiga trataba en vano de seguir adelante, acometía con decisión, pero era rechazada. Crepitaban ruidosamente los disparos de la fusilería, y la acústica de la montaña devolvía en fragorosos ecos multiplicados las detonaciones de la artillería. Al mismo tiempo el general Antonio Maceo la atacó por retaguardia, impeliéndola hacia la izquierda, atacó luego el centro y, cruzando el río Baconao, el Casimba y el Filipinas, fué a ocupar la posición de Sao del Indio, obligando al enemigo a retroceder. Esta primera fase de la batalla duró nueve horas y fué reñidísima. En ocasiones nos fusilábamos a pocos pasos de distancia, mirándonos las caras

ambos bandos e injuriándonos de palabra. Hubo un momento en que, lanzándonos sobre la pieza de artillería de los españoles, arrollamos su dotación, y llegamos en el impulso hasta el sitio en que tenían su cuerpo de sanidad, capturando varias acémilas y el botiquín.

A las dos de la tarde, después de varias alternativas y de habernos arrebatado y recuperado mutuamente distintas posiciones, la situación de ambos adversarios era la siguiente: nosotros ocupábamos todo el frente Norte del polígono, desde Ampudia, pasando por las alturas de Santa María, hasta Sao del Indio; en su lado occidental, El Indio, y, en su parte media Sur, Pimienta; y el enemigo, los bosques del camino de Casimba, algo más al Sur y al oriente de Pimienta. Para los españoles les era ya evidente la frustración del objetivo de Casimba, y lo que les interesaba ahora era contramarchar a sus cuarteles de Guantánamo. Pero esta misma operación les resultaba de difícil ejecución, por cuanto nosotros ocupábamos todas las posiciones hacia el rumbo que ellos debían seguir; y mucho más difícil y costoso les habría resultado, de contar nosotros con el parque suficiente para continuar por muchas horas más la acción. Pero nuestras municiones comenzaban a escasear de una manera inquietadora, razón por la cual el general Antonio Maceo ordenó al general Periquito Pérez, que ocupaba posiciones a la derecha de los bosques de Casimba, dejarles abierto el camino que, cruzando el arroyo, va por Vuelta Corta (fuera del cuadrilátero) al río Iguanábano (también fuera del cuadrilátero).

La persecución de nuestras fuerzas a las españolas no cesó en toda aquella noche, y continuó al siguiente día, en que éstas llegaron al Iguanábano. Una parte de las tropas cubanas, las que aún disponían de municiones, tomaron posición a su frente.

Durante todo el día primero de septiembre estuvimos acosando a los españoles, tiroteándolos dentro de sus propios acantonamientos, sin que hicieran ninguna demostración de querer renovar la jornada del 31; y en la madrugada del 2 levantaron sigilosamente el campo y continuaron la retirada a sus cuarteles de Guantánamo, de donde sólo distaban tres o cuatro kilómetros. Todavía al cruzar las sabanas del Iguanábano los volvimos a foguear, pero no se detuvieron a repeler la agresión. Era indudable que después de cuatro días de incesante bregar y sangrar, únicamente los irregulares criollos, nacidos y acostumbrados a andar por aquellas montañas y derriscos, conservaban aún vigor

físico y ánimo suficiente para disponerse a hacernos cara. Así. mientras los soldados peninsulares continuaban penosamente la retirada, apretujados al igual que un rebaño de ovejas, que asustado por los lobos, busca el aprisco al amparo de los mastines del pastor, ellos, los guerrilleros de las escuadras de Guantánamo, protegían la marcha de la columna, haciéndonos fuego escalonadamente.

Septiembre

COMBATE DE SAN FERNANDO

Días después del combate de Sao del Indio, el Cuartel General marchó a la jurisdicción de Holguín, Precisamente el General había citado a las fuerzas que operaban por aquellas comarcas (una brigada), para el quince de dicho mes en un lugar llamado Báguano. Era su propósito activar personalmente las operaciones en aquella jurisdicción; pero una disentería que lo tuvo al borde de la tumba frustró aquella intención. Esta enfermedad se venía incubando seguramente en su organismo desde los días en que, después de la acción de Baracoa en que rechazó al enemigo, el primero de abril, a las pocas horas de haber tomado tierra, su pequeña tropa, perseguida y atacada constantemente por numerosas fuerzas españolas, hubo de dividirse y subidivirse, y al fin, después de haber sucumbido en una de las refriegas el meritísimo y glorioso general Flor Crombet, dispersarse individualmente, para mejor sustraerse al oteo del enemigo. Antonio Maceo vagó solo, extraviado y errante, padeciendo hambre y sed. durante cinco días, por entre las selváticas anfractuosidades de aquellas sierras. Desde su desembarco hasta que lo encontró un destacamento cubano que en su busca registraba los montes, habían transcurrido diez y ocho días.

Sin embargo, encontrándose todavía muy enfermo en un sitio llamado Camasán, al saber que una columna española, salida de Holguín a las órdenes del general Echagüe, se dirigía a aquellos parajes, declinó la camilla en que nos habíamos dispuesto a conducirlo a sitio seguro, y montando a caballo se puso al frente de las fuerzas y rechazó al enemigo en San Fernando.

El General permaneció algunos días más por Alcalá y Bijarú, restableciendo su salud, y en espera de nuevas incursiones del enemigo por la jurisdicción. En Bijarú, teniendo noticia de que una columna española se encontraba en camino para Ba-

raguá, con el designio de apoderarse de la imprenta en que se imprimía el periódico "El Cubano Libre", emprendimos marcha forzada hacia allí, llegando como a las tres o las cuatro de la madrugada, después de una caminata de veinticinco a ventiséis kilómetros sin tomar descanso. El enemigo había estado allí efectivamente, pero se había marchado sin haberse incautado de la imprenta, gracias a la actividad desplegada por el director del periódico, el comandante Mariano Corona, en trasladarla a lugar apartado y oculto.

Maceo se trasladó a Hato del Medio, de donde pasó a Baraguá, en cuyo sitio, señalado para la concentración y partida de la columna invasora, se estaban acuartelando ya los cuerpos de fuerzas de Santiago y de Holguín.

CAMPAÑA DE LA INVASION

Octubre

ORIENTE

El 22 de octubre de 1895, a los diecisiete años, siete meses y ocho días de haberse formulado la histórica protesta de Baraguá, y exactamente desde los mangos a cuya sombra se celebró el 15 de Marzo de 1878 la entrevista del general Antonio Maceo y el general en jefe del ejército español Arsenio Martínez Campos, salía el ejército invasor cubano a llevarles el auxilio de sus armas y de sus glorias, a sus hermanos de Occidente, mandado por el mismo victorioso caudillo que fuera protagonista en aquel acto final del decenio heroico.

Nuestra columna constaba de poco más de mil cuatrocientos hombres, de los cuales ochocientos eran de caballería y trescientos cincuenta de infantería. El resto lo componían oficiales del Cuartel General y escolta del mismo; escolta del Gobierno, que nos acompañó en las primeras jornadas, Cuerpo de Sanidad y agregados al Estado Mayor. No contaba con artillería. Estas fuerzas estaban armadas de fusiles, pero no todos de igual sistema. El parque se reducía a unos quince o dieciséis mil cartuchos, a diez u once por individuo. Pero no todo este contingente salió unido de Baraguá. Montó a esa cifra en el campamento de Mala Noche, donde se incorporaron trescientas cincuenta plazas. Era propósito del general Maceo eludir, en todo lo posible, las funciones de guerra, mientras no se reuniese en Las Villas con el general en jefe Máximo Gómez. La razón era obvia: diez o

doce cartuchos, aún disparando con armas de un solo tiro, como eran nuestros fusiles Remington, y por mucho interés que se ponga en economizarlos, se queman en unos cuantos minutos. Además, era forzoso evitar las bajas de nuestras filas, de manera de no mermar más aquel exiguo ejército, destinado a un objetivo estratégico que le quedaba a más de cuatrocientas leguas de distancia, y para lo cual tendría que atravesar un territorio que en su mayor anchura sólo mide doscientos kilómertos: que disminuye después, desde ciento treinta y cinco o treinta y seis, en parte llano; donde existían, entonces, ciento veinticuatro poblaciones con suficiente importancia para tener jurisdicción municipal, y varios cientos de barrios rurales y caseríos con guarniciones españolas y bien o mal fortificados; y donde el enemigo había ya, en aquella fecha, acumulado un ejército que, cuando nosotros nos hallábamos solamente a cuarenta leguas del punto de partida, ascendía a cerca de cien mil soldados de línea, varios miles de mercenarios criollos y sesenta mil voluntarios peninsulares. Ejército que disponía de todas las armas de guerra hasta entonces conocidas; que podía consumir no menos de cien cartuchos por cada uno que consumiésemos nosotros, y estaba en posesión de todas las vías de locomoción y transporte en aquella época existentes en la Isla. Claro está que el plan debía ser opuesto en todo al de los españoles. El de éstos consistía en cerrarnos el paso, y en obligarnos por consecuencia a combatir en tan inferiores proporciones. Pero Antonio Maceo poseía el genio de la estrategia y España no contaba, o al menos no tenía en Cuba, un general de su misma talla.

Antes de salir de los Mangos de Baraguá, celebramos alí una hermosa fiesta en honor del gobierno de la República, que se hallaba presente, y para solemnizar la partida de la columna expedicionaria. Se había construído, con maderas del monte, una espaciosa glorieta, en la cual se sentaron los miembros del Gobierno y los principales jefes militares. La construcción de la glorieta fué dirigida por el coronel Pedro Vargas Sotomayor, natural de Chile, de cuyo ejército procedía con el grado de capitán, y a quien, como militar de escuela que era, se le dió en nuestro ejército el grado de coronel. Una banda de música, la mismo que acompañó después a la columna invasora, compuesta de holguineros, pobló el aire de notas, ora alegres, ora marciales, y se pronunciaron patrióticos discursos alusivos a la magna empresa que íbamos a acometer. Los oradores que mayor en-

tusiasmo hicieron vibrar en el alma de la concurrencia fueron Gustavo Ortega —literato y tribuno colombiano— y el coronel Federico Pérez Carbó, don Federico, como siempre le dijimos.

La primera marcha de la columna expedicionaria fué hasta Júcaro, sitiería sobre la margen derecha del Cauto. Jornada tremenda, de nueve leguas, bajo una lluvia torrencial y por un camino convertido a la sazón en plolongado barrizal. Al siguiente día se trasladó a Guayacán, donde descansó la gente hasta el día 25, que se reanudó la marcha. Acampamos ese día en Sabanilla, y el 27 en Pestán, donde se incorporaron algunas fuerzas de infantería. De Pestán pasamos a Tranqueras y de aquí a Mala Noche, donde, como he dicho antes, se incorporaron trescientos cincuenta hombres de caballería. Estas fuerzas eran las componentes de los regimientos Martí y García.

No es mi intención consignar aquí los distintos lugares de etapa o de simples altos de la columna invasora, sino únicamente cuando sea de utilidad para el mejor conocimiento de lo que fué aquella marcha militar. Así, por ejemplo señalaré los sitios y circunstancias en que el enemigo, en sus esfuerzos por interceptarnos el paso, tuvo mayores posibilidades de detenernos y obligarnos a combatir. He de apuntar que con frecuencia llegamos a encontrarnos entre dos o tres columnas españolas, de no menores efectivos cada una de los que contaba la nuestra. A veces hubimos de entrar con las mismas en contactos de flancos o de retaguardia, mantenidos con mayor o menor ardimiento. Mas nuestro propósito era el de recorrer todo el territorio de la Isla y levantar los pueblos a nuestro paso, y para ello nos era preciso esquivar las acciones formales. Este objetivo jamás se vió seriamente amenazado, gracias al talento militar de Maceo que, con certera visión estratégica, dejaba siempre fallidos los planes, con tanta táctica y minuciosidad preparados por sus adversarios. Un ejemplo: el 3 de noviembre en Río Abajo, en el límite de las jurisdicciones de Holguín y Las Tunas, estuvimos a menos de media jornada de numerosas fuerzas enemigas, situadas en Vista Alegre, en combinación, era de suponer, con dos columnas más, una de las cuales, procedente de Holguín, venía por el camino de Mala Noche, y la otra, salida de Cauto Embarcadero, hacía reconocimientos por Tranqueras. La primera de dichas columnas llegó a situarse a legua y media de nosotros, amagando nuestro centro por el flanco derecho por lo que fué necesario extender aquella ala, reforzándola. Este enemigo, no obstante

ser fuertemente hostilizado por algunos destacamentos nuestros, continuó tenazmente en nuestra persecución, al extremo de que, habiendo nosotros acampado en La Soledad, tuvimos que abandonar este campamento, en donde no tardó aquél en presentarse.

Noviembre

COMBATE DE GUARAMANAO

En La Soledad había dejado el General algunos pelotones escalonados para proteger nuestra retirada, los que hostilizaron al adversario nuevamente en un trayecto de media legua. Los españoles parecieron desistir entonces de su intento, y a eso de las once de la mañana se detuvieron en Las Lajas. Nosotros hici mos alto en Guaramanao, el día 7, con el propósito de almorzar. Mas, cuando ya nos disponíamos a hacer el rancho, el fuego de nuestras guardias avanzadas nos advirtió de la presencia del enemigo. Era la misma columna que, habiendo parado en Las Lajas sólo unos cuantos minutos, volvía sobre nosotros.

Era Guaramanao, en aquella época, un potrero de considerable extensión, a unas cuatro leguas de Las Tunas. Estaba bordeado de bosques y maniguazos, particularmente al Este y al Oeste. El suelo es allí en general llano, a excepción de una pequeña altura que se levanta algo al suroeste, como quien va en la dirección de un punto llamado Paraíso. En el mismo rumbo. y detrás de la mencionada altura, corre un arroyuelo. Es terreno apropiado para moverse algunos cientos de jinetes. Los españoles comenzaron la ofensiva por un tanteo, a la vez a la derecha e izquierda de nuestro campo. El general Maceo, habiendo reforzado los puestos avanzados de ambos sectores, formó las tropas en orden de batalla: la infantería apoyada en una faja de monte, en el lugar por donde eran más vulnerables nuestras posiciones, y la caballería desplegada en el centro del potrero, disimulada su presencia por los crecidos pastos. El choque empeñado entre las secciones delanteras del enemigo y nuestros cuerpos de guardia que se replegaban escalonadamente, cobraba intensidad según aquél se iba aproximando a la entrada del polígono, y, al asomar a él por su lado derecho, fué acogido por parte de nuestra infanteria con tan vivo y certero fuego, que hubo de detenerse y adoptar una actitud más cautelosa. Intentó entonces, o simuló, un movimiento por la izquierda, enfrentándose por allí con nuestros retenes, mientras que se prolongaba por la derecha cubierto por la espesura, y comenzó a penetrar en el campo

limpio de la dehesa. Entonces nuestra caballería, atravesando el arroyuelo que quedaba a su frente, se presentó de improviso sobre la altura, dominando por todos sus frentes el escenario de la acción, y obligó a los españoles a retrogradar, al reclamo de los abrigos del monte. Los infantes cubanos cubrieron entonces el camino que debíamos seguir hacia el Lavado, y la caballería, por una nueva maniobra, se colocó a sus flancos, protegiéndolos hasta la salida del potrero. Luego tomó la vanguardia, y, dejando un escuadrón de observación en Guaramanao, continuó la marcha nuestra columna.

COMBATE DE EL LAVADO

El Lavado, a menos de dos leguas al Suroeste de Guaramanao, era también un potrero de dilatada extensión, cerrado al Norte y al Este por espesos bosques, y al Oeste y al Sur por altas y tupidas maniguas y algunos macizos de árboles. Abundaba en pasto que, por la falta entonces de consumo, estaba muy crecido. El suelo es en su mayor parte parejo, con el único accidente de una ancha hondonada de muy escasa profundidad.

La columna enemiga, que había pernoctado el día anterior en Guaramanao, levantó el campo muy temprano en la mañana del día ocho; un par de horas después entró en contacto con el escuadrón de caballería dejado por nosotros en observación sobre nuestro camino, al que atacó resueltamente, obligándolo a replegarse con la mayor prontitud, siguiéndole a la zaga hasta la entrada misma de nuestro campamento, donde no se detuvo sino que se echó sobre nuestras avanzadas, que hubieron de retirarse casi envueltas por secciones de la caballería española.

Era necesario obrar con la mayor rapidez, pues ya hileras del enemigo comenzaban a desembocar por su derecha en el polígono formado por el hato. El General ordenó que nuestra infantería tomara posición, extendiéndose a lo largo de la costanera del bosque que nos quedaba al flanco izquierdo, y formó en línea circular la caballería, amenazando todos los frentes del enemigo, pero disimulada en la hondonada antes descrita. La acción comenzaba a formalizarse. Desde el otro lado del mismo monte, que a nuestro frente e izquierda cerraba lo que venía a ser el fonde del potrero por el camino de Guaramanao, el enemigo dirigía un fuego copiosísimo de fusilería y de cañón sobre las posiciones ocupadas por nuestra infantería, con el fin de desalojarla. No habiendo podido lograr este objeto, y no queriendo tam-

poco aventurarse al centro del potrero, donde debió colegir que se encontraba oculta nuestra caballería, y con la intención de impedir que ésta se corriera por el lado opuesto, y amenazara su ala izquierda, reforzó considerablemente este sector, que así vino a ser el punto culminante de su orden de batalla. Posiblemente había descubierto al fin las formaciones de nuestra caballería, porque los proyectiles pasaban por entre nuestras filas en gran abundancia, y varias granadas estallaron particularmente dentro del espacio ocupado por el general Maceo y su Estado Mayor.

No deseaba Maceo empeñar seriamente el combate. Ya se ha dicho la razón por qué, en general, se debían evitar las funciones de guerra. Y sobre todo, él quería entregarle al General en Jefe el contingente invasor en condiciones de poder seguir cumpliendo su cometido; pero aquel campo se prestaba tan bien a las maniobras de la caabllería, que se le hacía cuesta arriba aabndonarlo, sin hacer todo lo posible por darle una carga al enemigo. Con este objeto ordenó a uno de nuestros regimientos que, lanzándose al trote, recorriera una gran distancia, hasta encararse con la caballería española, y fingiera luego una huída a la desbandada, a fin de que ésta, en el entusiasmo de la persecución, llegara hasta donde se encontraba el grueso de la nuestra. Pero la estratagema no dió resultado: los jinetes enemigos no se alejaron de las líneas de su infantería. Mientras tanto, habían ya transcurrido tres horas. La acción, en las condiciones en que se encontraban ambos bandos, podía prolongarse hasta lo infinito, sin resultado apreciable para ninguno de los dos. Los españoles no podían atravesar el limpio del potrero, porque los acuchillaban los jinetes cubanos, ni los cubanos podíamos lanzarnos contra la infantería española, amparada en la fortaleza del monte.

El general Maceo ordenó la marcha y, dejando allí un pelotón de caballería para que vigilara los movimientos del enemigo, nos dirigimos rumbo suroeste, en busca del paso del Jobabo, que cruzamos el mismo día ocho de noviembre, de tres a cuatro de la tarde.

CAMAGÜEY

Estábamos ya en la provincia de Camagüey. En dieciséis días, no obstante los tenaces esfuerzos del enemigo para interceptarnos el paso, habíamos realizado la primera de las grandes jornadas estratégicas del plan de invasión.

En lo sucesivo, al emprender la marcha cada mañana tendríamos el levante a nuestras espaldas, y cada marcha, al acercarnos a nuestro objetivo, nos iría alejando más y más de aquella gloriosa región oriental, cuna dos veces, en una misma generación, de la guerra de independencia, y tierra natal de casi la totalidad de los hombres que a la sazón formábamos el ejército invasor, muchos de los cuales, incluyendo al guerrero extraordinario que lo conducía, no la volverían a ver.

El territorio que ahora teníamos que recorrer es muy distinto del que habíamos dejado atrás. El suelo de Camagüey es, se puede decir, en su totalidad llano y despejado. En él no existen más grupos orográficos que los muy poco importantes de Cubitas y de Najasa, al Norte y cerca de la costa el primero. y al Sur el segundo, bastante retirado del litoral. Entre uno y otro grupo no existen ramificaciones. Las selvas allí eran muy abundantes, pero no tenían la grandiosidad de las selvas orientales. Es un panorama que cansa por su monotonía de llanura sin intermitencias, sin ondulaciones; apenas un collado, una colina, una cuenca, una quebrada. Es un territorio el más adecuado para operaciones y maniobras de la caballería, condiciones éstas que obraban en nuestra ventaja, pues que, no solamente constituía aquélla nuestra arma principal, sino que, para dar al ejército mayor movilidad y rapidez en las marchas, el general Maceo había hecho montar también los infantes. Verdad es que, a causa de lo descubierto del terreno, nuestros movimientos se hacían menos susceptibles de ocultar; pero este inconveniente estaba compensado con creces por lo desplobada que estaba entonces aquella provincia y por sus escasas vías de comunicación y de transporte. No existían otros núcleos de población, de más o menos importancia, fuera de los de Ciego de Avila y Morón, situados en la línea militar de Júcaro a Morón, que los de Santa Cruz del Sur, al Sur, y los de Puerto Príncipe, las Minas y Nuevitas, todos al Norte y unidos entre sí por una sola vía férrea. Ahora bien, nuestro itinerario era rumbo al Suroeste, y el ejército español no contaba con puntos de etapa para operar a tan larga distancia de su base, en cualquiera de las tres últimas poblaciones mencionadas que la tuviera. Tomadas en cuenta estas circunstancias, no es de extrañar la ninguna oposición que encontró el ejército invasor para cruzar todo el Camagüey. El último intento hecho por el enemigo, fué el de la misma columna con que nos habíamos batido en el Lavado. Esta, a las pocas horas

de haber nosotros cruzado el Jobabo, apareció sobre la margen que acabábamos de dejar a la espalda; pero no continuó en nuestra persecución, sino que se retiró a Guáimaro. Claro está que la falta de resistencia en el pasaje de este río no fué ya debida a la previsión del general Maceo, sino a la imprevisión del alto mando español, a quien no se le ocurrió cosa tan lógica como la de situar allí, con antelación, algunas fuerzas.

El día 10 se incorporaron al ejército invasor dos regimientos de caballería, con un efectivo de aproximadamente cuatrocientos hombres, al mando del general José María Rodríguez, lo que hizo subir el número de nuestros jinetes a mil trescientos. El día 21, acampados en Antón, se nos reunió otro contingente de doscientas treinta plazas, a las órdenes del coronel Esteban Tamayo. Estas tropas, aportadas por la Segunda División de Oriente, con arreglo a disposiciones previas, debieron haber sido de 800 hombres; pero circunstancias que no son del caso referir impidieron reunirlos.

Hasta el momento el enemigo no había intentado ninguna operación ofensiva, pues una columna que se situó a nuestra retaguardia el día 14, luego de reconocer nuestras huellas retrocedió a Puerto Príncipe, en previsión de un ataque nuestro a la mencionada ciudad, según pudimos deducir de un mensaje que cayó en nuestras manos, enviado por el general Serrano Altamira al jefe de la referida columna.

El día 28, al anochecer, acampamos en el caserío de Artemisa, en las inmediaciones de la Trocha de Morón.

PASO DE LA TROCHA JUCARO-MORON

Era la Trocha de Morón, o más propiamente dicho, de Júcaro a Morón, una línea militar de 17 leguas de longitud, protegida por treinta y tres fuertes, una estacada cubierta de una alambrada de púas y un foso. Dentro de su recinto quedaban comprendidas las poblaciones de Ciego de Avila y Morón, que eran a la vez centros de operaciones o, por lo menos, puntos de etapa de las columnas españolas. El 29 de noviembre se encontraba en Ciego de Avila, pueblo del cual pasamos a poco más de una legua de distancia, una de esas columnas y en Morón había otra. La guarnición permanente de la línea podía suponerse entonces de unos tres mil hombres. Esta guarnición fué más tarde sensiblemente aumentada.

Al amanecer del día 29, nuestras fuerzas que habían levantado el campamento de Artemisa a las doce de la noche, se encontraban sobre la misma Trocha, sin que el enemigo las hubiese notado. La extensa vanguardia o descubierta abrió paso en una de las alambradas, y todo el cuerpo de vanguardia, salvando el foso, fué a desplegarse en orden de batalla a los dos lados de la línea. Inmediatamente el centro se posesionó de ambos declives del terraplén y protegió el cruce de la impedimenta, operación en la que se empleó unos cuarenta minutos. La retaguardia, constituída por los dos regimientos que se habían incorporado con el general José María Rodríguez, y que debían volverse a su territorio, retrocedió. En estos momentos uno de los fuertes, llamado La Redonda rompió el fuego, siguiéndole otros. Pero ya era tarde para ellos: nos encontrábamos al lado occidental del considerado como formidable campo atrincherado, algo así co mo un Torres-Vedras, y, prorrumpiendo en atronadores vivas a Cuba, seguimos adelante sin hacerles el honor de un solo disparo. Casi estábamos en Las Villas, habiendo recorrido ya una distancia de cerca de seiscientos cuarenta kilómetros.

El mismo día 29, pocas horas después de haber cruzado la Trocha, llegamos a Lázaro, cuartel general del general en jefe, Máximo Gómez. En este campamento se encontraban también otros jefes, tales como el general Serafín Sánchez, que comandaba el departamento militar de Las Villas, el general Carlos Roloff, Secretario de la Guerra, y otros. La llegada del general Maceo, la reunión allí de los dos más grandes y gloriosos caudillos de la Revolución, que a la vista de todas las tropas se dieron estrecho abrazo, produjo entusiasmo delirante. Fué en verdad aquel un gran día para la causa de la independencia: aquellos dos hombres, igualmente extraordinarios, se completaban el uno al otro, y juntos no había empresa militar que no realizaran, aunque ella presentara los más árduos problemas de estrategia y táctica, y de factor numérico y armamento, como era el de llegar hasta los confines occidentales de la Isla.

Diciembre

COMBATE DE LA REFORMA

De Lázaro López se trasladaron ambas columnas Gómez-Maceo el día 30 a La Reforma. Antes de emprender la marcha, formadas todas las fuerzas, que en aquellos momentos sumaban yo dos mil individuos poco más o menos, el general Gómez les

dirigió una vibrante arenga, de la cual inserto uno de los párrafos más vigorosos:

"En esas filas que veo tan nutridas la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate será un día perdido o mal empleado| El triunfo sólo puebe obtenerse con el derramamiento de sangre. ¡Soldados!, no os espante la destrucción del país; no os extrañe la muerte en el campo de batalla; espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si por casualidad España llegara a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos".

En La Reforma tuvo noticia el Cuartel General de que en Trilladeritas, lugar situado a 8 kilómetros al Oeste, se hallaba una columna española compuesta de tres armas, o sean infantería, caballería y artillería, al mando del general Suárez Valdés. Dicha fuerza avanzó al día siguiente sobre nuestro campamento.

El campo donde se libró la acción conocida por acción de La Reforma, se encuentra situado en parte a la izquierda de Río Grande (en realidad un arroyuelo de escaso caudal, con un cauce de dieciocho o veinte pasos de anchura, y de/bajos y descantilados bordes), y en parte a la derecha, por donde le pasa también un arroyo. Ambas corrientes van de Norte a Sur y se reunen, formando ángulo, en un sitio llamado San Pedro.

En la margen izquierda de Río Grande, próximo a su lecho y en dirección Oeste, existe un tramo de suelo algo elevado, y otro en la margen opuesta, en la misma dirección, pero bastante más apartado de la corriente. Hacia el Oeste, el suelo, en alguna extensión, es bajo y existen en él ciénagas y tremedales, que hacen difícil. y aun peligroso, el paso para todo aquel que no esté habituado a andar por aquellos sitios. En el mismo rumbo, a poco de dejar este terreno pantanoso, se extienden, aquí y allá, en un buen trecho, grandes matorrales y algunos árboles.

Rumbo al Este, pero inclinándose al Norte, el suelo se levanta un tanto y es por lo general seco y firme. También lo pueblan algunas maniguas, y en aquel tiempo era abundante en "yerba de Guinea".

Al amanecer del día 2, nuestras fuerzas se pusieron sobre las armas. No era la intención del Cuartel General, casi parece ocio so repetirlo, empeñar choques formales, mientras se les pudiera

eludir; pero, encontrándose el enemigo tan próximo a nuestro campo, parecía inminente un ataque de su parte que, siquiera fuera en retirada, nos sería forzoso repeler. Efectivamente, los españoles nos atacaron, pero ya como a las ocho de la mañana, cuando, en virtud de tal tardanza, nuestras fuerzas se habían puesto en marcha, y únicamente su retaguardia faltaba por desfilar, en espera del repliegue de los cuerpos de guardia. En ese momento, nuestros bagajes, la enorme muchedumbre de hombres desarmados, atascándose en los barrizales, ocupaban el camino, marchando con las naturales dificultad y lentitud.

El enemigo, con el propósito manifiesto de dominar aquel camino y tenernos bajo sus fuegos, se extendía rápidamente hacia su derecha por la margen del río que ocupaba, tratando de señorear la altura; visto lo cual por el general Maceo, que dirigía la acción, sacó de la retaguardia que aún permanecía formada en el campo de batalla, una compañía y la situó, bien oculta entre los arbustos y yerbajos, en la otra elevación del terreno antes descrita; disposición ésta que protegió eficazmente la evacuación de nuestros bagajes. Al mismo tiempo destacó algunas secciones de caballería para proteger la retirada de los puestos avanzados. De la columna española, mientras el centro se mantenía en las posiciones desde los primeros momentos tomadas, haciendo un fuego intenso de fusilería y de cañón, la vanguardia, cruzando el río, se dirigía resuelta sobre el lugar por donde continuaba desfilando nuestra impedimenta; mas, de improviso, recibió a quema ropa los disparos de la compañía de tiradores previsoramente colocada por el general Maceo en aquellos enyerbados montículos, lo que, haciéndole perder su formación y replegarse aceleradamente sobre su segunda línea, obligó a ésta a poner rodilla en tierra los infantes y a adoptar sus jinetes el orden disperso. Entre tanto, el centro enemigo, desplegándose por batallones a lo largo del río, arreciaba el fuego de sus fusiles y cañones sobre aquella posición nuestra, pero sin avanzar. El general Maceo la reforzó con media compañía más, y, cuando ya la impedimenta se encontraba fuera del peligro hizo desfilar aquella parte de nuestras fuerzas que hasta entonces había formado la retaguardia; la sustituyó con las gentes de los puestos avanzados y con las que estaban en posición en el collado; hizo también desfilar éstass en seguida, y, emborcándolas con el resto de la infantería —más allá de los tremedales, entre los maniguazos que bordeaban por aquel frente el potrero—, dejó el campo de La Reforma.

La acción de La Reforma, considerada desde el punto de vista táctico, fué de muy escaso resultado para ambos adversarios: pero, si se tiene en cuenta que el objetivo estratégico del general Maceo era el de una marcha siempre adelante, eludiendo empeños de armas formales que pudieran interrumpirla, es necesario convenir en que obtuvo la victoria sobre el general español Suárez Valdés. Este se hallaba ya antes de la acción a nuestra vanguardia, a un par de leguas de nuestro campo, y para acercarse a él, no tuvo más que hacer una corta marcha de frente. Entró en contacto con nosotros en circunstancias que lo favorecían grandemente, y, no obstante, la columna cubana, sin sufrir serio quebranto en el choque, continuó su avance en el rumbo de antemano propuesto.

Tal vez causará extraeñza que, encontrándose el general Máximo Gómez en el campo de La Reforma, no fuera él, y sí el general Maceo, quien tuviera el mando de nuestras fuerzas durante la acción. Para comprender esto, que pudiera aparecer como una falta de regularidad en el orden de la jerarquía militar, es necesario tener en cuenta: primero, la falta de rivalidad entre aquellos dos soldados extraordinarios, y la elevación de carácter del General en Jefe, que exento de vanidad y de ambición personal y de cualquiera orta preocupación que no fuera el triunfo de las armas cubanas, se complacía en dar a su lugarteniente y antiguo discípulo en el arte de la guerra, oportunidades para desplegar sus dotes excepcionales de estratega; y segundo, que, habiéndose convenido de antemano que el ejército invasor vendría a las órdenes del general Maceo hasta no entrar en territorio de Las Villas, en el cual lo aguardaría el general Máximo Gómez, era de suponer que la jefatura de aquél no había terminado en La Reforma, cuyo campo pertenece a la provincia de Camagüey. Y tampoco sería ésta la única vez que el General en Jefe delegara en su lugarteniente la dirección de una batalla. Como un testimonio más de lo que se deja sentado, permítasenos aducir el hecho de que, al designar el General en Jefe al Lugarteniente el 3 de diciembre, o sea al día siguiente de la acción a que acabo de referirme, lo nombró concurrentemente jefe de la columna expedicionaria. Pero justo es declarar que en la práctica el general Maceo nunca obró sin consultar con el General en Jefe y atenerse a su consejo. Maceo sentía devoción por el General Gómez, a quién reconoció siempre como su superior jerárquico; recordaba que había sido su maestro en el arte de la guerra y admiraba su genio militar.

Por otra parte, la acción de La Reforma, que pudo ser de frente y revestir alguna importancia, de haberlo querido el jefe español, se redujo a un ligero contacto, por habernos atacado aquél por un flanco de la retaguardia que era el elemento de marcha en que venía Maceo.

En Trilladeritas, los generales Gómez y Maceo procedieron a completar nuestra organización militar. Organización, desde luego, sui generis, en armonía con la situación en que nos encontrábamos: la escasez de efectivos y de armamentos, con el sistema de guerra que esta misma condición nos imponía. No estábamos en condiciones de poder librar batallas campales, y mucho menos de resultados decisivos, contra un ejército que era ya el décuplo del nuestro, y que aun nos sería numéricamente superior más tarde; debíamos apelar a una campaña de acciones parciales, de constantes movimientos, de ataques repentinos y de súbitas desapariciones. Arrojarnos impetuosamente sobre el adversario y derotarlo aquí, y esquivarlo allá, pero acosándolo constantemente; cansarlo y diezmarlo, tanto por el plomo y el acero, como por la fatiga y la extenuación. Y esto en cada provincia en cada distrito, en cada comarca. Era necesario que en el territorio de la Isla no transcurriese un día sin que se escuchara el fragor del combate, ni el suelo dejara de empaparse de sangre. Para una guerra así, se hacía preciso dividir y sudividir el ejército. dotarlo de un gran número de jefes y oficiales, y dar a cada uno la mayor independencia posible en las operaciones locales. En el alto mando, no obstante, residiría la facultad de establecer líneas generales y de ordenar concentraciones de tropas para, cuando las circunstancias lo permitieran, presentar combates formales o atacar una ciudad guarnecida por el enemigo. Por eso no debe causar asombro ni la pomposa nomenclatura de cuerpos de ejército, divisiones, brigadas, regimientos y batallones, ni el número de los mismos en que fué organizado aquel pequeñísimo contingente de tropas.

En Trilladeritas se convino en crear cinco cuerpos, y más tarde, cuando , por haber sido invadido su territorio por las fuerzas acaudilladas por Maceo, se puso en armas la provincia de Pinar del Río, se creó un sexto cuerpo. Estos seis cuerpos reunidos no hubiesen constituído más de uno del tipo regular de aquella época, pues al terminar la contienda, y después que el gobierno de los Estados Unidos, por encontrarse también en guerra con España, nos dió algunas de las armas obsoletas de su ejército,

no contábamos arriba de veinticinco mil a veintiséis mil combatientes. Este ejército estaba compuesto casi en su totalidad de infanteríay caballería, pues la artillería se reducía a unas ocho piezas de distintos sistemas y calibres. La infantería no estamaba armada de bayoneta, que es su instrumento esencial de combate; el ganado de la caballería, no siéndonos posible seleccionarlo, era muy inferior al de los españoles. No existía el cuerpo de administración, que después de todo hubiese sido una superfluidad allí donde no había suministro de nada; donde cada cual tenía que arbitrar los medios de alimentarse y de vestirse, apelando por lo general al recurso del merodeo, recurso que con frecuencia fallaba, bien por exhaustitud del país, bien por la falta de imaginación del merodeador para descubrir un escondido troje. No se nos proveía ni siquiera de armas y municiones con regularidad, pues en muchos casos era preciso tomárselas al enemigo. En cuanto a Sanidad Militar, aunque el personal médico no era del todo escaso, las más de las veces carecía de instrumental quirúrgico y aun de medicinas, por lo que con frecuencia se veía impotente para practicar una amputación necesaria, o aplicar el medicamento cicatrizador en una herida. ¡Cuántos y cuántos de nuestros hombres, que debidamente atendidos se habrían podido salvar, no perecieron por esta causa! Y huelga decir que nuestros hospitales consistían en miserables ranchos de vara en tierra dentro de la selva, lo más apartado e ignoto posible, única manera de sustraer a la implacable saña del enemigo a enfermos, médicos y enfermeros.

LAS VILLAS

COMBATE DE IGUARA

Para defender el paso del río Jatibonico, límite de la provincia de Camagüey con la de Las Villas, habían establecido los españoles, en la jurisdicción de Sancti Spíritus, una línea de destacamentos fortificados que comprendía los pueblos de Iguará, a 28 kilómetros al noroeste de Sancti Spíritus y a 19 kilómetros al Este de Zaza del Medio, Taguasco, Bellamota y Mayajigua. Iguará contaba con un sistema de fortificación consistente en un fuerte de bastante magnitud y tres fortines.

El lugar donde se libró la acción está entre Taguasco e Iguará. es decir, al norte del último mencionado pueblo, y como a cosa de una legua distante del mismo. El suelo por aquellos contornos es en general llano, con algunas cortaduras y barrancas. El único relieve digno de nota es un otero que se eleva al Suroeste,

sobre el camino de Sancti Spíritus. La vegetación es pobre, pero muy enmarañada, particularmente al Norte.

El camino que conduce a Sancti Spíritus, tomado en Iguará, baja primero hacia el Sur, pasando por Ojo de Agua, Rubuti, Playuela, Blanquizal y Quemadito, y se endereza luego francamente al Oeste. Dos arroyos, que se juntan para verter sus aguas en el Jatibonico, cruzan este camino: el uno viene de Iguará y el otro de Ojo de Agua. Es posible que tales arroyos sean simples regajos del Jatibonico, y en tal caso huelga decir, que en vez de correr de Norte a Sur, corren de Sur a Norte. Detalles como éste son muy difíciles de observar en un paisaje que se contempla por primera vez bajo el plomo enemigo, máxime si, como en este caso, no tuvieron importancia táctica.

Existía otro camino muy estrecho que iba hacia Taguasco y que, tomado en el lugar donde se libró la acción, corría encallejonado entre dos cercas de alambres e iba a desembocar, antes de llegar a dicho pueblo, en un sitio poblado de guamás y otros árboles y de tupidas malezas.

En la mañana de aquel día 3, la columna expedicionaria, dejando a Trilladeritas muy temprano, se puso en marcha con el propósito de vadear el Jatibonico por las inmediaciones de Iguará, e internarse en la jurisdicción de Sancti Spíritus por su región meridional, o sea por la serranía de Guamuhaya. Pero antes, habiendo dispuesto el alto mando del ejército que el general Quintín Bandera, acompañado del teniente coronel José Miguel Gómez, se dirigiera con toda la infantería, que contaba ya unas setecientas plazas, a efectuar una incursión por el valle de Trinidad, dichas fuerzas se habían separado del núcleo invasor. La distancia entre Trilladeritas y el vado por donde cruzamos el Jatibonico no es mayor de dos leguas en línea recta; pero, habiéndonos inclinado en los primeros momentos un tanto al Norte, en dirección de Juan Criollo, el trayecto a recorrer se hizo un poco más largo, llegando al paso del río como a las ocho y media de la mañana.

A la vanguardia de nuestra columna, ahora compuesta únicamente de caballería, marchaba el general Máximo Gómez, llevando el centro y la retaguardia el general Maceo. Los miembros del Gobierno que nos acompañaban, los bagajes y, en general, la impedimenta, iban al centro. Llevábamos un ala a la izquierda, a causa de la existencia de destacamentos enemigos en

Iguará; pero sin presumir que se encontraran allí fuerzas de mayor consideración.

Cruzado ya el río por la vanguardia, unos cuantos individuos, que se habían separado de la misma tratando de lazar unos caballos, comunicaron al general Gómez que habían tropezado con fuerzas enemigas en un potrero llamado Hato García. en marcha por el camino de Iguará a Sancti Spíritus. Avisado el general Maceo de la ocurrencia, por un oficial que le envió el general Gómez, ambos jefes, luego de una corta conferencia, se separaron, convencidos de que el combate era inevitable. El general Gómez se adelantó a galope por el camino de Sancti Spíritus, ocupando el otero antes mencionado, y Maceo corrió de nuevo a retaguardia a activar el cruce del río por el resto de nuestra columna.

Desde la posición que ocupaba el general Gómez hasta muy próximo a la llegada del Jatibonico, todo el trayecto estaba materialmente barrido por los proyectiles de los españoles, pues éstos, al divisar los jinetes villareños y camagüeyanos del general Gómez sobre el otero, se habían detenido y roto el fuego.

Nuestro situación era sumamente peligrosa y la urgencia en acabar de cruzar el río un factor pudiera decirse decisivo, porque si el enemigo, dándose cuenta de la misma, avanzaba por aquel lado, o bien nos impedía la referida operación y nuestra columna quedaba truncada con la cabeza en Las Villas y el tronco y las extremidades en Camagüey, o bien al llegar al cruce ya indicado en los caminos de Sancti Spíritus y Taguasco, todavía en la desorganización consiguiente al paso del río y con él a la espalda, la atacaba con toda la superioridad que en tal condición le daban sus posiciones y el contar con el arma más adecuada para ellas, la infantería. En cualquiera de ambos casos la suerte del ejército invasor parecía abocada al desastre. Tan inminente consideró el general Maceo este peligro que, dejando aún una gran parte de la retaguardia del lado de allá del río, con orden de que a medida que fuera pasando apoyara por la derecha un movimiento de flanco que él iba a intentar con los trescientos cincuenta jinetes orientales que ya tenía a la mano, retrocedió por el mismo camino que habíamos traído más allá de Taguasco, y luego a campo traviesa avanzó por el flanco izquierdo del enemigo. El llegar a las posiciones ocupadas por éste, lo hizo sumamente difícil la tupida maleza y guamás que, según hemos apuntado más arriba, existían a la salida del paralelo del callejón,

formado por las cercas de alambres, que también quedan mencionadas, y con las que fuímos a tropezar. Hubo, pues, necesidad de abrirnos paso, cortando árboles y ramas y bejuqueras a filo de machete, bajo el nutrido fuego que los españoles, al oir el ruido del ramajeo y el tropel de los caballos, hacían sobre aquella dirección. Al desembocar de la espesura, descubrimos al enemigo. Ocupaba éste un espacio de terreno limpio de malezas, pero donde, amén de una multitud de árboles, existían acá y allá trozos de antiguos setos. Su orden de batalla era un rectángulo formado de una sola fila , uno de cuyos ángulos tenía el vértice en línea y a muy corta distancia de las fortalezas de Iguará. En esta posición, cubría todos sus frentes, y sus proyectiles barrían las formaciones de la caballería villareña del general Serafín Sánchez y de la escolta camagüeyana, que, con el general Gómez, ocupaban el otero de referencia, y todo el campo por donde apareció Maceo con sus jinetes orientales.

Al penetrar nosotros en el espacio limpio donde se encontraban los españoles, no menos de treinta de nuestros hombres rodaron de sus caballos en cuestión de doce o quince minutos: pero nadie se detuvo, sino que la vacilación fué de un segundo, y a la voz y al ejemplo de Maceo, nos arrojamos sobre las líneas del cuadro español. Secciones enteras del mismo fueron desbaratadas, no obstante los árboles y cercados que les servían de parapeto, y varios soldados fueron acuchillados y otros hechos prisioneros. Nuestro impulso fué tal, que muchos de nuestros jinetes saltaron dentro del cuadrilátero enemigo, y varios de los mismos encontraron la muerte allí. Mientras tanto, el general Gómez, al darse cuenta del ataque del general Maceo por la izquierda, acometió por el ángulo suroeste del cuadrilátero y por su lado derecho dándose la mano con aquella parte de nuestra retaguardia que ya había cruzado el río, y que, cumpliendo la orden de Maceo, atacaba a su vez por el ángulo sureste y el mismo lado derecho. Entonces el enemigo, viéndose semirrodeado y temeroso de que le fuera cortada también su ya única retirada, que era la de Iguará, retrocedió, diezmado y maltrecho a ampararse en las fortalezas de dicho pueblo. La acción había durado cerca de dos horas. La carencia de infantería, las condiciones del terreno por donde se retiraba el enemigo, la posibilidad de sacrificar mucha gente y la necesidad de economizar parque lo libraron de nuestra persecución y muy probablemente de un desastre completo, y le permitieron retirarse en buen orden.

Iguará constituyó un triunfo para las armas cubanas. Los españoles, aunque en buen orden y después de haberse batido bravamente durante un par de horas, fueron obligados a abandonar el campo de batalla y compelidos a retrogradar a su punto de partida. Y, si es cierto que nosotros poseíamos la superioridad numérica, ellos, en cambio, tenían la muy notable ventaja de disponer de infantería, en un terreno que era tan propicio al desarrollo combativo de esta arma, cuanto era desfavorable al de la cabalería. Analizada la acción en sentido táctico, habremos de convenir en lo oportuno del movimiento de flanco por la izquierda ejecutado por el general Maceo, y el que por su orden efectuó después, por la derecha, la parte de nuestras fuerzas que aún se encontraba en aquellos momentos del lado de allá del río. Con el primero se proponía detener al enemigo, cualquiera que fuese la dirección en que marchara, porque, ya fuese hacia Sancti Spíritus, ya hacia el Jatibonico, nos podía interceptar el paso; y con el segundo procuraba proteger nuestros bagajes e impedimenta, al cruzar por la intersección del camino de Sancti Spíritus y el callejón de Taguasco, punto éste el más peligroso en el segundo de ambos casos. Y fué igualmente acertado el movimiento realizado por el general Gómez, por lo que podía suponerse el frente de la columna y por su flanco derecho, que tendía a la misma finalidad procurada por Maceo, y cuyo resultado fué haberle quedado interceptado el paso a los españoles para moverse como no fuera hacia el Norte, o sea camino de Iguará. Casi está de sobra decir que estos movimientos se iniciaron antes de conocerse los propósitos y verdadera posición de la columna enemiga. Innecesario es también afirmar que asimismo en el orden estratégico obtuvimos un triunfo, puesto que no se nos impidió el avance a Occidente, que era nuestro objetivo. En cambio, en este doble sentido estratégico y táctico, se le pueden anotar dos graves faltas al coronel Segura, jefe de la columna española: la de que sabiendo, según su propia confesión, que las partidas de Maceo, Máximo Gómez, Serafín Sánchez y Roloff habían sido arrojadas de La Reforma, y habiéndose propuesto batirlas, no se hubiese situado sobre la margen occidental del Jatibonico, cubriendo aquel vado del río, que, por la dirección que él debía conocer que traíamos nosotros, estaba con casi toda probabilidad indicado para nuestro paso; y que, aun después de encontrarnos del lado de acá, no se hubiese adelantado a ocupar posiciones en el crucero de los caminos de Sancti Spíritus y Ta-

guasco, con lo que no solamente hubiese podido impedir nuestra marcha, sino ocasionarnos un serio descalabro.

En el orden político también nos fué altamente favorable aquella acción, porque ella pregonaba, con la elocuente voz de la victoria, la entrada del ejército invasor en el territorio de una provincia más, en su marcha a las regiones de Occidente.

En cambio, debe considerarse como un error del alto mando de nuestro ejército el haberse desprendido de toda la infantería en los momentos precisos en que el suelo, por la ruta en que habíamos de marchar, comenzaba a ser desigual y escabroso. La inconveniencia de tal medida la acabábamos de experimentar, y muchas veces más la experimentaríamos al atravesar los grupos montañosos de Guamuhaya, en Sancti Spíritus, y de la Siguanea, en Trinidad. Verdad es que con aquella incursión por el valle de Trinidad se perseguía el doble efecto estratégico y político de desviar hacia allí una parte del ejército enemigo, ocupado en combatir a la columna expedicionaria, y dar al mismo tiempo la sensación de que ésta era tan poderosa como para hacer diversiones a largas distancias. Pero estos y aun mejores resultados se podían obtener dando con la infantería mayor efectividad a las funciones bélicas del núcleo principal. En realidad, los españoles, considerando que toda importancia de la campaña para ellos era impedir el progreso de la invasión revolucionaria, combatiéndola de etapa en etapa, desdeñaron aquella diversión, y si algunas tropas distrajeron del frente para contrarrestarla, debieron ser en tan reducida escala que en nada disminuyó la presión ejercida sobre el contingente medular. Comprendo que, debiendo ser la rapidez en el avance una de las condiciones más primordiales en el éxito de la empresa, se le diera preferencia a la caballería; pero tengo para mí que hubiese sido muy provechoso haber organizado, con aquellos setecientos infantes que se le dieron a Quintín Bandera, un cuerpo de dragones, esto es, de soldados que marcharan montados y combatieran a pie, y destinar cincuenta hombres de caballería a tenerles el caballo del ronzal durante las funciones bélicas. En varios casos más tarde se recurrió a este sistema, sistema no aconsejado tal vez en circunstancias ordinarias de la guerra, y abolido en los ejércitos europeos desde principios del siglo XIX, pero sí en una operación de la índole de la que nos ocupa, y en un ejército de tan escasos medios como era el nuestro, el cual debía recorrer una distancia de cuatrocientas leguas de un territorio que, como ya se ha dicho, en

su anchura máxima no mide arriba de ciento veinticinco a ciento treinta kilómetros, siendo de cien kilómetros por término medio yteniendo tramos que sólo alcanzan cuarenta kilómetros: que debía atravesar por entre las filas de un ejército que estaba en condiciones de poner en cualquier momento en el tablero de una batalla diez peones por cada uno nuestro, y con el cual no siempre podríamos rehusar el combate; en ocasiones nos convendría aceptarlo y aún provocarlo por necesidades estratégicas o políticas. Y quizá sería oportuno recordar que, todavía en 1804, cuando Napoleón hacía preparativos para invadir a Inglaterra, se organizó en el campo de Boulogne un cuerpo de dicha arma híbrida de infantería y caballería, y que España lo conservó hasta 1815.

ACCION DE FOMENTO

El día 9 cruzamos algunos disparos con la guarnición española de Fomento. Este pueblo está situado, como es sabido, en la línea divisoria jurisdiccional de Sancti Spíritus y Trinidad. Medio oculto por el verde lienzo de sus colinas, el blanco grupo de sus casas emerge de repente en el paisaje, como un rebaño de ovejas al recodo de un camino.

El pueblo de Fomento estaba fortificado y dotado de una numerosa guarnición, con guerrillas montadas que, aparte de ejercer vigilancia sobre los ejidos de la población, hacían correrías a mayor o menor distancia de la misma. Era, además, punto de etapa de las columnas enemigas en operaciones por aquellas zonas, por lo que raramente dejaba de encontrarse alguna acampada allí.

Al pasar nuestra columna, ese día en la mañana, por las inmediaciones del pueblo, que nos quedaba a la izquierda, los destacamentos nos hicieron fuego; primero solamente algunos disparos aislados, pero después, a los pocos segundos, ya fueron descargas nutridas y contínuas. Esto nos hizo suponer que la guarnición no se encontraría sola, sino que alguna fuerza mayor se encontraba en el poblado y desde los parapetos de éste nos arrojaba el guante de desafío. Pero el ataque a una plaza fortificada no entraba por entonces en los planes de operaciones de nuestro alto mando, por lo que, contentándonos con hacerles algunos disparos, para no dejar herido el orgullo militar de nuestros adversarios, continuamos nuestra ruta, no sin que, en previsión de que éstos se decidieran a dejar sus acantonamientos y

seguir nuestras huellas, se quedara el general Maceo en observación un buen rato con parte de la retaguardia.

ACCION DE CASA DE TEJAS O DE LOS INDIOS

El mismo día 9, poco después de haber dejado atrás el pueblo de Fomento, hubimos de sostener un choque más importante, que comenzó en Casa de Tejas y terminó en Los Indios.

Atravesaba nuestra columna el camino real de Santa Clara, por las cercanías del poblado de Casa de Tejas, que, como Fomento, nos quedaba a la izquierda. Ya habían cruzado la vanguardia, el centro y una gran parte de la impedimenta. En el crucero quedaban unas parejas de vigilancia, esperando el paso de la retaguardia. Esta venía un poco distante, y entre ella y el centro se encontraban algunos grupos de los conductores del bagaje, que, a causa de la fatiga de las bestias, o por propia pereza de los hombres, se hallaban rezagados. Súbito, de unos espesos matorrales partieron varias descargas y una lluvia de proyectiles cayó sobre aquéllos y sobre las parejas de guardia en el crucero.

En Casa de Tejas, según se supo después, se encontraba una fuerza enemiga protegiendo unas obras de fortificación. El jefe de la misma, informado oportunamente desde Fomento de nuestro paso por allí, tuvo tiempo de apostarse convenientemente para cogernos de sorpresa. Las descargas españolas introdujeron gran confusión y espanto entre aquella muchedumbre de la impedimenta, toda ella gente desarmada. Mas el general Miró, jefe del Estado Mayor de Maceo, acudiendo con presteza, acompañado de varios ayudantes, pudo reunir algunos jinetes que, desplegados frente al maniguazo y haciendo fuego contra los escondidos infantes enemigos, pudieron restablecer el orden entre nuestros dispersos conductores de bagaje y servirles de protección.

El enemigo, entre tanto, siempre abrigado por la tupida maleza que bordeaba el camino, se iba prolongando por su izquierda, y sus disparos iban ya alcanzando las filas del centro de nuestra columna. Entonces, acudiendo el general Gómez desde la vanguardia con dos escuadrones, y Maceo desde la retaguardia con una parte de la misma, cargaron al enemigo por entre los maniguazos, saltando zanjas y cañadas. Este, ante aquella formidable embestida, comenzó a batirse en retirada hasta después de haber cruzado un profundísimo barranco, en cuyo borde opuesto se hizo fuerte. Imposible nos era a nosotros salvar aquel obstáculo tan sólo con caballería. Por otra parte, en la lucha por

aquellos vericuetos, el enemigo, que era de infantería, nos habría de llevar siempre la ventaja. Teníamos ya el camino expedito y nos volvimos a él. Mas los españoles no hicieron esperar mucho rato una nueva ofensiva. Esta la efectuaron por entre unos terrenos cortados aquí y allá por zanjas y otras formas de depresiones, y cubiertos de manigua, a los cuales iba a salir el barranco antes citado. Volvimos a cargarlo, ahora con mayor ímpetu que antes, enardecidas como se encontraban nuestras tropas; pero, como la primera vez, el enemigo, haciéndose impalpable dentro de aquellas espesuras, desapareció por sitios de tránsito impracticable para nosotros.

Así terminó aquella acción, en la cual el enemigo nos causó doce bajas, con toda impunidad seguramente. De aquel descalabro de Casas de Tejas y Los Indios nos resarcimos con usura en los combates de los días 11, 12 y 13 en Manacal, Quirro y Camino de la Siguanea.

COMBATE DE MANACAL

El 11 estábamos acampados en el Hoyo de Manicaragua. La denominación de "hoyo" no da una idea exacta del lugar. Quizá si nombre tan poco eufónico y de tan poco atrayente significado, se derive del hecho de que, enclavado como se encuentra entre montañas elevadas, y siendo el espacio de terreno que entre las mismas ocupa relativamente reducido, contemplado desle las cimas de aquéllas, aparece a gran profundidad; pero se trata realmente de un valle bellísimo, de un lugar encantador. La entrada en él, viniendo por caminos verdaderamente infernales, como el que nosotros traíamos, produce una sensación de bienestar y reposo, tal como la que se experimenta cuando, navegando por mares embravecidos, la nave, penetrando de improviso en una bahía al abrigo de los vientos, recobra su equilibrio en la tranquilidad de las aguas.

En aquella época residían allí varias familias, las que nos dispensaron la más generosa y agradable hospitalidad. Todas parecían llevar una existencia económicamente cómoda y desahogada, prueba de la feracidad de la tierra y de la laboriosidad de sus habitantes.

Como a las ocho de aquella mañana, se tuvo noticia de que varias columnas españolas, compuestas de las tres armas y con fuerzas numerosas, se dirigían a nuestro encuentro. No siendo

aquel lugar una posición adecuada para un combate defensivo, marchamos a situarnos en las alturas de Manacal, que para tal objeto sou excelentes.

Difícil, si no imposible, resultaría hacer la descripción tópica detallada de estos abruptos parajes, en los que todavía impresiona el ánimo la idea de una gran convulsión geológica en edades remotas.

Estas montañas forman parte, como se sabe, del mayor núcleo orográfico del centro de la Isla, cuya altura máxima es el pico de Potrerillo, en la jurisdicción de Trinidad. Unicamente el de la costa Sur de la provincia oriental, con su pico Turquino, le aventaja en grandiosidad. El panorama es realmente estupendo. Pensemos en una vastísima sucesión de cumbres, de crestas y picachos, de mayor o menor elevación, extendiéndose en forma de abanico con el varillaje abierto, desde el río Tayabas, próximo al puerto de Casilda, por la izquierda, hasta las cercanías de Cienfuegos, y por la derecha hasta el distrito de Santa Clara, en una área de varias leguas.

No todas las cimas de estas montañas son accesible a la planta del hombre. Hoscas, de aspecto terrible, se levantan casi a plomo sobre el precipicio, mostrando allá en lo alto, como si fuera la osamenta de algún monstruo fosilizado por los milenios en sus entrañas, sus aristas blanquecinas que parecen próximas a desplomarse en la profundidad abismal que las circunda. Otras, no tan escarpadas, parecen, acogedoras, ofrecer al visitante, a modo de escalinatas, las cuestas más o menos agrias y pendientes de sus flancos.

Pero no todo en este escenario es ríspido y ceñudo; no todo en él son cimas enhiestas e inhospitalarias, y precipicios amenazadores. Alegrando la formidable pompa de la montañosa crestería se asocian en el paisaje colinas de suaves y amenas ondulaciones y de fácil acceso, que, productos tal vez de un mismo espasmo cósmico del seno común, se enlazan unas con otras entre sí, formando abajo, en las graciosas comisuras de sus eslabonamientos, pliegues y repliegues caprichosísimos. Tal es el alto de Manacal, donde tomamos posiciones el día 11, y tales son también el de Alberich, que nos quedaba al frente. y el Mabujina, que teníamos a la izquierda, y otros más que sería muy largo enumerar.

El conjunto del núcleo constituye una formidable fortaleza inexpugnable. Veinte hombres por cada uno de los que estuviese

en posesión de ella, no bastarían a desalojarlos jamás, con tal de que estos últimos contasen con suficientes provisiones de boca y guerra. Cada altura allí es un bastión; cada farallón, una escarpa; cada ladera, una contraescarpa; cada precipicio, un foso; y cada pliegue del terreno, un camino cubierto.

Como a las dos de la tarde comenzamos a divisar a los españoles sobre las alturas de Alberich, en marcha hacia Manacal. Avanzaban lentamente con su ala izquierda muy prolongada, y como dirigiéndose rumbo a Ajocinado, tratando de desechar un monte interpuesto a nuestras posiciones. Inmediatamente se destacaron varias secciones de nuestra caballería, con orden, unas de atacar el ala izquierda enemiga por sus elementos más delanteros, y otras de hostilizar el centro de su columna. Estas secciones iniciaron la acción. Serían las tres de la tarde.

En seguida avanzó la vanguardia de los españoles, compuesta de un regimiento de infantería, una pieza de artillería y algunas guerrillas de caballería, tratando de escalar la altura de Manacal; pero cien de nuestros jinetes, pie en tierra, la detienen y la inmovilizan, por lo que hubo de conformarse con hacer un intensísimo fuego de fusilería y de cañón contra nuestras posiciones. Mientras tanto, las secciones cubanas que habían sido enviadas a cubrir nuestra derecha y hostilizar el centro enemigo, obligan a éste a destacar varias compañías, las que, después de prolongada lucha, ocuparon el monte antes indicado.

La acción toma ahora su máximo desarrollo. El enemigo, resuelto a tomar nuestras posiciones, refuerza su vanguardia, y con casi todos los elementos de su columna ejecuta un movimiento envolvente, que trata de disimular con una falsa retirada. El general Maceo, con su Estado Mayor y escolta y un regimiento, corren al punto en peligro, y echando pie a tierra y peleando como infantes, contienen el avance de los españoles, quienes tratan en vano de desbaratar nuestras líneas con un copioso e ininterrumpido fuego de fusilería, al que sólo puso término por aquel día la invisibilidad de la noche. Ambos bandos quedamos en nuestras respectivas posiciones.

COMBATE DE MANACAL Y LAS LOMAS DE QUIRRO

Al amanecer del día 12, las avanzadas de ambos contendientes rompieron el fuego. Los disparos suenan cada vez más cercanos, indicio seguro de que el enemigo no había cejado en su propósito de conquistar nuestras posiciones. Y como no era cosa

de que nosotros, por sostenerlas, consumiésemos el parque —que debíamos economizar para emplearlo en empeños de más entidad y de mayor justificación en aquella campaña invasora, cuyo triunfo consistía en cada una jornada que hiciéramos hacia adelante—, fué dispuesto por el alto mando de nuestro ejército que se evacuaran las alturas de Manacal. El desfiladero de Quirro ofrece condiciones excepcionales para el combate en retirada, y como, por otra parte, sigue el rumbo que nosotros debíamos llevar, por él se hizo la marcha, quedando a retaguardia el general Maceo con su Estado Mayor y escolta y unos trescientos hombres de caballería para proteger la retirada.

Avezado como estaba Maceo, por la experiencia de diez años de guerra anteriores, a estas luchas de montaña, realizó prodigios con aquel puñado de jinetes, que, llevando sus caballos del cabestro, peleaban admirablemente como dragones.

Situados por grupos en cada recodo des desfiladero; ocultos en los salientes de una roca, en la concavidad de los farallones, en los declives del sendero, el enemigo no da un paso sin recibir a quema ropa sus certeros disparos. La columna española tarda más de una hora en recorrer cada kilómetro, y el camino se hace más y más tortuoso y angosto. Atravesamos además un terreno tupido de monte, casi impenetrable en algunos puntos. Ya hemos dejado atrás el escenario de las colinas y nos encontramos en otro donde las alturas son siempre abruptas y escarpadas. El estrecho camino corre entre farallones y precipios, pero las descargas de fusilería del enemigo continúan atrás nutridísimas, oyéndose los disparos intermitentes, individuales en ocasiones de nuestros dragones, que les hacen pagar a precio de sangre cada pulgada de terreno.

Nuestro fuego escalonado y los obstáculos naturales del camino van obligando a los españoles a avanzar cada vez más lentamente; se han quedado a gran distancia, y los nuestros se van reuniendo, replegándose los pelotones más rezagados a los más delanteros.

Como a las dos de la tarde, habiendo llegado a Boca del Toro, ya reunidos todos los hombres dejados en escalón, nos detuvimos a descansar un rato. El suelo en Boca del Toro está formado de grandes rocas que, superpuestas unas a otras sobre un profundo precipicio, afectan la figura de un semicírculo.

Las fuerzas enemigas, aunque dejadas a alguna distancia en camino tan escabroso, y embarazadas seguramente con multitud

de bajas, se mostraron incansables y tenaces en nuestra persecución. Poco más de una hora después de haber llegado a Boca del Toro se presentaron ellas por sobre nuestro rastro, y se renovó la acción. Nosotros, desplegados en aquel campo en forma de anfiteatro, demarcado por las peñas enormes que son su gradería, y los españoles desde el sendero, encerrados, apretujados por los farallones. Esta fase del combate, que fué la última de aquel día, terminó a las cuatro de la tarde, hora en que nosotros, queriendo reservar nuestras municiones para las futuras jornadas, quizá para la del día siguiente, nos retiramos de aquellas posiciones. El enemigo las ocupó y acampó en ellas. Nosotros fuímos a incorporarnos al grueso de nuestra columna en las montañas del Quirro. Aquí, en el Quirro, como de nueve a diez de esa misma noche, hubo una alarma que obligó al general Maceo a permanecer en vigilia, al raso, con sus ayudantes. El frío era intenso, pues el invierno de 1895-1896 fué excepcionalmente riguroso.

COMBATE EN EL CAMINO DE LA SIGUANEA

Aún indecisa la luz matinal del día 13, abre la acción la artillería española, enviando a nuestras posiciones algunos proyectiles que pasan sobre nuestras cabezas inofensivos, y al hacer sus impactos a distancia contra el blindaje pétreo de algún farallón, espantan con el ruido de sus siniestras explosiones bandadas de pájaros, que, batiendo el aire con sus alas, se remontan al espacio buscando más alta y tranquila cumbre donde posarse. Nuestra columna se pone en movimiento rumbo a La Siguanea. Va desfilando por el fondo del escenario, al abrigo de los repliegues de un cerro y de las sinuosidades del suelo, mientras que, delante de ella, grupos exploradores ocupan las alturas que dominan el valle de Cumanayagua, término grandioso de la cordillera, avizorando los campos, sembrados tal vez de insidias, y por donde hemos de cruzar, pues se asegura que el enemigo ha acumulado en ellos muchos miles de soldados para interceptarnos el paso a la comarca de Cienfuegos.

Pero el fuego de la artillería de los españoles no se prolonga por mucho tiempo; quizá si porque lo creyeran ya suficiente a la preparación de un ataque, o porque se convencieran de su inutilidad, acometieron bravamente con su infantería las posiciones tenidas por nuestra retaguardia. Maceo, para contenerlos, situó poco más de doscientos hombres en emboscadas de trecho en trecho para que cubrieran nuestra retaguardia, y el grueso de

nuestra columna prosiguió la marcha. El enemigo continuó todavía durante treinta o cuarenta minutos batiendo las malezas, creyendo que allí donde resistían doscientos hombres se encontraban todas nuestras fuerzas; luego trató de flanquear destacando para ello una compañía, pero repelida ésta, se replegó prontamente. De súbito como a eso de las doce, una emboscada, situada en lugar a propósito para hostilizar a los españoles por uno de sus flancos al avanzar, rompe el fuego; pero no es con un flanco de los mismos, sino con su retaguardia. La columna enemiga ha cambiado el frente, y, dando por terminada la partida, emprende la retirada por uno de los caminos que conduce a Manicaragua.

Durante estas tres acciones nos batimos con tres columnas españolas en combinación, mandadas por el general Oliver y los coroneles Manrique de Lara y Zubeldía. Posiblemente el efectivo total de las tres no era menor de dos mil quinientos hombres: y como el objetivo del enemigo era impedirnos proseguir nuestra marcha rumbo a Occidente, y no lo lograron, es justo proclamar que fuimos nosotros los victoriosos, y porque, siendo infinitamente inferiores en número, la mayor pérdida en hombres la considerábamos como una derrota. De acuerdo con las versiones recogidas entre los campesinos de aquellos mismos lugares, la columna Oliver tuvo tantas bajas en el combate del 11, tratando de escalar nuestras posiciones de Manacal, que ese mismo día tuvo que retroceder para sus cuarteles, sustituyéndola, en la combinación con las de Manrique de Lara y Zubeldía, la del coronel Palanca.

Llegamos a La Siguanea al atardecer. Después de aquellos tres días de batallar sin tregua ni descanso, hambrientos y ateridos de frío, íbamos a descansar una noche: quizá también a comer. Pero no fué así del todo. Cierto que el enemigo no nos inquietó; pero sin cama y sin abrigos era imposible dormir bajo aquella temperatura que nos helaba. El General se alojó con su Estado Mayor en una casa que tenía dos piezas de dormir con cama. El ocupó una y el dueño o encargado de la finca, que era simplemente un palurdo, tuvo la desvergüenza de ocupar la otra. De manera que todos los ayudantes tuvimos que tendernos en el pavimento, que era de ladrillos y estaba como hielo.

En cuanto a comida, o no la había o aquel mal sujeto la tenía escondida. Unicamente al General le presentaron un plato con una muy pequeña cantidad de alimento; pero él lo apartó

a un lado y ni siquiera lo probó, seguramente por no haber para todos los que lo acompañábamos. Mis compañeros y yo, que nos sentíamos hambrientos como lobos, escudriñamos todos los rincones y recovecos de la casa, tratando de descubrir si había algo de comer. Nada, no encontramos nada. En la cocina, registrando —a tientas, pues no teníamos luz— calderos y cazuelas y cuantos recipientes encontraba, mis dedos palparon, en lo más bajo del fondo de una lata, alguna cosa que olía a manteca: era un puñado de maíz crudo, triturado como para alimento de los pollos tiernos, lo que llaman en el campo de Las Villas *rollón*. y estaba impregnado en una manteca rancia de puro vieja. Me llevé aquello con avidez a la boca. Mas, como apenas hubiera sido suficiente para colmar una cuchara, me sobró toda el hambre.

La Siguanea era ya un lugar célebre en los fastos de nuestras guerras por la independencia. Fué allí donde, en marzo de 1869, se reunieron, en número de ocho a nueve mil, los sublevados de Las Villas, el mayor núcleto de hombres que simultáneamente se haya insurreccionado en Cuba; pero que inermes casi todos, y acosados de inmediato por las tropas españolas, hubieron de dispersarse en su mayoría, siendo aniquilados en gran parte. Fué también por eso que dieron los villareños el mayor contingente de víctimas al martirologio patrio en la revolución del 68.

La Siguanea, lugar interesante históricamente por aquel trágico episodio, lo es también por lo pintoresco del paisaje: vegetación frondosa, lagos y cascadas.

El 14 acampamos en Las Lomitas. Habíamos, pues, penetrado en la tierra que el alto mando militar español proclamara pocos días antes como prohibida a nuestras armas: la comarca de Cienfuegos. ¿Qué iba a decir ahora para cohonestar su impotencia a cerrarnos el paso, con los ocho o diez mil soldados que desde antes había acumulado allí? Así, diría que se trataba de una medida estratégica, de una estratagema ingeniosamente urdida, que se nos había facilitado la entrada como se le facilita al ratón, dejándole una puerta abierta a la ratonera. Y así fué en efecto: con el nombre de ratonera fué por el momento designada por los periódicos españoles aquella comarca. Pero la tal ratonera fué en gran parte agujereada en Mal Tiempo; sufrió nuevos desperfectos en Santa Isabel de las Lajas dos días después, y la columna cubana siguió rumbo a Matanzas; se batió el 20 en

la Colmena, y el día 23 del mismo mes Máximo Gómez y Antonio Maceo tocaban con el pomo de sus machetes a las puertas del gran cuartel general de ejército enemigo en Coliseo.

COMBATE DE MAL TIEMPO

Día 15

Para analizar los aspectos estratégico y táctico del combate de Mal Tiempo, es necesario tener en cuenta que el mismo tuvo lugar junto a uno de los vértices del triángulo que forma en Las Villas la red de ferrocarriles existente entonces en la Isla. Los tres vértices de este triángulo se abren, uno en Santo Domingo, otro en Cruces y otro en La Esperanza, y sus lados corren, a partir del primer punto o vértice citado: de Norte a Sur, o sea de Santo Domingo a Cruces, pasando por Santa Isabel de las Lajas; de Norte a Sureste, o sea de Santo Domingo a La Esperanza; y del Suroeste al Sureste, o sea de Cruces a La Esperanza. El terreno comprendido dentro de este triángulo mide, en líneas rectas, de Norte a Sur 28 ó 30 kilómetros, y de Este a Oeste 21 ó 22 kilómertos kilómetros. Dentro del mismo se encontraban enclavados varios ingenios que poseían ferrocarriles propios, y tanto éstos como los del servicio público estaban a la disposición de las autoridades militares españolas. Hay que tener presente también que la distancia de Cruces a Cienfuegos no es mayor de 29 a 30 kilómetros, y que el ejército enemigo contaba en aquella jurisdicción con contingentes móviles que sumaban no menos de diez mil soldados, lo que da una proporción aproximadamente de cinco por cada uno de los nuestros.

El primer episodio táctico, único que yo presencié, se redujo para nosotros a una fulminante carga al machete, con la cual, aniquilando a la primera unidad enemiga que se nos colocó al paso, nos impusimos desde el primer momento a las otras que fueron apareciendo en el campo de batalla, después de consumado el desastre de la primera. Bien colegíamos todos que una vez descendidos de las alturas de Manacal y de Quirro a las llanuras de Cienfuegos, en las que el adversario había acumulado poderosos contingentes de su ejército, los choques tenían que ser inevitables e inminentes. Pero se ignoraba cuándo y en qué punto se producirían. De ahí aquella orden dada por el Cuartel General esa mañana, al ponernos en movimiento, de cargar al machete al enemigo, cualquiera que fuese el lugar donde se le encontrase. No se le podría tachar al Estado Mayor español fal-

tas en la colocación de sus fuerzas para oponerse al paso de la columna invasora, ni de carencia de exactas informaciones sobre su itinerario; pero sí de error de cálculo respecto a las fechas y lugares de etapa de la misma. Efectivamente, nosotros habíamos salido de La Siguanea en dirección de Barajagua. Entre este lugar y Lomitas, donde acampamos aquel día, se encuentra Mandinga o Paso de Mandinga, sobre la margen derecha del Arimao, o sea, al Norte de Barajagua; y fué a Mandinga donde, según las disposiciones del alto mando español, debían concurrir las distintas columnas enemigas destinadas a aquella operación. Pero con conocimiento el jefe encargado de su ejecución, coronel Arizón, de que nosotros habíamos rebasado ya aquel lugar y nos encontrábamos en Lomas Grandes (en realidad estábamos en Lomitas, esto es, un poco más al Oeste), transfirió la combinación para Lomas Grandes.

Con esta nueva orientación, dispuso Arizón, el día 15 en la mañana, que salieran de Cruces hacia aquel paraje, aunque por distintos caminos, tres columnas: una comandada por el teniente coronel Rich, otra con el teniente coronel Sanz y la otra con el propio coronel Arizón a la cabeza. El total de las tres unidades sumaba de mil cien a mil doscientos hombres de infantería y ochenta o cien jinetes. Pero ya también la columna cubana había dejado el campamento de Lomitas y se hallaba en movimiento hacia Mal Tiempo, coincidiendo con la columna española de Rich, integrada por elementos de Bailén, de Canarias y una sección de caballería, fuerte de 550 hombres, que marchaba a ocupar su puesto en la combinación por un camino que, pasando por el caserío de Mal Tiempo, continuaba después por un callejón que venía a dar al campo donde comenzó el combate.

Como se habrá podido notar, todas las distintas columnas enemigas se dirigían, con corta separación entre sí, rumbo al Sur, mientras nosotros lo hacíamos hacia el Norte.

Mal Tiempo era en aquella época un pequeño caserío perteneciente al término municipal de Cruces, distante unos cinco kilómetros de su cabecera y al Suroeste de la misma. La circunstancia de ocupar Cruces una situación prominente en las comunicaciones ferroviarias de la Provincia de Las Villas, la hacía un gran centro de actividades militares españolas.

El lugar donde se inició la acción y se desarrolló su fase principal, se encuentra al Suroeste y como a cosa de un kilómetro distante del mencionado caserío de Mal Tiempo. Era un reducido

espacio de terreno desprovisto de vegetación, limitado al Norte y al Este por un ferrocarril de vía estrecha —perteneciente, si no fuí mal informado, al ingenio Caracas—, un cañaveral y una zanja; y al Sur y al Oeste por otro ferrocarril, creo que del ingenio Andreíta. Entre éste y el sitio ocupado por los españoles, por el Sur, existía una cerca de alambres; y dentro del recinto, dividiéndolo más o menos por mitad, de Norte a Sur, aunque sin tocar en sus extremos, una cerca de piña o maya, de gran espesor, que presentaba varias cavidades, como suelen formarse en esta clase de cercados vivos cuando son añosos.

Nosotros dejamos el campamento de Lomitas temprano en la mañana e hicimos rumbo al Noroeste en los primeros momentos, hacia el ingenio Teresa. La columna marchaba formando casi un solo cuerpo, pues los intervalos entre la vanguardia y la retaguardia con el centro eran muy cortos. Los ayudantes íbamos transmitiendo la orden del Cuartel General, de cargar sin vacilación al enemigo. El campo por donde marchábamos es en general despejado y propio para los movimientos de la caballería. Habíamos dejado atrás el escenario de montes y sierras, y la lejana cordillera aparecía a nuestros ojos como formando una sola mole de color ceniciento que cortaba la línea del horizonte como un telón de plomo. Difícil distinguir ya unas de otras las crestas, picachos y colinas, a cuyas faldas humeaban todavía quizá los rescoldos de nuestros últimos vivaques, y donde la sangre de los combatientes no se había oreado en las puntas de las yerbas. Todos los detalles se esfumaban en la distante inmensa perspectiva del conjunto.

En el ingenio Teresa, luego de haber incendiado sus cañaverales, tomamos rumbo directo al Oeste por un camino bordeado de árboles a derecha e izquierda, llamado callejón de Palenque. Al término de este camino se encontraban, de frente, campos de cañas, y a la izquierda una faja de tierra sin sembrar que marginaba la zanja ya indicada.

A la vanguardia iba el general Maceo, llevando a la extrema vanguardia al teniente coronel Cepero; al centro el general Máximo Gómez, seguido del general Serafín Sánchez, y a la retaguardia el brigadier Luis de Feria. Es de hacer notar que el contingente de la columna expedicionaria había aumentado considerablemente, duplicando, quizá con exceso, el número con que contaba muy pocos días atrás, pues, aparte de que en Quirro se le habían incorporado los hermanos Vicente y Antonio Núñez

y Cayito Alvarez, con buen golpe de gente, y más adelante el capitán Alejo Cazimajou, infinidad de inviduos aislados o en partidas habían aprovechado su paso para salir a la Revolución. No sería aventurado calcular en tres mil quinientos hombres los que contábamos aquel día 15. Con excepción de treinta y cinco de infantería que mandaba Alejo Cazimajou, todos los demás eran de caballería. Por supuesto, de ellos no menos de mil estaban completamente desarmados, y no se les podía utilizar en la pelea.

De pronto sonaron disparos en la extrema vanguardia, la que en vez de cargar de acuerdo con la orden recibida, se desplegó frente al enemigo. —¡A la carga!— mandó imperiosamente Maceo.

Y como él ocupaba con sus ayudantes y su escolta el lugar más delantero de la vanguardia, fuimos los primeros en lanzarnos a galope en la dirección en que habían hecho fuego los españoles. Mas al llegar a la zanja, no encontrando un sitio inmediato por donde poder cruzarla, hubimos de seguir por sus bordes varios cientos de metros, dando el flanco al enemigo. Al fin la vadeamos, pero entonces nos detuvo la cerca de alambres, del otro lado de la cual se encontraban los españoles formando dos pequeños cuadros, uno a la derecha de la cerca de maya y otro a la izquierda, que era el que más próximo nos quedaba. En estos momentos avanzó a reunírsenos el regimiento Céspedes, y con su ayuda echamos al suelo la alambrada en unos cuantos minutos. Esta, como he dicho antes, le quedaba tan cerca al enemigo que es inexplicable por qué no apoyó su formación en ella De todas maneras, el habernos tenido que detener a pocas varas del cuadro español fué una desventaja para nosotros, porque, no pudiendo renovar a tal distancia el aire de carga, llegamos a él casi a paso de camino. Casi al mismo tiempo, el general Máximo Gómez, viniendo desde el centro con su Estado Mayor y escolta y algunos escuadrones villareños con el propio general Serafín Sánchez al frente, entraba como una tromba en el sector del lado de allá, donde se hallaba el otro cuadrilátero enemigo y para hacer lo cual no había hallado el obstáculo de la cerca de alambre, porque su conversión se había efectuado en dirección contraria a la de Maceo, o sea hacia su derecha. Cuatrocientos cincuenta o quinientos jinetes arremetimos contra los españoles. Sonaba el golpe de nuestros machetes contra las bayonetas, pero con bastante más frecuencia contra el cráneo de los soldados enemigos.

Los disparos eran muy pocos: ellos no tenían tiempo para cargar sus fusiles, y a nosotros nos embriagaba el uso de nuestra arma favorita. ¡Oh, Máximo Gómez, qué acertado estuviste en ponerla en nuestras manos!

Ambos cuadriláteros quedaron deshechos pronto. Algunos de sus componentes trataron aún de defenderse, formando grupos contra la caballería; otros, a quienes el pavor parecía haberles suspendido toda energía vital, inclinaban al suelo la cerviz, para sustraerse a la aterradora visión de la muerte representada en los alzados machetes; otros, conservando todavía alguna presencia de ánimo, apelaban a la fuga, las más de las veces imposible de lograr; y otros, en fin, buscaban su salvación escondiéndose, como asustadas alimañas, en los matojos y entre los espinosos foliáceos de las mayas, donde inmóviles, amarillentos, y con los ojos desorbitados, se les habría creído un grupo alegórico del terror plasmado en cera. Muy pocos escaparon, y el campo aquel, a un lado y otro de la cerca, quedó cubierto con varios cientos de cadáveres.

He de declarar, en honor del ejército español, que ni antes ni después en el curso de la campaña vi a sus soldados perder la moral y desorganizarse. Pero tengo también que decir que en Mal Tiempo se mostraron colectivamente inconsistentes y faltos de valor individual. De otra manera nosotros no hubiésemos podido producirles aquel desastre. El éxito de la caballería cargando sobre una infantería en formación de cuadro requiere dos factores principales: el uno es la decisión del propio jinete, y el otro es el aire con que lleva el caballo. Con el aire natural de carga, se obtiene el doble efecto de no dar tiempo a la infantería enemiga para hacer muchos disparos, cerrando rápidamente la distancia, y de atemorizar a sus individuos que pierden confianza en poder resistir el choque violento de las bestias. Pero este último factor no lo tuvimos nosotros allí, por el motivo ya apuntado.

Fuimos a pernoctar a una finca llamada La Amalia, desde donde se enviaron los heridos a distintos sitios para ser hospitalizados. Al día siguiente nuestros exploradores cruzaron tiros cerca de Santa Isabel de las Lajas con una guerrilla a la cual pusieron en fuga. El día 18 acampañom en Jagüeyes y el 19 en Cabeza de Toro, a 10 kilómetros al Sudeste de Cascajal.

COMBATE DE LA COLMENA

El día 20 en la mañana la columna Gómez-Maceo efectuó el pasaje del Hanábana, sin encontrar en él la más débil oposición por parte de los españoles, pese a las arrogantes declaraciones de su estado mayor y al tono jactancioso de la prensa integrista, que daban como cosa de antemano asegurada, la derrota y ruina de las huestes invasoras, en su ribera oriental. Y algunas horas después, en nuestros primeros pasos por el territorio de Matanzas, cruzamos el río Colmena y fuimos a acampar en sus inmediaciones en una finca de igual manera nombrada.

Con alguna antelación, el conorel Francisco Pérez, jefe militar de la zona de Colón, que se incorporara la víspera con sus fuerzas en Cabeza de Todo al ejército invasor, había sido enviado con dos de sus escuadrones, a hostilizar a una tropa enemiga que, según confidencias, acababa de llegar a Lequeito, con el fin de reforzar sus destacamentos, y los de Lagunitas, ingenios ambos ubicados en la vecindad.

Herido, aunque no de cuidado, en dicha operación, el referido jefe, regresó al campamento sobre las dos de la tarde, informando que la columna española por él tiroteada venía en su seguimiento, no distando ya mucho de nuestro campo.

En la creencia Maceo de que el Colmena no ofrecía por aquel sitio otro paso que el utilizado por nosotros, y sabiendo que los españoles avanzaban por el camino señalado por nuestras recientes huellas, hubo de colegir que aquellos tratarían de cruzar por el mismo.

El río Colmena, de pobre caudal en todo su curso, y de estrecho cauce, corre por allí muy encajonado; sus márgenes, en particular la que cae al Oeste, son un tanto escarpadas y, si, como en aquellos días, la tierra, impregnada por copiosa y reciente lluvia, se halla resblandecida, se tornan en extremo resbaladizas. Además, en este mismo lado occidental, a pocas varas a la izquierda de su barranca, existe un lagunato, que desbordado a la sazón, mezclaba sus cenagosas y verde-oscuras aguas al lodo formado a la salida del río. Agréguese a todo ésto, que habiendo nosotros pasado por allí momentos antes, las condiciones del vado, malas de por sí, habían empeorado con el chapoteo de una gran multitud de hombres y de bestias.

Con la premura que demandaba la inminencia del choque, levantamos el campamento y marchamos a tomar posiciones

frente al obligatorio cruce del enemigo. Maceo situó una parte de la infantería (ciento cincuenta hombres), apostada entre los yerbajos que crecían al borde de aquel atolladero, dejó la otra parte en reserva en unos matorrales algo más distantes, y formó la caballería en orden de batalla en una sabaneta o sao que nos quedaba a la espalda, a unos cincuenta o sesenta metros, donde el suelo, un tanto más bajo que el nivel general, la sustraía a las miradas de los españoles. Estos se presentaron pocos minutos después a nuestra vista, se extendieron a derecha e izquierda de la barranca dominando el vado y mientras algunas de sus secciones probaban a cruzarlo, el resto de la columna cubría de proyectiles el campo delante. Nosotros, quietos y silenciosos, aguardamos a que aquellas secciones estuviesen ya bien avanzadas en el lecho del río y rompimos fuego sobre ellas, obligándolas a retroceder en manifiesta precipitación. Poco rato después renovaron el intento lanzando al vado compañías enteras, pero entonces acudieron nuestras reservas de infantería, y otra vez fueron repelidas. A partir de este momento el fuego se intensificó y se hizo general de banda a banda del río. El enemigo, para quien constituía una dificultad la travesía por aquella riada de fango en cualquiera circunstancia normal, trataba de barrer a metrallazos el otro obstáculo mayor, representado por nuestros resueltos y certeros tiradores.

Llevábamos ya como hora y media batiéndonos de tal manera, a distancia y por sobre la cuenca de El Colmena. Ni él podía anular aquel estorbo para acometernos con arreglo a un principio táctico de posible éxito, ni nosotros, por idénticas razones, podíamos cruzar al lado de allá para desalojarlos de sus posiciones.

Mas, al cabo, los españoles, que seguramente contaban con buenos prácticos de la comarca, encontraron más a la derecha otro lugar accesible, y corriéndose cautelosamente por entre los maniguales, comenzaron a cruzar a la opuesta orilla. Ya escalaban la barranca una o dos compañías, cuando fueron notadas por nuestra caballería. Novecientos jinetes con las riendas sueltas y los machetes al aire cargaron sobre ellas macheteando a varios hombres y compeliendo a los demás a repasar en fuga a la otra margen.

Pero los españoles no parecían aun dispuestos a renunciar a la empresa de pasar el río, y haciendo descargas de fusiles y cañones, continuaban como agarrados a su barranca. Maceo hizo

retirar de nuevo la caballería a la mencionada sabaneta, para evitarle injustificados impactos y esperó.

Pero el enemigo no repitió la aventura. Maltrecho y desesperanzado retrocedió a sus cuarteles.

La función había durado sobre dos horas y media. La penumbra del atardecer flotaba ya sobre el paisaje, y el sol, próximo al Poniente, luego de alumbrar una victoria más de las armas libertadoras, iba a apagar su antorcha en las sombras occiduales.

MATANZAS

ACCION DEL DESQUITE

El 21, o sea al día siguiente de haberse librado la reñida acción de La Colmena, mientras que a los tenues fulgores del amanecer se formaban nuestras tropas en la finca El Desquite, para emprender una nueva jornada hacia Occidente; y cuando ya se estaban retirando los puestos avanzados que guardaban el vivac, catorce soldados españoles, siguiendo al alcance de tres o cuatro de los nuestros que, con fines de merodeo y sin permiso, se habían internado por las inmediaciones del lugar, fuera de las guardias, penetraron en el campo cubano, sin sospechar, seguramente, que iban a enfrentarse con todo el núcleo de la división expedicionaria mandada por Maceo, y constituída en aquellos momentos por dos mil combatientes. Pero la sorpresa, en la que sin duda vislumbraron desde el primer instante la muerte, no los amilanó, y se aprestaron a luchar y a sucumbir, en duelo tan abrumadoramente desigual, por su patria y su bandera. Al correr sobre ellos treinta o cuarenta de nuestros hombres que aún no habían entrado en formación, rompieron violentísimo fuego.

No pudiendo conocer al principio el origen de la ocurrencia, ni menos aun que se trataba de tan exigua tropa contraria, sino suponiendo la entrada en función de alguna de las varias columnas enemigas que operaban por aquella jurisdicción, dispuso Maceo el ataque general, y nuestras cornetas tocaron a degüello. Viendo los catorce soldados españoles el arrebato de la caballería cubana, se concentraron en un palmar, y desde él continuaron disparando sin interrupción sus fusiles, hasta quemar el último cartucho.

Conmovido nuestro caudillo ante tanta bravura y heroísmo, les intimó repetida sveces la rendición, brindándoles con la vida. Pero siempre contestaban con un "no" en el que vibraban en-

ronquecidas la cólera y la resolución. Al fin, habiéndonos ocasionado ya seis bajas, fueron asaltados y exterminados dentro del palmar: ninguno pidió ni aceptó cuartel.

¡Así murieron catorce españoles!

ACCION DE LA ANTILLA

El mismo día 21, a la sazón que la columna invasora marchaba por la jurisdicción de Colón, los batidores de su ala izquierda dieron vista a una casa de mampostería, la que, habiendo sido reconocida por ellos, resultó ser un reducto español, llamado Fuerte La Antilla, defendido por un pequeño destacamento. Empeñada la refriega de nuestros exploradores con la guarnición enemiga y sospechando el general Maceo la existencia de una tropa española parapetada en equellos muros, pues que marchando como lo estábamos haciendo por un territorio muy frecuentado y vigilado por las fuerzas del ejército contrario, en la proximidad de dos vías férreas, la de Colón a Macagua, y la de Colón a Sabanilla, por una de las cuales debíamos forzosamente cruzar, era enminente un choque en todo momento, corrió hasta el mismo fuerte enemigo. Después, como no era cosa de detener la marcha en empeño de tan poca monta como hubiera sido la captura de su guarnición, dejó allí sólo algunas secciones encargadas de tal empresa, y para protegerlas en caso de que al ruído de las detonaciones acudieran fuerzas españolas más numerosas. situó dos escuadrones en lugares convenientes, los que a su vez podían recibir el auxilio de nuestra retaguardia, que mandaba ese día el general Serafín Sánchez.

Rodeado y acometido el fuerte La Antilla, defendido tenazmente por su guarnición; agotadas sus municiones, e incendiada por los nuestros una caballeriza contigua, pidieron parlamento. Y ya estaba para rendirse, cuando apareció una numerosa tropa enemiga en su socorro, obligando a levantar el asedio a las secciones cubanas que lo sostenían, y a las cuales persiguió su nutrida caballería hasta tropezar con dos escuadrones de la nuestra que se lanzaron en contracarga.

Después de la escaramuza tenida con el fuerte de La Antilla el día 21, que ocasionó un retraso de un par de horas y varias bajas, algunas de las cuales se hizo necesario conducir en camilla por tratarse de heridos de gravedad, nuestra columna prosiguió la marcha por las llanuras de Colón. Inminente como parecía en cualquier momento un choque con una o con varias de las distin-

tas unidades enemigas que operaban por aquellas comarcas bajo la propia e inmediata dirección del general Martínez Campos, que tenía su Cuartel general en Jovellanos, llevábamos las fuerzas divididas en cuatro fracciones, más o menos paralelas entre sí, según lo permitía la topografía del terreno, y con las filas muy apretadas, con especialidad las del ala izquierda, por quedarnos a este lado Colón y Jovellanos. La retaguardia, compuesta por tropas de caballería, reforzada por algunas de infantería que marchaban en hileras, custodiaba la impedimenta. En este orden y ya avanzada la tarde, llegamos al ingenio Flor de Cuba, y ya nos disponíamos a pernoctar allí, cuando el silbato de una locomotora en una estación inmediata, haciéndonos suponer la llegada de fuerzas españolas, indujo al general Maceo a desistir de tal propósito y reemprender la marcha. Sabía él que la vía férrea que va de Colón a Cárdenas, pasando por Retamal y Altamisal, no estaba distante de Flor de Cuba, y resolvió cruzarla, lo que hizo luego de haber reconocido la estación donde sonara el pito de la locomotora en cuestión. Y ocurrió, que fuera por la oscuridad de la noche, fuese por el cansancio de las gentes —se venían haciendo jornadas muy largas, algunas, como la de aquel mismo día, de quince leguas—, el caso fué que la columna en un momento indeterminado, quedó partida en dos y cada porción siguió distinto rumbo. No echó de ver Maceo lo sucedido hasta muy entrada la noche, a tiempo de acampar en el ingenio Santa Elena. Del general Gómez no se tuvo noticia hasta la mañana del día 22: había acampado en el ingenio España. Estaban pues separados los dos caudillos por una distancia de cuatro kilómetros.

Tanto el ingenio España como el Santa Elena, se encuentran a unos quince kilómetros, respectivamente, de Jovellanos, y esán enclavados dentro del triángulo formado por Colón, Cárdenas y Jovellanos, lo que le da a aquel territorio condiciones verdaderamente estratégicas.

En Jovellanos, como se ha dicho, se encontraba a la sazón el gran cuartel general del ejército enemigo, quien tenía todas las vías férreas expeditas, pudiendo mover con toda rapidez y facilidad sus tropas hacia cualquier de la comarca amenazado. Y que era esto lo que estaba haciendo en aquellos momentos, parecían darlo a entender los contínuos pitazos de los trenes, ya ascendentes ya descendentes, que llegaban a nuestros oídos.

La parte de la columna quedada a las órdenes de Maceo dejó sus vivaques del ingenio Santa Elena a las ocho de la mañana del día 22, encaminándose hacia la jurisdicción de Cárdenas, de acuerdo con lo convenido de antemano con el general Gómez. Para ir a este rumbo, o sea Norte, le era forzoso atravesar el referido triángulo por uno de sus lados, lo que realizó sin contratiempo. No parecía haberlo tenido tampoco hasta aquel momento el general Gómez. Pero era indudable que la situación que se nos había creado con la inadvertida dislocación de nuestras fuerzas era asaz comprometida. Porque, aunque los más fuertes núcleos de tropas españolas nos quedaban a la zaga, dados sus medios de transporte, existían las probabilidades de un choque con cualquiera de las dos fracciones en que la columna cubana había quedado dividida, haciendo muy difícil la reincorporación de ambas. La prudencia aconsejaba, pues, reuhir todo encuentro con el enemigo mientras durasen aquellas circunstancias, sustrayéndose a su contacto por medio de hábiles movimientos estratégicos. Ese era por demás, en líneas generales, el plan de la campaña de invasión: esquivar en lo posible toda función táctica, que no siéndonos completamente favorable, fuera susceptible de interrumpir o retrasar el progreso de nuestro ejército hacia Occidente.

Pero al mismo tiempo se hacía necesario efectuar una ostentosa demostración de pujanza en la provincia matancera para estimular el espíritu separatista de su población nativa, y alarmar y deprimir a los elementos contrarios a la Revolución. Y, pues que los enemigos más recalcitrantes de la misma eran aquellos que, por conservar sus bienes de fortuna que consideraban en peligro con el triunfo de la independencia, se alineaban a la causa de la dominación española por creerla, no más justa, sino más poderosa, la política de la guerra nos imponía la conveniencia y la necesidad de destruir tan perniciosa riqueza, con lo que a la vez cegábamos para España en Cuba una fuente de recursos, que usaba para combatir nuestra determinación de gobernarnos por nosotros mismos y por nuestras propias Leyes.

Así, el general Gómez, que ya estaba en camino por el Sur de la línea, iba dándole candela a todas las fincas azucareras que encontraba al paso en el trayecto de Jovellanos a Colón, y entrando en el pueblo de El Roque, mientras Maceo se entregaba a igual tarea en su recorrido, quemando los ingenios de Colón, Jovellanos y Cárdenas. El primero de estos ingenios en arder, fué

el España que se hallaba ya con todos los preparativos preliminares para moler, y contaba con un destacamento de tropas enemigas para su protección, el cual fué capturado.

Desde el extravío nocturno y todo aquel día 22, el General en Jefe y el Lugarteniente del ejército estuvieron separadose, y obrando cada uno independientemente del otro; pero el resplandor y el humo de los incendios les señalaban los respectivos rumbos que seguían, hasta que al fin, el día 23, se juntaron de nuevo en un sitio cercano a Coliseo, siguiendo reunidos hacia dicha localidad. Ya en marcha, tuvieron noticias de que el General en Jefe del ejército español había dejado su cuartel de Jovellanos, y al frente de una poderosa columna de las tres armas se movía rumbo a Limonar. Los rumores que circulaban situaban cerca también las columnas enemigas de Prats, García Navarro, Aldecoa, Luque y Suárez Valdés.

COMBATE DE COLISEO
Día 23

Ya en las inmediaciones de Coliseo nuestras tropas, al avanzar su vanguardia, como a las tres de la tarde, sobre el pueblo, la guarnición española, le hizo varios disparos, por lo que el generla Maceo ordenó su asalto. La caballería oriental entró en él como un huracán, incendiando en breves momentos la mayoría de sus casas, incluso la estación del ferrocarril.

Mientras esto ocurría en el pueblo, se vieron aparecer soldados enemigos a nuestra retaguardia, los que, según iban llegando, se extendían en línea a nuestro flanco derecho, apoyando la espalda en un cañaveral.

Avisado el general Gómez de que más numerosas fuerzas españolas seguían avanzando, envió un ayudante a Maceo, que aún estaba dentro del pueblo, para indicarle la conveniencia de retroceder en busca de un terreno más espacioso, donde pudieran maniobrar todas nuestros tropas. Mientras tanto había ordenado a la retaguardia que se apresurara a ocupar los edificios del ingenio Audaz, a dos kilómetros al Suroeste de Coliseo.

Cuando Maceo, de acuerdo con el parecer del general Máximo Gómez, se dirigía también hacia los campos del mencionado ingenio con el grueso de las fuerzas, los españoles rompieron el fuego, formando a la vez, y a la vista de la amenazadora caballería cubana, dos batallones en cuadro. La descarga de la infantería enemiga fué formidable; hizo temblar el pavimento, y caer una lluvia de plomo sobre nuestras gentes.

Abierto con tal violencia el combate, con la seguridad de que la acción que se iba a librar, sino en aquel mismo campo, en otro cualquiera de las inmediaciones, habría de ser de muy grandes proporciones, ordenó el general Maceo al brigadier Tamayo y el coronel Zayas, jefes de la caballería, que aun estaban en el poblado, que fueran a ocupar posiciones a la izquierda de Coliseo, y dispuso que la infantería se apoyara en los sitios más adecuados, muros y vallados contiguos. Luego de haber dictado estas medidas, los dos, él y Gómez, se lanzaron con un centenar de jinetes contra las líneas de la infantería enemiga, tratando de romperlas; pero apretadas y sólidas éstas, los rechazaron, ocasionándoles numerosas bajas. Al mismo Maceo le mataron el caballo, y habiéndose quedado a pie también estuvo a punto de perecer él. ¡Qué irreparable revés hubiese sido para el éxito de la campaña invasora, y para la suerte definitiva de la Revolución, su muerte en aquellos momentos! Tal desdicha en aquellas circunstancias nos hubiese puesto en el caso de exclamar con Aníbal en Italia al conocer la muerte de Asdrúbal, que le traía un nuevo ejército de cincuenta mil hombres, con el que creía poder vencer a Roma, la poderosa y odiada rival de su patria: "Pereció, pereció toda la esperanza y la fortuna de nuestro nombre con la muerte de Asdrúbal".

No contábamos con otro hombre como él, de talla genial, con quien sustituirlo al frente de la columna expedicionaria; de otro gran capitán, capaz de conducirla a su objetivo estratégico, y completar en las más apartadas regiones occidentales de la Isla las dificilísimas y peligrosas jornadas que aún le restaban por hacer. ¿Máximo Gómez? ¡Ah, sí! Máximo Gómez, dotado a igual nivel que Maceo de todas las altas cualidades militares: talento intuitivo, pericia, valor y don de mando, hubiese llevado a cabo lo que faltaba por realizar de la magna empresa. Pero Máximo Gómez era el General en Jefe, y como tal no debía dedicar el influjo y la autoridad de su presencia a una sola parte del ejército, alejándose de la otra por tiempo indefinido a la cabeza de una única división. ¿Quién además, lo podía sustituir a él en el mando supremo en las otras provincias, cuando él se encontrara en los confines de la de Pinar del Río? No, el general Gómez era también insustituible en su elevado cargo, y abandonándolo, siquiera fuese temporalmente, nos exponíamos a experimentar la misma catástrofe que procurábamos evitar: se realizaría sí, la invasión; obtendríamos triunfos allá por los Remates de Guane;

pero mientras tanto en las provincias centrales, el ejército, falto de una dirección sapiente y enérgica, se desmoralizaría y se desmembraría, y al cabo la Revolución, herida de muerte en ellas, iría, como la del 68, a morir entre las montañas orientales que le dieran cuna. Téngase presente que todavía en aquella época, Calixto García, que era otra de las estrellas de primera magnitud en la luminosa galaxia militar cubana, no se hallaba en Cuba, y que Serafín Sánchez, excelente táctico, no había alcanzado a ese título y en aquel tiempo, reputación universal en el Ejército.

Por otra parte, de todos nuestros caudillos, el que mayor ascendiente ejercía en el ejército era Maceo. El soldado lo adoraba y lo seguía con ciega fe a donde lo quisiera llevar, porque había vinculado en él la fortuna de las armas y la victoria. Muchos de ellos procedían de la anterior contienda y habían militado en las filas de unidades que Maceo, vencedor, condujera cientos de veces al combate. Y para la mayoría de estos soldados, así como para los hombres nuevos del 95, Maceo, sino era la Revolución misma, era su alma, su cerebro y su brazo. Lo sabíamos todos: él la había sacado del peligroso marasmo en que se había sumido durante los primeros largos días después de iniciada, cuando todas sus fuerzas consistían en pequeñas partidas diseminadas acá y allá en el vasto territorio de Oriente. Partidas que se acrecieron a su llegada, y con las que él formó batallones, regimientos, brigadas y divisiones.

Sí, cuando Maceo desembarcó entre las rompientes de la costa de Baracoa, del frágil barquichuelo que lo trajo a los campos patrios, la estrella de Cuba —que adquirió después contorno y esplendor en Peralejo y Sao del Indio, con sus victorias memorables— no era todavía otra cosa, vista al través de la humareda levantada por las descargas de los fusiles en Cayo Espino, El Cacao, Los Negros, Los Moscones y Dos Ríos, que una indecisa nebulosa en el cielo de nuestros destinos.

Maceo, como hombre al fin, era mortal, y como guerrero, a nadie podía sorprender su muerte en un campo de batalla, como al cabo sucedió; pero si su muerte hubiera ocurrido en Coliseo, la invasión, planeada con objeto de que sus batallones sirvieran de núcleto original y de apoyo a los pueblos que, por su debilidad numérica, por la índole topográfica de sus respectivos territorios, o por cualquiera otras diferentes causas, no se encontraran en condiciones de rebelarse por sí solos contra la fuerte y vigilante metrópoli, y extender por tal manera la guerra a to-

das las provincias, no hubiese hecho una jornada más hacia Occidente. Hubiera sufrido en Coliseo un colapso definitivo, y habríamos sido vencidos. Y, ¡ay del vencido! (Vae victis): se hubiese perdido toda la esperanza y la fortuna de nuestro nombre.

Con tal rapidez se había generalizado el fuego, y tan festinados debieron ser nuestros movimientos, que todavía al desarrollarse este lance, la impedimenta, no habiendo recibido instrucciones sobre el punto a donde debía dirigirse, permanecía en el mismo sitio donde al llegar hiciera alto, expuesta a los impactos de los proyectiles españoles. El general Gómez, corriéndose por la izquierda y atravesando el espacio bañado de plomo, se adelantó a ponerla en salvo, y colocándola sobre el camino real de Coliseo, que va entre unas lomas, la hizo seguir adelante. El enemigo, tomando seguramente aquella inerme muchedumbre por una amenazadora maniobra de flanqueo de nuestras tropas, hizo funcionar contra ella su artillería.

A las cuatro de la tarde todo había terminado en Coliseo Unicamente quedaba nuestra retaguardia atrincherada en los muros del ingenio Audaz, los que no abandonó hasta no haber desfilado por completo la vanguardia y el centro de la columna. Esta se formó de nuevo en orden de batalla en un sitio inmediato a Coliseo, donde hasta desaparecer el día estuvo aguardando a los españoles; luego entró en Sumidero, a tres kilómetros nada más del lugar donde se había librado la acción, y al cual se le dió candela.

Así, el General en Jefe del ejército español, rodeado de llamas en lo que por el instante era su cuartel general, veía impotente levantarse devoradoras y siniestras las de otra pira más, casi al alcance de sus fusiles.

La batalla de Coliseo fué de muy escasa importancia táctica. ¡Pero cuánta tuvo en el orden político! Allí perdió Martínez Campos la esperanza de conducirnos a la paz, a la paz española, por los mismos medios de las componendas y de las intrigas usadas por él en el Zanjón, o de imponérnosla, por las armas. Dejó al día siguiente, casi a la vista del adversario, el campo de batalla por la capital de la isla, y aunque se proclamaba vencedor por el hecho de hber desalojado nuestras tropas el pueblo de Coliseo, ya convertido en escombros, y se decía confiado y animoso, lo cierto es que a los pocos días circulaban rumores de su renuncia y de su próximo regreso a España.

La reunión de Gómez y Maceo ocurrió en los umbrales de Coliseo como pudo haber ocurrido en otro lugar cualquiera de la provincia de Matanzas, y más temprano o más tarde. Separados accidentalmente por la equivocación de un camino en una noche oscura, e interesados ambos en volver a juntarse, lo habían de conseguir. Y lo lograron, sirviéndose de las *llamas como heliógrafo y del humo como derrotero.*

Desde el día 23, en que tuvo efecto la acción de Coliseo, hasta el 29 del mismo mes, en que se libró la de Calimete, no se registró ningún otro hecho de armas, salvo una escaramuza tenida a orillas del Hanábana, el 26.

Al dejar el poblado de Sumidero, la división expedicionaria cubana tomó rumbo Sur; cruzó el estratégico y peligrosísimo polígono que forman las líneas de Coliseo a Jovellanos, de Jovellanos a Corral Falso de Macurijes (hoy Pedro Betancourt); de Sabanilla a Unión de Reyes, de Bolondrón a Corral Falso de Macurijes y a Jaguey Grande; todas estas líneas estaban a la disposición del ejército español, por medio de las cuales podía realizar sus movimientos y cambios de frentes con mayor prontitud que nosotros, de haber sabido utilizarlas.

El recorrido lo íbamos haciendo por un terreno enteramente llano, con excepción de unas insignificantes lometas que se alzan aisladas en un lugar llamado Hatillo, y cubierto en su totalidad de cañaverales. A todos éstos se les dió candela, así como también a varios ingenios, entre ellos Diana y Socorro, sorprendidos en flagrante delito de molienda. Tanto el Diana como el Socorro tenían destacamentos de tropas españolas para su defensa; el de Diana fué capturado y puesto en libertad más tarde, y el de Socorro se pasó espontáneamente a nuestras filas.

La tea no estaba inactiva un solo momento, y el paso de las huestes invasoras era señalado, a su espalda, y a sus costados, por el resplandor de los incendios. Todo ardía. El horizonte aparecía día y noche enrojecido, como si en el éter se hubiese cuajado el rosicler de una aurora, y el humo, esparcido por el fuerte viento reinante y llevado a larguísimas distancias, tendía sobre la campiña y los pueblos comarcanos un como oscuro y flotante telón. Fué este espectáculo lo que llamó un viajero que cruzaba por aquellos días frente a las costas de la isla "Cuba en llamas".

Cuando el día 24, o sea al siguiente de haber dejado el pueblo de Sumidero, nuestra columna atravesaba la vía férrea de

Sabanilla por las proximidades de Hatillo, rodaban por ella, viniendo de la dirección Norte, cinco trenes conduciendo tropas enemigas: supusimos que se trataba de las divisiones de Suárez Valdés, Aldecoa y Luque, que no habiendo podido cerrarnos el paso por dicho rumbo, acudían ahora a detenernos por el Sur. Llegaban tarde, como no fuera para seguirnos a la zaga y a remolque. Pese al humo y a la candela que indicaban nuestro camino, las unidades españolas eran siempre tardas en descubrir nuestras huellas. Verdad es que en aquel territorio que ardía en una inmensa extensión a la vez, únicamente por conjetura podían acertar con nuestra dirección; pues tanta probabilidad existía de que nos encontrásemos una legua más allá al Este que al Oeste o al Norte o al Sur.

La noche del 24, o sea la Noche Buena, la pasó nuestra columna en Crimea, a dos kilómetros de Navaja, entronque de los ferrocarriles de Matanzas y Cárdenas, y a cinco kilómetros de Corral Falso de Macurijes, y el 25 al amanecer reemprendió marcha para las colonias de Galdós en el término de Jaguey Grande, donde hizo alto. El coronel Bruno Zayas, que llevaba el flanco derecho de la vanguardia, se apoderó del pueblo de Caraballo, cuya guarnición engrosó por su voluntad el efectivo de nuestras tropas.

Aún conducíamos en camillas los heridos de gravedad que habíamos tenido en Antilla y en Coliseo. Este convoy era un embarazo para la columna, que venía haciendo jornadas de doce, catorce y quince leguas, por lo común. El general Maceo resolvió establecer hospitales donde dejarlos con posibles seguridades en la Ciénaga de Zapata. Pero la colocación de los heridos no era la sola razón que lo movía a seguir aquel derrotero. La otra, conocida nada más que por él y el General en Jefe, era fingir una marcha retrógrada que le diera al alto mando español la impresión de que se trataba de una retirada definitiva, y lo indujera como consecuencia, a disponer un nuevo despliegue estratégico al Este de Hanábana, haciendo converger hacia Las Villas el mayor número de las divisiones que operaban en Matanzas, restándole así obstáculos a nuestro avance a Occidente. La estratagema surtió el efecto apetecido, pues por nuestros propios reconocimientos y por los informes suministrados por el vecindario, llegamos a la evidencia de que, siguiendo sin duda nuestro movimiento, varias columnas enemigas estaban en marcha en dirección oriental| Tan reservado entre los dos caudillos cubanos

fué este plan, que engañó a nuestras propias gentes que, viéndose caminando todo un día de cara al levante, creyó haber llegado al límite de la invasión.

El día 26, luego de una marcha penosa por entre la Ciénaga y de haber sostenido un ligero tiroteo de retaguardia con un destacamento español salido del caserío de El Caimito, acampamos en Sabanetón, entre Amarillas y Aguada de Pasajeros, a ocho kilómetros del primer lugar y a siete del segundo.

El día 28, andando ya otra vez de cara al poniente, se cruzó el Hanábana, viendo frescas y recientes aún las huellas de considerables fuerzas enemigas, que se supuso iban dirigidas a Aguada de Pasajeros, obedeciendo quizás a la nueva combinación estratégica del estado mayor español, surgida por lo que creyó retroceso por impotencia de las tropas invasoras.

COMBATE DE CALIMETE

La columna Gómez-Maceo ha situado sus vivaques a las diez de la noche del mismo día 28 en el Batey y terrenos del ingenio de Godínez, a poco más de un kilómetro del pueblo de Calimete. Nadie duerme. Se espera para la mañana siguiente una batalla que habrá de ser decisiva en la campaña de invasión y, tal vez, como consecuencia, para la suerte futura de la guerra.

Los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo y Serafín Sánchez cambian impresiones entre sí y conferencian con los comandantes de unidades.

Hace intenso frío, y los soldados de nuestros distintos regimientos, agrupados al pie de las fogatas, conversan en voz baja. Viejos ya en el oficio, habiendo husmeado la pólvora en múltiples ocasiones, barruntan la inminencia de la pelea y se comunican sus noticias, rumores y suposiciones.

Después de la batalla de Coliseo, en el centro de la provincia de Matanzas, donde Martínez Campos acumulara copiosos elementos de combate con el fin de cerrarnos el paso a territorio de La Habana, hemos hecho rumbo al Sur, desconcertando, con un hábil y rápido movimiento, los planes estratégicos del alto mando español. Pero Calimete cuenta con fuerte guarnición, es punto de etapa de las fuerzas enemigas que operan al Sudeste de Matanzas, y estación intermedia entre las dos provincias que limitan el Hanábana. Por otra parte, y de acuerdo con los infor-

mes suministrados por los campesinos del lugar, toda esta zona está poblada de tropas españolas.

El general Maceo, activo previsor como de costumbre, ha designado personalmente los sitios para el establecimiento de las guardias de seguridad del campamento. Y antes de que apunte el alba pone sobre las armas a toda nuestra gente.

Diligente también y madrugador, el enemigo es quien rompe los primeros fuegos. Avanza sobre nosotros por el camino de Calimete, haciendo nutridas descargas de fusilería.

Nuestras posiciones son inmejorables para la defensa; pero no es la defensiva la actitud que en este caso debemos asumir, sino la acometida resuelta, fulminante.

Rechazado que hubimos el asalto intentado por los españoles con los tiradores de su primera línea, avanzamos nosotros a la vez a buscar contacto con su cuerpo de batalla.

Se aclara el día y, al recoger el sol el telón de brumas que cubre la llanura, nos vemos cara a cara los dos bandos combatientes.

Formado el enemigo en dos cuadros, uno a la derecha apoyado en un cañaveral, y el otro a la izquierda en un recodo del camino de Calimete, nos presenta un frente formidable.

Imposible parece poder derribar aquellos vivientes muros de los que sale a chorros el plomo abrasador y donde relucen amenazadoras las puntas agudas de las bayonetas. Pero es preciso echarlos abajo, so pena de tener que retroceder y retrogradar, ¿hasta dónde? Quizás hasta Las Villas, tal vez hasta Camagüey o hasta el punto de salida, Oriente. Y localizar allí la revolución y al cabo sepultarla en la misma fosa que la del 68, o en otra fosa cualquiera.

El ruido es ensordecedor: al detonar y crepitar de miles de fusiles, se mezclan estentóreas las voces de mando y los vivas con que tratan de animarse a sí mismos los antagonistas. Allá se grita: ¡Viva España!, ¡Viva la Reina!, ¡Viva Martínez Campos!; y aquí se grita: ¡Viva Cuba!, ¡Viva Máximo Gómez!, ¡Viva Maceo! Los vivas a Maceo levantan la moral del soldado cubano y deprimen la del soldado español, que asocia al nombre de Maceo la visión pavorosa del machete y la idea de la derrota.

El general Serafín Sánchez, por disposición de Maceo, se lanza con toda la caballería por la derecha. Penetra algunas fi-

las del enemigo, pero al cabo es rechazado, y vuelve y vuelve a hacerlo. El regimiento Céspedes ha dado ya también varias descargas. Da una más. El escuadrón que ahora toma la iniciativa es el mandado por el Tte. Coronel Andrés Fernández. Este se destaca quince o veinte metros adelante. Ha echado las riendas sobre el cuello del caballo, y con las piernas ceñidas a la montura, como clavado en ella, la cabeza altiva y erecto el torso, hace pensar en una ficción de la Grecia antigua y fabulosa: en un centauro de las faldas del Osa y del Pelión, que, incorporado a la época y a la realidad, ha venido a sentar plaza entre los magníficos jinetes cubanos, considerándolos sus pariguales.

Se arroja contra el cuadro español. El caballo, clavado en las bayonetas, muere fuera, el caballero dentro. Pero al chocar ha movido algunas figuras del tablero. Queda en él una grieta, una fisusra, que ensanchan otros jinetes, que ensancha todo el escuadrón, que ensancha el regimiento. El sólido queda roto, destrozado. En el sitio que ocupara yacen cadáveres y heridos de una y otra parte, y la hierba, enrojecida por la sangre, parece un campo de amapolas.

Se sigue peleando: el cuadrilátero a la izquierda resiste todas las embestidas de nuestra caballería, pero se le reduce a la inmovilidad.

Mientras tanto, acuden nuevas fuerzas enemigas: primero una columna, y luego otra que anuncia desde lejos su concurrencia con ruidosos disparos de artillería. Se sigue peleando, se pelea durante largas horas; pero por el portillo que tras su muerte dejara Andrés Fernández en el cerco español, pasa triunfante la Invasión, que hace este día 29 de Diciembre de 1895 una marcha más en su ruta hacia Occidente.

Acampamos, como a las nueve de la noche en una colonia de caña llamada Reglita, a dos kilómetros al Sur del Perico, estación del ferrocarril de Cárdenas. ¡Quince horas de combatir y caminar sin descanso!

Al siguiente día, 30, al amanecer dejamos el campamento de Reglita, con rumbo occidental. Ya en marcha la vanguardia y el centro, se tuvo noticia de que el enemigo, viniendo del central Santa Rita de Baró, se dirigía a nuestro campamento, en el que solamente quedaban algunos pelotones que formaban nues-

tra retaguardia. Entre éstos y los exploradores de la columna española, se cruzaron algunos tiros, y nada más.

Poco más tarde, al atravesar la línea de Sabanilla, entre Corral Falso y Cuevitas, una nueva tropa enemiga, conducida en tren, se colocó a nuestra izquierda, precisamente por donde iban las camillas de los heridos y la impedimenta, detenidas en aquellos instantes en espera de que quedaran abiertos los portillos que se estaban practicando para darles paso por unas cercas de piedras. Corrió nuestra vanguardia a ocupar la mencionada línea, y entonces el tren militar español, desviándose por un ramal, se dirigió al ingenio Unión, situándose más cerca aún de nuestro convoy de heridos, y avanzaron por entre dos guardarrayas de cañas. En estas condiciones se rompió el fuego por ambos bandos: los españoles abrigados entre los cañaverales, y los cubanos al descubierto en un terreno donde no existía como vegetación, aparte de la jugosa planta, ni una mata de verdolaga. La infantería cubana se hizo fuerte en unos cercados, mientras la caballería de vanguardia hostilizaba las reservas del enemigo quedadas en el mismo tren. De esta manera fué protegida la marcha de la ambulancia y de la inerme muchedumbre, que constituía nuestra sui géneris impedimenta. La acción no duró arriba de quince o veinte minutos. Nosotros seguimos para el ingenio Nueva Empresa, donde pernoctamos, y el enemigo se retiró a Reglita.

Al día siguiente de la escaramuza acabada de relatar, o sea el 31 de diciembre, las tropas invasoras cubanas se dirigieron al Sur de Matanzas, camino de Manjuarí, en la Ciénega de Zapata, con objeto de dejar allí varios heridos que, por no poder andar a pie ni a caballo, eran conducidos en hamacas, a guisa de camillas.

¡Nuestros hospitales de la Ciénaga! Consistían éstos en míseros ranchos, por lo común de paja o ramas de árboles, construídos por los mismos hospitalzados, que no bastaban a resguardarlos del aire, y mucho menos de la lluvia. Algunos de los heridos o enfermos, considerándose definitivamente incapacitados para el servicio de las armas, y pensando que habrían de permanecer allí quizás por cuanto tiempo fuera del cauce de la guerra y de sus eventualidades y peripecias, porque eran ya como una carga averiada y embarazosa abandonada a un lado del camino, se habían hecho una vivienda de menos transitoria

construcción y más confortable, formada por un cobertizo suspendido por largas estacas sobre el lecho de un pantano, con una barbacoa o camastro un tanto alzado sobre el nivel del suelo donde dormir, para librarse de su letal humedad siquiera durante las horas consagradas al sueño. Una cosa parecida a los palafitos que he visto en China en las márgenes del Yang-Tse, levantados sobre sus aguas revueltas y amarillas, aunque los chinos —daltonianos en este caso— le den a dicho río en su idioma el nombre de Yank-Tse-Kiang, que romanizado, quiere decir Río Azul.

Después la columna invasora enderezó el rumbo a Occidente, situándose en la misma fecha en el Estante, ya en los límites de las provincias de Matanzas y La Habana, a unos ocho kilómetros al Sur de Alfonso XII (hoy Alacranes), donde a la sazón se encontraba una de las varias columnas españolas que custodiaban la vía férrea de Matanzas, en su punto de enlace con la de La Habana, que es Unión de Reyes. Una jubilosa clarinada de las cornetas, y las marciales notas del Himno de Bayamo de Perucho Figueredo. y del Himno Invasor, cuyo autor, Enrique Loynaz del Castillo, dejó impresos en las estrofas de su letra y en los vibrantes acentos de su música, la virilidad y el ardimiento por él demostrados en los combates, tocados por la banda del Cuartel General, saludaron en nuestro campamento de El Estante la primera alborada del año de 1896. Nos encontrábamos ya, después de tan largas jornadas, durante las cuales la fortuna nos mostrara alternativamente, ora una faz risueña, ora una faz adusta, sobre la misma frontera territorial de La Habana, a donde habríamos de llegar antes que el sol, que ya mostraba su fulgente disco por Oriente, apagara su luz en las sombras del Poniente.

La sangre enrojecía ya el camino por nosotros andado, y con más sangre aún señalaríamos el que nos restaba por andar. Pero vencidos a costa de fatigas sin cuento, con abnegación y heroismo, tantas dificultades y peligros, estábamos persuadidos de que en lo sucesivo ningún obstáculo habría de ser superior a nuestra voluntad de seguir adelante. De alcanzar en toda plenitud el objetivo estratégico propuesto por Maceo al emprender aquella marcha de cuatrocientas cuarenta y dos leguas, y desatar, en los confines occidentales de la Isla, las coyundas que la ataban al carro colonial de España ¿Qué significación podían tener

ya los sacrificios hechos y los que aun se habrían de hacer ante este supremo ideal? Por la liberación de la patria estábamos dispuestos a posponerlo todo; a olvidarlo todo, todo, hasta la familia ausente y distante, tal vez hambrienta, sin pan y sin lumbre en el hogar; quizás errabunda, o aherrojada por el enemigo en su impotente ira.

Posiblemente, la columna española que pernoctara en Alacranes, u otra columna cualquiera, por informes de que nos encontrábamos en el Estante; o por haber oído los alegres sones de nuestra banda de música y de nuestras cornetas, vino a darle mayor solemnidad a la fiesta que se celebraba en el campo cubano, con las bélicas notas del combate. Estaban desfilando nuestras tropas, y ya se alejaban su vanguardia y una parte de su cuerpo central con Maceo a la cabeza, en dirección del poblado de El Estante, con el propósito de reconocer el ramal del ferrocarril que enlaza a Alacranes con los ingenios Cañas y Conchita, cuando el enemigo, pensando evidentemente sorprender nuestro vivac, hizo su aparición. Al encontrarlo ya sobre las armas, se corrió por detrás de una cerca, y situándose al costado izquierdo del mismo, rompió copioso fuego de fusilería.

Entre tanto, la fuerza cubana en marcha con Maceo, sin haber visto a los españoles, ni éstos a aquélla, continuaba hacia los ingenios ya mencionados, no sin que algunos pelotones entraran en El Estante y lo saquearan. El general Gómez, con los contados escuadrones con que había quedado, cargó contra la infantería enemiga; pero ésta, detrás de sus parapetos, resistió con firmeza. Entonces, nuestros infantes, cubiertos por la carga de la caballería, que les servía de cortina, se adentraron y se tendieron en línea paralela al cercado ocupado por los españoles, en un terreno cuyo bajo nivel los protegía un tanto de las balas enemigas. Desde allí, y al mando de sus jefes, los hermanos Vidal y Juan Ducasse, contrarrestaron la acción de los españoles.

Nuestra impedimenta, un instante en peligro por el súbito ataque del enemigo, que al amparo del viviente y sólido muro formado por nuestra infantería, pudo marchar a sitio más seguro, sin experimentar ninguna baja. La acción cobraba ardimento, cuando el general Maceo, habiendo oído su fragor, retrocedió con la parte de la tropa con que se había adelantado hacia

los ingenios Cañas y Conchita, y flanqueando por la derecha al enemigo en resuelta acometida, logró desconcertar su formación. A su vez, el general Gómez, con los escuadrones que llevara en el primer intento de carga, se corría por la izquierda, imposibilitando al centro de la columna española el interponerse entre nuestra vanguardia que retrocedía y los infantes que estaban sosteniendo el combate. Este movimiento facilitó también la unión de las dos alas de nuestra caballería. Inmovilizado el enemigo en sus atrincheramientos, continuamos la marcha, rumbo a La Habana, dejando en camino para Las Villas a los generales Serafín Sánchez y Luis Feria, que por la necesidad de economizar sus cartuchos para el viaje, no habían tomado parte en la acción.

1896

LA HABANA

El primero de enero de 1896, después de la acción de El Estante, la división expedicionaria cubana acampó en Bagáez, a poco más de un kilómetro al Sur de Nueva Paz. Nueva Paz, primera población en la línea de Güines a Matanzas, en sentido oriental, poseía una guarnición permanente de tropas españolas, y el día 2, en los momentos de cruzar por sus inmediaciones, a tiro de fusil, nuestra columna, llegaba a ella la división enemiga de Aldecoa, quien nos dejó el paso franco. Siguiendo adelante, nuestra vanguardia reconoció ese mismo día el pueblo de San Nicolás, en tanto que los elementos de flanqueo y los de retaguardia iban dándole candela a los campos cubiertos por la sacarosa planta que, ya en la estación de la molienda, lucía en plena madurez. Acampamos en terrenos del ingenio Providencia a unos siete kilómetros de Güines, visitado pocas horas antes por la brigada española que mandaba el general García Navarro. El día 3 se prosiguió la marcha rumbo al Oeste, paralelamente al ferrocarril de Güines. Casi al mismo tiempo la columna de García Navarro, según noticias, se dirigía a ocupar los pasos del Mayabeque, en combinación con la de Aldecoa.

En nuestra jornada de aquel día fueron ocupados los pueblos de Guara y Melena del Sur: sus respectivas guarniciones rindieron sus armas sin haberlas empleado. Luego proseguimos la marcha, divididos en tres cuerpos: el que iba por el centro pernoctó en Novo, junto a la línea de la capital a Güines.

Tres días completos llevaba ya la división expedicionaria cubana excursionando en la provincia capitalina, sin que el general Martínez Campos, desorientado y aturdido con los hábiles y rápidos movimientos estratégicos de Maceo, acertara a imprimirle a las operaciones militares de sus tropas la dirección adecuada a contrarrestar los crecientes progresos de la invasión. Ni siquiera en una provincia de tan reducida área territorial, que cuenta poco más de 8,000 kilómetros superficiales, pudo lograr hacer una combinación de fuerzas, capaz de presentarnos una batalla, en la que si no obtenía el triunfo decisivo de sus armas, al menos dejara a salvo su prestigio de jefe supremo de un ejército formidable y aguerrido como era el español. Ejército que ya poseía entonces un efectivo de 120,000 soldados, de tropas regulares en su inmensa mayoría, y 63,000 voluntarios, en tanto que el ejército de la Revolución no alcanzaba posiblemente la cifra de catorce mil hombres, mal armados y con una misérrima dotación de municiones. La columna invasora que había salido de Baraguá con 1,400 combatientes, al llegar a los límites de La Habana y Pinar del Río, contaba solamente con 3,860. En los mismos días en que nosotros ocupábamos a Guara y a Melena del Sur, había ocho brigadas y divisiones españolas escalonadas de esta manera: una en Güines; otra al sur de Melena; otra al Oeste de Güines; otra en Nueva Paz; dos que se suponían sobre nuestras huellas; otra en Júcaro, otra además en Ceiba Mocha (de acuerdo con cablegrama de Martínez Campos al Gobierno de Madrid).

Al llegar las tropas revolucionarias a Novo, es decir a menos de cincuenta kilómetros de la ciudad capital, la alarma de las autoridades españolas se convirtió en terror, y el Segundo Cabo, general Arderius, dió un bando poniendo en estado de defensa la Plaza: era el grito romano de *Hannibal ad portas.*

En aquel bando se les señalaba a cada cuerpo, a cada instituto armado, inclusive a los "Honrados bomberos municipales", el sitio que debían ocupar al oir cinco cañonazos consecutivos, que era la consigna. ¡Qué ironía resultaba de todos aquellos preparativos de defensa de una ciudad fuertemente fortificada, contra un adversario que sólo disponía de cuatro mil hombres que no contaban siquiera con los cartuchos necesarios para cargar sus deteriorados fusiles obsoletos; que no poseía, no ya artillería gruesa para derribar murallas y bastiones, sino ni una pieza ligera de campaña. ¡Ah!, si Maceo hubiese contado con

veinte mil hombres bien armados y parqueados, y algunas piezas de batir, la independencia de Cuba se hubiese firmado en la sala capitular del palacio de los antiguos capitanes generales de la Colonia, sin intervenciones extrañas; lo que nos habría evitado cuatro años de ocupación militar extranjera y largos años de subordinación nacional, que fueron rémora al desarrollo del sentimiento de la patria soberanía; que truncaron el proceso natural de la Revolución, y desviaron, para siempre quizás, el cauce de las aspiraciones con que acudimos al campo de batalla a romper las cadenas de despotismo, peculados y lacerias morales, que nos sujetaban a España. Pero la Revolución, poderosa por el genio militar de sus caudillos, y la abnegación y el heroismo de sus adeptos, era débil en cuanto al número de hombres, y pobre, muy pobre, en recursos pecuniarios. Y aunque, ahora, cuando se quiere aludir a los forjadores de la nacionalidad, se dice "la generación del 95", lo cierto es que fué una corta minoría de aquella generación la que alentó en su pecho tan noble ideal. La mayoría de la misma, la que no se afilió en los cuerpos irregulares para combatir por la causa de la dominación española —al terminar la guerra existían más de cincuenta mil guerrilleros del país— fué indiferente. Esto en cuanto a las masas populares de los centros urbanos; respecto a los intelectuales de cartel, casi todos pusieron el prestigio de sus talentos al servicio de la *Madre Patria.* Y en lo que atañe a los capitalistas, siempre fueron los ricos criollos, con raras excepciones, lo suficientemente insensibles a los problemas colectivos para no preocuparse de ellos. Hedonistas y sensuales, incapaces de sacrificar algo de sus fortunas en aquello que no fuera su propio placer y vanidad, mientras nosotros casi inermes, hambrientos y desnudos, por la carencia de medios económicos, luchábamos en interés y por la dignificación de todos, ellos, dándoles igual que gobernaran el país cubanos o españoles, o los esquimales, derrochaban el dinero satisfaciendo sus gustos materiales en la "boites de nuit" de la capital francesa, o en los cabarets de New York, cuando no lo hacían aquí mismo en La Habana en orgías junto con elementos oficiales españoles, nuestros enemigos.

Nuestra columna reanudó la marcha, rumbo al Suroeste, antes del amanecer del día, con objeto de cruzar la vía férrea de Batabanó, custodiada por las brigadas españolas de Echagüe, Luque y Aldecoa. Llevaba el ala derecha muy reforzada, porque a ese lado le quedaban varios poblados, entre ellos San Felipe,

Quivicán y El Rincón, dondè se sabía que se encontraban fuerzas enemigas en gran número.

Comenzaba el sol a remontar el horizonte, cuando nuestra vanguardia llegaba a dicha línea férrea y reconocía las inmediaciones del sitio por donde la había de atravesar toda la tropa. No se encontraron trazas de los españoles, no obstante estar ardiendo todos los cañaverales a nuestro paso, y que se levantaron los rieles en un largo trecho. Sin embargo, y según supimos después, las brigadas a que antes se ha hecho referencia, tenían sus puestos de observación tan cerca como en Pozo Redondo, a cuatro kilómertos de Batabanó.

ASALTO Y TOMA DE GÜIRA DE MELENA

El día 4, sin la más ligera oposición, sin una insignificante escaramuza, sin encontrar enemigos en ninguna parte, la división expedicionaria cubana continuó la marcha en dirección francamente al Oeste, cruzó la línea de ferrocarril de La Habana a Pinar del Río por las inmediaciones de El Gabriel, de cuyo pueblo se apoderó uno de nuestros escuadrones, y a la una de la tarde llegaba la invasión a Güira de Melena, o sea a cuarenta kilómetros de la capital. Rehusada por la guarnición la rendición intimada por Maceo, ordenó éste el asalto. Este, aunque la plaza contaba con fortificaciones interiores y otros medios de defensa, fué rápido. Nuestras gentes, haciendo caso omiso del fuego que desde los edificios de la plaza de armas y desde la iglesia les hacían los defensores, avanzaron desalojándolos de todas partes, y de pronto la población fué pasto de las llamas. El destacamento español, diezmado, reducido a pequeñísimo sector del pueblo, sin posibilidades de escapar, depuso las armas, rindiéndose al entonces capitán y más tarde coronel, Manuel Aranda. Todos sus hombres fueron puestos en libertad por el general en jefe Máximo Gómez. Hasta las ocho de la mañana del siguiente día permanecieron las fuerzas cubanas en Güira de Melena, sin que ninguna de las columnas enemigas que operaban por sus contornos, acudiera en su auxilio.

ENTRADA EN ALQUIZAR

Al dejar nuestra división a Güira de Melena el día cinco en la mañana, siguió en dirección al poniente, hacia el pueblo de Alquízar, situado también sobre la Vía Férrea del Oeste, casi en los límites de las provincias de La Habana con la de Pinar

del Río. Como no se sabía previamente la actitud que respecto a nosotros habría de adoptar aquel poblado, si se mostraría acogedor u hostil, Maceo ordenó a la vanguardia que se adelantara sobre el mismo sin romper el fuego mientras no fuera agredida por parte de su guarnición. Algunos vecinos que salieron a nuestro encuentro manifestaron que era la voluntad del vecindario recibirnos como a libertadores, que la guarnición se hallaba formada frente a su cuartel para entregar las armas. Sincera o no, la acogida fué entusiasta y afectuosa, entrando nuestras tropas a los acordes del himno de Bayamo y del himno invasor, y entre vítores y aclamaciones.

ENTRADA EN CEIBA DEL AGUA

El mismo día cinco, al salir de Alquízar, nuestra columna tomó el camino de Ceiba del Agua, pueblo como el anterior ubicado en los límites de las dos provincias occidentales, aunque más al Norte que aquel, y con estación del ferrocarril de Guanajay, que saliendo de La Habana, toca en El Rincón, empalme a su vez de las líneas Govea, San Antonio de los Baños. Seborucal y Ceiba del Agua, por donde entra en Pinar del Río. La situación estratégica de Ceiba del Agua, era tan peligrosa para nosotros como favorable para los españoles, pues que podían efectuar varios ataques, dos de ellos simultáneos de las fuerzas que estaban en Guanajay, y de alguna de las columnas que se hallaban en El Rincón, a los que podían seguir otros, de las que permanecían en Pozo Redondo. Además, la división de Suárez Valdés y la brigada de García Navarro no debían estar distantes, pues venían sobre nuestras huellas desde Güines. No sería aventurado afirmar que, en aquellos momentos, en torno a nosotros se movía un ejército enemigo de once a doce mil soldados.

Cuando nuestras patrullas de la vanguardia reconocieron los alrededores de Ceiba del Agua, era bien entrada la noche y en el pueblo reinaba completo silencio. No se nos hizo hostilidad, y entraron en él todas las tropas. De acuerdo con los informes de los vecinos, la fuerza que lo guarnecía, compuesta de voluntarios, se había marchado precipitadamente al Caimito, al conocer nuestra aproximación. Se procedió a un registro en busca de armas que pudieran haber dejado ocultas los voluntarios, dando como resultado el descubrimiento de un depósito de fusiles en la rectoría y otro escondido en las claraboyas del mismo templo.

Desde luego el cura, aquel *guerrero de misa y olla,* había tomado también las de Villadiego.

El día 6, la división invasora cubana, prosiguió hacia el poniente, inclinó su marcha al Norte: entró sin oposición en Vereda Nueva, cruzó la laguna de Ariguanabo, burlando las columnas de Luque, Suárez Valdés, García Navarro y Canella, que trataban de cortarle el paso por el Sur; penetró en Caimito, en Guayabal y en Punta Brava, y en Hoyo Colorado se le rindió espontáneamente la guarnición. En Punta Brava habíamos llegado a ponernos a diez kilómetros de Marianao, y a veinte kilómetros de la capital, sobre la carretera. Las tropas invasoras pernoctaron en Hoyo Colorado, mientras las españolas de guarnición en La Habana, y las que en distintas columnas que operaban en su distrito, se concentraban en aquellos sitios de la misma considerados más estratégicos, en previsión de un ataque.

En Hoyo Colorado, a las 7 de la mañana, se separaron el general Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador, y su lugarteniente Antonio Maceo. El primero habría de quedar operando en la provincia de La Habana por algunos días, para distraer parte de las fuerzas enemigas, y el segundo continuaría avanzando hacia Occidente hasta completar en Mantua el plan de invasión propuesto al emprender la marcha en los Mangos de Baraguá. El efectivo de las tropas expedicionarias, constituído por 3,860 plazas, fué dividido en dos contingentes: el uno a las órdenes del general Gómez, constaba de 2,300 plazas, y el otro mandado por Maceo, de 1,300. Al general Maceo habían de unírsele además dos escuadrones que quedaron sobre la vía férrea de Batabanó, a cuyo frente se hallaba el coronel Cándido Alvarez (Cayito), y las fuerzas que, con el coronel Bermúdez formaban la vanguardia de nuestra columna, al penetrar ésta en territorio de La Habana

La campaña realizada por el general Gómez en el referido territorio fué obra maravillosa de estrategia y movilidad. El mismo día de su separación de Maceo en Hoyo Colorado, o sea el siete de enero de 1896, derrotó cerca de Ceiba del Agua a una brigada enemiga mandada por el general García Navarro. Y desde entonces, hasta el veinticuatro de febrero que penetró en la provincia de Matanzas, en marcha para Las Villas, combatió en Mi Rosa, en Bejucal, en Ariguanabo; hizo capitular la guarnición del pueblo de Tapaste; y sostuvo choques en el ingenio San Agustín, en el ingenio Garro, en Alquízar, en Río Bayamo, y

ocupó un tren de mercancías en la línea del Oeste. En una de estas acciones. en la de Bejucal, salió herido. Pero más que en los choques que sustuvo con éxito, hay que admirarlo en aquellos que quiso y supo evitar, en un territorio tan reducido como es el de la provincia de La Habana, que sólo cuenta 8,242 kilómetros de superficie, en el cual existían entonces treinta y dos términos municipales, con más de cien pueblos, barrios y caseríos, la mayoría de los mismos guarnecidos por los españoles: unos por tropas regulares, con irregulares los demás, y varios de ellos fortificados, y en comunicación por ferrocarril, por donde se movían varias unidades enemigas en operaciones.

PINAR DEL RIO

En el trayecto recorrido por la columna Maceo aquel día 7, visitó el poblado de Banes, ya en territorio de Pinar del Río, retrocediendo en las primeras horas de la misma noche a tierras de la provincia de La Habana. Estuvimos tan cerca de la capital, que veíamos el resplandor de su alumbrado público. ¡Cuántas sugerencias y reflexiones traían a nuestra mente; cuánta añoranza al corazón, aquella luminaria! Allá estaba la ciudad por el momento para nosotros prohibida. Allá estaba con sus espirituales y bellísimas mujeres: ¡cuántas de ellas estarían esperando el regreso de un esposo, que nunca habría de volver, porque cayera ya en algún sitio ignorado del vasto cementerio trazado por la guerra y que la guerra habría de ensanchar! ¡Cuántas de ellas estarían aguardando al novio que jamás habría de conducirlas al templo de Himeneo, porque ya cayera también!

Allá estaba La Habana con sus pasatiempos y sus frivolidades y sus fáciles alegrías: sus teatros, Tacón, Payret, Albisu e Irijoa; y sus paseos, Prado, Parque Central y Carlos III. Pero allá estaban también nuestros enemigos los que nos daban la cara y sangraban y morían como nosotros por la causa, justa o injusta de su patria, y los que no nos daban la cara, los cobardes, los emasculados insolentes, incapaces de esgrimir otras armas que no fueran, y eso a distancia, la injuria, y la calumnia. Allá estaban los magnates del dinero, los que amasaran sus fortunas con el sudor del esclavo. Allá estaba la novísima nobleza criolla, condes y marqueses, cuyos pergaminos olían todavía a sentina de barco negrero, haciéndole la corte al sátrapa que representaba la dominación de España y su sistema colonial. Allá estaba, sí, la metrópoli indolente y sensual de la Isla, para

nosotros más amada cuanto más infeliz, y a la cual solamente por el hierro y el fuego podríamos redimir de su esclavitud.

El objeto con que había retrocedido Maceo a la provincia de La Habana era el de atacar a Marianao; pero no habiendo podido reunir los informes necesarios para asegurar el éxito de la operación, hubo de desistir. Nuestras tropas acamparon en las cercanías de Punta Brava, en el ingenio Maurín.

Al dejar al día siguiente, o sea el 8, en la mañana, el campamento de Maurín, la columna se dirigió a la playa de Baracoa. No había desistido Maceo de atacar a Marianao, y su movimiento rumbo a Baracoa, tenía por finalidad ocultar sus verdaderas intenciones. Desde Baracoa, nos correríamos por el litoral hasta Marianao; pero al llegar a la referida playa, nuestros confidentes informaron a Maceo que en la antes citada ciudad se levantaban a toda prisa fortificaciones, estando ya todas las bocacalles cerradas, y que numerosas fuerzas españolas acudían a su defensa. Por otra parte, desde el central Lucía llegaron noticias de que una numerosa columna enemiga se dirigía a la playa, por lo que, en evitación de ser sorprendidos allí con la espalda al mar, hubo de renunciar Maceo por segunda vez al proyectado asalto a Marianao, y abandonó en el acto el campo de Baracoa.

ACCION DEL CENTRAL LUCIA

Tan a tiempo dejó Maceo aquella peligrosa posición de la playa de Baracoa, que tuvimos que abrirnos paso por entre la columna anunciada poco antes por medio de un mensajero del central Lucía, mandada por el general Prats.

En el momento del choque, el enemigo se encontraba en el ingenio Palomino, dispuesta ya a avanzar con su cuerpo de batalla desplegado en dos alas, y sus reservas apoyadas en los edificios de la fábrica. Con el propósito de esquivar el combate en aquel terreno ya dominado por los españoles y librarlo del otro lado del central Lucía, se puso Maceo a la vanguardia de las tropas; y estaba haciendo desfilar la caballería, cuando sonó la primera descarga del enemigo, cuyos proyectiles cayeron sobre el Estado Mayor, causando varias bajas en él. Inmediatamente después de haber roto el fuego, los batallones españoles se movieron con tal rapidez sobre nosotros, que nos compelieron a repeler la agresión, aunque resueltos a no comprometernos a fondo en la acción. El regimiento Las Villas que cubría la retaguardia, mar-

chó contra el enemigo, llevando a su jefe, el coronel Zayas, a la cabeza; pero en posesión las fuerzas contrarias de los muros del ingenio Palomino, no pudieron nuestros jinetes cargarlo al arma blanca, y hubieron de apelar a sus carabinas. Mientras tanto, el grueso de la columna cubana se iba corriendo hacia el central Lucía, en cuyas proximidades alcanzó la refriega por un momento su máxima intensidad. Deseaba Maceo llegar al batey del central Lucía, evitando al mismo tiempo que se extendiera hasta allí la lucha; pero el enemigo, que continuaba en posesión de las fábricas del ingenio Palomino, cubría también los caminos que iban al central Lucía. Maceo envió sobre éstos al regimiento Las Villas y secciones de otros cuerpos, atravesó con el resto de las fuerzas por las guardarrayas de los cañaverales, y llegó al último mencionado ingenio, desde el cual, y luego de una breve conferencia con su dueño el señor Perfecto Lacoste, y dejar a su cuidado los heridos de mayor gravedad, continuó su marcha la columna invasora, entrando ese mismo día al territorio de la provincia pinareña, por la angostura de El Mariel.

ASALTO Y TOMA DE CABAÑAS

La columna invasora, una vez cruzada en su marcha hacia Occidente la angostura de El Mariel, tomó el rumbo de Cabañas el día 9 de enero, burlando las distintas divisiones españolas que, con la misión de defender los pueblos de aquellas comarcas, operaban sobre la carretera de Guanajay. En la jornada de aquel día, fueron visitados los ingenios Regalado, Begoña, San Jacinto y otros más. De acuerdo con los informes recibidos, era inminente un encuentro con alguna de las mencionadas unidades enemigas. Efectivamente, dos de nuestros escuadrones sostuvieron una escaramuza con las vanguardias de las de Suárez Valdés y Echagüe al practicar reconocimientos por el camino de Quiebra Hacha a Guanajay, en momentos en que el Cuartel General con el grueso de las fuerzas estaba acampado a dos kilómetros de Quiebra Hacha, en el ingenio Begoña. Desde Begoña, simuló un movimiento contra un fuerte enemigo existente en una finca inmediata llamada Pinillos, con el fin de que las columnas españolas más próximas acudieran en su auxilio, despejando de obstáculos la empresa de asaltar a Cabañas. La estratagema surtió su efecto. A poco de sonar los estampidos de fusil en Pinillos, se presentó la columna de Suárez Valdés. El General la entretuvo con el fuego de nuestra retaguardia, y con el grueso de

las fuerzas tomó el camino de Cabañas por entre los cerros que rodean el valle de su nombre, y bajo un torrencial aguacero que providencialmente vino a ser a manera de telón para ocultar su marcha. Entre ocho y nueve de la noche, todavía bajo la lluvia, llegó la columna invasora a dicho pueblo, envuelto en la oscuridad. El vecindario dormía en quietud y reposo al arrullo del perenne y sinfónico oleaje del mar. Al toque de nuestro clarín, los escuadrones de vanguardia se lanzaron sin vacilación ni demora al asalto, arrollando en su embestida a un retén enemigo, que huyó sin disparar un tiro hasta la plaza de la iglesia, donde se encontraba el núcleo de la guarnición. Esta rompió el fuego desde el campanario y casas contiguas al templo, al que se unió pocos momentos después el de los cañones de un pequeño buque de guerra anclado en el puerto. El general Maceo ordenó que los escuadrones de reserva se corrieran por el litoral en previsión de un desembarco de embarcaciones mayores, con lo que cesó el cañoneo y el mencionado buque desapareció.

Los cubanos se apoderaron en muy breve tiempo de los edificios que rodeaban la iglesia, inclusive la casa capitular, de donde también partían disparos; y dispuestos a pegarles fuego si no se rendían los defensores, estaban hacinando combustibles. El vecindario corría por las calles como alocado y las mujeres y los chiquillos lloraban y pedían misericordia a grito herido. No menos de un par de horas duró este lamentable espectáculo, esta perturbadora barahunda. Los defensores, con la esperanza seguramente de recibir refuerzos, prolongaban la resistencia. Pero convencidos al fin de que iban a sucumbir por el plomo y la candela antes de que les llegara el socorro, se resolvieron a deponer las armas, bajo la condición de que se les respetara la vida. Los que estaban en la iglesia se rindieron al entonces capitán de la Plana Mayor de Zayas, y más tarde coronel, Manuel Aranda, y los que ocupaban la casa capitular al ayudante de Maceo teniente coronel Carlos González Clavell, ascendido a general de brigada durante la campaña. En Cabañas, la columna invasora cogió un rico botín de guerra.

ENTRADA EN SAN DIEGO DE NUÑEZ

Desde Cabañas se trasladó Maceo al ingenio San Juan Bautista, a tres kilómetros distante, y desde aquí reemprendió la marcha el día 10 en la mañana por el litoral, con objeto de desarmar los destacamentos de los pueblos y caseríos, que se encontra-

ran en el trayecto de Cabañas a Bahía Honda. Había dejado escalonadas algunas secciones para que hostilizaran al enemigo y dificultaran su avance, en el caso de que alguna de las columnas que pernoctaron en Begoña y Pinillos, particularmente la de Suárez Valdés, se movieran en su persecución. Nuestras fuerzas se habían aumentado con algunos hombres más. Se le habían incorporado el comandante Pedro Delgado con los suyos.

Marchando como íbamos por el Norte, con rumbo al Oeste, el primer pueblo encontrado al paso, era San Diego de Núñez. Este pueblo es fácilmente defendible por la naturaleza de sus calles tortuosas y empinadas que ofrecen en cada recodo un excelente abrigo para tirar a cubierto. A la sazón contaba con una guarnición de voluntarios, por lo cual se tomaron minuciosas precauciones para abordarlo; pero todas sobraron, por fortuna, pues, los voluntarios se rindieron a la primera intimación.

Ei jefe del destacamento, que era catalán, no mostró gran pesar por la capitulación, porque, según dijo él mismo, deponía las armas ante otro catalán —el general Miró, jefe de Estado Mayor de Maceo, que fué el negociador. Además, él estaba convencido de que Don Arsenio Martínez Campos era de los nuestros, y aún llegó a preguntar si no venía en la partida.

ENTRADA EN BAHIA HONDA

Ese mismo día 10 de enero, nuestra columna, después de descansar un rato en San Diego de Núñez, tomó el camino de Bahía Honda, donde pernoctó. En el trayecto se le incorporaron algunos hombres pertenecientes a las fuerzas de Pinar del Río, mandados por el coronel Socarrás y el Doctor en medicina. Gómez Rubio. Bahéa Honda había sido tomada con anterioridad por el citado coronel Socarrás, y al presente no contaba con guarnición española.

En la mañana del 11, a poco de dejar a Bahía Honda, sostuvimos una escaramuza para rechazar una pequeña tropa enemiga que trataba de desembarcar por un muelle existente en el ingenio Gerardo. Enterado Maceo de que el dueño de dicho ingenio había solicitado el envío de aquellas tropas a Bahía Honda al conocer nuestro avance, ordenó desmantelar el batey y quemar los cañaverales.

ENTRADA EN LAS POZAS

Al terminarse la escaramuza en el ingenio Gerardo, la columna cubana siguió para Las Pozas. Esta población estaba guarnecida por los españoles, pero al saber su destacamento nuestra aproximación, se trasladó a La Palma. El alcalde nos *obsequió* con cien fusiles que para andar más expeditos, y por consiguiente más ligeros, le habían dejado los defensores en depósito.

CONSOLACION DEL NORTE O LA PALMA

El día 12, Maceo destacó algunas fuerzas para que operando en guerrilla, destruyeran los desembarcaderos de Río Blanco, La Mulata y Verracos, en la costa Norte. Mientras tanto, él, con el grueso de las fuerzas se dirigía rumbo a Consolación del Norte, pueblo más conocido en aquel entonces por nosotros con el nombre de La Palma, con objeto de atacarlo. Los habitantes de La Palma y de una extensa comarca a su alrededor, canarios o hijos de canarios en su inmensa mayoría, eran enemigos acérrimos de la revolución y bravos hombres de pelea.

Aunque por haberse informado Maceo de que por Río Blanco habían desembarcado tropas españolas para reforzar la guarnición de La Palma, las tres leguas que dista de San Diego de Núñez se recorrieron con la mayor prontitud para anticiparnos a la llegada de las fuerzas auxiliadores enemigas; ya éstas, cuando nos presentamos ante la población, habían penetrado en ella, y encontramos la plaza en estado de defensa. La lucha pues iba a ser dura, y en el caso de obtener nosotros el triunfo, sería a un elevado costo de sangre. Pero no por tales razones desistió Maceo del ataque; y estaba ya organizando las columnas de asalto, cuando se presentó en su Cuartel General una señora con dos niños, sus hijos, suplicándole que no atacara el pueblo. La señora, cuyo nombre o particularidades no quiero mencionar por no exponerme al riesgo de incurrir en su desagrado, era la esposa del jefe de los voluntarios de la localidad. Ante la desolación y los ruegos de aquella mujer y madre, renunció Maceo a la operación, con las únicas dos condiciones de una contribución de guerra, y de que los vecinos abandonaran el negocio del tabaco, prohibido por la Revolución.

Habiendo dejado el pueblo de Consolación del Norte, la columna Maceo hizo rumbo Sudoeste por el interior de la sierra, acampando el día 13 en Laguna de Piedra, a cinco kilómetros

de Viñales. Nuestros exploradores cruzaron algunos tiros con los voluntarios de dicha localidad.

Puestos de nuevo en marcha el día catorce, llegamos a Caiguanabo.

El día 15, la tropa invasora hizo rumbo francamente al Sur, siempre por dentro de la sierra, y a las diez de la noche acampó en Pilotos. Siguió marcha el día 16, y cruzando la vía férrea que va de San Cristóbal a Pinar del Río, hizo alto en Paso Viejo, a ocho kilómetros al Sudoeste de la capital de la provincia. El día 17 en la mañana nos aproximamos a la ciudad, anunciando nuestra presencia con las clarinadas de las cornetas y los acordes de la banda de música del Cuartel General. Los españoles nos dispararon una veintena de cañonazos, que provocaron las burlas y las chacotas de nuestras gentes, pues como siempre resultaron inofensivos.

COMBATE DE LAS TAIRONAS

El mismo día 17, marchando la fuerza cubana a tiro de fusil de la ciudad de Pinar del Río, llegó al barrio de Las Taironas, a siete kilómetros al Sur de aquella plaza, al mismo tiempo que una columna española se dirigía por la calzada de Pinar del Río al embarcadero de Coloma, distante cosa de veintiuno o veintidós kilómetros en la costa Sur. Avisadas dichas tropas enemigas de nuestra estancia en Las Taironas, y ya en camino de retroceso con otros elementos que en apoyo le envió la plaza, las divisó nuestra vanguardia. Los españoles al saberse descubiertos, se atrincheraron en un edificio que existía en la misma calzada y servía de cuartel a un destacamento de la guardia civil y voluntarios, y en otro inmediato a las Taironas ocupado también por la guardia civil y tropas de línea. El combate no se hizo esperar. La vanguardia cubana atacó sin vacilación las posiciones enemigas; pero los españoles, desplegados a un lado de la carretera unos, y otros dentro de las cunetas de la misma, resistieron la embestida de nuestros escuadrones, a los que infligieron numerosas bajas. Cargó entonces Maceo con un núcleo mayor de caballería, pero fué también rechazado por aquella brava infantería española, que además del talud y las cunetas de la calzada que le servían de trincheras, había organizado otras con las carretas de que hacía uso para conducir el convoy. No obstante, estaba envuelto por todas parte, pues parte de la caballería cubana había cruzado al lado opuesto de la carretera, por debajo de un viaducto de la

misma que no quedaba distante. No había el fuego disminuído por ninguno de ambos bandos, cuando otra columna enemiga, viniendo de Pinar del Río, entró en escena, con lo que el campo de batalla cobró mayor extensión, al adelantarse el regimiento Las Villas a detener al nuevo adversario e impedirle la unión con el que se batía en la calzada, objeto que no pudo lograr pese al ímpetu de sus cargas.

Se hacía indudable que no era el arma blanca la que en este caso podía darnos el triunfo, y Maceo lo confío a la infantería. Ordenó que doscientos infantes tomaran posición sobre una elevación del terreno poblado de árboles, desde la cual se domina- la calzada en un buen tramo, y desde allí arrojaron un diluvio de balas sobre los españoles, que abandonando el talud y las cunetas de la carretera, corrieron a hacerse fuerte en los edificios ya mencionados. Pero al mismo tiempo, dos de nuestros escuadrones, surgiendo de una hondonada donde los había emborcado Maceo, como si brotaran del seno de la tierra, los cargaron por la derecha. La situación había cambiado a nuestro favor, y el enemigo, dejando el campo de la acción, y aunque sin desbandarse, se retiró a sus cuarteles de Pinar del Río. Es indudable que sin la columna de auxilio, la otra se hubiese visto obligada a deponer las armas o hubiera perecido, ¡pero qué valientemente había combatido! El general Maceo pernoctó esa noche con su Cuartel general en una finca propiedad de Tiburcio Castañeda.

Las tropas por nosotros batidas el día 17 de enero, sumaban mil hombres de distintos cuerpos.

RIO SECO

El día 18, la columna Maceo volvió a sostener combate en Las Taironas, aunque careció de importancia. Fué una función, en marcha las dos tropas adversarias, que comenzó en Río Seco, al Sudeste de Pinar del Río, y a doce kilómetros, al Sudoeste también, del sitio donde se había librado el combate anterior. Se encontraba Maceo buscando sitio donde dejar los heridos en la zona de San Luis, cuando al pasar por Río Seco, encontró una columna española, en marcha también, paralelamente a la suya, pero llevándole alguna distancia. Se le provocó insistentemente, pero no aceptó el reto. Cosa desusada en los jefes españoles.

TIRADO

Colocados los heridos en la zona de San Luis, el Cuartel General pernoctó el mismo día 18 en Tirado, perteneciente al término municipal de dicho pueblo, a cuatro kilómetros al Sudeste del mismo, y a diez y ocho y en la misma dirección de Pinar del Río. Al amanecer del día 19, se enviaron patrullas a reconocer el camino de San Luis y los veguerios de la comarca, donde se sabía por informes de los vecinos, que se encontraban numerosas fuerzas españolas. Era de esperar que si el enemigo al salir de sus cuarteles y alojamientos tomaba el rumbo de Tirado, había de tropezar con alguna de las secciones de aquellos nuestros exploradores, cuyo fuego nos pondría en aviso. Pero sea que los españoles, más madrugadores en aquella ocasión que nosotros, se hubiesen anticipado a la salida de nuestras patrullas, sea que más familiarizados que las mismas con aquel territorio, las hubiesen burlado, tomando por atajos de ellos conocidos, el caso fué que llegaron a nuestro campo sin ser hostilizados, echándose sobre nosotros antes de encontrarnos prevenidos. Sus proyectiles, cayendo de improviso y como diluvio de plomo sobre el frente del campamento cubano, lo barrieron en un santiamén: ninguna de nuestras unidades pudo resistir a pie firme. Afortunadamente estaba allí Maceo, pues de otra manera la desmoralización y la desbandada hubiese sido incontenible. Maceo las contuvo imponiendo su autoridad, y con aquel su ánimo ecuánime y sereno en toda circunstancia, hizo correrse a la tropa a la izquierda y desplegarse en un terreno cubierto de hierba de pasto allí existente; pero éste, muy reducido, fué pronto dominado también por el enemigo con su ala derecha. Era evidente el propósito de los españoles, conociendo con seguridad la topografía de aquel campo, de envolvernos en él. Pero Maceo, que como dijo Martí, se bebía de una mirada un campamento, descubrió en la margen de un regato cercano y a nuestra izquierda, del Río Guamá, un seto vivo, y se apoderó de él con presteza, situando varios escuadrones entre los yerbajos. Desde esta posición, los referidos escuadrones amenazaban el progreso de varias compañías que el enemigo había lanzado hacia adelante. Seguidamente emboscó al lado de la misma cerca varias compañías de infanteria, las que protegidas por aquel excelente parapeto, hacían muy buena puntería sobre el adversario. El fuego se hizo atronador. La columna española, opulenta como siempre en municiones, continuaba haciendo descargas cerradas contra

nuestras posiciones, pero sin poder avanzar; mas nosotros no los podíamos resistir por tanto tiempo. Nuestra provisión de cartuchos era, como siempre, en extremo escasa, y ya habíamos quemado gran parte de la misma. Maceo ordenó la retirada y el enemigo quedó sobre el campo, y con los laureles de la victoria, muy merecidos.

El mismo día la caballería oriental, al regreso de una exploración por el litoral y el embarcadero de Galafré, sostuvo una escaramuza, sin consecuencia, con el enemigo. Acampamos en Sábalo, a doce kilómetros al Sudeste de Guane, a cuyo lugar llegamos el día 20 en la tarde. De Guane partió la columna cubana el día 22 para Mantua, situada al Norte y a unos veintitrés o veinticuatro kilómetros de la anteriormente citada población, y a donde llegó a las cuatro de la tarde del mismo día. Había hecho la última jornada de aquella estupenda marcha estratégica de invasión, que fué calificada por Clarence King en la Revista Militar de Bruselas como el plan militar más audaz de la centuria; y de la cual dijo el crítico militar del periódico THE SUN, de New York, "que se acercaba más a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestros tiempos".

Y, ciertamente, si a una autoridad en estrategia, con el mapa de Cuba a la vista, se le hubiese dicho que un ejército de mil cuatrocientos hombres, con armas imperfectas, desprovisto de artillería, y con sólo doce o catorce cartuchos por individuo; carente de todos los cuerpos facultativos y auxiliares necesarios en una organización militar, tales como ingenieros, zapadores y pontoneros —privación ésta última que lo obligaba en ocasiones a desviarse de su ruta para cruzar un río precisamente por su vado natural, so pena de hacerlo a nado— que no contaba con una administración *ad hoc* que lo proveyera de alimentos y vestuario, lo que le imponía la necesidad de vivir del merodeo y sobre el país, se proponía marchar desde la sabana de Baraguá, casi en el extremo oriental de la Isla, hasta el pueblo de Mantua en el extremo Occidental: recorriendo mil seiscientos noventa y seis kilómetros de un territorio en gran parte llano, y cuya mayor anchura mide nada más que doscientos kilómetros y disminuye según se avanza hacia el Oeste, a ciento treinta y cinco y se estrecha hasta no alcanzar más de treinta o treinta y seis, y en el que existían varios cientos de ciudades, pueblos y caseríos, por lo común guarnecidos por el enemigo, y no pocas fortificadas; y atravesar las líneas de un ejército de más de sesenta mil soldados

regulares, equipados con el armamento más completo y hasta entonces más moderno, y varios miles de soldados irregulares, lo hubiese considerado como la concepción teórica e impracticable de una mente puramente especulativa: como un espejismo de la imaginación. Y no le habría faltado lógica para razonar así. En aquella inigualable empresa hubo de entrar por mucho la fantasía de Maceo que era a la vez imaginativo y positivista. El vencedor de Peralejo, el gran Capitán de la Invasión, concebía sus planes de campaña con inspiración de poeta y los ejecutaba con exactitud de matemático.

CAMPAÑA DE OCCIDENTE

PINAR DEL RIO

El 24 de Enero en la mañana, la columna invasora dejó el pueblo de Mantua, y en una marcha sin parada por entre sitierías y veguerías, fué a acampar, ya entrada la noche, en Macurijes, como a veinticinco kilómetros al Norte de la primera nombrada localidad. Al siguiente día 25, entró en Baja, poblado que se encontraba en poder de una de nuestras fuerzas comarcanas; continuando la marcha por el litoral y pernoctando en las cercanías de un ingenio llamado Santa Lucía. En dicha finca se encontraba una fuerza española al mando del general Echagüe, con la que en las primeras horas de la mañana del día 26 sostuvimos una escaramuza sin importancia. Después nuestra columna siguió marcha rumbo al Este hacia Viñales; cruzando por las sierras de Matahambre, Pan de Azúcar, el Ancón y el Infierno, y fué a acampar en Santo Tomás, un veguerío a doce kilómetros al Sudoeste de la antes aludida población.

En Santo Tomás permanecimos todo el día 27. El 29 acampamos sin ser hostilizados en Piloto, a diez u once kilómetros al Sur de Viñales. Circulaban a la sazón rumores sobre el relevo del general Arsenio Martínez Campos, de su cargo de Capitán General y jefe de operaciones del ejército español en Cuba, y de que mientras llegara su sucesor, tomaría el doble mando el general Sabas Marín.

Al dejar el campamento de Piloto, el día 29, tomó Maceo el camino de Consolación del Sur, con el propósito de explorar la vía férrea de Pinar del Río. En conocimiento de que en Consolación del Sur, se encontraba una división de fuerzas enemigas, y con objeto de provocarla al combate, se continuó la mar-

cha hasta las proximidades de la citada localidad, pero sin el resultado propuesto, pues el enemigo rehusó el guante. Algo más adelante, en una finca llamada Candelaria, entre Consolación del Sur y Paso Real, por donde se pasó el día 31, se tuvieron informes, según los cuales, las columnas españolas de los generales Luque y García Navarro, vigilaban aquella zona, por lo que era de prever un encuentro con alguna de ellas o con las dos al mismo tiempo. Pero la previsión no se realizó.

En la finca Candelaria, se enteró Maceo, por algunos periódicos de la capital, de que el sustituto titular de Martínez Campos, era el general Valeriano Wéyler.

Decidido a contrarrestar la actividad en las operaciones, que bajo el mando del nuevo capitán general y general en jefe del ejército, se pudiera producir en las tropas españolas, apresuró Maceo su regreso a la provincia de La Habana. Quería encontrarse en ella para el día en que Wéyler publicara el bando de su toma de posesión, y los integristas recalcitrantes, partidarios del fusilamiento de los prisioneros de guerra, incluyendo a los campesinos sorprendidos en sus bohíos o en sus pacíficas labores, y del encarcelamiento y deportación, y del patíbulo a todo sospechoso de "infidencia", estuviesen celebrando con voladores, luminarias y borracheras, la instalación en el palacio de la gobernación general de la Colonia, del jerarca carnicero de Tenerife.

La empresa de pasar a la provincia de La Habana con tal premura, ofrecía grandes y peligrosas dificultades: numerosas columnas españolas operaban sobre el territorio central de Pinar del Río, y el mismo capitán general interino, Sabas Martín, acababa de llegar a Guanajay con 1,200 infantes y 1,000 jinetes, para dirigir él en persona la campaña. Para realizar su intento, tenía Maceo que contender y vencer todas aquellas columnas, cuyos efectivos sumados arrojaban no menos de nueve mil combatientes, en tanto que él contaba en aquellos momentos con sólo 1,600 hombres, de los que tendría que reducir de cuatrocientos a quinientos para guarnecer las posiciones conquistadas en la provincia Occidental. Pero nuestro insigne caudillo, que estaba resuelto a que el despliegue estratégico hecho por el nuevo jefe supremo del ejército enemigo lo encontrara ya a la ofensiva en la misma zona del teatro de la guerra donde éste tenía su cuartel general, arrostró las consecuencias animoso y, sin duda, confiado.

Febrero

COMBATE DE PASO REAL

Decidido ya a asumir la ofensiva, se encaminó Maceo a Paso Real de San Diego, adonde llegó el primero de febrero, entre once y doce de la mañana. Marchaba detrás de una columna enemiga mandada por el general García Navarro, a la cual se proponía dar alcance, sabiendo que éste se dirigía también a Paso Real, o debía pasar por dicha localidad. Pero al llegar allí, supo que el aludido jefe español había dejado el caserío en horas de la madrugada, dirigiéndose al Este de la Provincia, camino de La Habana. Con la esperanza de alcanzarlo en Santa Cruz de los Pinos, que por el camino real dista una jornada, ordenó continuar la marcha, adelántando él con las fuerzas de vanguardia. Mas García Navarro, que tuvo durante toda la campaña la suerte de equivocar el rumbo por donde andaba Maceo, no se había detenido en Santa Cruz de los Pinos, sino que había seguido ligero con su columna de mil hombres para Los Palacios. En cambio, se presentó como competidor el general Luque.

Acababan de desfilar en seguimiento de Maceo el centro y la retaguardia de nuestra columna, y se encontraba aún en el pueblo el jefe del Estado Mayor, general Miró, reuniendo los rezagados y esperando que se replegaran las guardias y patrullas que vigilaban el camino marcado con nuestras huellas, cuando sonaron algunos disparos en las afueras del pueblo, y a poco se dejaron ver los soldados españoles de un batallón que, en dos alas, trataban de envolver el caserío por el Suroeste, mientras otros elementos de la columna lo atacaban por el centro y el lado izquierdo.

El general Miró, en tanto que organizaba la débil resistencia que podía oponer con los citados rezagados y las guardias y patrullas, que se habían replegado luego de haber dado la alarma, envió a escape un ayudante a darle aviso a Maceo. El ayudante encontró a Maceo a madio kilómetro del pueblo, corriendo ya al reclamo, grato para él, del cañón.

Ya la división española, detenida momentáneamente por un centenar de hombres que pudo reunir Miró, barría, desplegada en batalla dentro de Paso Real, los parapetos ocupados al azar, a la salida de la población, por algunos grupos de tiradores cubanos, cuando llegó Maceo con el grueso de su columna. El General, una vez examinada la situación, viendo cómo los españo-

les salían del poblado y se echaban por el campo inmediato en persecución de los pelotones contrarios que defendían con tenacidad aquellos sus últimos abrigos del caserío, se corrió por el Oeste del mismo, considerando este lado el más vulnerable del enemigo. Desplegó un regimiento a la izquierda de los españoles que estaban ya fuera del poblado; dispuso que los tres escuadrones que constituían el regimiento Pinar del Río atacaran por el flanco derecho y situó dentro de un palmar al regimiento Las Villas, de manera que al lanzarse a la carga aquellos dos regimientos de caballería, el enemigo, al buscar refugio en dicho palmar, fuera fusilado a quemarropa y obligado a retroceder. Acababa el General de adoptar este orden de batalla, cuando los españoles, tratando de avanzar, se encararon con el núcleo de jinetes cubanos capitaneados personalmente por Maceo y fueron detenidos, mientras que su infantería, también inmovilizada, continuaba haciendo constante y nutrido fuego. El terreno aquel es uniformemente llano y despejado: con excepción de los dichos palmares y de alguno que otro platanal arruinado y seco, estaba desprovisto de vegetación. En cuanto a moradas u otra cosa cualquiera que pudiera servir de parapeto, únicamente se veía, surgiendo a distancia, uno que otro bohío, que con la pajiza tonalidad de su techo rompía la dilatada monocromía de la llanura; por lo que, careciendo los nuestros de abrigo las balas españolas ocasionaron varias bajas en sus filas. Transcurrieron tal vez un par de horas, durante cuyo tiempo sólo se oían las detonaciones de la artillería y la fusilería y el silbido de los proyectiles. El enemigo cubría de plomo con sus descargas colectivas las líneas cubanas, y los cubanos clareaban las masas enemigas con sus disparos individuales, concienzudamente dirigidos. A esta situación pusieron fin los españoles con una carga de toda su caballería, que llegó casi encima de nuestra gente, con la intención de romper su formación y dividirla. Maceo ordenó entonces una contracarga general, poniéndose él a la cabeza de los escuadrones más delanteros. Y fué tal la arremetida de nuestra caballería, que en el primer choque desconcertó y desordenó al escuadrón que formaba la vanguardia enemiga, el que huyendo a la desbandada, fué a buscar amparo en Paso Real. Luego cayó sobre la infantería española sin detenerse ante su formación en línea primero y después en grupos circulares, algunos de los cuales desbarató. Varios de nuestros jinetes, saltando dentro de dichos sólidos, encontraron gloriosa muerte. Allí murió el valentísimo comandante Pablo Chacón del regimiento Céspedes.

El combate, que comenzara a las dos, había terminado a las seis de la tarde. Es decir, cuatro horas durante las cuales se luchó con suerte varia, no pudiendo los españoles dar un paso más, y retirándose al fin a Paso Real, abandonando el campo. Aunque, justo es decirlo, sin precipitación y manteniéndonos a raya.

ACCION DE CANDELARIA

Librada favorablemente para nuestra causa la acción de Paso Real, obligado el enemigo a cedernos el campo y retirarse al amparo de los edificios de aquel caserío, marchó el general Maceo a Santa Cruz de los Pinos, donde estableció su campamento, en espera del coronel Pedro Sotomayor, que había de reunírsele, procedente de la zona de Guane, donde quedara pocos días atrás al frente de algunas fuerzas. Sotomayor se le incorporó el día 3 en la tarde, y el 4 en la mañana se emprendió la marcha hacia San Cristóbal. Esta población, ocupada por destacamentos de nuestro ejército, se encuentra entre Santa Cruz de los Pinos y Candelaria, y por ella pasa el ferrocarril del Oeste, en el tramo comprendido entre Artemisa y Pinar del Río, así como la carretera llamada de Candelaria. El mismo día 4 llegó al Cuartel General el teniente coronel Pedro Delgado, jefe de las zonas de Cabañas y el Rubí, con varias compañías a su mando. La columna cubana, con la reunión de los dos contingentes de Sotomayor y Delgado, alcanzó un efectivo de 1,800 plazas, aunque su total, sumándole 700 hombres desarmados que la seguían, fuera de 2,500.

Con aquellas fuerzas y con aquella impedimenta, salió Maceo de San Cristóbal en la tarde del día 5, rumbo a Candelaria, con el propósito de rendirla por negociaciones, o de asaltarla si no capitulaba.

Candelaria, como San Cristóbal, está situada junto a la vía férrea y a la carretera antes citada. Dista unos veinte kilómetros de Artemisa, donde fué establecido el Cuartel General español de la trocha Mariel-Majana, y a la sazón se encontraba allí el general Sabas Marín, Capitán General de la Isla y jefe supremo de los ejércitos de España en la Colonia, interinamente, al mando directo de varias de las columnas que trataban de interceptarle a Maceo el paso a territorio de La Habana.

El pueblo de Candelaria, de grande importancia para las operaciones del ejército español en Pinar del Río, estaba fortificado, y contaba con una numerosa guarnición, compuesta en su mayor parte de voluntarios chapelgorris y secciones del batallón de San

Quintín. Como miembros del instituto chapelgorris, y alternando con los vascongados, se veían algunos negros del país, que lucían con orgullo en sus crespas cabezas la boina encarnada y rivalizaban con los eúscaros sus compañeros de filas, en denuedo y en devoción a la bandera española. Llegado Maceo a la vista de Candelaria en las últimas horas de aquella tarde, e intimada la rendición de la plaza, a lo que hubo de negarse el jefe de la misma, se lanzaron resueltas al ataque nuestras tropas y comenzó el combate, cruzándose las primeras descargas de fusilería entre los elementos más delanteros de la columna cubana y la línea enemiga que cubría el perímetro exterior de la población. Obligados los españoles a retroceder, se parapetaron en las primeras filas de casas del poblado; de donde, tras obstinada resistencia, fueron también compelidos a retirarse y a buscar protección en sus reductos y muros de defensa. Mientras tanto, algunos pelotones de los asaltantes se iban apoderando de los edificios evacuados por los defensores, parapetados en los cuales servían de sostén a las demás tropas que continuaban adelantando terreno, batiéndose al descubierto en las calles, bajo una lluvia de proyectiles, y dándole candela a las casas deshabitadas, a los establecimientos de comercio y a todo aquello que fuera obstáculo a su paso, o pudiera servir de abrigo a los adversarios. Como a la media noche una multitud de casas estaba ardiendo, la batalla estaba en pleno desarrollo, y los combatientes, al resplandor de los incendios, parecían irritadas furias.

Luego, como desde la una a las tres de la madrugada, el fuego disminuyó un tanto. Ambas partes habían sufrido numerosas bajas, y estaban precisadas a curar sus heridos y sepultar sus muertos. Pero al venir el alba del nuevo día, se renovó la lucha con igual o mayor encono. Ahora los hombres de uno y otro partido, viéndose las caras a la luz del día y enardecidos por las mutuas injurias, se disparaban a quemarropa sus fusiles y se iban a las manos en mortales cuerpo a cuerpo. Estos se sucedían con mayor frecuencia entre las gentes negras que militaban en los dos distintos partidos. Los hombres de color que a nuestro lado derramaban generosamente su sangre por el derecho y la dignidad de los cubanos de todas las razas, no podían concebir la ignominia de aquellos negros que, ostentando el uniforme español de chapelgorris, luchaban por mantener el régimen de factoría y despotismo a que nos tenía sometidos la dominación de España, que a unos y a otros por igual nos denigraba. Y en cuanto le

echaban la vista a alguno de ellos, dejaban toda circunspección y mesura, y se abalanzaban a él con los machetes levantados.

Proseguía encarnizada la batalla, cuyo estruendo llenaba todo el ámbito de la población, y un turbión de plomo, llevando en su cálido soplo la muerte, azotaba el aire. El enemigo, desde los atrincheramientos previamente preparados hacía copioso fuego, al que los nuestros contestaban abrigándose en las puertas y en las esquinas de los edificios y a pecho descubierto en sus vías públicas. En estas condiciones había transcurrido toda la mañana. La guarnición de la plaza parecía resuelta a sucumbir en su defensa; pero pese a tal decisión su fuego se iba debilitando a medida que los invasores obtenían ventajas. En las primeras horas de la tarde ya se hacía evidente el triunfo de éstos, tal vez antes de que sobreviniera la noche, y Maceo había dispuesto el ataque general para las 3 p.m. Iba ya a sonar dicha hora; pero momentos antes de que nuestras cornetas dieran la señal, las patrullas encargadas de vigilar la sección de calzada entre Artemisa y Candelaria, vinieron a notificar la aproximación a marcha forzada de una numerosa columna española, que traía el rumbo de Artemisa. Dicha fuerza, una brigada completa integrada por infantería, caballería y artillería, estaba al mando, según se supo después, del general Francisco Canella, Con el propósito de demorar su avance el tiempo preciso para finalizar la operación de tomar a Candelaria, y lanzar después todas sus tropas contra la columna Canella, destacó Maceo al regimiento de caballería del coronel Zayas. Este regimiento entró en contacto con la vanguardia del nuevo enemigo en un sitio próximo al puente Bayate, tendido sobre el río de su mismo nombre; pero todos sus esfuerzos y sus magníficas cargas se estrellaron contra dos batallones de infantería que le opuso Canella: fué rechazado, y la columna española siguió adelante por la derecha de Candelaria, dividida en dos alas, una por la carretera y la otra por la sabana, las que hicieron conjunción en Laguna Blanca, inmediaciones de la población. Los defensores de ésta, reanimados por el pronto auxilio que les anunciaban los estampidos de la artillería de Canella, redoblaron la resistencia.

Convencido Maceo de la imposibilidad de rendir la guarnición de Candelaria y batir al mismo tiempo a la poderosa columna que acudía en su socorro, evacuó dicho pueblo y marchó contra aquella unidad auxiliadora. En terrenos del pequeño ingenio Delicias, en los que, en batalla campal se luchó una hora más,

terminó la acción, no pudiendo impedir Maceo que la columna Canella entrara en Candelaria, que así se libró de caer en nuestras manos.

COMBATE DE RIO HONDO

Terminada en la sabana de la finca Delicias la acción de Candelaria, pernoctaron las tropas cubanas en el cafetal de Frías, distante unos cinco kilómetros de la mencionada localidad, en las estribaciones de la sierra del Rosario.

Suponiendo Maceo que el plan del jefe de la columna auxiliadora de Candelaria, era atacar también a San Cristóbal, cuya ocupación por un pequeño destacamento cubano debía conocer, dejó muy temprano en la mañana del día 7 aquel vivac, y emprendió marcha por la calzada de San Cristóbal, rumbo Oeste, a fin de presentarle nuevo combate al general Canella, bien fuera que lo encontrara en camino, bien ya en el mismo pueblo de San Cristóbal; pero Canella no se había movido de Candelaria. Tampoco encontró Maceo huella alguna que pudiera revelarle el paso de otras columnas enemigas por aquellas inmediaciones, siendo así que eran en gran número las que, encargadas de guardar la carretera y el camino real en aquel tramo de Artemisa a Pinar del Río, lo recorrían constantemente. Mas era indudable que la fuerza española que nos había impedido en la tarde anterior apoderarnos de Candelaria, cumplida la misión de auxilio a su guarnición, la habría de abandonar sin más demora, y hacia cualquier rumbo que lo hiciera tendría que marchar por la calzada o por el camino real, ya que el servicio del ferrocarril entre Artemisa y Pinar del Río estaba interrumpido. Maceo se dispuso a esperarla en las cercanías del puente Yaguazas, en las inmediaciones de Río Hondo, a diez kilómetros de Candelaria y a uno y medio de San Cristóbal. Las tropas cubanas tomaron posición a la derecha del camino que, pasando por Candelaria, sigue a San Cristóbal. No tuvieron que aguardar mucho tiempo para entrar en función: minutos después, las patrullas que vigilaban la carretera anunciaron con sus disparos la aproximación del enemigo, adelantándose una pareja de las mismas a comunicar a Maceo que la columna española venía con su ala extendida por la izquierda, como para envolver nuestras posiciones por la derecha.

Hacia este lado de la carretera existía una casa de mampostería, estación de obras públicas, de la que, incendiada preventivamente momentos antes por los nuestros, sólo quedaban escom-

bros; y a posesionarse de la cual iba el enemigo. La voz de Maceo se alzó en este momento, ordenando "¡de frente, a la carga!", al mismo tiempo que su corneta de órdenes tocaba a degüello. Cargó nuestra caballería hasta chocar con la infantería española y saltar por encima del muro de sus bayonetas, pese a que, apercibida al rebato de los jinetes de Maceo, se había formado en apretadas líneas defensivas a la cabeza occidental del puente de Río Hondo.

Fué tan impetuosa la acometida de aquellos nuestros jinetes que rompieron uno de los sólidos del enemigo y, dejando treinta o cuarenta de los suyos dentro del mismo, cruzaron al lado opuesto de la carretera.

Eran las doce de aquel luminoso día de febrero: en la diafanidad atmosférica que la circuía, la tenaz y encarnizada escena se destacaba con todo el verismo de su dramaticidad, y el sol, enviando a plomo sus rayos desde el cenit a la tierra, hacía resaltar, cual encendidas gemas de rubí en un cintillo de plata, la sangre vertida por los combatientes sobre el blanco pavimento de la calzada.

Los españoles se veían ahora atacados por dos frentes; pero habiendo reparado la brecha abierta en sus filas por la caballería cubana, y reducido la longitud de sus líneas de formación, hasta pegar infante con infante, unidos peones y caballos, continuó haciendo ininterrumpido y copioso fuego a todo lo largo de sus cuatro frentes. La lluvia de proyectiles eran tan espesa, que levantando nubes de polvo de la carretera, anulaba por instantes la visibilidad de la luz cenital.

Era indudable que los escuadrones cubanos, que rompiendo por entre la masa de la infantería enemiga se encontraban del lado de allá de la calzada, no eran bastante a vencer la sólida resistencia de su formación en cuadro: Maceo lanzó doscientos jinetes más sobre el terreno de la enconada disputa, con orden de pasar también del otro lado de la carretera, para reforzar a los escuadrones que ya habían realizado los primeros el peligroso cruce, y que por la merma sufrida en sus filas y la consistencia del cuadro español, eran impotentes para volver al asalto con otro resultado que no fuera el de sucmbir en él. Los doscientos hombres de refuerzo realizaron la arriesgada empresa escalando la barranca del río sin ser notados por el enemigo, y al sentirse éste hostilizado de revés, se vió obligado a descentralizar su fuego, y a desintegrar también, en parte, su agrupación en masa, destacando

un par de compañías para proteger su flanco atacado, con lo que cambió, con desventaja para él, el cariz del primer episodio de la batalla. Ahora nuestros jinetes combatían a pie junto con los infantes, dispuestos a montar de nuevo y cargar, si los españoles, rodeados por todas partes, escudados en los humeantes muros de la caseta de obras públicas, trataban de desalojarlos en un movimiento de desesperada ofensiva. Pero la lucha sería aún larga y dura, y dudoso su final resolutivo. Nos las habíamos con un enemigo animoso y disciplinado, mandado por uno de los jefes más bravos y entendidos del ejército español, el coronel Enrique Segura. Y si Segura no podía romper el cerco que le teníamos formado y abandonar el campo con honor, tampoco era de esperar que rindiera las armas mientras contara con un hombre útil y dispusiera de municiones. Pero Maceo estaba resuelto a obtener la victoria en cualquier forma que fuese, ya obligando al enemigo a quemar todos sus cartuchos asediándolo todo el resto de aquel día y durante su noche, y todo el tiempo que fuera menester, si no le llegaban refuerzos, ya haciéndolo sucumbir bajo el plomo y el acero cubanos. Pero los refuerzos vinieron; vinieron de Candelaria.

Como a las cuatro de la tarde, los pelotones destacados por Maceo para vigilar la carretera y el camino fuera del radio de la acción, le avisaron de la proximidad de otra columna española por el Este. Nuestros jinetes volvieron a montar a caballo. Por orden de Maceo, corrió su ayudante el teniente coronel Carlos González Clavell, que mandaba interinamente el regimiento Matanzas al encuentro del nuevo adversario, con los dos únicos escuadrones con que contaba por el momento dicha unidad.

Las tropas enemigas que se acercaban, compuestas de infantería, artillería y caballería, estaban al mando de los coroneles Rotger y Ruiz: las dos primeras de dichas armas por Rotger y la caballería, muy numerosa, por Ruiz. Habían salido de Candelaria a marcha forzada para socorrer a la columna Segura, que sabían sitiada por nosotros en Río Hondo.

El teniente coronel González Clavell alcanzó al enemigo como a dos kilómetros distantes de nuestra posición, comenzando a desarrollarse allí el segundo acto de la bélica función. No siéndole posible a González Clavell detener a los españoles con las débiles fuerzas de sus dos escuadrones, fué replegándose lentamente delante de ellos, y demorando su avance, unas veces haciéndoles fuego, y otras con amenazas de carga, y ya en terrenos

propiamente de Río Hondo, desplegó su gente en ala en una llanura a la izquierda del enemigo. Entonces acudieron otros factores del bando cubano, de infantería y caballería, con lo que la columna Rotger-Ruiz, hubo de detenerse. El fuego se hizo violentísimo, y se repitieron los movimientos de carga. Los escuadrones del regimiento Matanzas, desde la planicie en que se hallaban formados, se lanzaron varias veces al asalto; en una de ellas salió herido su jefe, el teniente coronel González Clavell, que no por ello renunció al honor de mantenerse en su puesto.

Algunos escuadrones enemigos trataron de flanquear por nuestra derecha, con el propósito evidente de reconocer el campo detrás de las líneas cubanas antes de la reunión de la columna auxiliadora con la de Segura; pero fueron compelidos a retroceder, y aún puestos en peligro de perder sus cabalgaduras y caer prisioneros. En auxilio de aquellos escuadrones se adelantó un batallón de infantería, que fué también rechazado. Mientras tanto, la unidad mandada por el coronel Segura hacía vanos esfuerzos por abrirse paso por entre aquel vallado de hombres y acero en que la teníamos encerrada, y establecer contacto con la columna auxiliadora. Fué ésta la que al fin, imposibilitada de seguir adelante para colocarse a espaldas de las fuerzas de Maceo y tomarlas de revés, cambió el orden de marcha en que había llegado hasta el terreno de la disputa, y trocando su retaguardia en vanguardia, fué a situarse a la izquierda de la otra, prolongando de tal manera el frente de batalla hacia el Este, o sea en dirección de Candelaria.

El fuego cobró ahora su máxima potencialidad, particularmente de infantería a infantería. Los disparos de los fusiles eran contínuos, sin intermisión, y sus detonaciones, interpoladas por las de la artillería, atronaban el espacio. En estas condiciones cerró la noche. Noche estival, fría y sin luna, pero cuyo oscuridad neutralizaban las millaradas de estrellas, que cual pulidos diamantes fulguraban en la celeste comba.

Nuestras tropas encendieron los fuegos de sus vivaques nada más que a algunos centenares de metros del campamento español, y Maceo instaló su Cuartel General en una finca inmediata, a donde fueron también llevados nuestros heridos para ser reexpedidos después a sitios más seguros. Nuestro caudillo pasó toda aquella noche sin dormir, dictando comunicaciones a los prefectos de la comarca, a fin de que prepararan los consiguientes hospitales de sangre. Mas a las siete de la mañana siguiente estaba

de nuevo a caballo y en actitud de reanudar el combate. Pero era necesario reconocer la imposibilidad de capturar o aniquilar la columna Segura, que tan valientemente había combatido, sola durante las primeras horas, y apoyada más tarde por la de Rotger-Ruiz, y cuyos restos bien merecían por ello ser salvados del completo desastre. Mil hombres más del bando contrario estaban en la balanza, y en Candelaria se encontraba el general Canella con parte de la unidad con que nos impidiera tomar la población Además, se hallaba alií, recientemente venido de Artemisa, el general Marín, jefe supremo del ejército español en aquellos días, y era de suponer que no había realizado el viaje al frente de algunas compañías o escuadrones, sino de fuerzas más importantes y consistentes.

Las columna españolas Segura y Rotger-Ruiz habían organizado la marcha de retirada en el transcurso de la noche, y cuando Maceo llegó a la calzada, en las primeras horas de la mañana del día 8, ya se alejaban rumbo a Candelaria. Algunas de nuestras tropas de caballería lograron darles alcance, y fueron picándoles la retaguardia hasta el caserío de Tenería, a uno y medio kilómetros de la referida población.

COMBATE DE SAN CRISTOBAL

El día 8, o sea el mismo día que las dos columnas enemigas mandadas la una por el coronel Segura, y la otra por los coroneles Rotger y Ruiz, abandonaron derrotadas el campo de Río Hondo, se encaminó Maceo a San Cristóbal, donde pernoctó.

El día 9, una sección de caballería enviada a practicar reconocimientos en dirección de Santa Cruz de los Pinos, encontró una fuerza enemiga, marchando hacia San Cristóbal, con la vanguardia de la cual cambió algunos disparos. Notificado Maceo, y no queriendo exponer a los sufrimientos y estragos de un combate a aquella población que tan amiga y hospitalaria se mostrara con nosotros, la evacuó y fué a situarse a unos dos kilómetros de la misma, junto a la carretera, al Sur y próximo al barrio rural de Chirigota. A la vista de San Cristóbal dejó Maceo un escuadrón, con objeto de que al replegarse después de tirotear a la columna española, supiera el jefe de la misma, coronel Hernández de Velasco, el rumbo que debía tomar, si estaba resuelto, siguiendo el plan estratégico trazado por el Estado Mayor español de arrojar a Maceo de la calzada de Candelaria, a trabar con éste una acción formal. Pero el coronel Hernández de Velasco,

que había demostrado en varias ocasiones anteriores y lo demostró después, que era un adversario activo y valiente, no recogió esta vez el guante, y luego de haber entrado en San Cristóbal haciendo descargas cerradas no obstante saber que no se encontraban allí tropas de nuestro bando, y de haberse informado de todos los pormenores relativos al número y demás condiciones de las fuerzas de Maceo, al salir de la población se apartó de la carretera y marchó por el lado opuesto de la posición ocupada por los cubanos.

COMBATE DE LABORI

Después del día 9 en que el coronel Hernández de Velasco, frustrando el intento de Maceo de entablar con él batalla a la salida de San Cristóbal, se fué a Candelaria desviándose conscientemente del camino que conducía a nuestras posiciones de Chirigota, las fuerzas cubanas se situaron en las proximidades de Candelaria. En este pueblo se encontraban a la sazón las columnas de Canella, que no lo había abandonado desde que entrara en él tres días antes en auxilio de la guarnición atacada por nosotros, y la de Hernández de Velasco llegada aquel mismo día. Aparte de estas dos columnas, otras cuatro recorrían la carretera y el camino real desde Artemisa a San Cristóbal, mandadas por el general Pedro Cornell y los coroneles Enrique Segura, Rotger y Calixto Ruiz; en Guanajay, pueblo también de la calzada, se hallaba el general García Navarro, y el general en jefe interino, Sabas Marín, era de suponer que estuviese en Artemisa. Entre las seis unidades mencionadas, algunas contaban con efectivos de división y cuando no, de bigrada.

El día 11, en momentos en que el general Maceo, que había hecho un corto descanso en el ingenio Laborí, reemprendía la marcha y sólo quedaban ya en el batey elementos de la retaguardia, las patrullas enviadas en reconocimiento por el rumbo de otro ingenio llamado El Buen Pastor, dieron con la vanguardia de la columna enemiga mandada por Cornell, con la que cambiaron algunos tiros, replegándose a Laborí. Avanazaron los españoles, y se trabó el combate. Nuestras gentes se parapetaron en los edificios de la finca, y estuvieron haciendo fuego mientras les quedó un cartucho con tanta eficacia, que en los primeros tiros descalabraron el Estado Mayor de Cornell, hiriendo a este mismo.

Agotadas nuestras municiones después de tres horas de pelea, ordenó Maceo suspender el combate de infantería, y se retiró a

un sitio despejado próximo, donde formó la caballería en espera de que el enemigo avanzara para decidir el resultado de la batalla al arma blanca. Pero Cornell no se movió del batey del ingenio.

LA HABANA

Fué esta de Laborí la última acción de guerra librada por Maceo en Pinar del Río durante el período propiamente dicho campaña de Occidente. Al día siguiente marchó por el camino de Artemisa, cruzó por las Mangas a ocho kilómetros del Gran Cuartel General de los españoles, dejó atrás en otra marcha la vía férrea del Oeste, y el día 13, realizando su propósito de encontrarse en la provincia de La Habana a la llegada del general Wéyler, anunciaba su presencia en territorio habanero, con fuego en Güira de Melena. El nuevo Capitán General y General en Jefe del ejército español había desembarcado y tomado posesión de su elevado cargo el día 12, y Maceo, a quien se consideraba enredado en la red de tropas españolas tendida por el general Marín entre Oriente y Occidente, vino con su aparición en la provincia capitalina, a perturbar los homenajes y festejos que le rendían al nuevo mayoral metropolintano los integristas de allende, los autonomistas de aquende, y toda la plebe encanallada de la Factoría.

Después del fuego de las proximidades de Güira de Melena el día 13, la columna cubana hizo alto en el Gabriel, pueblo que, destruído por un incendio, había estado sobre la línea del ferrocarril, a cinco kilómetros al Noroeste del anteriormente citado; luego continuó la marcha hasta la finca nombrada Gabriel, donde pernoctó.

El día 14, manteniendo el rumbo al Este, cruzó la vía férrea de Batabanó, que estaba en poder de las tropas españolas. En esta operación, y mientras desfilaba el grueso de la columna, fueron destacados algunos escuadrones hacia Quivicán, en previsión de que un tren, cuyos pitazos se habían oído en aquella dirección, trajera fuerzas enemigas; pero dicho tren retrocedió al punto, sin que llegáramos a conocer la causa. Proseguimos marcha hasta San Antonio de las Vegas. Al pasar por San Felipe, junto a la línea de Bejucal a Güines, que estaba guarnecido por los españoles, hubimos de sostener un fuerte tiroteo con su guarnición. Ese mismo día llegó nuestra columna a San Antonio de las Vegas ya bien corrida la tarde, y allí permaneció hasta el 16 en la mañana.

COMBATE DE SAN ANTONIO DE LAS VEGAS

El día 16, nuestros puestos avanzados en los caminos del Norte y del Oeste anunciaron con sus disparos la presencia del enemigo. Deseando el general Maceo evitarle a aquel vecindario los estragos de una lucha en sus calles, lo abandonó y fué a tomar posiciones en campo abierto en sus cercanías.

Nuestra columna se había aumentado allí con fuerzas de infantería mandadas por el coronel Pedro Díaz, y de caballería a las órdenes de los coroneles Juan Masó y Adolfo Castillo, con lo que su efectivo se elevó a dos mil combatientes.

Maceo estableció sus tropas al Este de la población: la infantería escalonada en unas cercas de piedras a la derecha, y la caballería formando ángulo con ésta, a la izquierda, oculta en unos extensos maizales. De acuerdo con sus intrucciones, la infantería no habría de abrir fuego hasta que el enemigo, caso de querer empeñar el combate, no se encontrara a cien metros o menos de nuestras líneas, y la caballería, al cargar, debía hacerlo interponiéndose entre aquél y nuestras posiciones, de manera de cortarle la retirada a la población. Dictadas estas disposiciones, se puso al frente de dos escuadrones, adelantándose al encuentro de los españoles, con el propósito de atraerlos a nuestro campo. Mas la columna enemiga no cambió de dirección, marchando en dos alas y con su vanguardia muy robustecida siguió y entró en el pueblo; y aunque hizo un amago de salida, retrocedió en el acto al enfrentarse con los dos escuadrones de Maceo. Amparada allí en un fuerte y en los edificios, vanos fueron los esfuerzos para inducirla a aceptar el lance fuera del poblado. A las demostraciones de nuestros escuadrones que, conducidos por el propio Maceo evolucionaban arrogantes a su vista, respondían con algún cañonazo.

Dejando al fin el caserío de San Antonio de las Vegas en poder de aquella columna enemiga, que con tan pobre y fácil galardón se conformaba, siguió Maceo para Río Hondo, una finca a cuatro kilómetros al Norte de San Antonio de las Vegas, y a once kilómetros al Sudeste de Bejucal, donde pernoctamos.

El día 17, cruzaba Maceo sin oposición por la carretera de Managua a Güines, a veintidós kilómetros al Sudeste de la capital. Ninguna de las diez o doce columnas españolas que en aquellos días operaban en el territorio de la provinci de La Habana, tan reducido, se le interpuso al paso. ¿Esquivaban delibera-

damente los jefes españoles su encuentro? No, por regla general, los jefes y oficiales españoles, además de ser por lo común valientes, eran celosos de su honor militar. Lo que ocurría era que, en una campaña en la que el opuesto bando tiene empeño en sustraerse al otro, por no convenirle librar batalla, o no estar en condiciones de sostenerla, el problema es de movilidad y de habilidad en los movimientos: cuestión más que de táctica de estrategia, y el númen de la estrategia estaba de nuestra parte. La jornada del día 17 terminó en el ingenio Santa Amelia, inmediato a San José de las Lajas.

Al dejar aquella finca al clarear el día 18, la columna Maceo hizo rumbo al Nordeste, hacia la ciudad de Jaruco.

ASALTO Y ENTRADA EN JARUCO

La ciudad de Jaruco se encuentra en la vía férrea de Regla a Matanzas, a unos cuarenta y tantos kilómetros de La Habana. Situóse la columna al oscurecer del mismo día como a trescientos metros de dicha población. Está Jaruco enclavada en parte sobre una elevación de terreno, y esto, y el camino en escalones irregulares por donde hay que entrar en su recinto, imposibilitan bastante su accesibilidad a una tropa de ataque, por muy inferior que sea el número de sus defensores. Contaba con tres fortines: el Alfonso XIII al Norte; el España al Este, y el Guardado al Oeste. Tenía además las esquinas de varias calles protegidas por tambores, obras ligeras o de campaña, de forma semicircular. El asalto lo dirigió personalmente Maceo. Primero destacó un escuadrón de caballería hacia el Oeste y otro hacia el Este, por la vía férrea adelante, en previsión de que por ferrocarril vinieran tropas españolas; dedicó varias compañías de infantería para el asalto, y el resto de las fuerzas las distribuyó en semicírculo alrededor de la población, cubriendo los caminos por donde parecía inminente la aparición de alguna de las columnas de Linares, Aldecoa, Segura, Hernández Ferrer, Tort, Molina, Figueroa y Gálviz, en cuyo centro de operaciones nos encontrábamos. Cerrada la noche, los trescientos o trescientos cincuenta infantes que componían nuestra columna de asalto, marcharon sobre la plaza, penetrando en ella con inesperada facilidad por sus arrabales del Noroeste. No fué sino cuando, cundida la alarma en el vecindario, se produjo el correcorre y el alboroto, que la guarnición vino a percatarse de la invasión. Roto entonces el fuego por ambas partes, los nuestros siguieron avanzando has-

ta llegar a la plaza de armas, esto es, al corazón de la ciudad, tomando el fuerte Guardado, haciendo evacuar el España y apoderándose del cuartel de bomberos municipales y de la cárcel. Cogieron un rico botín y quemaron 131 casas. El combate en las calles duró hasta las nueve de la noche, hora en que Maceo dispuso la salida de la población.

COMBATE DE MORALITOS (1)

El día 19 al amanecer, con noticias Maceo de que el General en Jefe se hallaba a muy poca distancia de Jaruco, en el ingenio Moralitos al Oeste, se encaminó hacia dicho lugar.

Al mismo tiempo el General en Jefe, con conocimiento de que su Lugarteniente traía aquél mismo rumbo, se dirigió a su encuentro. Ambos caudillos se reunieron en una finca llamada Soto en el término de San José de las Lajas a seis kilómetros de Jaruco. Desde allí tomaron ambos la vuelta a Moralitos. En el tiempo que había estado fuera de su campamento el general Gómez, los españols advertidos quizás por confidencias de que los dos jefes cubanos debían entrevistarse ese día por aquellos lugares habían acumulado en Moralitos cinco o seis mil hombres de todas las armas pertenecientes a las columnas de Linares, Aldecoa, Tort y Segura. Llevaba la vanguardia de caballería el general Gómez, siguiéndole Maceo únicamente con su Estado Mayor y su Escolta, pues el resto de las fuerzas, en particular la infantería, venía muy rezagada a causa de la fatigosa jornada del día y de la noche anterior. Al llegar a la entrada de Moralitos se encontraron el camino interceptado por el enemigo. Creyendo el general Gómez que se trataba solamente de una de las tantas columnas que por allí operaban se lanzó a la carga con los escuadrones que tenía a disposición, pero fué rechazado y se encontró envuelto por todas partes. Las tropas de Maceo al oír el rumor del combate se apresuraron a llegar al lugar donde se libraba éste, y se generalizó la acción. Los españoles, posesionados del batey del ingenio, ocuparon todos sus edificios desde donde arrojaban torrentes de plomo sobre nuestras tropas que tenían que batirse a pecho descubierto y recibir en tales condiciones el fuego de fusilería y de los cañones enemigos. La caballería cubana, tratando de desalojar de sus parapetos a los infantes españoles, dió varias cargas, pero fué siempre rechazada. Con igual suerte cargó

(1) Dirigido por Máximo Gómez con el concurso de Maceo.

varias veces la caballería española. En estas condiciones duraba ya la acción tres horas; pero a nosotros se nos agotaban por completo las municiones y habíamos sufrido ya innumerables bajas. Tuvimos que retirarnos. Mas sin ser perseguidos por los españoles, prueba de que si en un sentido puramente táctico podían proclamarse vencedores por habernos obligado a abandonar el campo de batalla, quedaban tan diezmados y maltrechos como nosotros. Fuimos a acampar en los terrenos del demolido ingenio San Pablo, en las cercanías del pueblo de Catalina, ubicado junto a la vía férrea de Matanzas, a ocho o nueve kilómetros de Moralitos, a doce de San José de las Lajas y a igual distancia de Güines, habiendo dejado Maceo la infantería escalonada a retaguardia, en previsión de que el enemigo nos siguiera por el rastro.

En el sitio donde acampamos, un tanto cenagoso, la tierra se elevaba aquí y allá formando pequeños terromonteros, y desde él partía una tupida cerca de bambúes que llegaba hasta las primeras casas del pueblo.

COMBATE DE CATALINA (2)

Acababa de replegarse la infantería dejada en escalones por el camino de Moralitos. Nuestras gentes, mientras se situaban las guardias avanzadas y los retenes para seguridad del campamento, se disponían a la cocción del retardado rancho, cuando una rociada de plomo cayó sobre nosotros por la retaguardia y el flanco izquierdo a la vez. Dado el rumbo Norte que traía el enemigo, era de suponer que procedía de Jaruco; quizás alguna de las columnas, que habiendo llegado tarde en auxilio de aquella ciudad atacada por nosotros la noche anterior, nos había seguido por las huellas. El fuego, extendiéndose por todo nuestro flanco izquierdo, cobró extremada violencia en cuestión de minutos, y antes que todas nuestras fuerzas tuvieran tiempo de entrar en línea. Con las primeras que tomaron las armas, corrieron Gómez y Maceo a las posiciones ocupadas por los atacantes, el segundo se corrió en dirección de Catalina por la cerca de bambúes con el fin de desalojarlos de allí y amparar a la impedimenta que, cogida de sorpresa, deambulaba sin orientación por el centro del campamento.

(2) Dirigido por Máximo Gómez con el concurso de Maceo

Mientras tanto el sol, que al comenzar la función se hallaba en el ocaso, ocaso en aquella ocasión amarillento y frío, desaparecía en Occidente, y la noche tendió sus sombras para proteger piadosa nuestra retirada del campo de batalla.

Otra vez, cada uno de nuestros dos caudillos tomaron distinto camino: el general Gómez, habiéndose encaminado por los alrededores de Catalina acampó de nuevo en San Pablo, y Maceo lo hizo en una finca, no más distante, llamada Carmen. Estas dos jornadas, tanto la de Moralitos como la de Catalina, fueron desfavorables a nuestra causa, y constituyen dos francas victorias de las armas españolas.

COMBATE DEL INGENIO EL GATO

El día 20 la columna Maceo acampó en el demolido ingenio el Gato, a dos kilómetros del anterior campo de batalla de Catalina y al Sur de dicha población. En lo que había sido batey de dicha finca se conservaban aún los paredones de los edificios, y algo distante, a nuestra derecha, se elevaba una colina de poca extensión y altura, pero desde la cual se domina un gran espacio de terreno. Tan próximos como nos encontrábamos de Catalina, donde pernoctaron los españoles con quienes habíamos combatido el día anterior, y los que en distintas columnas operaban por las inmediaciones, no era de dudar la inminencia de un nuevo combate allí y puesto que la topografía del sitio era apropiada para ello, el general Maceo, que estaba ansioso de tomar el desquite de las numerosas bajas que había sufrido en Moralitos y Catalina, resolvió aguardarlos. Dispuso que la impedimenta y los heridos dejaran el campamento y escoltados por un par de escuadrones fueran a incorporarse a las fuerzas del general Gómez, a quién suponía en marcha hacia el Sudeste al abandonar su vivac de San Pablo. Ocupó con parte de las fuerzas los escombros de las casas del batey, y con las restantes la colina, y destacó veinte o veinticinco jinetes con orden de ir al encuentro del enemigo y atraerlo a nuestro campo. Estos jinetes tropezaron con los españoles, que venían sobre nuestras huellas, a poca distancia. Minutos después se escuchaban sus primeras descargas. La vanguardia enemiga, siguiendo con resolución tras el destacamento cubano que los había hostilizado, entró de sopetón en nuestro campamento bajo el fuego de las secciones apostadas en los paredones, los que la obligaron a replegarse. Avanzó entonces toda la columna, emplazó su artillería y

comenzó a cañonear aquellos nuestros abrigos. Los aguerridos infantes de la invasión, disparando imperturbables sus fusiles a la voz de mando de sus oficiales, contestaban al fuego de los españoles haciendo claros en sus filas; pero el bombardeo de éstos iba demoliendo y pulverizando el amasijo y las piedras de los ya derruídos muros que les servían de parapetos. Maceo dispuso que los abandonaran y pasaran a una segunda posición, que era la colina, sobre cuya cresta se había improvisado una trinchera. Todo el fuego del enemigo se concentró entonces sobre la colina, y las balas de sus cañones pasaban con el ruído de sus vibraciones metálicas sobre nuestras cabezas. Los españoles, creyendo sin duda llegado el momento oportuno, se lanzaron hacia la colina a dar el ataque decisivo; pero fueron contenidos repetidas veces por nuestra caballería. En esta situación, Maceo que al comenzar la función sólo contaba con trescientos hombres en línea de combate, y que estaba satisfecho con el gran número de bajas que sabía haberle ocasionado al adversario, dió la orden de retirada. Esta se ejecutó con toda la regularidad y compostura de un campo de maniobras.

Al dejar el campo del ingenio el Gato, la columna Maceo tomó rumbo casi franco al Sur, y fué a acampar en el ingenio San Luis, donde se sabía que se encontraba el general Gómez. Esta finca está enclavada a ocho kilómetros al Sudeste de San Nicolás y a seis kilómetros al Sur del barrio de Vegas.

El día 21, reunidas de nuevo ambas columnas cubanas, la del General en Jefe y la del Lugarteniente, emprendieron marcha desde San Luis y fueron a acampar en el ingenio Conchita. Al día siguiente 22, después de tres horas de marcha, acamparon en el central Nueva Paz, a dos kilómetros al Norte del pueblo del mismo nombre y a igual distancia poco más o menos al Sur de Los Palos. En esta finca se separaron el día 23 los dos caudillos: el general Gómez para dirigirse por el Sur hacia el Este de la provincia de Matanzas al encuentro de la infantería oriental que venía al mando del general Quintín Bandera, y Maceo tomó la ruta de Manjuarí, situándose en Galeón.

De Galeón partió la columna Maceo el mismo día 23, hacia el centro de la provincia de Matanzas, sosteniendo una breve escaramuza entre Navajas y Güira de Macurijes, con una tropa enemiga que custodiaba la obra de reparación de la línea de Sabanilla. El 24, cruzó Maceo por las lomas de Coliseo a la zona de Cárdenas y pernoctó en el ingenio Perla, en el valle de Gua-

macaro. Se tuvo noticias de que numerosas tropas españolas se encontraban en Lagunillas. En previsión de que se dirigieran a nuestro campo, desde la media noche se enviaron patrullas de reconocimiento por los caminos de Lagunillas y Limonar, con instrucciones de cortar la vía férrea, y todas nuestras tropas se pusieron sobre las armas al amanecer del día 25.

ACCION DE LA PERLA

Como a las siete de la mañana, el fuego de nuestros destacamentos de exploración que se replegaban, anunciaron la proximidad del enemigo. Este venía de la dirección de Lagunillas, o sea rumbo Nordeste. Se trataba de una columna de poderosos efectivos, que avanzaba con resolución sobre nuestras posiciones. Para contenerla, Maceo situó algunos elementos de la caballería en una especie de plataforma que existía a la izquierda de la entrada del campamento viniendo del Norte. Estos jinetes, habiendo echado pié a tierra, hicieron muy buena puntería sobre el flanco derecho de los españoles, obligándolos a detenerse para tomar el orden abierto. Entonces, la vanguardia y el centro de la columna atravezaron por el centro. Mas, al hacerlo, recibieron, de lleno el diluvio de proyectiles del resto de nuestras tropas, y mientras daba frente a esta nueva situación, se les echó encima el propio Maceo con el regimiento Céspedes, repeliéndolos y llegando en el rebato hasta tan cerca de las líneas enemigas, que solamente las libró del machete cubano la intercepción de una zanja.

No retrocedieron no obstante nuestros jinetes, sino que desmontando rápidamente, sostuvieron la lucha desde el opuesto borde de la abertura.

Con excepción de las fuerzas que mandaba el coronel Zayas, que las había dejado Maceo junto a los muros del ingenio para que cubrieran la retirada, todas las demás estaban empeñadas ya en la acción, y en estas circunstancias nuevas tropas españolas aparecieron por entre las guardarrayas de los cañaverales, avanzando con tal prontitud, que a poco envuelven a los jinetes del regimiente Céspedes que se batían como dragones al pie de la mencionada zanja.

Preciso nos fué trasladar el campo de batalla, y fuimos a tomar nuevas posiciones en el inmediato ingenio La Julia, a doce o trece kilómetros al Este de Sabanilla, y a igual distancia al Nordeste de Bolondrón. En La Julia se prolongó la acción por espacio de dos horas, aunque no con la misma violencia; pero al

retirarnos nosotros rumbo al Oeste a la zona de Matanzas perseguidos por los españoles, se renovó con extraordinaria violencia en los cerros de Guamacaro, donde terminó a eso de las tres de la tarde.

Nuestra columna, luego de atravesar el río Canímar, fué a acampar en Santa Elena, a menos de cuatro kilómertos al Sur de Guanábana y a cinco al Norte de Cidra, jurisdicción de Matanzas. El jefe español que tan denodadamente nos batió en esta ocasión era el general Prats.

COMBATE DE IBARRA

El día 26, al amanecer, fué dejado el campamento de Santa Elena, y en las primeras horas de la mañana, la columna cruzaba la vía férrea de Matanzas a Jovellanos; pero al pasar la segunda, en el tramo comprendido entre Cidra y Guanábana, el enemigo, apostado previamente en unas cercas de piedras, en un lugar llamado Ibarra, nos atacó por el flanco izquierdo. Nuestras tropas desplegadas sobre la misma vía contestaron el fuego, y se trabó un combate de poca duración. Los españoles no salieron de sus atrincheramientos, y nosotros proseguimos la marcha. Acampamos en la finca El Carmen, enclavada en los límites de la provincias de La Habana y Matanzas, a ocho kilómetros al Sudoeste de Bermeja, y al igual distancia, más o menos, al Noroeste de Alacranes.

El 28 de febrero cruzó de nuevo Maceo a territorio de La Habana. Su irrupción en esta provincia, en la que se proponía permanecer sólo el tiempo necesario para dar algunos golpes, tenía por objeto obligar a algunas de las divisiones que operaban en la de Matanzas, a trasladarse a La Habana; dejarlas otra vez a retaguardia, desconcertando la distribución hecha por el alto mando español de sus fuerzas, y , siguiendo el plan de campaña, agotar a aquéllas con movimientos estratégicos rápidos y hábiles.

Para mantener al enemigo ignorante de su marcha de retrogradación occidental siquiera durante cuatro o cinco días, dejó Maceo en Matanzas algunos regimientos al mando de jefes de su confianza, con instrucciones de activar las operaciones, moviéndose por las zonas más importantes de aquella provincia, de manera de tener ocupada allí la atención de los españoles. Esto no solamente le aseguraba las ventajas de la sorpresa aquí en La Habana, sino que, en parte, le desembarazaba el camino de tropas adversarias.

LA HABANA

COMBATE DE BAINOA

El mismo día 28, la columna cruzó las líneas férreas de Güines a Matanzas y de Regla a Matanzas: la primera no ofreció novedad; pero en la segunda tuvo que combatir para abrirse paso con tropas enemigas que, en cuatro trenes de carros blindados, se encontraban en el tramo de Bainoa a Aguacate.

Para realizar la operación, nuestras fuerzas hubieron de dividirse en tres cuerpos, dos de los cuales pasaron por los espacios que mediaban entre los distintos trenes, bajo un fuego nutridísimo, y el otro por una de las extremidades del convoy español. La lucha fué de corta duración y careció de importancia táctica.

DESARME DEL DESTACAMENTO ENEMIGO DE SANTA CRUZ DEL NORTE

Salvada, como queda dicho, la línea de Regla a Matanzas, fuimos a pernoctar a una finca nombrada Senmanat, de donde partió la columna, el 29, para Santa Cruz del Norte. En Santa Cruz del Norte fué desarmada su guarnición. a la que se puso inmediatamente en libertad por no haber ofrecido resistencia.

Al salir de Santa Cruz del Norte se hizo rumbo al ingenio Jiquiabo, situado a unos cinco kilómetros al Este de Campo Florido.

El día primero de marzo, la columna Maceo se volvía a encontrar en el centro de la provincia habanera, haciendo ruidosas correrías, para lo cual estableció Maceo su Cuartel en la finca La Amelia, al Sur de la provincia, en el término de San Nicolás, a dos kilómetros del barrio del Rosario, de San Felipe, y a nueve al Sudeste de Quivicán. En La Amelia, destacó el General distintos grupos de caballería, los que destruyeron un tramo de la vía férrea de Regla a Matanzas, entre Campo Florido y Minas, cruzando tiros con un tren militar; en la misma vía y en distinto lugar, tirotearon otro. Entraron en los caseríos de Tumba Cuatro y Peñalver, en el pueblo de Santa María del Rosario, y se hicieron sentir en Guanabacoa.

Marzo

COMBATE DE NAZARENO

El mismo día primero de marzo, al anochecer, tuvo noticias Maceo en su Cuartel General, de que en San José de las Lajas pernoctaba la columna española de Aldecoa, y que la de Tort se encontraba al atardecer en las proximidades de Managua. Confidencias recibidas más tarde le hicieron suponer que por lo menos Aldecoa marchaba sobre La Amelia, por lo que, al rayar el día 2, puso a sus gentes sobre las armas. Mas, nuevos informes, tenidos ya cuando sus tropas se hallaban preparadas, y según los cuales su antagonista se dirigía a Nazareno, lo movieron a emprender acelerada marcha hacia aquel poblado. Penetramos en éste sin oposición. No se encontraba en él el enemigo. Dejamos el caserío, y poco rato después volvimos a cruzarlo. En este momento fueron divisados los españoles, viniendo del rumbo de San José de las Lajas: se trataba pues de la columna Aldecoa. Abrió el combate el regimiento Céspedes, lanzándose con extraordinaria intrepidez sobre el enemigo. Este tuvo en el primer momento la vacilación de la sorpresa. Tal vez no esperaba encontrarnos en Nazareno, sino en La Amelia. Repuesto, ocupó unas colinas inmediatas y abrió a su vez el fuego de sus fusiles y cañones. No pudo la caballería de Céspedes cargarlo, pero se mantuvo hostilizándolo sobre el flanco derecho desde unos parapetos encontrados al azar. Intentaron los españoles avanzar por el flanco izquierdo, con el propósito evidente de envolver nuestras posiciones, pero allí se le encararon los regimientos de La Habana y Las Villas, y los detuvieron, mientras el propio general Maceo con su escolta cubría el centro. En esta situación se generalizó la acción con un fuego atronador de parte del enemigo, que arrojaba a chorros sus proyectiles de fusil y de artillería. La caballería de Aldecoa intentó un nuevo movimiento envolvente, pero fué también repelida. El combate así, de posición a posición, duraba ya una hora, tiempo suficiente para que nuestras cananas quedaran exhaustas.

Hay que tener presente que, desde la acción de Moralitos y Catalina, nuestras municiones venían siendo tan escasas, que muchos de los soldados no las tenían, y otros contaban solamente con cinco o seis en sus cartucheras. Por otra parte, por el camino de Lechuga se veían venir otras tropas en auxilio del enemigo, por lo que tuvimos necesidad de retirarnos. Se dejó únicamente

frente a los españoles un pelotón de caballería para que vigilara sus ulteriores movimientos.

COMBATE DEL RIO BAYAMO

Al dejar el campo de Nazareno, la columna Maceo se retiró por el camino de Río Bayamo, en el que un par de horas después hubimos de combatir nuevamente con la misma tropa de Aldecoa, que nos había seguido por el rastro, aumentada con las que le habían llegado de refuerzo. Fué un combate de muy corta duración, trabado entre la vanguardia española y nuestra retaguardia. El enemigo no avanzó, conformándose con hacernos varias descargas de fusilería y hacer funcionar sus cañones.

COMBATE DE LA HACIENDA DOLORES

Después de la acción de Río Bayamo se dirigió Maceo a la jurisdicción de Güines, acampando aquel día en la finca Ponce. Poco después salieron para la provincia de Matanzas los regimientos Cárdenas y Las Villas.

El día 3 nuestra columna volvió a pasar por La Amelia. Aquí se obtuvieron informes sobre las actividades de los españoles, según los cuales, en las acciones de Nazareno y Río Bayamo, habían tomado parte, además de la columna de Aldecoa, la de Linares y un regimiento al mando del coronel Figueroa; y se supo también que por la carretera de San José de las Lajas operaban a la sazón las columnas del general Melguizo y del coronel Tort.

Reanudada la marcha en La Amelia, nuestra columna tomó por la carretera entre Cuatro Caminos y el ingenio Portugalete: se cambiaron algunos disparos con una fuerza española que se supuso salida de Managua y se dirigía a San José de las Lajas. Nos dispusimos al combate, pero los españoles no se detuvieron y fueron a acampar en La Amelia, otra finca al Sur en las cercanías de Pozo Redondo. Maceo pernoctó en una finca llamada San Rafael, próxima a la ciudad de Güines. En la marcha de aquel día se atravesó la vía férrea de Güines que, pasando por Catalina, Sabana de Robles y Xenes, va a Empalme.

El día 4, habiéndose hecho un alto para descansar en una finca llamada Dolores, se enviaron exploradores hacia Sabana de Robles. Estas patrullas de reconocimiento tropezaron con la vanguardia de una columna enemiga en dicho sitio, muy cerca

de la hacienda. Minutos después comenzaba el combate. Nuestras tropas se desplegaron a orillas de unos cercados; pero los españoles no avanzaron, temiendo en caso de hacerlo, de venir al descubierto; se parapetaron a su vez en otras cercas. La escolta del Cuartel General y alguna caballería de Oriente, flanquearon las posiciones enemigas por la derecha; pero no pudiendo cargarlas, y carente nuestra infantería de municiones, tuvimos que retirarnos, y fuimos a acampar en Rayón, a poco más de dos kilómetros al Oeste de Madruga.

MATANZAS

El día cinco, antes de aclarar, se destacaron algunas fuerzas de caballería a hacer demostraciones sobre Madruga, con objeto de atraer al enemigo a nuestro campo. Madruga era centro de operaciones, por estar situada entre las vías férreas de Güines y Matanzas que pasa por San Nicolás, Las Vegas y Los Palos, y la que, viniendo también de Güines, entra en territorio de Matanzas por Empalme; contaba con algunas fortificaciones y tenía numerosa guarnición. Nuestros destacamentos tirotearon la plaza, pero los españoles no salieron de la misma.

La marcha del día 5 la hizo la columna Maceo ya en los límites de las provincias de La Habana y Matanzas. El día antes había despedido al general José María Aguirre, a quien había nombrado jefe de la división de La Habana. El mismo día se incorporaron a la columna dos escuadrones de las fuerzas de Pinar del Río, que al mando de los tenientes coroneles Carlos González Clavell, ayudante del general Maceo, y Federico Bacallao, habían quedado operando en las cercanías de Catalina, después del combate de Moralitos.

Nos encontrábamos de nuevo en la provincia de Matanzas, habiendo entrado por los cerros de Purgatorio, que quedan en línea recta y a nueve kilómetros de Madruga. Acampamos en el ingenio Magdalena, a seis kilómetros al Norte de Cabezas, y a diez al Sur de Ceiba Mocha.

Del ingenio Magdalena salió nuestra columna en las primeras horas de la mañana del día 6, para cruzar la vía férrea, lo que efectuó entre Sabanilla y Cidra, en cuyo tramo se encontraba a la sazón un tren de carros blindados del enemigo. Nuestra retaguardia hubo de sostener con él un fuerte tiroteo.

COMBATE DE ACANA

Momentos después del anterior tiroteo con el tren blindado, la retaguardia de la columna se vió de nuevo acometida por una tropa española en las proximidades del ingenio Acana; pero habiendo acudido en auxilio de áquella algunos escuadrones de la caballería de Oriente y de Pinar del Río, el enemigo fué rechazado y no nos siguió. Acampamos a media tarde en el ingenio Saratoga, a once kilómetros al Este de Sabanilla, y a igual distancia al Nordeste de Unión de Reyes.

COMBATE DEL INGENIO DIANA

Habiendo sabido Maceo el día 6, que el general Lacret se encontraba acampado en el ingenio Diana, en la zona de Corral Falso de Macurijes (hoy Pedro Betancourt), a muy corta distancia del Saratoga, levantó temprano en la mañana del 7 el campamento, y emprendió aceleradamente la marcha hacia aquel lugar, por haber tenido noticias de que numerosas fuerzas españolas se proponían atacar al mencionado jefe. A poco andar comenzamos a oír el ruido de las descargas de fusilería, manifestación evidente de que ya se había trabado el combate, Maceo se adelantó al galope de su caballo y seguido por toda su tropa hacia el sitio de la acción; pero a poco de cruzar el río San Andrés, que corta el camino de su mismo nombre, recibió un mensaje de Lacret, haciéndole saber que no podía sostenerse ya sino muy poco tiempo, porque las municiones se le habían agotado y la caballería no podía maniobrar en aquel terreno tan impropio por sus accidentes. Maceo se propuso con acertados movimientos, atraer a los españoles hacia el ingenio Andrea que quedaba más a la izquierda. Efectivamente, una de las dos columnas que atacaban a Lacret, la mandada por el coronel Vicuña (la otra lo estaba por el coronel Molina), acudió a hacerle cara al nuevo adversario. Fué recibida con vivo fuego por la escolta del Cuartel General y el regimiento Céspedes que, como en otras ocasiones, dejaron sus caballos para combatir como infantes, en tanto que la caballería de vanguardia la atacaba por el flanco derecho, obligándola a pasar frecuentemente al orden abierto y a marchar con lentitud, no obstante ser la naturaleza del terreno, por allí muy ondulado, favorable a su infantería. La lucha se intensificó: ambos bandos se batían con singular coraje y denuedo, y los proyectiles de la fusilería barrían toda la extensión del campo desde Diana a Andrea. Pero nuestras municiones, como

de sólito, tocaban a su fin, y tuvimos que abandonar el campo.

La columna Maceo fué a acampar al ingenio Nieves, a corta distancia del ingenio Diana, donde se le reincorporó el general Lacret, que había marchado por San Miguel de los Baños.

COMBATE DE RIO AURAS

Al siguiente día (8 de marzo) la columna Maceo se dirigió, en unión de las fuerzas del general Lacret, a Río de Auras, a media jornada del ingenio Nieves; a catorce kilómetros al Este de Sabanilla y a igual distancia al Nordeste de Unión de Reyes, con objeto de recoger un depósito de reclutas que tenía allí la división de Matanzas, por haberse tenido indicios de que la columna enemiga de Molina se proponía capturarlo, como complemento de la operación acometida el día anterior en Diana.

No obstante haber llegado nosotros a Río de Aura en las primeras horas de la mañana, pocos momentos después, cuando todavía no todos aquellos reclutas habían tenido tiempo de abandonar su campamento, se presentaron los españoles. Conocidos por el enemigo, particularmente por los guerrilleros hijos del país, que no faltaban nunca en las columnas de Molina y de Vicuña, aquellos terrenos enmarañados y sinuosos, se nos echaron encima y sus primeras descargas sonaron antes de haberlos visto.

Avanzaba el enemigo por entre unos sembrados divididos por cercas de piedras y otras obstáculos, que impedían los movimientos tácticos de la caballería, que era la única arma de que podíamos nosotros disponer, encontrándose nuestra infantería sin municiones. El regimiento Céspedes y un escuadrón al mando del coronel Núñez, echaron pie a tierra, y contestaron el fuego de los españoles, que avanzaban en tres secciones de columna.

Reforzados el regimiento Céspedes y el otro escuadrón por fuerzas del general Lacret, y habiendo Maceo al fin podido poner fuera del alcance de los proyectiles enemigos a la impedimenta, se dirigió a un espacio de terreno despejado que existía al fondo, próximo a unos edificios en ruinas de un antiguo ingenio, para intentar una carga; pero los españoles, metiéndose por otro camino de los nuestros desconocido, que llevaba al mismo lugar, rompieron el fuego a quemarropa, impidiendo la maniobra de nuestra caballería.

No quedaba un cartucho en las cartucheras de nuestros soldados, y así hubo que resistir otra acometida del enemigo en las guardarayas del ingenio Atrevido, donde terminó la persecución

de los españoles. La columna Maceo acampó como a la una de la tarde en una colonia del ingenio Andrea, a corta distancia de Río de Auras.

A las dos de la madrugada del día 9, nuestra columna dejó el campamento del ingenio Andrea. Estábamos rodeados de fuerzas enemigas, a las cuales no podíamos hacer frente por falta de municiones. La columna de Vicuña se encontraba en Corral Falso, la de Molina en el ingenio Atrevido; había otra en San Miguel de los Baños, y aún se sabía de otra más que no tardaría en llegar para completar el plan de operaciones combinadas sobre aquel mismo tablero.

Al amanecer, nuestra vanguardia, que conducía el general Lacret, reconoció la vía férrea de Sabanilla, por las inmediaciones de Güira de Macurijes, y minutos después la pasaban todas las tropas. Maceo había dispuesto que dos escuadrones quedaran en la zona de Corral Falso para despistar al enemigo respecto al movimiento ejecutado por él; que Clemente Dantín permaneciera con sus fuerzas sobre Bolondrón, y otras unidades de la división mandada por el general Lacret ocuparan las colinas de El Hatillo y San Miguel de los Baños. A las tres de la tarde de ese mismo día 9 acampamos en Galeón, a 14 kilómetros al Sudoeste de Bolondrón.

LA HABANA

COMBATE DE NUEVA PAZ

Habiendo dejado el general Maceo el campamento de Galeón en la misma tarde del día 10, nos econtrábamos el 11 en Tinajita. Temprano en la mañana emprendimos marcha hacia el ingenio Nueva Paz. Sabía el General que en el caserío de Nueva Paz se hallaba una columna española y otra en Alfonso XII, pero le interesaba llegar al mencionado ingenio a recoger un pequeño armamento que le había ofrecido el administrador del mismo. Llevaba nuestra columna una ala a la izquierda, de filas bien nutridas de infantería, con algunos escuadrones avanzados sobre Nueva Paz, y al darle vista al caserío nuestros destacamentos, los españoles abrieron el fuego. El terreno en el camino en que se encontraba en aquel momento el grueso de nuestras tropas era muy pantanoso, dificultando cualquier movimiento ofensivo, que en tales circunstancias debía ser ejecutado con rapidez, pues nos encontrábamos bajo la acción de los fusiles enemigos, por lo que hubimos de buscar lugar más apropiado, en el cual formó

nuestra infantería, en tanto que el propio general Maceo permanecía en acecho con la caballería de reserva, esperando el avance de los españoles; pero éstos, temiendo sin duda arriesgarse a cruzar el pantano, no se movieron de sus posiciones, y, como en ellas nos interceptaban el paso al ingenio, hubo que renunciar a entrar en él. Se dejaron momentáneamente algunas fuerzas frente al enemigo, y nos retiramos.

En Jicotea, entre San Nicolás y Güines, donde habíamos acampado después de la acción de Nueva Paz, dispuso el general Maceo, de acuerdo con el General en Jefe, enviar a sus respectivas provincias y localidades algunos o parte de algunos de los contingentes que hasta entonces habían formado parte de la columna expedicionaria, conservando a sus órdenes personales el núcleo necesario para cruzar de nuevo al Oeste de la línea divisoria de las dos provincias occidentales y abrir la campaña de Pinar del Río. En cumplimiento de tal disposición se separaron el mismo día 13: una parte de las fuerzas de La Habana, con el general José María Aguirre a la cabeza; una parte de las de Matanzas, con el generl José Lacret Morlot y, más tarde, una parte de las de Las Villas, mandadas por el coronel Juan Bruno Zayas.

Las fuerzas con que contaba el general Maceo ahora estaban constituídas por la brigada de infantería de Quintín Bandera, la de Pedro Díaz, el regimiento Céspedes al mando del coronel Esteban Tamayo, dos escuadrones de Pinar del Río, tres escuadrones de Matanzas al mando de los coroneles Vicente y Antonio Núñez, el regimiento Palos a las órdenes del coronel Cuervo, un escuadrón de Cienfuegos mandado por el teniente coronel José Camacho y la escolta del Cuartel General. ¡Qué pomposa nomenclatura de unidades! Entre todas no sumaban arriba de tres mil plazas, ni éstas mil o mil quinientos verdaderos combatientes por la efectividad de sus armas.

No quería el general Maceo dejar la provincia de La Habana sin antes realizar un hecho de guerra lo bastante notorio y ruidoso que sirviera de testimonio negativo a las aseveraciones del alto mando militar español (ya mandaba Wéyler), que, en sus cablegramas al gobierno de Madrid y en las noticias que, como única verdad, facilitaba a la prensa, presentaba los territorios de La Habana y de Matanzas como a punto de ser por completo pacificados, silenciando sistemática y maliciosamente la presencia en ellos de Gómez y Maceo, y asegurando que ambos caudi-

llos iban fugitivos, o poco menos que eso, camino de las montañas de Oriente.

No siéndole posible al general Maceo dar un golpe en Güines, proyecto que concibiera estando acampado en Jicotea, entre aquella villa y la de San Nicolás, después de la acción de Nueva Paz, por haberse enterado a última hora que contaba con mayores defensas que las que había supuesto, determinó darlo en Batabanó. Pero sobre la marcha, aquel mismo día trece.

ATAQUE Y SAQUEO DE BATABANO

Habiendo desfilado ya aquellas tropas que debían ir a operar en sus respectivas regiones, la columna, que se podría llamar ahora columna Maceo, tomó el camino de Batabanó y fué a situarse a unos tres kilómetros de dicho pueblo, entre Pozo Redondo y el Crucero. Aquí debía esperar la caída de la noche, para que las sombras de la misma velaran cautelosas nuestros movimientos, y la sorpresa del asalto produjera mayor desconcierto y pavor entre los defensores de la plaza.

No tenía por único objetivo aquella operación el pueblo propiamente de Batabanó. Maceo se proponía hacer que, mientras la guarnición española atendía, con la natural confusión y aturdimiento, a la defensa del poblado, algunas fuerzas ligeras se deslizaran con sigilo hasta el surgidero, distante cuatro o cinco kilómetros del pueblo, con el fin de sorprender los barcos que allí se encontrasen y entrarlos a saco.

Ya anochecido, como a las siete, llegado que hubo nuestra vanguardia a una de las extremidades del pueblo, la infantería oriental, dividida en dos columnas, penetró resueltamente en él. La guarnición enemiga no se percató de la presencia de dichas tropas dentro del recinto de sus fortificaciones, sino cuando ya había comenzado el saqueo y algunos voluntarios, que paseaban sus uniformes por las calles, huían despavoridos bajo los disparos de los nuestros, a buscar refugio en los fuertes y las casas aspilleradas. Producida la alarma y el corre-corre consiguiente del vecindario, los destacamentos españoles rompieron el fuego desde sus fortalezas. Pero ésto no fué óbice para que los infantes de Bandera prosiguieran impertérritos su incursión por dentro del poblado, aprovisionándose en los establecimientos de cuanto habían menester, o de todo aquello que el azar les deparaba. sirviérales o no por el momento: ya vendría después el trueque.

Algunas tiendas o bodegas, cuyos dueños se mostraron recalcitrantes, fueron incendiadas.

Mientras tanto, el General, que había situado la caballería en el potrero de Quintana, con destacamentos de vigilancia en la vía férrea, en previsión de que viniera a la plaza algún tren militar de auxilio, considerando llegado el momento oportuno, despachó sobre el surgidero la caballería de Tamayo, al efecto prevenida. Pero la segunda parte de la operación, o sea la sorpresa a los barcos, fracasó, porque estos, alertados con las detonaciones y el tumulto del pueblo, se habían puesto a buen recaudo, alejándose de la costa.

A las doce de la noche, el general Maceo dió orden a la infantería de Bandera de evacuar el pueblo. Estas tropas salieron cargadas de botín: cosas necesarias o útiles y cosas superfluas o inútiles, por lo menos en apariencia; pues ya he dicho que no cargaban solamente con aquello que mayor falta les hacía. Su desfile fué una escena pintoresca: yo ví a un soldado tocado con un sombrero de mujer, a otro con una sombrilla en la mano, y otro más con una guerrera de oficial de voluntario. Se pensará: "Voluptuosidad en el pillaje". No, previsión, lecciones de la experiencia en el hambre y en la desnudez: aquella blusa de voluntario español, quitándole insignias y bocamangas, bien le podía servir a un soldado cubano, a quien nadie surtía de ropa ni de nada; aquel sombrero femenino podía ser cambiado a alguna mujer por algo de uso masculino, al igual que la sombrilla.

Las últimas horas de aquella noche las pasamos en las cercanías de Batabanó, y, habiendo emprendido la marcha a las seis de la mañana del siguiente día, fuimos a acampar, ya bastante entrada la tarde, en el ingenio de Peñayver. Aquí encontramos al general de brigada Pedro Díaz, al frente de sus fuerzas de infantería y un escuadrón de caballería. Estas tropas estaban compuestas en su totalidad de villareños, y habían quedado separadas del Cuartel General de Maceo el 19 de febrero.

El ingenio Peñalver está o estaba, situado en el camino de Güira de Melena, que era un centro de operaciones de las columnas enemigas en aquellas comarcas. En previsión de un choque con tales columnas, o con las que se hallaban destacadas en la línea Mariel-Majana, levantamos el campo el día 15 al amanecer.

CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

COMBATE DE NEPTUNO

Como he dicho más arriba, el general Maceo había resuelto volver sin demora a la provincia de Pinar del Río, con el fin de activar personalmente las operaciones en aquel territorio. Ya por entonces los españoles comenzaban a hablar de la línea Mariel-Majana, o trocha de Mariel a Majana, como de un valladar formidable, que habría de encerrar las partidas insurrectas que se encontraban del lado occidental de la misma, impidiéndoles toda comunicación y contacto con las que operaban del lado oriental. Maceo se propuso atravesarla, si necesario era, por el sitio considerado como más inexpugnable, por encontrarse en él el Cuartel General de las tropas enemigas, que guarnecían la mencionada línea: Artemisa.

En marcha rumbo occidental el día 15 de marzo, destacó el general Maceo un regimiento de caballería con el fin de que explorara por nuestro flanco derecho la vía férrea del Oeste. El grueso de nuestra columna se dirigió a la ciénega de Majana. donde dejamos los heridos que habíamos tenido en los últimos combates, prosiguiendo en seguida la ruta.

Se encontraba una parte del cuerpo principal de las fuerzas cubanas, con el Cuartel General, cruzando por delante de la boca, o entrada, de una especie de avenida bordeada de grandes matas de mangos que conducía a las casas del ingenio Neptuno, distante del camino unos trescientos metros y a la izquierda del mismo, cuando su vanguardia, al intentar reconocer los edificios de la otra finca cercana, fué sorprendida por el fuego de una tropa de infantería española, apostada allí con antelación. Detuvimos la marcha, y el General ordenó a un ayudante, que entrara por aquella avenida a fin de hacer un reconocimiento hasta el batey del ingenio. Aquél lo hizo, y ya muy próximo a dicho batey pudo descubrir en él una numerosa fuerza enemiga, formada en batalla con el frente hacia el camino donde nosotros nos encontrábamos. Corrió a informar de ello al general Maceo, que le envió a transmitir al teniente coronel Federico Bacallao la orden de que sin pérdida de tiempo se adelantara con sus fuerzas de caballería sobre la posición de los españoles, de manera de cubrir nuestro flanco izquierdo, en tanto se adoptaba nuestro plan de ataque defensivo. Estas fuerzas no debían dejarse ver del enemigo, ni abrir hostilidades con él, sino en caso de que el mismo intentara algún movimiento de avance.

El plan de ataque de los españoles era fácil de colegir. Rechazada la vanguardia de la columna cubana, era natural que ésta fuera a tomar posiciones en el batey del ingenio, único sitio que le ofrecía espacio para desplegar sus elementos ofensivos, brindándole además los parapetos que constituían los edificios del mismo, y allí, cogida de improviso por otra fuerza enemiga, sin haber tenido tiempo suficiente para organizar la resistencia, o la retirada, sería ametrallada y destruída por completo y a mansalva.

Nuestra situación en el primer momento era la siguiente: nos hallábamos en orden de marcha por un camino sumamente estrecho, que nos obligaba a una enorme profundidad en las hileras. Teníamos delante, obstruyéndonos el paso, una columna española ya en contacto con nuestra avanzada, a la cual atacaba de frente y por el flanco derecho. Al flanco izquierdo, a nada más que trescientos metros distantes, otra fuerza enemiga, con seguridad la facción mayor de la misma columna, formada en batalla y el arma requerida, pronta a entrar en acción. Frente a las líneas de esta última fuerza, se encontraba una parte del cuerpo principal de las tropas, inclusive la impedimenta —la obligada multitud de hombres desarmados— y la retaguardia, sin poder avanzar ni desplegarse, inmovilizados en el desfiladero y expuestos a ser separados del núcleo total por un movimiento del enemigo hacia el camino. Esta situación, como se ve, no podía ser más difícil y peligrosa. Pero no se prolongó por mucho tiempo, sino que en ella se operó de súbito una mutación radical y favorable: el regimiento aquel, enviado en la mañana en servicio de flanqueo sobre la vía férrea del Oeste, hizo en tan supremos momentos su aparición en la escena. Esta caballería, al regresar de su incursión, traía un rumbo convergente, a la derecha, con el sitio donde se encontraba bregando nuestra vanguardia, y, habiendo oído el rumor del combate, acudió a él con presteza, y cargando con ímpetu al enemigo lo desalojó de sus posiciones, abriendonos paso. Quebrantada la oposición del enemigo que teníamos al frente y al flanco derecho, quedaba asegurada la libertad de nuestros movimientos.

Debió de haberse dado cuenta la columna, o la parte de la columna española de Neptuno, de que la otra fracción se había visto obligado a ceder el terreno, porque inmediatamente que cesó el fuego delante de nosotros, intensificó ella el suyo, haciendo nutridísimas descargas de fusilería y disparos de cañón, y aún

intentó moverse hacia el desfiladero, obligando a los jinetes de Bacallao a entrar en función. Maceo le presentó la masa de toda la caballería que tenía a mano, y , habiéndola obligado a detenerse, se la desplegó luego al frente y a todo lo largo de sus líneas, en espera de la infantería villareña de Díaz. Estas tropas tenían a su cargo la custodia de la impedimenta. Cuando llegaron Maceo sustituyó con ellas la caballería, que a su turno tomó a su cuidado la protección de la referida impedimenta, y se retiró; luego, habiendo llegado la infantería oriental de Quintín Bandera, relevó con ella la de Díaz, que marchó a tomar posiciones a vanguardia en San León de Toscano, en previsión de que el enemigo quisiera, siguiendo nuestras huellas, presentarnos otra fase del combate; y, por último, no habiendo podido reunírsenos el escuadrón de Cienfuegos, mandado por el coronel Camacho, que cubría la retaguardia, el General en persona, con su Estado Mayor, su Escolta y el regimiento Céspedes, permaneció de centinela frente al enemigo, protegiendo la retirada general. La columna española no salió del ingenio Neptuno, y nosotros acampamos ese día 15 del lado de allá de la trocha de Mariel a Majana, o sea en territorio pinareño. El coronel Camacho se nos volvió a reunir en la mañana del siguiente día.

En el combate de Neptuno presencié un caso que me pareció insólito: en los momentos en que nuestra impedimenta desfilaba, en la forma que antes he dicho, el fuego de los españoles se había hecho tan atronador y copioso, que algunos individuos de aquella inerme muchedumbre, perdiendo la moral, se dieron a la fuga. Uno de ellos cayó, pero no tenía ninguna lesión exterior, ninguna bala lo había tocado, y, sin embargo, estaba muerto. El médico que reconoció su cadáver explicó que se trataba de un enfermo de angina, y que la sofocación producida por la carrera le había ocasionado la muerte.

En Esponda, lugar enclavado en el término de Artemisa, donde pecnoctamos, expidió el general Maceo las órdenes oportunas para que los distintos jefes de fuerzas cubanas que se movían por la jurisdicción de San Cristóbal y montes del Rosario concurrieran a la zona de Cayajabos, donde él se proponía establecer su Cuartel General, y en la mañana del siguiente día, o sea el 16 de marzo, emprendimos marcha rumbo a este último paraje.

Hasta ese momento, las únicas noticias adquiridas por el General, respecto al enemigo, se reducían a señalar las operaciones

de avituallamiento de las plazas de San Cristóbal y Candelaria, por tres o cuatro columnas en combinación.

Entre la una y las dos de la tarde hicimos alto en el potrero Galope, con la intención de proseguir camino luego de un breve descanso. Mas, habiéndose desatado en el mismo instante un aguacero torrencial con fuertes vientos, que habría hecho muy penosa la continuación de la marcha, resolvió el general Maceo esperar allí a que el tiempo amainara un poco. En consecuencia, y después de haber sido colocados los puestos de prevención necesarios, se desensillaron los caballos y se les quitaron los arreos a las acémilas; y cada cual procuró ponerse de algún modo al abrigo del chaparrón.

La casa en que se había guarecido el General con su Estado Mayor estaba situada a muy corta distancia de la calzada de Candelaria. Alrededor de aquélla habían improvisado sus cobijas la Escolta del Cuartel General, un escuadrón del regimiento Céspedes, un escuadrón del regimiento Cienfuegos y algunas secciones de la infantería villareña. El núcleto principal de esta infantería, bajo el mando del brigadier Pedro Díaz, se encontraba a mayor distancia hacia el Oeste, y la infanteréa oriental, mandada por el brigadier Quintín Bandera, más alejada aún hacia el Sur. Entre estas dos fuerzas de infantería y el Cuartel General se hallaban las de caballería.

COMBATE DE GALOPE

Continuaba desatándose furioso el vendaval, cuando, dominando el ruido de la lluvia y del viento, se oyó el de un disparo de artillería seguido de otros más y el de una formidable crepitación de fusiles en actividad, tan próximos a nuestro campo que se pudo creer que éste estaba siendo asaltado por numerosas fuerzas enemigas, a lo que agregaban mayor similitud los proyectiles que, todavía con las sonoras vibraciones metálicas con que iniciaran sus trayectorias en las estriadas recámaras de los fusiles, cruzaban por entre nuestros improvisados albergues. Con la festinación que es fácil concebir, y al toque presuroso de botasilla, todos corrimos a las armas y a preparar las monturas. El general Maceo, antes que nadie a caballo, empuja, con las palabras, con los ademanes y con su ejemplo mismo, pelotones de jinetes y secciones de infantes —los que primero han montado, los más prontos en empuñar las armas— en la dirección en que se oyen

las detonaciones. El enemigo no se encontraba dentro de nuestro campamento, pero sí muy próximo al mismo.

Los primeros en acudir a su encuentro, con el propio general Maceo a la cabeza, lo hallaron sobre un tramo de la calzada, donde existía un puente llamado de Yaguaza, formado en orden de batalla y humeantes las bocas de sus fusiles y cañones.

Lo ocurrido había sido que la columna española iba de marcha para Candelaria, sin duda bien ajena de nuestra presencia en Galope, y al aparecer su vanguardia a la vista de nuestro puesto vanzado del Levante éste había abierto fuego para dar el alerta al campamento; pero el ruido de sus detonaciones había sido apagado por el estruendo de la lluvia.

Empeñada la acción con las primeras de nuestras fuerzas en llegar, no empece su pequeñez numérica, otras y otras fueron acudiendo con la mayor prontitud posible, y el General se colocó con ellas al flanco izquierdo del enemigo, tomando la ofensiva con resolución. En la primera arremetida desalojamos a los españoles del puente de Yaguaza y de una parte del tramo de calzada, y estuvimos a punto de acuchillar varias compañías de su retaguardia, que debieron su salvación a que alrededor del mencionado puente había una profunda hondonada, que la lluvia había transformado en un verdadero lago, y era necesario pasar por debajo de aquél, cruzando una alambrada, para llegar al terreno firme, con la lentitud y la demora consiguientes.

Desalojado el enemigo de su primera posición, se hizo fuerte algo más adelante, donde se defendía con singular bravura y firmeza de los repetidos asaltos de la caballería cubana que, estimulada por el arrojo del Cuartel General y la Escolta de Maceo, lo acosaba, ya por un lado, ya por el otro. Nuestros infantes rivalizaban con los jinetes haciendo prodigios: con los machetes en alto, y muchos de ellos agitando sus sombreros en las bocas de los fusiles, a guisa de banderines, como si estuviesen ya poseídos del espíritu jubiloso de la victoria, llegaban en su acometividad tan cerca de las líneas de los españoles, que unos y otros adversarios se escupían injurias en pleno rostro.

Una pieza de la artillería ha estado a punto de caer en nuestras manos, abandonada un momento por su dotación, obligada a hacer uso de sus carabinas, y, por último, a retirarse.

—¡A coger ese cañón!—, gritó Maceo.

A su voz una treintena de hombres se lanzaron a la carrera hacia la abandonada pieza. Mas hubieron de detenerse porque a

la infantería que mandaba Camacho se le agotaron las municiones.

¡Oh, aquélla desdicha de la falta de municiones que tantas veces nos impidió completar una victoria!, ¡qué en tantas ocasiones nos compelió a la retirada, encontrándose entera, incólume, la moral de nuestras incomparables tropas! Varias compañías enemigas avanzaron y recuperaron su cañón.

Había ya cesado la lluvia y calmádose la borrasca de la atmósfera, pero no la de la batalla, que seguía rugiendo en aquel tramo de la calzada de Candelaria y cuyo aliento de plomo caldeaba cada vez más la sangre que restaba aún en las venas de los combatientes. Mas, al fin la columna española, después de tres horas de aquel rudo batallar y de tantas pruebas de valentía, y de tan grande vitalidad, hubo de ceder el terreno y declararse en franca retirada.

Pero no debió ser aquélla la última fase del combate: su episodio final hubiese sido el total aniquilamiento del enemigo, de haberse observado con exactitud las disposiciones del general Maceo. El General había enviado orden al brigadier Pedro Díaz de situarse con su infantería villareña sobre la calzada, de modo de poder batir a los españoles por su vanguardia; pero, bien fuera porque el ayudante que trasmitió dicha orden la hubiese entendido y trasmitido erróneamente, o bien fuera porque el brigadier Díaz la interpretara mal, el caso fué que dicho brigadier tomó una posición distinta y casi fuera del campo de batalla y del camino que era lógico suponer que había de seguir la columna enemiga. En cuanto a la infantería oriental —al mando del brigadier Quintín Bandera—, que debía atacar a aquélla por su flanco izquierdo, a causa sin duda de algún otro error u omisión de las órdenes del General, permaneció inactiva todo el tiempo que duró la acción. Este jefe dió como excusa de su inactividad la de que, no conociendo aquellos terrenos, había estado esperando en vano que el Cuartel General le indicara la posición que debería tomar.

Tendían aquellas medidas del general Maceo a obligar a los españoles a dejar la carretera y echarse por las sabanas que tenían a la derecha, donde, atacados de frente y flanco izquierdo por la infantería de la columna cubana, y a retaguardia y flanco derecho por su caballería, hubiesen tenido que rendir las armas o perecer.

Tal embrollo en la trasmisión de las órdenes del general Maceo, durante la batalla de aquel día, es justificable teniendo en cuenta la percipitación con que hubieron de dictarse, en un momento en que nuestro campo, el mismo Cuartel General, se consideró invadido, y que el propio Maceo en persona hubo de atender a reunir los primeros elementos de combate para detener la invasión. Por otra parte, el General comunicaba sus disposiciones por lo común, en voz tan baja, que en ocasiones se hacía ininteligible; y sobre esto,. no gustaba de que se las hicieran repetir. Era necesario, pues, poseer un oído muy fino y atento para percibir, en medio del estrépito de las detonaciones, lo que decía, o, en su defecto, una intuición asaz viva para, coordinando una sílaba escuchada claramente, con las condiciones topográficas del campo de batalla y el arma del jefe a quien el mensaje iba dirigido, deducir, y acertar si se estaba de suerte, la operación que ordenaba ejecutar.

Pero si el ayudante o los ayudantes, encargados de trasmitir las órdenes del General a los brigadieres Díaz y Bandera, pudieran tener disculpas por las razones antes enumeradas, no tenían justificación posible aquellos jefes superiores, los cuales, de acuerdo con sus altas jerarquías militares, debieron discurrir con mayor acierto, dándose cuenta, el uno, de lo inverosímil de una disposición que, alejándolo del campo de batalla, privaba a las demás fuerzas del concurso de las suyas; y el otro, de que, salvo una disposición superior más concreta, la voz de los cañones y los fusiles es un orden. La falta de un conocimiento previo del terreno, tampoco podía servirle de disculpa, porque, aparte de que el fragor de la batalla le indicaba el rumbo, podía, a medida que se aproximaba a ésta, ir estudiándolo. Por lo demás, es eso lo que hace comunmente toda fuerza militar en operaciones, sean o no de guerra.

Sin embargo, tanto el brigadier Pedro Díaz como el brigadier Quintín Bandera eran militares de honor: ninguno de los dos acostumbraba rehuir el peligro, y en particular del último se puede decir que amaba el combate.

Terminada la acción de Galope, y antes de entrar en Candelaria, la columna española tuvo que sostener un nuevo choque con nuestros escuadrones, enviados a practicar reconocimientos, al mando del capitán Rosendo Collazo.

La victoria en Galope nos habría abierto las puertas de Candelaria, pues la acción había tenido lugar a cinco kilómetros de

dicho pueblo, cuya poco numerosa guarnición no nos hubiera podido resistir.

COMBATES DE LABORI, LA MERCED DE VIGIL Y CAYAJABOS

Estas tres acciones se podrían considerar como fases de una sola batalla, que duró desde las primeras horas de la mañana hasta las primeras sombras de la noche, pues, si bien es cierto que se efectuaron en diferentes sitios, lo fueron en un mismo día, y las distintas columnas enemigas con las cuales hubimos de contender operaban en combinación y con un mismo objetivo.

Fué el escenario de aquella función bélica un espacio de terreno de unos veinte kilómetros de largo por unos catorce o quince de ancho, al Norte de la carretera de Candelaria, en el cual estaban o están comprendidos, entre otros, los lugares siguientes, mencionados por orden de menor a mayor distancia: ingenio Flora, asiento de la finca Frías, Montroite (o Montesino) y el ingenio Lahorí (o Laborí), al N.; la Merced de Vigil y el destruído pueblo de Cayajabos, al E. N. E.; y la Esperanza, y la Merced de Lombillo, al N.E. La situación en él de las fuerzas españolas, el día 18 de marzo, era la siguiente: tres columnas, al mando de los generales Linares y Suárez Inclán y del coronel Sánchez Hechavarría, viniendo de distintos lugares, se encontrababan en el ingenio Flora; una columna, al mando del coronel Hernández de Velasco, en Montesino, y otra columna, al mando del coronel Eduardo Francés, en la Merced de Vigil.

El general Maceo, que, en la noche del día 16, después de la acción de Galope, había acampado en Berrendo, al Sur de la carretera, a ocho kilómetros de Candelaria, y a doce de San Cristóbal, levantó el campo en la madrugada del 18, y, luego de haber marchado un par de horas por la misma carretera, dejó esta vía en un punto situado entre los dos mencionados pueblos, para encaminarse al Rubí, por el cafetal de Frías y Cayajaobs.

Maceo ignoraba la distribución de las fuerzas españolas a que antes se ha hecho referencia. Tan sólo sabía, por informes del último momento, que a Candelaria habían llegado, la noche del 17, dos columnas uniéndose allí con la que el 16 habíamos batido en Galope, y que otras habían entrado en San Cristóbal, Artemisa y Guanajay. De este inusitado movimientos de tropas infirió que el enemigo se proponía desarrollar contra él un vasto plan de operaciones combinadas, quizá con el propósito de co-

parlo con elementos irrebatiblemente superiores, coordinados dentro del estrecho arco allí formado por las cuatro poblaciones de la carretera: Guanajay, Artemisa, Candelaria y San Cristóbal, al que sirve de cuerda la sierra del Rosario. Hecha esta conjetura, se propuso el general Maceo obrar de acuerdo con las cincunstancias.

La capacidad combativa de las tropas de Maceo había quedado muy mermada, como consecuencia de la acción del día 16, no tanto por las bajas sufridas, aunque no fueron pocas, como por el gran consumo de municiones: con todas las que quedaban en nuestras cartucheras no se habrían podido parquear de modo regular más de seiscientos hombres.

En tales condiciones, si nos enfrentábamos con los cinco o seis mil soldados que podían sumar las cinco columnas españolas reunidas, nuestra inferioridad resultaría abrumadora. El general Maceo resolvió presentarles combates parciales, batiendo cada una de ellas por separado, en una sucesión de rápidos movimientos procurando tener siempre a sus espaldas nuestra gran plaza fuerte: la Cordillera Oriental.

El primer contacto con el enemigo se efectuó entre ocho y nueve de la mañana (18 de marzo). Marchábamos nosotros. con todas las precauciones que la inminencia de un choque requería, por el camino del asiento de Frías a Laborí. Llevábamos la caballería delante, formando la cabeza de la columna y haciendo el servicio de descubierta y de reconocimientos a ambos flancos y a retaguardia; el Cuartel General con la Escolta y el regimiento Céspedes constituían el centro, y la cola de infantería, cuando al llegar a Montesino, en las inmediaciones del ingenio Laborí, avistamos una tropa española a nuestra izquierda, marchando por la orilla de un palmar, al parecer en el mismo rumbo que nosotros. Era la columna de Hernández de Velasco, la que al recibir los primeros disparos de nuestras secciones delanteras, se recogió al palmar, contestando desde allí con fuego de cañón.

Maceo desplegó frente al palmar algunos pelotones más, con orden de irse replegando despacio, y él con el resto de las fuerzas, fué a tomar posiciones algo más distante y ya dentro de los terrenos del ingenio. Allí situó la infantería, protegida por los espaldones de un corral, cubriendo nuestra izquierda, envió la caballería a desplegarse pie a tierra en un espacio de terreno accidentado y cubierto de malezas, a la derecha, y él, con el Estado Mayor, la Escolta y el regimiento Céspedes, ocupó el centro.

La columna española continuó cañoneándonos mientras adelantaba algunas compañías desplegadas en guerrilla por su izquierda. Este movimiento parecía encaminado a envolver nuestro flanco derecho, por cuanto, habiendo sido paralizadas aquéllas, fueron reforzadas por otras, que a la vez hubieron de detenerse y replegarse bajo el fuego certero de nuestros jinetes convertidos en dragones. Igual negativo resultado le dió al enemigo otro intento de rebasar por su derecha las posiciones de nuestra infantería, pues hubo de encararse con el regimiento Gómez, que lo rechazó, escarmentándolo severamente.

Mientras tanto, ya habían transcurrido más de dos horas de duro pelear. Nuevos contendientes podían presentarse de un momento a otro en el campo de batalla, atraídos por el fragor que de él se levantaba, y decidir la suerte al punto y a su favor con elementos incontrastables. Habíamos ya sufrido sensibles bajas, y no era cosa, por otra parte, de agotar en una sola función nuestro reducido parque. Esto nos hubiese obligado a abandonar aquel palenque elegido por el enemigo, esquivando todo otro encuentro con él durante la jornada. Y esto era todo lo contrario de lo que se proponía Maceo. El General, como antes he dicho, quería que, al frustrar el plan de los españoles para coparlo, cada una de las columnas combinadas en la operación fuera hostilizada.

En tal virtud, se dió orden de retirada: primero desfiló la caballería, protegida por la Escolta y el regimiento Céspedes. después el Cuartel General y por último la infantería.

El enemigo seguía cañoneándonos con la ineficacia de siempre. Los jefes del ejército español no se convencieron nunca de la inutilidad del arma de artillería contra un adversario que se batía en orden disperso.

Al abandonar el campo de Laborí, el general Maceo se dirigió con sus fuerzas hacia la Merced de Vigil, conjeturando encontrar por aquel rumbo alguna o algunas de las columnas españolas que habían pernoctado en Candelaria y San Cristóbal.

Cuando llegábamos a la Merced sonaban detonaciones a nuestras espaldas: algunos pelotones de caballería, que habían sido dejados de guardia sobre el camino, se replegaban, tiroteando a la columna de Laborí que nos seguía por el rastro. Se enviaron algunos pelotones más a reforzar los primeros, de manera de hacer más lento el avance del enemigo, mientras el resto de las fuerzas se situada convenientemente.

Maco estableció una línea de posiciones que, apoyándose en terrenos de la Merced, corría inclinándose al E. N. E., en dirección a Cayajabos, siempre con la mira de tener franco acceso a la cordillera.

La infantería, ahora nuestra arma más sólida, ocupó el flanco derecho, por donde más inminente parecía el nuevo contacto con el enemigo; el Cuartel General, con la Escolta y el regimiento Céspedes a él afecto, se colocó en el centro, y la caballería a la izquierda.

Treinta o cuarenta minutos después se reanudaba el combate. La nueva columna española, al recibir las primeras descargas de nuestros infantes, hizo, como la de Laborí, funcionar su artillería, la cual ya no dejó de tronar durante toda la acción. Al mismo tiempo iba desplegando sus elementos y extendiéndose en línea paralela a la ocupada por nosotros, con intención sin duda de desbordarnos por el flanco derecho: Maceo envió hacia allí el regimiento Céspedes como refuerzo, y el movimiento del enemigo fué pronto neutralizado. El fuego se mantenía de posiciones a posiciones, cuando nuestras patrullas de reconocimiento llegaron a informar que otras tres columnas enemigas, marchaban rumbo a la Merced: eran las de Linares, Suárez Inclán y Sánchez Hechevarría. Estas tropas españolas, como ya se ha dicho, se habían reunido en la Flora. Allí oyeron el ruido del combate que se libraba en Laborí y emprendieron marcha hacia aquella dirección, haciéndolo, según supimos más tarde, Suárez Inclán y Sánchez Hechevarría por la derecha, faldeando la sierra, rumbo a la Merced de Vigil y la Esperanza, y Linares en línea recta al mencionado ingenio de Laborí. Al llegar a este lugar, después de terminada la acción, y escuchar otra vez las detonaciones de cañón sonando ahora a sus espaldas hacia Vigil, retrocedieron presurosamente, tomando el mismo camino que antes recorriéramos nosotros y la columna Hernández de Velasco.

El general Maceo destacó el regimiento Palos al encuentro del nuevo poderoso adversario, con el único fin de embarazar su marcha, pues que ninguna otra cosa de mayor empeño podía realizar; ordenó que el Pinar del Río, flanqueando por la izquierda de los españoles antes de la llegada de las nuevas columnas, fuera a situarse en la calzada de San Cristóbal, y envió la infantería a marcha forzada a tomar posición en Cayajabos. El con el Cuartel General, la Escolta y el regimiento Céspedes, quedó por algunos momentos frente al enemigo en Vigil, protegien-

do el desfile de la infantería. Después se dirigió también a Cayajabos, diciendo con acento festivo:

—Vamos a recibir la visita de los Panchos de Guanajay.

El movimiento mandado a ejecutar por Maceo sobre la carretera de San Cristóbal tenía dos objetos, militar uno y político el otro. En primer lugar tendía a descongestionar el campo de tropas enemigas, induciendo a sus jefes a enviar parte de ellas en socorro de aquella plaza en apariencia amenazada, y darles, en segundo lugar, a los habitantes de la misma y a los de las otras poblaciones próximas una impresión engañosamente favorable de nuestras fuerzas, puesto que, empeñados como nos encontrábamos en una acción contra cinco o seis mil soldados españoles, aún nos sobraba pujanza para acometer una de sus plazas distante nada más que cinco o seis kilómetros del campo de batalla.

Ya en la vecindad de Cayajabos, nuestra vanguardia avistó la otra columna de "los Panchos" de Guanajay prevista por Maceo. Esta fuerza venía comandada por el coronel Eduardo Francés.

El pueblo de Cayajaobs, que en aquellos días estaba en ruinas como consecuencia de la guerra, se componía de unas cuantas casuchas y la iglesia, que se apretujaban en un estrecho rellano formado por las primeras estribaciones meridionales de la cordillera oriental. Para llegar a él, caminando en la dirección que lo hacíamos nosotros en aquellos momentos, es preciso atravesar, ya en sus inmediaciones, un espacio de terreno en suave pendiente, cortado aquí y allá por pequeños cauces secos: zanjas y hendiduras de escasa profundidad, pero que no obstante embarazan el paso de una tropa. El caserío, enclavado justamente en el punto al Norte donde se inicia la depresión, domina todo aquel frente en una extensión de no menos quizá de un kilómetro. Al este y al Oeste continúa alto el terreno, elevándose algunas cumbres a ambos lados.

La entrada en Cayajabos, viniendo del Sur, se hace por un camino de tierra apisonada que pasa al pie de la iglesia, prosigue por el centro del poblado y va a entroncar con una especie de senda natural que se prolonga, elevándose hacia el Norte, por entre lomas de poca altura y mezquina vegetación. Abunda el espartillo.

Mientras nuestra vanguardia abría el combate en el mismo camino de Guanajay que traía el enemigo, las demás fuerzas co-

ronaron la altura de Cayajabos. Todos los hombres que aún podían disponer de algunas municiones, infantes y jinetes a pie en número de unos trescientos fueron colocados por Maceo detrás de los muros derruídos de las casas, entre los corrales y vallados y en todos aquellos desde donde mejor se dominaba la subida al pueblo. Entre las fuerzas que aquel día me llamaron la atención, por su gallarda manera de pelear, se encontraba el grupo de los jóvenes "Pineros", de quienes con tanto encomio había oído hablar y a cuyo frente se hallaba Plácido Hernández. Todos eran aún casi niños. Las gentes que no estaban en condiciones de combatir, las envió el General con una pequeña escolta a alguna distancia a retaguardia, y él, con sus ayudantes de campo armados de rifles, algunos de los hombres de su escolta y otros tiradores escogidos, se situó entre los paredones de la iglesia en ruinas, que venía a ser la llave de la posición.

Serían las dos de la tarde cuando la descubierta del enemigo, cuya aproximación venía siendo señalada por las secciones de infantería que antes constituyeran nuestra vanguardia, se nos presentó a la vista adelantándose a reconocer las ruinas del pueblo. Nosotros la dejamos acercar guardando la más absoluta quietud y silencio, y, de repente y a quemarropa, de toda nuestra línea partieron sobre ella certeros los disparos, obligándola a retroceder. Mientras tanto, toda la columna española desembocaba y se extendía en líneas de batalla frente a nuestras posiciones abajo en la llanada.

El fuego adquirió pronto máxima intensidad por parte del enemigo. Crepitaban a la vez un millar de Maüsers, cuyos proyectiles, cruzando silbantes el espacio, venían a acribillar los desportillados edificios del pueblo, rebotaban en las piedras de los cercados, echando al suelo de cuando en cuando alguno de nuestros peones; o, no alcanzando la altura del altozano que nos servía de parapeto, pegaban con amortiguado ruido en el barro movedizo de las escarpas; y tronaba la artillería. El estruendo de las descargas de las tropas apenas dejaba oir las detonaciones de nuestros disparos individuales. Contando con muy escasas municiones, procurábamos economizarlas apuntando bien y tirando poco.

Había transcurrido un par de horas. El enemigo que, después de algunos movimientos de tanteo a derecha e izquierda de nuestra posición, se había dado cuenta de la imposibilidad de tomarla en tanto no quebrantara la resistencia organizada dentro de

los muros de la iguesia —situada, como ya se ha dicho, junto al camino que da acceso al poblado—, concentró en aquel punto su fuego de cañón. Los impactos de los pesados proyectiles se sucedieron, por espacio de cuarenta minutos en aquellos paredones detrás de los cuales se encontraba un puñado de tiradores, de los que el propio Maceo era uno. En ocasiones los disparos de la artillería española eran hechos tan bajos, que las balas, horadando los muros a tres o cuatro pies de altura, nos pasaban al nivel de las piernas, del vientre o de los hombros. Otras veces pegaban ariba en la parte superior, arrancando pedazos de pared que caían sobre nuestras cabezas, y la pulverizada argamasa del ruinoso templo nos cegaba por intantes.

Mientras tanto, nuestras filas se habían debilitado considerablemente. A las bajas sufridas había que sumar un gran número de individuos que se habían retirado a retaguardia por falta absoluta de parque.

Reducidos a fragmentos los muros de la iglesia, como resultado del copioso bombardeo a que había sido sometida, la columna española se lanzó al asalto. Un par de compañías se adelantaron, con las bayonetas caladas, por el camino en pendiente. Nosotros, de pie unos, escudados en los trozos de muros que aquí y allá sobresalían de la masa de escombros, y rodilla en tierra o echados de bruces los otros, detrás de cada piedra y de cada rimero de cascajo, las dejamos aproximar lo suficiente, y entonces rompimos sobre ellas un fuego mortífero. Algunos de nuestros tiradores hicieron un blanco por cada disparo.

Diezmadas y descompuestas, aquellas tropas hubieron de vacilar y retroceder; pero otras más numerosas unidades acudieron a sostenerlas y a llenar los huecos que nuestro plomo había causado en sus filas. El asalto se reanudó y fué ahora incontenible. Los españoles, no obstante el gran número de bajas que les causaba nuestra tenaz resistencia, avanzaron resueltos hasta nuestra demolida fortaleza de la iglesia, donde todavía algunos de los nuestros hubieron de defenderse en lucha cuerpo a cuerpo.

En aquella brega brazo a brazo, uno de los ayudantes del general Maceo, Nicolás Souvanell, casi un niño, menudito de cuerpo, fué agarrado por un robusto soldado español, del cual se libertó gracias a la agilidad y destreza que le eran peculiares.

Arrojados finalmente de Cayajabos fuimos a tomar posición más adelante hacia el Norte, en la calzada natural de que más arriba he hecho mención: allí continuó el combate por espacio

de una hora más. La llegada de otra columna española, la del general Linares, y las sombras de la noche le pusieron fin. El enemigo vivaqueó en Cayajabos y nosotros marchamos a las lomas de Rubí.

De la acción de Cayajabos, donde con tanto denuedo combatimos unos y otros, cubanos y españoles, he de referir, para completar su narración, la siguiente ocurrencia: en los momentos en que el enemigo escalaba el último tramo de la pendiente que daba acceso a nuestra posición, se destacaba varios pasos adelante, jinete en un hermoso caballo oscuro, un oficial, quizá capitán de una de las compañías de asalto. Era un hombre fornido, de ancho tórax y vigorosa cabeza, y de poblada barba negra. Avanzaba altivo y arrogante, cuando ya a cosa de siete u ocho metros de nosotros, alguien, a tiempo que encañonándole el rifle disparaba, le gritó:

—¡Viva Cuba libre!

—¡Vivan mis c...! —respondió insolente el español, continuando impávido hacia adelante.

COMBATE DE EL RUBI

Las lomas de El Rubí forman parte de la cordillera oriental, mejor conocida por la sierra del Rosario, en su porción más septentrional, frente a la bahía de Cabañas. En el sitio donde nosotros acampamos en la noche del 18 de marzo, después de la acción de Cayajabos, tenía por entonces el coronel Pedro Delgado, en reserva, ocho o nueve millares de municiones, un taller para la reparación de las armas y un hospital de sangre. Al día siguiente tuvo noticias el general Maceo de que una columna española, viniendo de la costa, se encontraba a poca distancia de nuestro campamento, detenida por el mal tiempo reinante a la sazón. En previsión de que el enemigo tuviera el propósito de venir a sorprender los mencionados establecimientos, suponiéndolos poco protegidos, se tomaron las precauciones de rigor. Con el parque del coronel Delgado se municionaron en gran parte nuestras tropas, cuyas cartucheras habían quedado vacías en Cayajabos.

En el campamento de El Rubí ordenó el general Maceo al coronel Esteban Tamayo retroceder a la provincia de La Habana, con el fin de realizar operaciones, principalmente sobre Hoyo Colorado y Marianao. Las fuerzas con que se separó Tamayo estaban constituídas por el regimiento Céspedes, del cual era jefe

natural, los escuadrones de Palos, mandados por Cuervo, los de Matanzas por Vicente Núñez, y las fracciones que quedaban del regimiento Guá. En total unos trescientos hombres, pues las mencionadas unidades habían quedado muy diezmadas en los combates, de modo especial el regimiento Céspedes, que de quinientas plazas que contaba al comenzar la Invasión estaba reducido a doscientas.

Con la separación del coronel Tamayo, tan sólo quedaron en El Rubí, a las órdenes inmediatas del general Maceo, unos quinientos hombres escasamente, pues, aunque citadas por él allí, las distintas fuerzas locales de la provincia, una vez que les hubo dado instrucciones a sus respectivos jefes, las despachó de nuevo a sus comarcas.

El día 20, entre ocho y nueve de la mañana, nuestras exploraciones acusaron la presencia del enemigo marchando por el camino de El Rubí. Todas nuestras fuerzas se apercibieron al combate, que abrió el coronel Pedro Delgado, con dos compañías de infantería y algunos jinetes, contra la vanguardia española. Pocos momentos después penetraba toda la columna en los montuosos terenos de El Rubí por una vereda que le daba acceso hacia el Norte, haciendo resonar la serranía con el ruido de sus descargas, mientras nuestros ágiles y adiestrados cazadores, distribuídos en pelotones, en pequeños grupos y hasta en simples parejas, y situados desde antes en los puntos menos accesibles y mejor abrigados, la acosaban desde todas partes: de cada loma, de cada quebrada, de cada macizo de árboles y de cada peñasco partían los proyectiles de los mambises. Allí no se oían voces de mando. Nos movíamos y disparábamos a discreción. Cada soldado era un jefe y cada jefe empuñaba un fusil. En vano los españoles se arrojaban con bravura contra nuestras posiciones, porque si nos desalojaban de una, ocupábamos en seguida otra igualmente difícil de expugnar.

La situación del enemigo se iba haciendo comprometida por momentos. Había llegado hasta El Rubí con el propósito de capturar a nuestros inválidos del hospital, creyéndolos sin custodia, y se había encontrado con una guardia formidable que ahora le cerraba el paso por todos lados. Por fortuna para él otra columna española hizo en tales condiciones su aparición por nuestro flanco izquierdo, ayudándolo a salir de aquel apurado trance, y ambas emprendieron la retirada sin prolongar la lucha.

tal vez a causa de lo avanzado de la hora, pues eran sobre las cuatro de la tarde.

La primera columna que nos atacó en El Rubí venía al mando del coronel Villa, y la que tan oportunamente llegó en su auxilio al mando del general Suárez Inclán.

A la acción de El Rubí sucedieron unos cuantos días de inactividad bélica para el Cuartel General y las tropas que le estaban afectas. No había enemigo a quien combatir por el momento, pues todas las columnas de operaciones por aquella zona se habían recogido a sus respectivos cuarteles. Más tarde el general Maceo emprendió una serie de operaciones en lugares más distantes, entre otros el ataque al pueblo de La Palma, donde nos fuera adversa la suerte de las armas, como se verá en el consiguiente relato.

Durante los tres o cuatro días siguientes a la acción de El Rubí permanecimos más o menos cerca de dicho campo, hasta el 24, que, estando acampados en San Francisco, nos pusimos en marcha con rumbo a Occidente, y el 26 hicimos alto y pernoctamos en un sitio de la zona de Las Pozas, llamado San Ignacio. Allí, habiendo oído rumores el general de que por el puerto de La Mulata había desembarcado o estaba a punto de desembarcar una expedición, destacó al coronel Carlos Socarrás, que al frente de su regimiento Cacarajícara se nos había incorporado, para que se informara sobre los fundamentos de tales noticias Indagada la falsedad de éstas, fallida por entonces la esperanza de recibir del extranjero los pertrechos de guera y de otra índole, de que tan necesitados estábamos, decidió el General atacar por sorpresa el pueblo de La Palma, para proveernos de los mismos si la fortuna nos era favorable.

COMBATE DE LA PALMA

El pueblo de La Palma está situado cerca de la costa Norte. Sus habitantes, entre los que se contaban muchos isleños canarios, tenían reputación de ser muy adictos a la causa de España, lo que, como es natural, les había ganado nuestra particular ojeriza. Se sabía, por la circunstancia dicha, y por contar el pueblo con una fuerte guarnición de tropas regulares y voluntarios, que habríamos de encontrar fuerte pero no invencible resistencia, como no encontrásemos la plaza desprevenida.

Tomadas las disposiciones oportunas para el asalto la noche del 29, avanzó nuestra vanguardia hasta las primeras casas del

poblado sin que pareciera causar alarma en el mismo. Pero cuando nuestra infantería, habiendo penetrado hasta su centro, inició el ataque, se vió de súbito acometida, abrasada por un copioso fuego de fusilería que partía de todas partes: de los cuarteles, de los hospitales, de la iglesia, de los techos y ventanas de las casas. Tiraban los soldados, los voluntarios, los simples particulares, las mujeres y quizá hasta el mismo cura. Y como ya los asaltantes habían incendiado algunos edificios y se movían alumbrados por las llamas, ofrecían seguro blanco a los disparos de los defensores. Era indudable que, habiendo fracasado la toma de la plaza, por sorpresa, la partida estaba perdida por nosotros; que nuestras fuerzas acorraladas y ametralladas, sin poderse revolver contra un enemigo invisible, protegido por muros que no podíamos derribar por falta de artillería, no podían sostenerse allá dentro. Así se lo hizo saber el coronel Socarrás, que se encontraba en el pueblo, al general Maceo, y éste dió la orden de retirada.

Fué aquella acción una cabal y desastrosa derrota para nuestras armas. En ella tuvimos no menos del veinticinco por ciento de bajas, dejamos en poder del enemigo treinta y nueve muertos y tal vez algunos heridos, y retiramos ochenta y ocho de estos últimos.

COMBATE DE SAN DIEGO DE LOS BAÑOS

Al día siguiente de la acción de La Palma, habiendo el general Maceo puesto los heridos al cuidado de los tenientes gobernadores Pío y Ramón Cruz, y despachado para sus respectivas zonas, Cacarajícara y El Rubí, a los coroneles Carlos Socarrás y Pedro Delgado, emprendimos marcha rumbo Sureste, de más de venticinco kilómetros por la sierra de la Cumbre, hacia San Diego de los Baños, pueblo que tiroteamos, entre nueve y diez de la noche del 31, sin más objeto que el de una simple demostración.

Antes de proseguir en la narración de otros episodios de la campaña de Pinar del Río, y para la mejor comprensión de la misma, paréceme necesario señalar los efectivos de tropas con que contábamos ambos contendientes ,omitiendo las respectivas condiciones en que se encontraban en cuanto a material de guerra y otros elementos requeridos para la misma, para no incurrir en repeticiones y redundancias.

El ejército español disponia en la provincia de Pinar del Río, en el año 1896, de catorce batallones de infantería con varias piezas de artillería, seis escuadrones de caballería regular y catorce guerrillas. La suma de todas estas unidades daba, poco más o menos, dieciseis mil soldados, divididos en columnas que, aunque independientes entre sí y cada una con su propio radio de acción, solían combinarse para determinadas operaciones. Contaba con guarniciones más o menos numerosas de tropas regulares en las principales ciudades y pueblos, algunos miles de voluntarios y, en ciertas comarcas, tales como la de Viñales, con una fuerza *sui géneris*, especie de guardia territorial o francotiradores, constituída por campesinos, en su mayoría isleños canarios, que labraban la tierra llevando el fusil sobre el testuz de los bueyes, junto al yugo, y a la primera señal de alarma soltaban la mancera y corrían a reunirse en somatén. Hay que agregar a esto que ya existía la línea fortificada de Mariel-Majana, que, con fuerte contingente de tropas en destacamentos, robustecía la posición de los españoles, porque hacía imposible la cooperación de las fuerzas cubanas que se encontraban al Este de la mencionada línea, con las que operaban al Oeste, ya que ni las unas ni las otras disponían de cañones y, en general, de capacidad ofensiva para atacarla con probabilidades de éxito. Para un ejército que, como el nuestro, se veía precisado en ocasiones a compensar la enorme inferioridad combativa en que se encontraba respecto a su adversario, con una extrema movilidad y marchas a distancia para sustraerse al contacto con él, aquel valladar, constriñéndolo a los límites de un territorio que no alcanza ocho mil kilómetros —incluyendo las estériles e inhóspitas comarcas extremo-orientales del litoral del Sur, abundantes en médanos y tremedales, donde nuestras tropas, que estaban obligadas a vivir del país, no hallaban el sustento—, constituía ciertamente una muy sensible desventaja.

En cuanto a las fuerzas del Ejército Libertador, se reducían a menos de cuatro mil hombres armados, tanto los de infantería como los de caballería, de fusiles de distintos calibres y modelos y de machetes. Las municiones nos eran siempre escasas, y a veces nos faltaban del todo. Cuando nuestros hombres llevaban diez o quince en sus cartucheras se consideraban provistos abundantemente, no obstante saber que no podían contar con repuestos.

Desde el 15 de marzo, fecha en que el general Maceo entró por segunda vez en el territorio de aquella provincia, hasta el 23

de junio, en que llegó la expedición conducida por el coronel Leyte Vidal que, además de doscientos treinta fusiles, nos aportó trescientos mil cartuchos, el único auxilio que nos había venido del exterior había consistido en unos cuantos rifles y catorce mil tiros traídos por el coronel Monzón el 25 de abril en la goleta *Competitor;* pero de tal armamento sólo se salvaron las armas personales de los expedicionarios, que como se comprenderá no eran muchos, y unos cinco mil cartuchos, que por cierto llegaron a tiempo para darnos la victoria en Cacarajícara. En cuanto a artillería, no la tuvimos hasta los últimos meses de aquel año, en que el general Juan Ríus Rivera trajo una pieza en la expedición que a sus órdenes desembarcó el 5 de septiembre. Se trataba de un cañón neumático que, impropio para rodar por las montañas, quedó muy pronto inutilizado. El material de la expedición de Ríus se componía, además, de setecientos treinta fusiles Remington que podían disparar proyectiles Maüser de siete milímetros, fabricados expresamente para nosotros; ciento veinte fusiles Maüser modelo español; cincuenta fusiles sistema Lee; veinte Winchesters; cien proyectiles para el cañón neumático y cuatrocientos sesenta mil cartuchos de los diferentes sistemas y calibres de fusiles mencionados.

La finalidad propuesta al dotar a nuestras gentes con fusiles de disparos singulares era la de evitar que, en un espacio de tiempo determinado de combate, se consumieran más municiones de las que aconsejaba nuestra siempre reducida provisión, cosa que no se habría podido obtener con armas de repetición. También se hacía con objeto de poder aprovechar las municiones cogidas al enemigo. En cuanto a los Maüser modelo español, se daban a aquellos individuos conocidos como buenos tiradores.

Fué el material de guerra de la expedición Ríus Rivera el más importante de que pudimos disponer durante toda la campaña de Pinar del Río, y también el último que arribó a las costas pinareñas. De aquellos cuatrocientos sesenta mil cartuchos, una buena parte fué consumida en las acciones que se hubieron de librar a nuestro regreso de Cabo Corrientes, lugar donde se había efectuado el alijo. Estas acciones fueron: Loma China, Montezuelo, Tumbas de Estorino, La Manaja, Isabel María, Ceja del Negro y Galalón.

De San Diego de los Baños, y luego de haber ascendido a la montaña del Toro y tirotear un destacamento español que en dicha altura protegía una estación heliográfica, nos encamina-

mos hacia San Diego de Tapia, reconociendo al paso la zona de Bahía Honda, y el día 6 acampamos en el valle de San Claudio, jurisdicción de Cabañas.

El territorio de Cabañas, como se sabe, es montañoso al Sur y ondulado al Norte hasta muy cerca de la costa. Al Sur se alzan las montañas más o menos elevadas de El Rubí o Rubín, las Peladas, la del Cuzco, la de El Mulo, la de Cacarajícara, etc., pertenecientes a la cordillera de los Organos; y entre ésta y el mar existe una serie de lomas, cerros y colinas, y los pequeños valles u hoyadas de San Claudio, San Diego de Núñez y Manuelita. Nosotros, que sobre aquellas lomas y dentro de un radio no mayor de veintiocho kilómetros de Este a Oeste, y diez o doce de Norte a Sur, sostuvimos dieciséis acciones de guerra, las llamábamos genéricamente Lomas de Tapia, y también "El Peleadero".

De las exploraciones mandadas a practicar por el general Maceo el día antes de acampar en San Claudio, para conocer la situación de las tropas enemigas por las comarcas más cercanas, se vino en conocimiento que éstas tenían el Cuartel General de la división en Bahía Honda y guarniciones en distintos ingenios, tales como Bramales, Teresa y Luisa, y que por San Diego de Núñez y Cabañas se movían con frecuencia distintas columnas de operaciones.

Diezmadas en gran parte nuestras tropas en el frustrado intento de tomar el pueblo de La Palma, consumidas en su mayor parte las municiones, y separados los coroneles Socarrás y Delgado con sus respectivas fuerzas, las que tenía ahora a mano el general Maceo no pasaban de trescientos cincuenta a cuatrocientos hombres de infantería y caballería en condiciones de combatir. Dada nuestra estrecha vecindad con el enemigo, y con la certeza de que éste no la había de ignorar, era de prever y considerar como inminente el ataque del mismo y, en tal virtud, el general Maceo adoptó las disposiciones consiguientes a la seguridad de nuestro campo.

La configuración del valle de San Claudio es más larga que ancha. Tomando como punto de referencia aquel que, más o menos en el centro, ocupaba nuestro Cuartel General, nos quedaban, mencionados por orden de menor distancia y situación de Sur a Norte, los siguientes lugares que tuvieron alguna relación estratégica o táctica con las operaciones de guerra allí efectuadas. Al Este: Merced de Bacur, Vizcaíno, Ramona, Rosario,

San Jacinto, San José, El Rubí (altura), Desengaño, San Sebastián, Las Animas, Casañas, Manuelita, Vigía (alutra), Matenzo, Baracoa, San Juan Bautista, Cabañas, San Isidro, Constancia, San Roque, El Jobo (altura), La Ceiba, San Francisco, Decena, San Nicolás, San Juan de Dios, Encrucijada, San Juan Bautista de Guanajay, Santa Isabel, San Juan, Begoña, Josefina, Mercedita, Quiebra Hacha y Asunción. Y al Oeste: alturas de la Lechuza y camino por donde se va a la sitiería y tienda de su nombre, Buena Vista, Sitio Abajo, Ceiba, San Diego de Núñez, La Llama, José, San Gabriel, Nazareno, Santiago, Recompensa, San Claudio, Orozco, San ignacio, Teresa o Santa Teresa, Ríos y San Fernando.

Dentro del valle, propiamente dicho, existe un otero de poca elevación y, al pie del mismo, un lagunajo; y casi al frente, algo distante, otra altura mucho más pequeña, con macizo de árboles, donde había entonces una casa.

El fondo del valle es en muchas partes cenagoso, siendo necesario conocerlo bien para esquivar el peligro de caer en sus tremedales cubiertos de hierbas. En aquella época pasaba por él un camino, llamado de Govín, que, inclinándose al Este, cruzaba el río San Claudio, y luego se enderezaba al Norte para llegar al ingenio del mismo nombre.

El general Maceo había situado en Manuelita la caballería. y la infantería en el camino y alturas de la Lechuza.

Abril

COMBATES DE SAN CLAUDIO O PRIMERO DE TAPIA

Después de permanecer nosotros tres días ocupando aquellas posiciones en espera de los españoles, hicieron éstos su aparición, anunciándola con un cambio de disparos de fusil con uno de nuestros puestos avanzados al Noroeste de Manuelita, entre once y doce de la mañana del día 9. Replegado éste, continuaron hacia el mencionado ingenio. Aquí hubieron de detenerse ante el fuego de más numerosos retenes cubanos. Mas no fué sino por algunos minutos, porque, reuniendo la columna todos sus elementos, los desalojó también de sus posiciones, dirigiéndose entonces hacia el ingenio San Claudio, desde donde tomó el descenso del valle, hostilizada con dureza por un puñado de nuestros jinetes Aquí le salieron también al paso los hombres de la escolta del General, quien, desde que sonaron los primeros tiros en la guar-

dia, se había dirigido hacia allá con su Estado Mayor, y visto, desde el camino de la Lechuza, el orden de combate en que penetraba la columna en nuestro acmpamento: ésta llevaba a la vanguardia, interpoladas unas a otras, fuertes secciones de infantería y caballería. Con la concurrencia de los jinetes de la Escolta, comenzó a formalizarse la acción. Mientras se desarrollaba esta primera fase de la misma acudieron dos compañías de nuestra infantería por orden del General, quien las situó al flanco izquierdo del enemigo en dirección de Vizcaíno, de manera de desviarlo hacia las lomas de la Lechuza, donde se hallaba un mayor núcleo de nuestras tropas y sobre una de cuyas mayores alturas ostentó en formación la caballería. Los españoles continuaron avanzando resueltamente hasta muy cerca del sitio donde había estado pocas horas antes nuestro Cuartel General. Maceo dispuso entonces que las dos compañías antes citadas, corriéndose por la retaguardia del enemigo, se replegaran a tomar también posiciones en las alturas de la Lechuza; y siendo éstas atacadas momentos después por los españoles, la acción cobró su máxima intensidad. Cada una de aquellas lomas fué escenario de un sangriento combate. Todos los jinetes, inclusive el propio general Maceo, habíamos echado pie a tierra y nos batíamos como dragones. El General, como un simple tirador, empuñaba un fusil y su jefe de Estado Mayor otro. Este, el general Miró, resultaba graciosísimo tirando: presumía de ser muy certero en el tiro, y cada vez que hacía un disparo le decía al que estuviese a su lado:

—¿Lo viste, lo viste caer?, ¡Y era un jefe!

Llevábamos como dos horas de combatir cuando el enemigo pareció querer envolver por la derecha nuestras posiciones, y una fracción de su vanguardia escaló el altozano aquel que ya he mencionado, haciéndose fuerte en la casa y el grupo de árboles que en él había. El General envió sobre aquella posición a un oficial de infantería con unos veinte hombres, para desalojarlos de la misma; pero viendo que la operación no se realizaba con la prontitud requerida, le ordenó a uno de sus ayudantes que tomara el mando de las fuerzas destacadas para la misma, diciéndole con tono perentorio

—Arroje de allí a los españoles.

La referida altura tenía fácil acceso al Norte y al Sur. Habiéndola reconocido el referido ayudante hizo un amago de desbordamiento por el Norte, que era por donde había subido el

enemigo y por donde debía descender en caso de retirada; dejó algunos hombres allí entreteniendo su atención, y volviéndose con rapidez al lado opuesto con el resto de su sección, tomó pendiente arriba sin detenerse. Los españoles se retiraron apresuradamente. Pero aquel movimiento envolvente de la columna enemiga había sido simulado con el fin de ganar el tiempo necesario para reconocer el camino de Govín y cambiar el orden de sus elementos de marcha, convirtiendo en retaguardia aquél que al venir había constituído la vanguardia, y emprender la retirada. Iniciada ésta, tomamos nosotros la ofensiva. El general Maceo, con la caballería y parte de la infantería, se corrió por el flanco izquierdo del enemigo, con el propósito de envolverlo por su vanguardia, y el general Miró se colocó a su retaguardia con la otra compañía de infantería. Pero los españoles, tratando de despistarnos, no tomaron en el primer momento el camino de Govín, sino otro más al Oeste que conducía a Recompensa, y no fué sino más adelante, que enderezando el rumbo hacia San Claudio, lo hicieron por el mencionado camino. Esta estratagema les dió en parte buen resultado, porque durante un gran trayecto pudieron librar su flanco izquierdo de la hostilidad de las gentes que llevaba Maceo. En cambio, su retaguardia estaba duramente combatida por las fuerzas que conducía el jefe de Estado Mayor; y lo habrían hecho con mayor efectividad. si Miró, habiéndose desviado un poco del camino de Govín en las cercanías de las Animas, no se hubiese visto obligado a seguir fuera de él, a causa de los pantanos que lo separaban. No obstante, como la distancia no era mucha, todavía, la retaguardia enemiga caía bajo sus disparos; pero una hora después sus hombres quedaron inutilizados por habérseles agotado las municiones. Ahora la única fuerza combatiente que quedaba sobre la retaguardia de la columna española era la muy pequeña con que el referido ayudante la desalojara del repetido altozano del valle, y que por no haber recibido órdenes en contrario conservaba bajo su mando. Con ella, sin haber dejado un instante el camino de Govín, perseguía al enemigo sobre sus mismas huellas, arrojándose con decisión sobre cada uno de los escalones que iba dejando dicha retaguardia, y no dejándola hacer pie firme un sólo momento. Acosándola sin cesar la persiguió hasta el ingenio San Claudio, donde, amparada en las casas del mismo trató de resistir un tanto para dar tiempo a que el resto de la columna se reorganizara. Frente al mencionado ingenio y a la izquierda del río y camino de su nombre existe una serie de lomas que se pro-

longa hacia el Norte. El oficial tomó posesión en una de ellas, donde encontró al coronel Pedro Sotomayor, jefe de la artillería tratando de cañonear la posición del enemigo con un pequeño cañón de cargar por la boca, cuya procedencia ignoro pero que debió haber sido abandonado más de cincuenta años atrás. en los barrizales de un monte pinareño, por los invasores de Narciso López o las tropas del general español Enna; y que, después de medio siglo de inactividad y silencio, entraba de nuevo en función aquel día. Sus disparos producían un ruido como el de un individuo acatarrado, y más que lanzar la carga la vomitaba a dos o tres varas de distancia. Persuadido el oficial de que aquella artillería ni siquiera alcanzaba a herir los oídos de nuestros oponentes con sus detonaciones, corrió a ocupar otra loma más adelante, que aunque de menor altura, dominaba mejor los edificios del ingenio. Pero aún desde allí nuestros fusiles carecían de efectividad contra los parapetos de los españoles, por lo que descendió de esta última, cruzó el río y, subiendo a la carrera la cuesta sobre la cual aquéllos se levantaban llegó hasta el pie de los mismos bajo el copioso fuego del enemigo. Viéndose éste acometido con tanta resolución, creyendo tal vez que le venía encima el propio Maceo con sus supuestos miles de hombres, abandonó precipitadamente sus atrincheramientos. Llegaron a confundirse unos y otros de tal manera que ocurrió una cosa insólita en las guerras: infantes cubanos acometieron al arma blanca a jinetes españoles. Mientras tanto, el grueso de la columna había tenido tiempo de reorganizarse, y, aunque ya todas nuestras fuerzas disponibles se habían reunido bajo el mando personal del general Maceo, en adelante nos disputó palmo a palmo el terreno hasta el embarcadero de San Claudio, donde, al amparo de la artillería del cañonero Alerta, se fortificó. Esta acción, que duró seis horas, fué sostenida contra el batallón Alfonso XIII, al mando del teniente coronel Devós. Como la última fase de la misma se desarrolló en terrenos del ingenio San Claudio, la denominamos acción o combate de San Claudio.

SEGUNDO COMBATE DE TAPIA

El 13, encontrándose a la sazón el general Maceo de paso por la comarca de Cayajabos, recibió noticias de un gran movimiento de tropas españolas por San Diego de Núñez, por lo que, coligiendo que se trataba de un nuevo ataque a nuestro campamento de Tapia, regresó a dicho lugar en el mismo día. Informes más

completos, recogidos aquí, le hicieron saber que se trataba de tres columnas enemigas, salidas en combinación de Bahía Honda y mandadas por el general Suárez Inclán y los coroneles Villa y Valcárcel.

Para hacer frente a estas tres unidades españolas, quizás no menos de tres mil combatientes, el general Maceo no contaba arriba de doscientos cincuenta, no obstante habérsenos incorporado un escuadrón del regimiento Narciso López, al mando del comandante Carrillo. El resto de nuestras fuerzas carecía de municiones.

A la mañana siguiente —14 de abril— nuestra infantería ocupó las alturas de la Vigía y de la Lechuza, la caballería se situó en San Sebastián, y el Cuartel General quedó establecido, con la Escolta, en Tapia. Tomadas estas disposiciones, el General esperó la llegada del enemigo. Este no se presentó hasta las dos de la tarde, iniciando el ataque por la Vigía, La Lechuza y Tapia a la vez.

Abierta la acción con nuestros puestos avanzados, que, como se habrá de suponer, eran sumamente débiles, corrió el general Maceo a sostener en persona el combate con sus ayudantes y su escolta.

La parte baja de aquellos terrenos, como tengo dicho, es anegadiza, haciéndose necesario un exacto conocimiento de ellos para sortear ciertas charcas, cuyo lecho, a fuerza de estar perennemente inundado, se halla en extremo resblandecido, ofreciendo gran peligro tanto a los jinetes como a los infantes, pues quienquiera que caiga en ellas, hombre o bestia, difícilmente sale por su propio esfuerzo.

Avanzábamos por uno de los pocos y estrechos senderos de tierra seca que corren bordeando los pantanos, a posesionarnos de una colina, hacia la cual se dirigían también los españoles, con evidente intención de ocuparla. Marchábamos a todo galopar y de dos o tres en fondo, tal cual nos lo permitía la angostura del camino, cuando, ya casi en la falda de la disputada colina, a uno de nuestros jinetes delanteros se le cayó el caballo a través del angosto terraplén, interceptándonos el paso a los demás. Y mientras nosotros, detenidos en la marcha, invertíamos aquellos instantes supremos en levantar la bestia caída, el enemigo señoreó la altura, haciéndonos en un santiamén una multitud de bajas. Cogidos a tan corta distancia, recibiendo a quemarropa el fuego fijante de los españoles, en un sitio donde nos era im-

posible evolucionar, hubimos de retroceder en la forma y con la ligereza que nos era dable, y al fin escapar, gracias a que la escolta del Cuartel General, la cual por fortuna no se había internado en el palustre desfiladero, por falta de espacio, neutralizó en parte la ofensiva del enemigo, ocupando aceleradamente otra colina inmediata, donde fué pronto reforzada por algunos pelotones de infantería.

Replegados nuestros elementos avanzados, y contenido en todos los frentes el enemigo, la acción se prolongó indecisa hasta quedar suspendida por las primeras sombras crepusculares. Los españoles vivaquearon en las alturas de Casañas, y nosotros en San Sebastián, a dos o tres kilómetros de sus avanzadas.

Al siguiente día, aún no bien manifiesta la alborada, levantamos el campo. El General con una parte de la infantería, sus ayudantes y su escolta, haciendo un movimiento por el flanco derecho de los españoles, se dirigió a ocupar las alturas de la Vigía, dejando la otra parte apostada escalonadamente en el camino de San Sebastián, en cuya disposición podía trasladarse con rapidez en cualquiera que fuera la dirección seguida por las tropas españolas y hostilizarlas a su paso. La caballería quedó en San Francisco, dentro de una cañada disimulada por los cañaverales del ingenio.

El enemigo tampoco había sido perezoso. Mañanero y activo al igual que nosotros, se había movido hacia la Vigía con el indudable propósito de tomar posiciones allí. Al encontrarnos ya establecidos en aquel sitio, abrió el combate con fuego de cañón. Casi al mismo tiempo se oyeron por el rumbo de San Sebastián los disparos de la infantería cubana, y la sierra se llenó de fragorosas resonancias. Serían poco más o menos las seis de la mañana.

El general Maceo, no pudiendo en tan grande desigualdad de condiciones hacer frente a los españoles en una batalla formal, se propuso presentarles una multitud de lances aislados, en los cuales la perfecta adaptabilidad de nuestra táctica a la guerra de montaña, la diestra movilidad de la tropa cubana y la iniciativa individual que le daba el conocimiento del terreno, compensaran en parte la enorme superioridad de aquéllos en número y pertrechos. En tal virtud, escalonó sus fuerzas en diversos grupos por las laderas y quebradas de la Vigía. Entonces cada jefe u oficial, empuñando un fusil, se convirtió en un peón, y cada soldado fué su propio jefe.

El enemigo, sintiéndose hostilizado por distintos puntos a la vez, se fraccionó también para contrarrestar la agresión. Pero a las tropas españolas les faltaba la elasticidad necesaria para esta clase de funciones bélicas; carecía de aquella facultad de dislocarse y dividirse hasta la unidad hombre; y volverse a reunir, según las circunstancia, que era una de las principales características del Ejército Libertador. Tal desventaja se la originaban en parte el natural temor de encontrarse en demasiado reducidos elementos internados y sin guía en un país que les era desconocido y hostil, y en parte los preceptos de su propia táctica que consideraba a la compañía como la unidad más pequeña que puede batirse independientemente, cosa que impide el desarrollo de la iniciativa en las clases de tropas para obrar sin la voz de mando de sus jefes u oficiales. Y es así cómo, mientras las fuerzas de Maceo, extendidas en pequeños grupos de a diez, de a seis y hasta de a dos fusileros, tan pronto desaparecían aquí por la ladera o por el canto de una loma, o por un declive o una sinuosidad del terreno, como aparecían de nuevo un poco más allá ocupando el ápice abrigado de otra altura o de un recodo; las de los españoles destacaban contra ellas unidades enteras que, en exceso numerosas y pesadas, se movían con dificultad y lentitud por entre los estrechos y ásperos vericuetos de la montaña, ofreciendo a nuestros disparos la masa inágil de sus apretadas muchedumbres.

En estas condiciones duraba ya la acción como cinco horas, cuando comenzaron a faltarnos las municiones. Entonces el general Maceo, concentrando todos nuestros pelotones y parejas, maniobró de manera de llevar hacia San Francisco a la columna española, la cual siguiendo el movimiento, fué de improviso cogida por el fuego de nuestros jinetes, emboscados, como antes se ha dicho, con el ronzal de la mano, en un campo de cañas, con lo que la lucha se prolongó por espacio de un par de horas más, al cabo de las cuales el general Maceo, dejando en aquel lugar veinte o veinticnco peones que disponían de algunos cartuchos para que continuaran tiroteando al enemigo, volvió a nuestro campamento de Tapia como a las dos de la tarde. La columna española, burlada y con multitud de bajas, se retiró al fin al ingenio Luisa, camino de Bahía Honda.

TERCER COMBATE DE TAPIA

El día 17 de abril supo el general Maceo, por reconocientos mandados a practicar, que el general Suárez Inclán se encontraba otra vez acampado con su poderosa columna en la Luisa, lo que hacía suponer como inminente un nuevo ataque a nuestro campamento.

El General había podido reunir unos doscientos cincuenta hombres, sustituyendo a los que habían quedado sin municiones en el combate anterior con soldados de las fuerzas del brigadier Bandera, que acababa de llegar a Tapia después de una demostración sobre San Cristóbal, que le ordenara aquél dos días antes. Con estas tropas tomó las disposiciones defensivas del caso.

El día 18, como a las nueve de la mañana, las avanzadas cubanas del camino de la Lechuza avistaron a los españoles avanzando en dirección de nuestro campo. Una cincuentena de jinetes, compuesta por los ayudantes y la escolta del Cuartel General, sostuvieron el primer choque con la vanguardia del enemigo, al mismo tiempo que un escuadrón de Narciso López lo acometía por la derecha.

CUARTO COMBATE DE TAPIA

En la tarde del día siguiente al anterior combate se escuchó fuego en rumbo de Cabañas, por lo que, no obstante que lo avanzado de la hora hacía poco presumible un ataque al campamento, se tomaron precauciones de seguridad reforzándose los cuerpos de guardia. Después se supo que el fuego lo habían sostenido algunas fracciones de caballería, destacadas por el General sobre Cabañas, contra la columna Suárez Inclán que, habiendo salido del mencionado pueblo en la mañana de aquel día, regresaba al punto de partida.

QUINTO COMBATE DE TAPIA

El día 20 de abril, en las primeras horas de la mañana, la misma columna fué señalada en la proximidad de nuestro campamento por el fuego de las avanzadas. Cambiados los primeros tiros los españoles continuaron hacia la Lechuza, en cuyo camino penetraron con el ala izquierda extendida sobre las alturas que lo bordean por aquel lado. Pero no había sido sino con grandes esfuerzos que el enemigo pudo dominar aquellas lomas y remontar el camino de la Lechuza. Acometida a cada paso, de

frente y por ambos lados, por nuestros tiradores, apostados en los abrigos naturales que ofrecían los accidentes del terreno, hubo de nutrir con nuevas unidades su vanguardia y sus alas. El fuego tenía una gran intensidad. Nos disparábamos a muy corta distancia, cambiando a gritos injurias, desafíos y dicharachos.

El combate terminó a la una de la tarde con la retirada del enemigo, el cual se dirigió al ingenio Luisa, quemando a su paso los cañaverales para impedir nuestra persecución. En este combate el general Maceo solamente había podido poner en línea de fuego ciento cincuenta tiradores.

SEXTO COMBATE DE TAPIA

El día 22, como a las ocho de la mañana, el enemigo se presentó de nuevo a la vista de nuestro campamento en dos columnas distintas: por el camino de Recompensa y por el camino de la Lechuza. El General dejo una parte de las fuerzas en la Lechuza, a las órdenes del brigadier Miró, su jefe de Estado Mayor, y él con las restantes tomó por el camino de Recompensa.

El número de las tropas con que contaba el general Maceo. al comenzar el combate, no llegaría posiblemente a setenta hombres municionados. Más tarde, habiéndose incorporado el coronel Ducassi con alguna infantería procedente de Cayajabos, su efectivo subió a unos ciento veinte combatientes.

Las dos columnas avanzaron en marcha convergente al fondo de Tapia, hostilizadas por los grupos de las dos fracciones de la fuerza cubana apostados en los caminos de Recompensa y la Lechuza.

Después de cerca de ocho horas de fuego. durante las cuales se repitieron casi con exactitud los lances del combate anterior, reunidos al fin, los dos contingentes españoles se retiraron a San Gabriel de Lombillo. Nosotros permanecimos en nuestro campamento habitual de Tapia y el coronel Ducassi contramarchó con sus fuerzas a Cayajabos.

SEPTIMO COMBATE DE TAPIA

En la mañana del día 25 las mismas fuerzas españolas que se habían retirado a San Gabriel de Lombillo después del combate del día 22, volvieron a presentarse en Tapia, viniendo por el camino de Recompensa. El general Maceo, que, con sólo unos cuarenta hombres, se encontraba desde muy temprano en el alto de la Lechuza, les salió al encuentro. Empuñando cada cual un

fusil, incluso el propio general Maceo, y rodilla en tierra todos, esperamos a que la vanguardia enemiga se pusiera a cuarenta o cincuenta metros de nosotros, y súbitos rompimos sobre ella un fuego tan certero que, por pronta providencia, hubo de detenerse y tomar el orden abierto.

Quizás los españoles creyeron que nos encontrábamos allí, por lo menos, varios cientos de los muchos millares de insurrectos que poblaban su fantasía, porque desplegaron todo un batallón con el propósito de rodear la posición ocupada por el general Maceo y su minúscula tropa. Mientras el enemigo efectuaba aquel aparatoso movimiento táctico, nosotros seguíamos disparando hasta agotar el último cartucho. Cada individuo al quedar con la cartuchera vacía, se retiraba para no exponerse infecundamente a servir de blanco a los peones españoles, dejándose resbalar por la pendiente de las colinas. Llegó un momento en que sólo mantenían nuestro fuego el propio Maceo y tres o cuatro tiradores más. De repente el enemigo, que hasta entonces había estado batiendo el terreno con un diluvio de proyectiles, se declaró en retirada, rumbo hacia Bramales. Nosotros permanecimos en Tapia.

OCTAVO COMBATE DE TAPIA

Este combate se inició en el demolido ingenio San Jacinto, de ocho a nueve de la mañana del día 26, entre las fuerzas del coronel Pedro Delgado, que tenían su campamento en los montes de El Rubí, y una columna española que pernoctó en Cabañas el día anterior. El fuego había cesado como a las once de la mañana. por haber retrocedido el enemigo al punto de partida. Esta misma columna y dos más atacaron horas más tarde nuestro campamento de Tapia. A eso de las dos de la tarde se escucharon continuadas y ruidosas descargas por el camino de San Blas y Loma Colorada, al Oeste del "Peleadero", que traía una de las columnas. Poco después otra unidad enemiga entraba en contacto con nosotros por el camino de la Lechuza. La primera resistencia encontrada por la fuerza española que venía por Loma Colorada, se la opuso el prefecto de San Blas con la guardia de la prefectura. El general Maceo corrió hacia aquel lugar, emboscó algunas fuerzas escalonadas en el camino y volvió a la Lechuza a ponerse a la cabeza de las que por aquel lado trataban de contener a los españoles que avanzaban sobre Tapia. Después de cerca de hora y media, que demoraron estas dos primeras columnas en reunirse en el fondo de Tapia, el fuego fué ince-

sante por ambos lados, renovándose los mismos lances de los combates anteriores.

Empeñadas ya todas nuestras fuerzas en la acción se vió descender, de la altura del camino de la Lechuza, la tercera columna enemiga. Envió el general Maceo instrucciones al brigadier Bandera para que se adelantara al encuentro del nuevo adversario. El brigadier Bandera, con una tropa de infantería de cien o ciento cincuenta hombres, entre los cuales apenas si quince o veinte contaban con algunas municiones, ocupaba una posición abrigada a la derecha y un tanto apartada del camino que traían los españolas, por lo cual le era imposible acudir con la prontitud que el caso requería a colocarse al paso de éstos. Impaciente el General viendo cómo aquel enemigo avanzaba sin encontrar hostilidad, y deseoso de no debilitar aún más las escasas fuerzas que estaban contendiendo con las otras dos columnas españolas, sustrayéndoles algunos combatientes para llevarlos al otro sector del campo de batalla, eligió al azar seis de sus ayudantes y corrió con ellos por el camino de la Lechuza al encuentro de los nuevos antagonistas. Marchábamos al trote. La columna española, habiendo descendido de la loma de la Lechuza, no se encontraba a nuestra vista. Súbito, en un punto donde el camino atraviesa una pequeña extensión de terreno llano y despejado, tropezamos con la vanguardia enemiga a una distancia de treinta o cuarenta metros, Refrenamos nuestros caballos en el mismo sitio e hicimos fuego por espacio quizá de un par de minutos, de manera de imponerle respto a las filas más delanteras del adversario, y luego, retrocediendo, nos echamos veloces por un estrecho sendero que a nuestra izquiera corría por entre un maniguazo; mas a las pocas varas nos encontramos cerrado el paso por una alta y fuerte alambrada, que únicamente el caballo que montaba el General hubiese sido capaz de saltar. Fué aquel un momento supremo: estábamos oyendo el galopar de los escuadrones españoles. Todos rogábamos al General que saltara la cerca y aprovechara para escapar los contados minutos que nosotros pudiéramos detener al enemigo; pero no quiso hacerlo así y, sin contestarnos nada, volvió grupas, y, ordenando "por aquí", se lanzó de nuevo al camino de la Lechuza, en el instante mismo que los jinetes españoles estaban a punto de penetrar en el trillo por donde salíamos nosotros. Los jinetes españoles, muy ajenos de sospechar las causas que nos obligaban a retroceder, al escuchar la voz de "al machete", dada por Maceo y sus seis acompañantes, se creyeron acometidos quizá por todo un escuadrón de

insurrectos y vacilaron sobrecogidos. Fué este instante psicológico el que nos salvó. El mencionado maniguazo se extendía a nuestras espaldas bordeando el camino y por allí lo atravesaba igualmente otro sendero. Por él penertamos nosotros.

Este episodio dice, con mayor elocuencia que cualquiera otro dato, la dificilísima, la desesperada situación en que, por la falta de recursos de guerra, y en particular de municiones, llegó a encontrarse el general Maceo durante los primeros cuatro meses de la prodigiosa campaña de Pinar del Río. Sin embargo, nunca como en el momento a que me estoy refiriendo lo había visto yo de mejor talante. Perseguidos por un grueso grupo enemigo durante algún trecho por entre la manigua, echábamos pie a tierra y retrocedíamos a su encuentro; le disparábamos los fusiles a quema ropa y corríamos de nuevo a montar. Esta operación, la realizamos cuatro o cinco veces, y se hubiese creído jue jugábamos, que estábamos retozando con el enemigo. Después de cada uno de aquellos intencionales encontrones, el General, con aire de muchacho travieso, nos decía:

—Huyan, que nos cogen los Panchos.

¿Pero era aquél realmente el estado de ánimo del General? No. Maceo, como todo el que tiene un alma esforzada, era optimistaá pero no era un iluso. El no podía confiar, no ya en vencer a los españoles, ni siquiera en poder seguir resistiéndoles por mucho tiempo con tropas a las que la falta de municiones había hecho perder su poder combativo; pero procuraba, con una apariencia de jefe satisfecho de los sucesos de la campaña, mantener en sus filas el aliento y la confianza. Por otra parte, había de sentirse por fuerza resentido del hecho de que todo el material de guerra enviado del extranjero se destinara a otros departamentos militares, donde las operaciones eran menos activas, y consecuentemente no era tan necesario como en Pinar del Río, donde el enemigo tenía por el momento concentrado su mayor esfuerzo para vencer la Revolución.

Al fin, a tiempo que salíamos de la manigua, acudía el brigadier Bandera con sus quince o veinte peones, y el grupo español se replegó al grueso de su unidad de vanguardia.

Maceo dejó a Bandera en una posición abrigada frente a aquella fuerza enemiga, reforzando sus hombres con tres o cuatro de sus propios ayudantes, y corrió hacia los bajos de Tapia donde se habían reunido los otros dos contingentes españoles.

La columna a la cual debía hacer cara el brigadier Bandera no avanzó más, quizá porque en el plan de ataque combinado era su misión servir de reserva a las otras unidades.

Como a las cinco de la tarde, los españoles, después de habernos arrojado varios cientos de millares de proyectiles de Maüser y una centena de cañonazos, emprendieron la retirada.

Las fuerzas que había podido reunir el general Maceo para esta acción sumarían unos doscientos cincuenta hombres, gracias al contingente del brigadier Bandera y de los coroneles Roberto Bermúdez y Pedro Sotomayor. Las fuerzas españolas estaban comandadas por el general Suárez Inclán, y los coroneles Villa, Devós y Valcárcel.

Al atardecer del día en que se libró la acción anteriormente relatada, o sea el 26 de abril, el general Maceo, luego de enviar instrucciones al brigadier Pedro Díaz, jefe de la brigada Norte, para que custodiara con sus fuerzas y las del coronel Bermúdez el campamento de Tapia, dejó este lugar, y, al frente de su Estado Mayor y Escolta, y de las escoltas del brigadier Bandera y de Sotomayor, se encaminó rumbo a Buenavista y fué a pernoctar en San Ignacio, una finca al Noroeste. El General había sido informado, por un mensajero del coronel Juan Ducassi, de que por la playa de la Mulata había visto un buque expedicianario, y corría en auxilio de la expedición. En San Ignacio y por boca del coronel Carlos Socarrás, tuvo noticias confirmatorias y más pormenorizadas de aquel evento que tanto alborozo nos causara en el primer instante. La expedición en efecto había desembarcado, pero una gran parte del pequeño material de guerra de que se componía había sido capturado por el enemigo. Fué ésta la expedición conducida por Alfredo Laborde a las órdenes del coronel Monzón, a bordo de la goleta *Competitor*, a la cual ya me he referido. Supo también el General por el coronel Socarrás que los expedicionarios que habían podido tomar tierra se encontraban con el coronel Juan Ducassi, así como también los pocos pertrechos de guerra que había sido posible salvar.

COMBATE DE LAS POZAS

El 29 de abril marchaba el general Maceo por el camino de las Pozas, cuando ya muy próximo al caserío fué informado de que en el camino se hallaba una columna española preparando el rancho, y que su vanguardia ocupaba los lindes de una finca inmediata. El General, dejando el camino y tomando a campo

traviesa, se dirigió hacia la mencionada finca con el propósito de reconocer la posición de los españoles en ella. Casi a su misma entrada nos tropezamos con una partida de guerrilleros, con los cuales hubimos de abrir el fuego que, veinte o treinta minutos después, cobraba intensidad con la intervención de las tropas de línea. Ya en este estado de desarrollo la función, nuestras fuerzas tomaron posiciones en unos abrigos que, en la proximidad de una loma, ofrecía el terreno, y en los cuales nos mantuvimos a la defensiva todo el tiempo que nuestra debilidad numérica y escasez de municiones nos lo permitieron; luego, faldeando la loma e interponiéndola a la vista del enemigo, nos retiramos a la finca Tres Palmas, a media legua del campo ocupado por aquél. En Tres Palmas supo Maceo que el jefe de la columna española era el general Suárez Inclán.

COMBATE DE CACARAJICARA

En la mañana, muy temprano, del día siguiente, 30 de abril, habiéndose encaminado el general Maceo con sus ayudantes de campo, el coronel Socarrás y otros oficiales, rumbo a las Pozas —donde habían permanecido los españoles después de la acción anterior—, con el fin de practicar reconocimientos, avistó una fuerza enemiga en marcha con dirección Sur. Era la retaguardia de la columna Suárez Inclán. Extrañado Maceo de que Suárez Inclán, asiduo visitante de Tapia y con quien hacía nada más que tres días que contendiera en dicho lugar, se encontrase ahora tan distante al Suroeste de Cabañas, se hacía conjeturas sobre el objetivo que aquel activo jefe español se proponía; pero el coronel Socarrás, jefe de aquella zona, que la conocía palmo a palmo y tenía su campamento habitual en Cacarajícara, hubo de sacarlo de dudas, asegurándole que el enemigo llevaba, sin posible equivocación, rumbo a Cacarajícara.

Resuelta aquella primera duda, convencidos ya de la verdadera intención del enemigo, surgió esta perplejidad: ¿por cuál de las entradas del campamento se decidiría a penetrar éste?

El campamento de Socarrás en Cacarajícara estaba situado a orillas de un pequeño río que corre al flanco septentrional de la montaña de su nombre. Tenía a la espalda la montaña misma, muy frondosa por aquel paraje, pero de suave pendiente para nuestras montaraces tropas, y estaba al frente protegido por una faja de monte de bastante espesor. Hacia el Norte, que era la dirección en que seguía la columna española, ofrecía tres puntos

accesibles, aunque separados uno de otro por alguna distancia. Dominando estas tres entradas se elevaba un reducto hecho de troncos de árboles, verdadera obra de ingeniería militar debida a la sapiente dirección del coronel Sotomayor.

El general Maceo dispuso que el coronel Socarrás, con los pocos hombres de su regimiento que lo acompañaban, se destacara en observación del enemigo, y que una vez que conociera con toda certeza por cuál de las tres entradas del monte iba a internarse éste, le avisara con la mayor prontitud para él adelantársele por la misma si era posible, a fin de colocar con tiempo y en los lugares oportunos las emboscadas.

Una vez recibido el informe de Socarrás se encaminó el General con toda rapidez, a marcha forzada, hacia el sitio indicado, sirviendo de guía el propio coronel Socarrás. Llegamos a los umbrales del campamento con suficiente antelación a los españoles para organizar la defensa. Contaba el general Maceo con sólo ciento cincuenta hombres, en su mayoría jefes y oficiales, a los que se sumaron veinticinco más que formaban la guardia permanente del campamento: total ciento setenta y cinco combatientes; la fuerza enemiga se componía de no menos de mil doscientos.

Serían las nueve de la mañana cuando la columna española, que había seguido por la vereda más próxima al camino de las Pozas, o sea la de nuestra izquierda, entraba en la zona de peligro de nuestro retén más avanzado. El general Maceo, que se había adelantado con sus ayudantes a inspeccionar aquella guardia, se hallaba allí en el momento de cruzarse los primeros disparos. La vanguardia enemiga dió algunos pasos más hacia adelante, pero al recibir el fuego sostenido del cuerpo de guardia cubano, se detuvo para reforzar sus elementos delanteros, sin cesar de hacer fuego contra los árboles que nos servían de abrigo.

Más a nuestras espaldas, o sea hacia el campamento, el camino, en un tramo de cuarenta o cincuenta metros, se ensanchaba un poco, formando una curva peligrosa de recorrer para nosotros en la retirada, porque el enemigo lo podía cubrir con su fuego. En tal virtud, el General ordenó el abandono de aquella trinchera para ir a reforzar la segunda. Ahora eran los españoles los que, al hacer en su avance el recorrido de aquella sección de la vereda, caían de lleno bajo nuestros disparos, por el frente y por un costado. Durante treinta o cuarenta minutos sus esfuerzos por avanzar fueron nulificados por el certero fuego de nuestros tiradores,

que, protegidos por la arboleda, resistían a pie firme la lluvia de proyectiles que hería con estrépito la hojarasca.

Dejada esta trinchera fuimos a ocupar una tercera. Como se podrá suponer, dada la escasez de municiones, el número de nuestros combatientes iba disminuyendo. Apenas, si de los ciento setenta y cinco hombres que comenzamos el combate, quedaban ochenta en condiciones de pelear. Replegados a la cuarta emboscada, situada en un sitio peñascoso en el centro mismo del camino, se hizo un rato de quietud y de silencio que hubiese hecho pensar en la desaparición del enemigo y en la ausencia de toda insidia entre aquellos montes; mas de pronto el general Maceo, levantando la cabeza, advirtió, a unas cuantas varas de nuestro atrincheramiento, dos hileras de soldados españoles que, a pasos cautelosos, se dirigían hacia nosotros. El primero en disparar fué el propio General, que lo hizo con su revólver, y a su ejemplo lo hicimos todos los demás. El enemigo contestó con vivísimas descargas de fusilería al tiempo que retrocedía a parapetarse a uno y otro lado del camino. Pero nuestro fuego se debilitaba por instantes; los españoles, dándose cuenta de ello y rehechos de la sorpresa de los primeros momentos, reanudaron el avance. Hasta entonces, y a pesar de la enorme desproporción numérica en que nos encontrábamos, habíamos defendido palmo a palmo nuestro suelo y los españoles habían pagado con abundante sangre cada paso hacia adelante. Mas ya nuestras cananas estaban exhaustas, y con el último cartucho quemado parecía haber huído de nuestro campo la victoria. Al abandonar aquella última trinchera, el enemigo se hallaba tan cerca que, para ganar siquiera unos instantes, simulamos una carga al grito de ¡al machete! dado por el General. Pero en esta crisis, en estos instantes supremos, entró en el campamento el coronel Juan Ducassi, al frente de una tropa de infantería de ciento cincuenta hombres bien pertrechados con lo que se salvó de la expedición de la goleta *Competitor*. Con este refuerzo comenzó otra vez a pronunciarse a nuestro favor la suerte de las armas.

Municionada de nuevo la pequeña tropa que hasta aquel momento había sostenido la lucha, el general Maceo incorporó a ella una parte de la que acababa de llegar con Ducasse y envió a este jefe, con la otra fracción, a cubrir las demás veredas del monte que daban acceso al campamento, en previsión de que alguna otra unidad española acudiera a reforzar a la que ya estaba empeñada en el combate.

De la gente que había quedado con Maceo unos sesenta o setenta hombres ocuparon el reducto antes mencionado, y el resto, con el propio General a la cabeza, se situó en un ángulo que, a la izquierda y algo más atrás del mismo, formaba el camino por el cual se subía al alto de Cacarajícara, de manera de coger entre dos fuegos convergentes al enemigo si trataba de avanzar. Diez o quince minutos después de haber sido tomadas estas disposiciones, se oyó un estampido de cañón y el proyectil disparado pasó rozando el maderaje de la parte superior del reducto. A este proyectil sucedieron otros y otros. Algunos, bien dirigidos, golpeaban la recia estructura de nuestra obra de defensa sin lograr conmoverla, y otros, disparados con demasiada elevación, cruzaban sin tocarla e iban a pegar en el talud de la montaña que servía de retablo a la pugnante escena.

La artillería de la columna española, compuesta de una pieza de campaña, estaba emplazada a unos ciento cincuenta metros del reducto cubano, en la boca de la vereda que nos quedaba al frente, y dertás de ella y a ambos lados se extendía en línea su infantería, inmóvil y silenciosa, aguardando sin duda la señal para el asalto.

El general Maceo había ordenado que no se hiciese fuego sino cuando el enemigo, penetrando en el despejado campo de nuestro recinto, ofreciera mayores probabilidades a los impactos. La ocasión no se hizo esperar: muy pronto las siluetas de los soldados españoles comenzaron a despegarse del oscuro lienzo de la selva, y, a un disparo de revólver de Maceo, ciento veinte o ciento treinta fusiles entraron en nuestras filas en mortífera actividad. Desde las posiciones que ocupábamos podíamos observar perfectamente con qué rapidez diezmábamos la tropa enemiga, y en particular a sus artilleros, porque la vereda de monte, en cuyo centro estaba el cañón emplazado, servía de cauce al torrente de nuestro plomo. Pronto aquella artillería quedó aniquilada, fuera de combate. Pereció el oficial jefe de la batería y perecieron también, o fueron heridos, todos los sirvientes y escoltas de la pieza. Esta no volvió a funcionar. Inactiva y muda, no era ya más que un embarazo para la columna española durante toda aquella jornada.

Nuestra fortificación contaba con una sola y estrecha salida, la cual caía hacia la parte del río. Cerrada por sus cuatro lados, carecía como todas las de su clase de flanqueo. Esta circunstancia y la de que el terreno, por dicha abertura, quedaba en rampa,

hacía que, caso de no poder resistir el asalto del enemigo, su evacuación resultara en extremo peligrosa. Por otra parte, el suelo a nuestra retaguardia y sobre todo en las márgenes del río, ofrecía, en grande extensión, abrigos naturales más fáciles de defender. En tal virtud el general Maceo ordenó el abandono del reducto, y con toda la gente fué a tomar posiciones en aquellos sitios. Pero la columna enemiga no nos siguió hasta allí, contentándose por el momento con la toma del reducto abandonado espontáneamente por nosotros.

Transcurrían las horas sin que el enemigo hiciera movimiento alguno significativo de querar renovar el combate. A eso de las dos de la tarde Maceo envió algunos destacamentos hasta las proximidades del reducto, para incitar con sus disparos a los españoles a salir en su persecución; pero éstos no se movieron. No fué sino tres o cuatro horas después, ya comenzando a oscurecer, que., con la indudable intención de reconocer el campo más cercano donde situar sus guardias nocturnas, se aventuraron cuesta arriba, rumbo a nuestras posiciones; pero dió la casualidad de que al mismo tiempo y por el mismo sendero descendíamos nosotros, también con el propósito de colocar nuestros retenes, por lo que hubimos de tropezarnos, y tan cerca que quizás no nos separaban arriba de cincuenta pasos. La lucha fué sumamente breve. Los soldados españoles, apenas habían cruzado con nosotros un centenar de tiros volvieron caras y corrieron a replegarse al reducto.

Desde nuestras posiciones no se divisaba el reducto; pero a la derecha, y un poco distante a retaguardia, existía una colina desde la cual se dominaba en parte. El general Maceo colocó allí un pelotón con el fin de que, manteniendo un continuo tiroteo, nadie en el campo opuesto pudiera reposar.

Los españoles pasaron en verdad una mala noche: no podían dormir con el traqueteo de nuestros disparos y el silbido de las balas; no podían hacer el rancho, ni fumar un cigarro, por que donde quiera que brillaba el más tenue fulgor dentro de sus atrincheramientos, hacia él partía rápido un fogonazo.

En la noche, el general Maceo se había recogido a descansar bajo un cobertizo de paja donde le habían colgado la hamaca.

A eso de las tres de la madrugada se oyó el estruendo cercano de varias descargas cerradas. El General montó a caballo y a todo galopar se trasladó al cuerpo de guardia más avanzado, con el fin de observar, si no con la vista, con el oído, porque nada

se veía aún, los movimientos del enemigo y por ello colegir la intención del mismo.

Para el General, aquel fuego, al parecer intempestivo, no podía tener otro propósito que el de la preparación de la retirada, o sea, lo que en el tecnicismo militar español de la época se llamaba despejo del frente o de los flancos. Hecha esta deducción, tomó las medidas oportunas para atacar la columna en su marcha de retroceso y completar la obra de su desastre, ya bastante adelantada en el combate de los umbrales de Cacarajícara. Como más pronta providencia envió mensajeros al coronel Sotomayor, dándole instrucciones para la colocación de emboscadas en determinados lugares del camino de Bahía Honda. A Maceo no le cabía duda alguna de que fuera ésta la vía que habrían de seguir los españoles en su retirada. Bahía Honda estaba a una jornada nada más, y era lógico pensar que la columna, embarazada con multitud de heridos, escogiera aquel centro de operaciones más cercano, donde por otra parte tenía el Cuartel General de su brigada el general Suárez Inclán, que la mandaba. Y, en efecto, el jefe español, cuidadoso de no exponer de nuevo a sus maltrechas tropas a un choque de vanguardia o de flanco con las nuestras, procuraba adelantárseles emprendiendo la retirada camino de Bahía Honda a hora tan temprana, cuando todavía el levante estaba envuelto en oscuras sombras. Sus previsiones hubiesen salido fallidas de haberse ejecutado las órdenes enviadas por el general Maceo a Sotomayor, consistentes, como ya se ha dicho, en colocar emboscadas en la ruta del enemigo. Por fortuna para éste las mencionadas órdenes no fueron trasmitidas a tiempo, y la cabeza de la columna y el convoy de heridos cruzaron por aquellos sitios sin ser hostilizados. Pero sus demás componentes no tuvieron una suerte igual, porque, cuando descorrido el velo de sombras de la noche y visible a los primeros albores de la mañana la retaguardia en marcha por aquel quebrado y escabroso camino, nosotros, que a paso ligero habíamos salido en su persecución, le dimos alcance, precisamente en el tramo más difícil de andar, y entablóse de nuevo la partida. Estábamos a primero de mayo.

Marchábamos nosotros a la desfilada, ojo avizor y el arma prevenida. Ibamos en primer término el propio general Maceo, el brigadier Bandera, el coronel Socarrás y los ayudantes del Cuartel General, y no distante, a retaguardia, el coronel Juan Ducasse, con sus fuerzas, cuando columbramos, por dentro de unos

matojos que crecían en un altozano a la izquierda del camino, la mancha azul de los uniformes españoles. El primero en distinguirlos fué el general Maceo, quien, al mismo tiempo que se apartaba con rapidez a la izquierda, nos gritaba:

—Pronto, a la izquierda.

Todos, siguiendo su ejemplo, nos echamos por aquel lado. Una ráfaga de plomo pasó casi simultáneamente sobre nuestras cabezas. Aquella era la primera emboscada escalonada de la columna.

Encorvados, y ocultándonos en las desigualdades del terreno y los yerbajos, fuimos cautelosamente acercándonos a la posición de los españoles, y, ya a cuarenta o cincuenta metros distantes, rompimos el fuego, avanzando a saltos sobre ella. El enemigo la abandonó después de muy corta resistencia.

El segundo escalón español estaba situado en un cayo de monte a la salida del sendero, desde donde, todavía algo lejos nosotros, comenzaron a hacernos fuego. Esta posición era peligrosa de atacar de frente y a pecho descubierto, por lo que el General ordenó al coronel Ducasse que la flanqueara con sus hombres de infantería. Ejecutado este movimiento, el enemigo, tras una media hora de pelea, fué desalojado. Ahora tenía que recorrer un tramo del camino donde el terreno, más llano y casi desprovisto de toda vegetación, no le ofrecía ninguna clase de protección o resguardo, por lo que hubo de salvarlo a la carrera y sin volver caras, bajo los fusilazos de nuestros tiradores que iban ágiles en su seguimento.

La retaguardia española no se detuvo hasta replegarse al grueso de la calumna, y, reunidos todos los elementos de la unidad, continuó ésta la marcha a paso acelerado, hasta llegar a un cerro llamado Loma Redonda, en las cercanías de Bahía Honda, en cuya altura opuso durante treinta o cuarenta minutos de vivísimo fuego la última resistencia. La jornada terimnó a las puertas de Bahía Honda, en donde entró la batida tropa española manando sangre.

Mayo

COMBATE DE VEGA MORALES

Vega Morales, en aquella época una finca de labranza, está en el camino de San Cristóbal a Bahía Honda, a unos 10 kilómetros y al noroeste de la primera de las mencionadas poblaciones, y a más o menos igual distancia y al Sur de la segunda.

Contiguos a Vega Morales, se encuentran, entre otros lugares que no tiene objeto mencionar: Quiñones, al Norte, y Vega Ortiz, al Sur, y a mayor distancia, rumbo a Bahía Honda, existe una elevación de terreno llamado Loma de Sebastopol.

El 4 de mayo el General, con su Estado Mayor, una parte de su Escolta y el coronel Sotomayor, que se le había incorporado en Las Pozas después del combate de Cacarajícara, se encontraba en la finca El Brujo, distante unos nueve kilómetros y al Noroeste de Vega Morales, donde se hallaba acampado el brigadier Roberto Bermúdez con cincuenta o sesenta hombres de sus fuerzas. El total de combatientes allí reunidos no pasaba de ciento cincuenta o ciento sesenta.

En la noche de ese mismo día, a eso de las once, recibió el General, por conducto de un muchacho, un mensaje del dueño de Vega Morales, haciéndole saber la llegada a aquella finca, un par de horas antes, de una fuerza española, la que se proponía pasar la noche allí. Parecióle al General cosa rara que una columna enemiga se aventurara por aquellos escabrosos andurriales, y más aún que se dejara sorprender por la noche en ellos, y, no dándole entero crédito a la noticia, envió de nuevo al mensajero a Vega Morales con la misión de cercionarse de su veracidad, encareciéndole la conveniencia de volver a El Brujo a la mayor brevedad posible. A las tres de la madrugada regresó el pequeño campesino, asegurando que eran auténticos soldados españoles los que pernoctaban en la finca de referencia. El inteligente muchacho había adquirido además otros pormenores interesantes, según los cuales se trataba de una columna muy numerosa, como de dos mil hombres, decía él, y dos piezas de artillería, mandada por el general Serrano Altamira y otro general cuyo nombre no había averiguado. Más tarde supimos que el efectivo de la fuerza española era de mil doscientos hombres, y que el otro general señalado por el pequeño labriego era Bernal, que venía con Serrano Altamira, quizás como adjunto, quizás como simple espectador.

Treinta o cuarenta minutos después de recibido el informe, emprendió marcha el general Maceo con su reducida tropa hacia Vega Morales. Hay que tener en cuenta que tanto esta propiedad, como el Brujo y otras mencionadas al principio de este relato, tienen su asiento en tierras de la sierra del Rosario, y que, como consecuencia, todos aquellos contornos son accidentados y boscosos. Los caminos son simples y estrechos senderos, más que

abiertos, trazados en las faldas de las lomas o en el fondo de los barrancos, verdaderos vericuetos y meandros, por los cuales se hace difícil y tardo el paso de las tropas. A pesar de ello, y no obstante estar el campo todavía envuelto en las sombras de la noche al dejar nuestro campamento, la primera luz del día, que una espesa neblina tamizaba aquella mañana de mayo, nos encontró en atisbo del enemigo y apercibidos a la pelea juntó a los linderos de Vega Morales.

Nos hallábamos situados en un punto donde el camino —que, viniendo de Vega Morales, debían traer los españoles para dirigirse a Bahía Honda, de acuerdo con la conjetura de Maceo—, desciende al fondo de una cañada y continúa por ella durante largo trecho, entre los pomarrosales que allí crecen en abundancia y grandes lajas de piedra suelta. A una y otra de sus márgenes el suelo se alza escarpado y montuoso, principalmente a la izquierda donde el tajo dado por la erosión de las aguas, al correr durante los milenios, dejó la mayor porción y la más elevada parte de la montaña.

Llevábamos allí en acecho treinta o cuarenta minutos tratando de escudriñar en la profundidad del barranco, todavía velado por la niebla, el paso del enemigo, cuando comenzamos a oír, rumbo a Vega Morales, el rumor peculiar de toda tropa española en marcha de campaña: voces de conductores de bagaje y tintineo de platos y jarros de hojalata. Era en efecto la columna de Serrano Altamira que se acercaba. El general Maceo aguardó el tiempo suficiente para que toda aquella unidad se encontraba dentro de la arroyada, y, luego de haberle dado instrucciones a su jefe de Estado Mayor, brigadier Miró, para que por un desportillado que existía a pocas varas de nosotros bajara a colocarse a la cola de la columna, con una parte de las fuerzas, él con el resto de las mismas se adelantó siguiendo por entre las malezas del borde derecho, en dirección paralela a la que llevaba aquélla, de manera de atacarla de flanco. Momentos después, en el agreste paraje resonaban los estampidos de las descargas. El primero en romper el fuego fué el general Maceo, y casi al mismo tiempo las fuerzas que iban sobre la retaguardia del enemigo comenzaron el ataque.

El efecto producido en los españoles por aquella brusca y doble acometida tuvo que ser, en los primeros momentos, de estupor y sobresalto. La estrechez del lecho de aquella cañada no les ofrecía espacio para evolucionar. A su izquierda se alzaba

la montaña casi perpendicular, y a su derecha, aunque la altura era de más suaves pendientes, la hacían inaccesible los soldados de Maceo. Tardaron varios minutos en responder a la agresión, y desde el fondo del barranco subía hasta nosotros el ruido de su marcha tropelosa, las apresuradas voces de mando de los oficiales y las interjecciones de los acemileros tratando de avivar el paso de las bestias. Atendiendo únicamente a salir del desfiladero, ni la cabeza de la columna se detenía a aguardar el centro, ni el centro dejaba un instante de andar para hacerle cara al adversario que tenía al flanco. La retaguardia, en tanto, trataba de resistir abrigada en los pomarrosales de la cañada, pero nuestros infantes la iban desalojando de macizo en macizo, dejándole apenas tiempo para hacernos algunos disparos. Ya ni siquiera le hacíamos el honor de quemar contra ella un cartucho, pues nos bastaba lanzarnos al grito de "al machete" sobre cualquiera de los montecitos de yambo que ocupaba, para ponerla en fuga.

Al fin la columna española salió del barranco, dejando en su precipitado paso por él sus muertos y aun algunos heridos. Pero no por encontrarse ahora en campo más despejado y propicio a los movimientos de despliegue adoptó una postura más marcial. Continuó al mismo acelerado ritmo su marcha hasta Vega Ortiz. Aquí se detuvo e hizo cara con el fin de proteger su retaguardia, pero no fué más que por espacio de quince o veinte minutos. Acosada por la gente de Maceo, siguió a tomar posiciones en Sebastopol; pero Maceo, corriéndose con rapidez por su derecha, ya había ocupado allí las alturas más dominantes. En este punto, reunidos todos los elementos de la columna enemiga y todos los nuestros, el combate se desarrolló con bastante calor durante una hora u hora y media, viéndonos las caras y oyendo las imprecaciones los unos de los otros. Al fin el enemigo se pronunció en franca retirada, perseguido por nosotros hasta las cercanías de una finca llamada Quiñones.

COMBATE DE SAN MARTIN

El mismo día 5, después del combate de Vega Morales, acampó Maceo en San Martín, a muy corta distancia de la mencionada finca y próximo a la llamada Quiñones. Esa misma noche tuvo noticias de que una columna enemiga a las órdenes del general Suárez Inclán se encontraba en la finca El Llano, no distante de San Martín, aguardando otra unidad española que

mandaba el general Valcárcel, y que ambas reunidas saldrían de allí en la mañana siguiente.

Con tal conocimiento, dejamos en la madrugada el campo de San Martín, y antes de amanecer nos encontramos rondando el campamento español, acechando la salida de ambas referidas columnas. Puestas en movimiento éstas, y hostilizadas por nuestros exploradores, respondieron a su agresión con descargas cerradas, dando así comienzo la acción.

Marchaba el enemigo por el camino de El Llano, por lo que Maceo hizo que una parte de sus gentes —que no sumaban arriba de cien hombres— ocupara la loma de San Martín, y la otra fracción se apostara por el camino de Diviñó. De esta manera los españoles recibían el fuego de frente y por el flanco derecho casi a quemarropa, que les ocasionaba gran número de bajas, porque perfectamente abrigados nosotros, tirábamos sobre seguro y con la mayor impunidad. Al fin, acosados, y sangrando, después de una hora de combate, se replegaron hacia Quiñones, desde donde regresaron a sus cuarteles. Nosotros fuimos a acampar en El Roble.

Después de los combates que se acaban de reseñar hubo un pequeño lapso de inactividad por parte del Cuartel General. Los españoles, parece que invadidos de fobia a las montañas, no volvieron a internarse en ellas.

El 11 de mayo dejó Maceo el campamento de El Roble y se dirigió a Tapia a donde llegó el mismo día.

El día 12 hizo reconocimientos por el ingenio Luisa, en donde tuvo que sostener refriega con la guarnición de la finca. Desde allí marchó a El Rubí, y acampó en el Rosario, para explorar la comarca de Cayajabos. En Cayajabos concentró toda la tropa de infantería y dos escuadrones de la caballería de Pinar del Río que estaban al mando de Federico Núñez. Envió al brigadier Roberto Bermúdez hacia el Sudoeste de la provincia para reforzar la brigada occidental que estaba operando por los Remates de Guane. Después el general Maceo tomó rumbo al Oeste y cruzó la cordillera del Cuzco, la sierra de Rangel y la Loma del Toro, con el propósito de atacar una de las plazas fortificadas en la vía férrea, en las proximidades de Pinar del Río. El día 17 acampamos en San Francisco, el 18 en San Martín. En este lugar permaneció el Cuartel General hasta el día 20, en espera de las fuerzas de infantería del Norte, las cuales habrían de unirse a la bri-

gada Sur en la sierra de Chavarría. El día 20 se dirigió el Cuartel General desde San Martín a San Diego de Tapia donde se hizo un alto de un par de horas en Arroyo Naranjo. Después se reanudó la marcha por la montaña de La Cruz, pernoctando en Sabanilla. El día 21 atravesamos otra vez la Loma del Toro y la de Macurijes, llegando a Chavarría, donde se hallaban las brigadas Norte y Sur al mando del general Pedro Díaz. El día 22 cruzamos por el pinar de Rangel y pernoctamos en Caiguanabo. Al tiempo de acampar tuvo aviso el general Maceo de que en San Andrés, a unos seis kilómetros de distancia, se encontraban algunos guerrilleros de La Palma. No obstante lo avanzado de la hora, pues eran las nueve de la noche sacó unos trescientos hombres y corrió a batirlos; luego de cruzar unos tiros con nosotros, los guerrilleros huyeron, como lo tenían por costumbre cuando *estaban solos.*

Fué este el combate de San Andrés o Caiguanabo.

ATAQUE Y SAQUEO DE CONSOLACION DEL SUR

El día 23 atacó Maceo a Consolación del Sur. Esta población tenía un destacamaneto de trescientos voluntarios y contaba con doce fuertes exteriores y una recia alambrada; pero aquel día el número de los defensores se había aumentado grandemente con la llegada, en la mañana, de una poderosa columna mandada por el general Molíns. Esta circunstancia la vino a conocer Maceo, cuando ya, como a las nueve de la noche, nos hallábamos en los campos aledaños a la población. Pese a la gran superioridad del enemigo con que se habría de encarar, pues era de suponérsele un efectivo de cerca de dos mil hombres, cuando nosotros no llegábamos a seiscientos, se dispuso Maceo al asalto. Preparó para ello dos columnas de infantería, constando cada una de un batallón, que debían penetrar en el pueblo por distintos rumbos, una a las órdenes del general Pedro Díaz, y la otra bajo su mando personal. De nueve y media a diez de la noche, se cortaron las alambradas y comenzaron nuestras fuerzas a entrar en el recinto urbanizado bajo el fuego de las guarniciones de los fuertes, que no dejaron por un momento sus muros. Pocos minutos después comenzaba el saqueo y el incendio. Hasta la una de la madrugada permanecimos dentro de la población, sin que sus defensores salieran a batirse en sus calles. Nuestras tropas salieron cargadas de botín.

Ese día 24, acampamos en El Descanso, bien cerca de Consolación del Sur. Maceo esperaba que el general Molíns saldría a presentarle combate en campo abierto, pero transcurrió todo el día sin que el referido jefe español se mostrara por allí. Mas, al día siguiente, a tiempo de levantar nuestro campamento, los exploradores divisaron una numerosa fuerza enemiga en marcha con dirección al Descanso. Ahora no se trataba únicamente de la columna de Molins, sino también la del general Suárez Inclán. Entre las dos sumaban sobre dos mil combatientes.

COMBATE DEL DESCANSO

Minutos después uno de nuestros puestos avanzados rompía el fuego. Los españoles destacaron un batallón por el flanco derecho, y la guardia cubana de referencia, luego de una tenaz resistencia, hubo de replegarse al centro. El enemigo siguió avanzando, mientras que nuestra infantería con instrucciones de Maceo de no responder a sus descargas mientras no se pusieran a buen tiro, permanecía en quietud y silencio. Cuando al fin rompió el fuego, el enemigo, que marchaba derecho a escalar una colina, cogido de sorpresa, hubo de contenerse. Habría transcurrido una hora, cuando escuchamos toques de cornetas en el campo contrario, e inmediatamente su ala izquierda, que había tratado de envolvernos por la derecha, se replegó, y toda la tropa española inició su retirada por el camino de San Diego de los Baños, haciendo fuego escalonado. Nosotros la perseguimos por espacio de una hora, pese a una copiosa lluvia que nos azotaba. Maceo quedó acampado sobre el mismo campo de batalla.

Junio

DECIMO COMBATE DE TAPIA

El 11 de junio, estaba Maceo de nuevo en Tapia. Durante su ausencia de mes y medio, había librado ocho acciones de guerra, y realizado una excursión en la cual atravesó dos veces la sierra del Rosario, burlando o venciendo al enemigo, y bajo un prolongado y copioso temporal de agua.

En los momentos de llegar Maceo a Tapia, se libraba un combate allí, y se oían disparos en varias direcciones a la vez: hacia San Claudio, rumbo a Cabañas; rumbo a Bahía Honda, San Gabriel de Lombillo y Buenavista. El combate lo estaba sosteniendo el general Quintín Bandera con dos escuadrones.

contra fuerzas enemigas numerosas, que a su paso para Manuelita, trataron de destruir nuestro campamento.

El general Maceo, una vez estudiadas las posiciones de ambos bandos, se encaminó a Lombillo, dirigiendo desde allí la acción, hasta que terminó con la retirada de los españoles.

COMBATE DE LOMBILLO (UNDECIMO DE TAPIA)

El día 12, a las seis de la tarde, emprendimos marcha para Buenavista, a donde llegamos a las once de la noche. Maceo había seleccionado previamente en Tapia 350 hombres de combate entre jefes, oficiales e individuos de tropa, con los cuales se proponía realizar una operación de sorpresa, convenida con el prefecto de San Francisco.

Acampado que hubimos en la guardarraya de un cañaveral, dispuso Maceo, según lo acordado con el referido prefecto, que la guardia de la prefectura se dirigiera al ingenio Teresa, con el fin aparente de extraer unas reses de un corral que existía en el batey, pero con el propósito real de hacer que los guerrilleros del destacamento español salieran a recuperarlas, y caer de improviso sobre ellos. Maceo, con tal objeto, se había apostado convenientemente con la tropa. Pero, desdichadamente para nosotros, el prefecto, impaciente tal vez, en llenar su cometido, no exploró, como debía haberlo hecho, el campo contiguo al ingenio de Maceo. Comenzaba el fuego, como a las ocho de la mañana, en las inmediaciones de San Gabriel de Lombillo, y creyendo Maceo que era entre los hombres de la prefectura y la guerrilla del ingenio que trataba de recuperar el ganado sustraído, avanzó aceleradamente hacia el lugar de la refriega.

La infantería flanqueó por la izquierda los muros de Lombillo y la caballería lo hizo por la derecha. En esta operación tuvieron que aproximarse a los referidos paredones, bien ajenos de que en ellos se abrigaba el enemigo en gran número: fueron acogidos por nutridísimas descargas a quemarropa.

No siendo posible al resto de nuestras fuerzas avanzar por aquel sitio, el general Maceo hizo tocar a dispersión. En estas condiciones, se prolongó la lucha por espacio de una hora, durante la cual los españoles no dejaron de hacer jugar su artillería. Al fin Maceo, considerando lo desventajoso de la lucha, ordenó la retirada. El enemigo no nos persiguió; pero nos había ocasionado impunemente numerosísimas bajas.

Situados de nuevo en Buenavista, llegó la infantería que mandaba el coronel Juan Ducasse, a quien Maceo dió instrucciones para que prosiguiera el combate y observara el rumbo que siguieran los españoles.

DUODECIMO COMBATE DE TAPIA

El día 19 a las seis de la mañana fueron tiroteados nuestros vianderos en el camino del ingenio Recompensa y poco más tarde lo fueron también los exploradores que en aquella misma dirección envió el coronel Sotomayor. El combate no tardó en generalizarse. A las siete el jefe de Estado Mayor, en ausencia del general Maceo practicó un reconocimiento por el camino de Manuelita, y pudo precisar que eran dos columnas enemigas las que nos atacaban: una salida de San Claudio, y otra de Bramales para converger sobre el mencionado ingenio Manuelita.

La primera anunció su presencia con un cañonazo en la loma La Vigía. El coronel Sotomayor se situó con cuarenta hombres en el camino de Manuelita, reforzando la vanguardia del general Bandera, y el jefe de Estado Mayor, con las fuerzas restantes ocupó el camino de Lechuza con objeto de detener el avance por aquel lado de los españoles. Bandera con su escolta rompió el fuego sobre el enemigo, que iniciaba el ataque por San Claudio, y en seguida Sotomayor reforzó la línea de Manuelita, replegándose después sobre Lechuza cuando los españoles invadían casi todo el frente de Tapia. Reunidas las dos columnas en Manuelita tomaron el campamento del general Bandera y quedaron posesionados del valle de Tapia. Volvió al ataque más tarde con el fin de desalojarnos de los cerros próximos y penetró hasta el fondo de Las Animas, sufriendo la hostilidad incesante de los nuestros. Un torrencial aguacero puso fin al combate. El general Maceo llegó a Tapia por la noche, y habiéndose enterado de las peripecias del día, atacó las guardias avanzadas de los españoles. Nuestras fuerzas sumaban doscientos hombres.

DECIMO TERCERO COMBATE DE TAPIA

El día 20 al amanecer comenzó el combate. El general Maceo salió al encuentro del os españoles por una de las lomas de Tapia y ropió el fuego acto contínuo de los batallones del general González Muñoz, que mandaba las columnas que empezaban a flanquear la sierra en dirección al Rubí. Maceo destacó una pequeña fracción de vanguardia para que hostilizara la del enemigo du-

rante aquella ascensión y reforzara después el campamento de El Rubí, donde se hallaba el teniente coronerl Delgado con alguna tropa. Y él, Maceo, atacó, el flanco derecho de los españoles, escalonando varios grupos de tiradores por todo el camino de la sierra, cuesta arriba. El general Bandera y el coronel Sotomayor los hostilizaban por el mismo flanco desde otras posiciones, y codelantera en San Sebastián, en donde arreció el combate, por rriéndose después hacia el costado izquierdo, lograron ganarles la cuanto allí llegó la más grande masa enemiga, y en pos de ella el general Maceo con las demás fuerzas de vanguardia.

A las cuatro de la tarde volvimos a Tapita para acampar. El teniente coronel Delgado continuó la hostilidad a las columnas españolas desde las alturas de El Rubí.

Los españoles pernoctaron el el asiento de El Rubí después del combate del día 20. Su objetivo era penetrar en aquellos montes y dominar las posiciones de Tapia.

DECIMO CUARTO COMBATE DE TAPIA

El día 21 Maceo alistó dos compañías de infantería al mando del coronel Ducasse, además de su escolta y los oficiales del Cuartel General y se puso a la cabeza de aquellas fuerzas en dirección al asiento de El Rubí, y apareció de repente sobre sus alturas. Una gran parte de la división española se hallaba aún en el campamento preparándose para emprender la marcha; su vanguardia iba desfilando ya por el camino de San Juan, cuando la atacó Maceo por el frente y el costado izquierdo mientras otro grupo de tiradores lo hacía por el propio Rubí. Sonaban descargas cerradas de los españoles y los estampidos de su artillería y el tiroteo de los infantes cubanos. La columna española sufrió varias bajas en la bajada de la sierra, dejando en nuestro poder algunas acémilas.

DECIMO QUINTO Y DECIMO SEXTO COMBATES DE TAPIA

El día 23 invadió el enemigo el campamento de Tapia, tantas veces disputado. En lo más reñido de la acción fué herido el general Maceo. La bala le perforó la extremidad inferior de una pierna, rozándole el hueso. Fué trasladado a una finca de la sierra del Rosario, llamada San José, a unos cuatro kilómetros distante del lugar de la acción.

Los españoles habían aparecido por el camino de Manuelita. Eran ocho o diez batallones, a los cuales sólo podíamos oponer unos trescientos hombres. A la voz de alarma todos corrimos a ocupar nuestros puestos: Sotomayor acudió sobre Lechuza, Bandera ocupó el camino de Manuelita, Pedro Díaz y Vidal Ducassi, con dos compañías de infantería, se extendieron por el Guasimal y Loma Verde; el jefe de Estado Mayor general Miró, con todos los oficiales del Cuartel General, se situó en el frente de Tapia; cada sección, cada grupo estaba ya en su lugar cuando los españoles precisaron el movimiento de avance. Este lo realizaba en dos columnas de ataque: una de las vanguardias ladeaba la sierra por nuestra derecha, la otra abría camino por el frente, para ocupar el punto central de Tapia. Llegó el general Maceo a toda prisa y se puso en la línea más avanzada de nuestros tiradores. El combate era muy recio por ambas partes; se peleaba en la cuesta de Lechuza, en la bifurcación del camino de Manuelita, en cerro Verde, en la loma de Sarracaín, en la ranchería de Vejarano, en la loma de Medina, en el mismo asiento de Reyes, pabellón del Cuartel General, y en todos los sitios que trataban de ocupar los españoles. Estos dieron un nuevo empuje que fué decisivo para ocupar el campamento. El General, a la cabeza de una compañía ya diezmada, en la que se hallaban confundidos jefes, oficiales y soldados procuraba defender aún aquella posición ya insostenible. Fué en este momento que recibió el balazo. Así cayó la noche del 23. A la mañana siguiente continuó el combate. Los españoles que ya estaban en posesión de las lomas de Tapia se entretenían en destruir las rancherías y las siembras antes de volver a sus cuarteles de Manuelita y Cabañas. En esta tarea devastadora los sorprendió el tiroteo de nuestras gentes. A las nueve de la mañana el fuego era sumamente nutrido; pero en ese momento los españoles dieron por terminada la operación sobre Tapia y se retiraron.

Julio

Después de diez días de reposo en San José, finca de labor de la montaña de El Rubí, sin haber cicatrizado del todo la herida que recibiera en el combate del 23 de junio en Tapia, y contra el parecer de su médico, Doctor Hugo Roberts, salió el general Maceo de nuevo a operaciones. Todas nuestras municiones se habían agotado en las últimas funciones de guerra. Los soldados de la escolta, es decir, la guardia de seguridad del Cuartel General.

llevaban tres cartuchos por plaza. En las dos compañías que mandaba el coronel Sotomayor, se dió el caso de que al ir un oficial a practicar un reconocimiento, hubo de manifestar que si encontraba a los españoles, serían éstos los únicos en tirar, porque ninguno de los hombres que él llevaba tenía un cartucho con que cargar su fusil.

La primera jornada la hicimos por Cocó. Sarraceín, Loma Colorada, San Blas y Valparaíso. Al llegar a este paraje, tuvo Maceo la noticia, que pronto difundida a todos nos colmó de alegría, de que, al mando del coronel Leyte Vidal, había desembarcado en La Cana una expedición. En el acto dictó el General las disposiciones consiguientes a la protección del material con tanta oportunidad llegado. Ordenó al general Pedro Díaz que marchara con cien hombres hacia el lugar del desembarco con la mayor premura, cosa de anticiparse a la acción del enemigo, caso de que éste se hubiese enterado o se enterara del evento; y para que fuera remitiendo lo más pronto posible municiones al Cuartel General. Dispuso que el brigadier Roberto Bermúdez se encaminara con dos escuadrones por el Sur hacia el Oeste de la provincia con el fin de auxiliar a los expedicionarios cualquiera que fuese el rumbo que éstos tomasen, y ordenó al Coronel Fernando Bello, jefe entonces del regimiento Cacarajícara, que facilitase todo género de recursos al general Pedro Díaz, para el desempeño de su misión. Para aumentar el número de combatientes, y municionarlos a su vez, levantó los destacamentos que vigilaban las siembras en varias prefecturas. Maceo, antes de partir de San José, había dejado instrucciones a la brigada Sur que hiciera un amago sobre la trocha, en el tramo comprendido entre Guanajay y Artemisa; y a la brigada del Norte que ejecutara movimientos entre Guanajay y Mariel. Deseaba él evitar con la actividad de aquellas dos unidades, que el enemigo se apercibiera de su ausencia de aquellas comarcas. Desde Valparaíso les reiteró dichas instrucciones.

La expedición Leyte Vidal, de acuerdo con los primeros informes recibidos al respecto, había traído cuarenta y cuatro individuos; 200 maüser, 35 tercerolas, 300,000 cartuchos, diez cajas de dinamita; bombas y máquinas eléctricas.

Llovía torrencialmente, a tal extremo que el general Díaz para seguir su rumbo, tuvo que hacerlo por lo alto de la sierra, porque por las tierras bajas todos los arroyos estaban desbordados. El general Maceo, a quien atormentaba el dolor de la pier-

na herida, fué a situarse en El Roble, a esperar las últimas noticias de la expedición, después de haber adoptado todas las medidas para ponerla a buen recaudo.

El día 19, en camino Maceo para San Miguel, se encontró con el coronel Leyte Vidal y sus expedicionarios. El material de guerra estaba ya íntegro en nuestras manos.

Agosto

El día primero salió Maceo de la finca Revuelta, dirigiéndose rumbo a San Cristóbal por el interior de la sierra, y pernoctó en Puerta de la Muralla, al Norte y proximidad de San Cristóbal. La razón de haber elegido aquel camino escabroso, en vez del llano, era la de ocultar a la guarnición de dicho pueblo su movimiento. Al día siguiente al atardecer, dejó Puerta de la Muralla, y fué a situarse en Santa Teresa, a medio kilómetro de la vía férrea de Pinar del Río, e inmediaciones del lugar en que había estado la estación de Taco Taco. Cruza por allí el río Bacunagua, por lo que a aquella región se le llama Bacunagua. En la noche de ese mismo día, colocamos seis bombas de dinamita en la mencionada línea de ferrocarril, de manera a hacerla explotar por medio de un alambre eléctrico al cruzar el tren. El punto escogido para ello había sido entre los kilóemtros 113 y 114.

COMBATE DE TACO TACO

Poco antes del amanecer del día 3, nuestras gentes, saliendo de Santa Teresa, fueron a emboscarse a ambos lados de la vía férrea, a fin de abalanzarse sobre el convoy, tan pronto como el tren descarrilara, por efecto de las bombas.

Serían las ocho de la mañana cuando un tren se puso a nuestra vista, y nos aprestamos al asalto. Mas el tren al llegar a aquel tramo, retrocedió a toda velocidad, parece que por haber descubierto sus exploradores algún indicio que les inspiró recelo. El tren volvió minutos después para hacer un más concienzudo reconocimiento de la vía, y habiéndose hecho evidentes nuestras emboscadas, la tropa enemiga que venía en él, ya preparada, abrió el fuego desde los vagones. Fracasado el procedimiento del explosivo, ordenó Maceo el ataque al tren. Nuestras tropas se arròjaron a él con inusitado arrojo; pero el tren tan pronto daba marcha adelante como atrás, lanzando chorros de proyectiles,

que las diezmaban rápidamente. Imposible seguir combatiendo en tan desfavorables condiciones: el General ordenó la retirada.

Después de la desdichada acción de Taco Taco acampamos en La Esperanza, una finca de las inmediaciones de San Cristóbal, desde donde provocó el general Maceo a la guarnición de dicho pueblo; pero sus defensores no recogieron el guante. Entonces volvió a Puerta de la Muralla y permaneció allí hasta el día 7, en que se volvió a poner en camino hacia Candelaria, para presentarle combate a la guarnición de dicha localidad. Pernoctó en Cansa Vaca, y al día siguiente se dirigió a San Juan de Contreras.

El día 9 hizo rumbo a Manantiales, en las proximidades de Candelaria, por cuyos alrededores pasó, hostilizando el caserío. La función duró poco rato. En la noche del 9 el general Maceo acampó en Manantiales: su vanguardia estuvo dentro del perímetro exterior de Candelaria, con cuya guarnición sec ruzaron tiros durante toda la noche, quemando los nuestros algunas casas de los arrabales y destruyendo un tramo de la vía férrea. En Manantiales permaneció Maceo dos días más, esperando al enemigo, con noticias de que por San Cristóbal se observaba gran movimiento de columnas españolas. Después se encaminó a Puerta de la Muralla con el mismo objeto. Pero cansado de esperar, concibió entonces el proyecto de atacar otra vez el tren de Pinar del Río. El día 14 marchó para Santa Teresa, situando las fuerzas en la proximidad del río Bacunagua, y practicó reconocimientos por Taco Taco, por la carretera de San Cristóbal y en dirección opuesta del camino de Los Palacios, a fin de obtener noticias del día y hora probable en que pasaban los trenes, ya que éstos no tenían regularidad de itinerarios. Al fin pudo indagar que el día 16 o sea al siguiente, cruzaría un tren procedente de Pinar del Río. Durante la misma noche se colocaron bombas de dinamita en la vía férrea.

A las seis y media de la mañana llegó el tren previsto, y una de las bombas hizo explosión descarrilando como consecuencia la máquina en el kilómetro 116. En seguida empezó el ataque, llegando los nuestros hasta los carros blindados. A nuestro fuego contestó el enemigo, y se mantuvo el combate sin interrupción todo el día y parte de la noche: los españoles dentro de los carros, y nosotros en torno de la vía.

Al amanecer del día 17 se renovó la acción y continuó en todo el curso del día sin tregua. Los cubanos apretábamos el cer-

co, pero los españoles no daban señales de debilidad o cansancio. Vino otra vez la noche e hicimos tentativas para colocar explosivos debajo de los vagones, lo que no se pudo realizar por no permitir el terreno su ocultación; y porque cada vez que se intentó colocar una bomba recibíamos los disparos de los centinelas.

Al amanecer del día 18 se reanudó la pelea, hasta las doce, en que habiendo acudido una columna en auxilio del tren sitiado comenzó con ella una nueva batalla. Nuestra infantería tomo posición en una cerca de piedras en línea paralela a la línea del ferrocarril, y en el mismo orden de marcha que traían los españoles. Dos de nuestros escuadrones avanzaron y abrieron el fuego. La escolta del general Maceo se apostó en un palmar no distante de donde estaba la infantería, y el general Maceo con la oficialidad del Estado Mayor y varios grupos de jinetes se lanzó contra los españoles de la columna, que parecían remisos en estrechar la distancia indispensable para socorrer a los sitiados. A la arremetida de Maceo, la vanguardia enemiga, que desde Taco Taco venía custodiando la máquina exploradora, retrocedió rápidamente hasta el mismo tren que conducía el grueso de la columna. El tren avanzó a descargas cerradas, pero lo detuvo la explosión de otra bomba, que causó desperfectos en una alcantarilla que debía pasar. No les quedó otro recurso a los españoles que apearse de los vagones y entablar el combate francamente a pie. La lucha en estas condiciones, duró casi una hora. En este tiempo, los sitiados del otro tren, que llevaban cincuenta y cuatro horas de asedio, desesperando de que llegara hasta ellos el socorro de sus compañeros, se echaron fuera de los vagones y, aprovechando el período más violento de la acción con la columna de auxilio, salvaron el tramo más peligroso y se unieron a dicha columna. Esta emprendió la retirada hacia San Cristóbal, llevando a retaguardia el tren y la máquina exploradora. El tiroteo continuó hasta las inmediaciones de Taco Taco, donde fué incendiado el material rodante quedado en Bacunagua Arriba.

Después del combate de Bacunagua, no teniendo Maceo contrincantes por aquellas comarcas, levantó el campo de Santa Teresa y se trasladó nuevamente a Puerta de la Muralla, para hostilizar el pueblo de San Cristóbal. En Puerta de la Muralla recibió correspondencia de la Delegación Cubana en New York, en la que Estrada Palma le anunciaba que el general Ríos Rivera estaba al frente de una importante expedición, y que ésta lle-

garía a Cabo Corrientes después del 22 de agosto. Tan halagadora noticia hizo desistir de sus planes a Maceo, que todo lo subordinó al propósito de acudir en auxilio de los expedicionarios y del material de guerra que traían. El 25 partió de la Puerta de la Muralla; pero después del combate de Bacunagua, Maceo, que había enviado muchas de las fuerzas a sus respectivas comarcas, hubo de impartirles órdenes en contrario. Primeramente había que poner en camino de Mantua a las fuerzas de la zona oriental de Pinar del Río, las cuales al salir de Bacunagua se dirigían a otros parajes a descansar; ordenar al brigadier Díaz que torciera el rumbo que llevaba y se dirigiera sin dilación a la zona occidental, sin parar hasta el Cabo Corrientes; iguales órdenes envió a los coroneles Vidal y Juan Ducassi; despachó correos a los prefectos de El Brujo, Candelaria, San Francisco, El Llano, Borrego, Corralitos, Rosario y litoral de Cabañas, para que condujeran a San Miguel de Cacarajícara a todos los hombres útiles de sus respectivas demarcaciones. La misma orden dió a los prefectos de Jagua y la Chancleta, a quienes señaló para la concentración de los reclutas El Caimito. Al coronel Adolfo Peña, que a la sazón tenía el mando del regimiento Cacarajícara, le ordenó se pusiera al frente de aquellas agrupaciones, y que con las fuerzas armadas disponibles, marchara el día 25 por las huellas del general Díaz y de los coroneles Ducassi y Vidal; dió instrucciones análogas al coronel Pedro Delgado, jefe de la zona de El Rubí, para que a marcha forzada se dirigiera a Mantua, sin parar hasta no reunirse con el general Pedro Díaz; igual disposición comunicó al comandante Castillo a quien ordenó que regimentase a los vecinos de Sabanamaíz y los hiciera marchar por el rumbo señalado. A las fuerzas de la zona oriental de Pinar del Río les había ordenado también el reclutamiento de campesinos para que marcharan con la gente armada que iba a Cabo Corrientes y prepararan abastecimientos para toda la tropa expedicionaria.

Al mismo tiempo adoptó Maceo las medidas oportunas para que el enemigo no penetrara impunemente en las zonas orientales durante su ausencia; confirió al coronel Peraza el mando de la brigada del general Bermúdez; al teniente coronel Castillo le dió el mando de las fuerzas que operaban en las comarcas de Pilotos, Isabel María y Jagua con órdenes de hostilizar constantemente a los pueblos de La Palma y Viñales, con el concurso de los destacamentos que estaban a las órdenes de los capitanes Pío

y Ramón Cruz; al comandante Barrios le recomendó que consagrara su actividad en hacerle ver a los españoles que no podían cruzar impunemente el camino de Manuelita, e igual recomendación hizo a todos los prefectos de la comarca del Rosario.

Maceo partió de la Puerta de la Muralla llevando consigo al general Bermúdez, y a los coroneles Sotomayor, Leyte Vidal y Núñez y unos trescientos hombres de combate, con doscientos campesinos para conducir reses. Maceo pensó alcanzar las fuerzas de vanguardia que llevaban cuatro días ya de camino antes de que empezaran a cruzar la troche de Viñales.

El día 26 acampó en la Esperanza, y el 27 en Sabanamaíz, en la falda de El Toro. De Sabanamaíz marchó el mismo día 27, dejando un destacamento para que contuviera a los españoles. El 28 partió de Galalón y llegó a las cinco de la tarde a Jagua Vieja, inmediaciones de la trocha de Viñales, a ocho kilómetros al Suroeste de dicha población. A media noche se empuñaron las armas para cruzar la línea de Viñales. A la una de la madrugada se emprendió el camino con las precauciones del caso. Detrás de la vanguardia marchaba la gente que conducía las reses. Se atravesó el cayo de San Felipe, y al amanecer se reconocieron los cruceros para salvar el paso más peligroso, o sea el veguerío de Isabel María.

ACCION DE ISABEL MARIA

Se efectuó el paso entre cuatro fortines, que estaban a unos doscientos pasos el uno del otro, y de una guardia de infantería. La hostilidad fué corta, pero se renovó al pasar por el veguerío de Peña Blanca.

El Cuartel General acampó en Pan de Azúcar.

En la marcha del 31 se les dió alcance a Delgado y a Castillo, que se encontraban en el Jobo con las fuerzas que trajeron de sus respectivas comarcas y una impedimenta de cuatrocientos campesinos.

Septiembre

Se acampó en Francisco, lugar de la sierra de los Organos, distrito de Mantua. Se enviaron correos al prefecto de Cantajorra solicitando informes del general Díaz y de los destacamentos más avanzados de la brigada occidental. De Francisco se trasladó Maceo a Tumbas de Estorino. A este lugar acudieron numerosas familias a solicitar de Maceo amparo y alimentos. El cau-

dillo se los otorgó, permitiéndoles además incorporarse a la columna para trasladarse a las comarcas orientales de la provincia, más o menos dominadas por la revolución, cuando él emprendiera la marcha de regreso a las lomas del Rosario, base de nuestras operaciones.

Los guerrilleros desolaban las campiñas extremos occidentales y cometían todo génereo de iniquidades: asaltaban y quemaban los bohíos, asesinaban a los hombres, violaban las mujeres y lo pillaban y destruían todo.

Aquel cuadro que teníamos a la vista movía por igual a la compasión por tan infelices criaturas. y a la ira y al deseo de venganza contra los desalmados mercenarios criollos que, cobardes, sin la dignidad y el decoro del soldado regular español para encarar el peligro e inmolarse en el combate por su patria y su bandera, satisfacían sus instintos criminales en la matanza del guajiro indefenso, en el abuso y el ultraje al pudor de sus mujeres y sus hijas y en el robo y el saqueo de sus míseros hogares, contando con la impunidad, y aún con el aplauso de otros cubanos de su misma calaña, que explotaban en las ciudades su servil colaboración y sometimiento a las autoridades coloniales. ¡Y pensar que aquellos hombres habian nacido de vientre de mujeres cubanas al igual que nosotros!

El pobre rebaño humano que en éxodo había llegado a los montes de Tumbas de Estorino, tenía el hambre y la fatiga y el sufrimiento de todas las adversidades reflejados en los semblantes escuálidos y demacrados. Las mujeres, enfebrecidas y ojerosas, se envolvían en harapos que apenas bastaban a cubrir sus desnudeces, y los niños parecían conservar aún en sus pupilas estupefactas la terrífica visión de los últimos incendios y asesinatos.

De la expedición de Ríus Rivera, pese a que la fecha señalada para su arribo a Cabo Corriente en comunicación especial del delegado Estrada Palma al general Maceo era sobre el 22 de agosto. las noticias que se recibían de los numerosos observadores situados al efecto sobre el litoral eran negativas. Por ningún rumbo se divisaba la vela amiga, en la que tantas esperanzas teníamos cifradas, y el pesimismo iba ganando a todos. La ansiada y prometida expedición —pensábamos— ha sido un buen propósito, quizás por qué causa fracasado y habremos de volver al punto de partida sin haber obtenido utilidad alguna de esta fatigosa excursión por las escabrosidades de la sierra de los Organos, y

seguir luchando, quien sabe cuánto tiempo más, con las cartucheras vacías.

El único rostro allí en el que no se dejaban ver las señales del desaliento, era el del general Maceo. Y no quizás porque él mantuviera todavía íntegra la seguridad en la llegada de la expedición, sino que, verdadero jefe, con el cabal concepto de su responsabilidad como tal, procuraba con verdadero o aparente optimismo, infundir confianza y mantener en toda cirunstancia la moral de sus soldados. Pero lo cierto y positivo era que él mismo comenzaba a desesperar y a considerar la conveniencia del inmediato regreso.

El regreso era un empresa que presentaba aún mayores dificultades y peligros que la ida. El enemigo ahora, al corriente de nuestra presencia por aquellos lugares, estaba en guardia, y después de haber hostilizado en Diana y en Los Arroyos, mobilizaba todos los elementos de que podía disponer —muy superiores a los nuestros— para impedirnos la marcha de retroceso, y con la esperanza, tal vez, de cercarnos dentro de aquellas montañas. Ya una columna que se había presentado en Los Arroyos poco después de ser este pueblo tiroteado por fuerzas destacadas de nuestra columna nos seguía la pista.

Cierto que para copar a Maceo en las montañas no bastaba contar con efectivos superiores, por muy acentuada que fuera tal superioridad, sino también con una serie de combinaciones estratégicas, tan sabias y ágiles que ninguno de los jefes contrarios era capaz de realizar.

Genial el caudillo cubano cualquiera que fuera el género de guerra que hubiese de sostener, y la configuración y condiciones topográficas del terreno en que había de combatir, era precisamente en las montañas donde él desarrollaba con mayor éxito y brillantez sus ingénitas y ejercitadas actitudes. Porque en ellas creció y en ellas guerreó durante los diez años de la anterior contienda, le era suficiente una sola mirada para abarcar los detalles todos de su estructura, y darse cuenta de aquéllos cuyas peculiaridades los hacían apropiados para el ataque o la defensa y para descubrir ,o intuir, las quebradas y desfiladeros por donde, en caso necesario, sustraerse al contacto con el adversario.

Nosotros, que lo habíamos visto salir indemne de los lances más apurados y comprometidos, teníamos fe absoluta en su pericia militar y estábamos persuadidos de que a él no lograrían

nuna los españoles ponerle un cerco en el que su mirada de águila no percibiese alguna grieta, algún resquicio, por donde pasar al opuesto lado; y sabíamos también que de no haber tales grietas o refugios, derribaba el muro con el pecho de su caballo, o saltaba sobre las bayonetas enemigas.

Pero era indudable que la escasez de elementos de guerra en que nos encontrábamos (ya se había quemado gran parte de las municiones traídas por Leyte Vidal), nos colocaba en muy desventajosas condiciones respecto al bando contrario, y que las acciones, que con toda probalididad nos veríamos compelidos a sostener en el camino de vuelta nos habrían de ser forzosamente adversas.

El General, no obstante la pesadumbre que le producía el abandono de aquellos sitios sin la recompensa justificativa de los sacrificios realizados en tan audaz como penosa operación —recompensa que solamente an armas y municiones hubiese podido consistir— determinó emprender la marcha de retroceso hacia las lomas del Rosario aquel mismo día. Mas en el último minuto, animado de nuevo por la esperanza y no resolviéndose a considerar la expedición como un hermoso sueño desvanecido, resolvió aguardar allí veinticuatro horas, enviando nuevas comisiones a explorar la costa. Y, ¡oh feliz demora!, como a la una de la tarde recibió la grata noticia del arribo de la expedición a Cabo Corrientes el día 8, y de haberse efectuado sin contratiempo el alijo de los pertrechos. El júbilo en el campamento fué indescriptible. Los hombres reían y cantaban, saltaban y hacían chistes. Uno de éllos, con seguridad un soldado pinareño, entonaba esta décima:

De Anafe en la verde cumbre
yo te ofreceré galante,
un tomeguín que te cante
y un cocuyo que te alumbre.

Y si de la azul techumbre
te deslumbra el esplendor,

llena de vívido ardor,
sal a la palestra, hermosa,
con traje color de rosa
y cabos de azul color.

Maceo, luego de dejar en Tumbas de Estorino una parte de la impedimenta, incluyendo las familias que allí se le habían reunido, con el fin de recogerlas a la vuelta de Cabo Corrientes, salió para este lugar a las pocas horas, y el día 18 a eso de la una de la tarde alcanzó en la Grifa al general Ríus Rivera al frente de los expedicionarios.

El material de guerra —conducido en el vapor Three Friends—, consistía en 920 fusiles de distintos sistemas y calibres; 460,000 cartuchos para los mismos, un cañón, 100 proyectiles para éste y 2000 libras de dinamita.

Situado el Cuartel General en la Grifa, Remates de Guane, se encontraba rodeado de destacamentos enemigos, de los que formaban una gran parte hijos del país e isleños canarios, como guerrilleros o como voluntarios. Todos estos destacamentos, con particularidad los de Mantua, Los Arroyos y Dimas, estaban bien fortificados, así como los de la trocha de Viñales, que únicamente peleando muy duro se podía atravesar. Y aquí, en este rincón de los Remates, y en tal situación, hubo de permanecer Maceo hasta el día 22 inclusive, aguardando a que fuese organizado y puesto en camino el convoy de aquellos materiales. Al fin el día 23, habiendo ordenado previamente que la impedimenta o parte de la impedimenta dejada en Francisco se trasladara a Tumbas de Estorino, custodiada por los hombres armados que al efecto quedaran allí, salió rumbo a Montezuelo, llegando a este lugar ya bien cerrada la noche, y donde al día siguiente, o sea el 24, habría de librar el primer gran combate de una serie que hubo de sostener durante su regreso al Rosario.

COMBATE DE MONTEZUELO

Amanecía. La viva lumbre de los fogonazos rasgó los últimos cendales de nocturnas sombras que aún flotaban perezosas en el dormido ambiente. Y al destacarse en la diurna claridad, con sus peculiares contornos y relieves, los múltiples detalles del magnífico panorama de Montezuelo, sobre los alcores de San Felipe y Loma China, aparecieron los dos ejércitos contrarios en orden de batalla.

Ocupábamos nosotros las alturas de San Felipe y en parte las de Loma China, y las tropas españolas, integradas por soldados regulares europeos e irregulares del país, el resto de esta última eminencia, desde la cual vigilaban y protegían los tra-

bajos de fortificación de una línea que había de enlazar a Los Arroyos, Mantua, Guane y Montezuelo, con Viñales.

A la distancia que nos encontrábamos los unos de los otros, casi mirándonos las caras y provocándonos con mutuos y enardecedores denuestos, la función, reducida momentos antes a un ruidoso cambio de cañonazos de posición a posición en la semioscuridad del amanecer, no habría de tardar en adquirir los violentos caracteres que por regla general asumían nuestros choques. En efecto, algunos minutos después el enemigo, tomando la iniciativa, comenzó a desplegar sus unidades en movimiento de avance hacia nuestras posiciones. Adelantaba erguido y arrogante bajo el fuego, tratando de envolvernos por la derecha. Pero nuestros soldados, dotados ahora por primera vez durante la campaña de Pinar del Río, de suficientes municiones para no verse como en anteriores lances en la necesidad de economizarlas, se sentían invencibles, y los españoles hubieron de detenerse ante su inconmovible entereza. No cejaron empero éstos en su propósito de desalojarnos y señorear aquellas alturas, sino que fracasado aquel ataque, intentaron seguidamente otro por la izquierda, para lo cual, dejando algunas compañías como diversión a nuestra vista, descendieron con el resto de las tropas, y penetrando por una vereda nombrada Vereda de Husillo, fueron a irrumpir por el opuesto lado al pié de San Felipe. Mas aquí también, al cabo de una prolongada y sangrienta lucha, fueron repelidos y escarmentados por un batallón cubano, que el mando directo de Maceo hacía formidable.

Convencido el jefe español, al cabo de tan duro y prolongado batallar, de la solidez y consistencia de las fuerzas de Maceo, desistió del propósito de expugnarlas de las posiciones que ocupaban, y concentrando las suyas emprendió la retirada hacia el extremo opuesto de Loma China.

Marchando en aquel rumbo el enemigo, debía atravesar un sendero por el cual, en las primeras horas de la mañana, había desfilado la muchedumbre de nuestra impedimenta y bagajes. Era de suponer que andaría muy despacio, embarazada como iba con la carga del material desembarcado, que llevaban los hombres a cuestas. El peligro de ser alcanzada por el enemigo, y el de la pérdida de los valiosos pertrechos, parecían inminentes. El General ordenó entonces que un par de compañías corrieran a interponerse entre los citados bagajes y el enemigo, de modo de desviar la vanguardia de éstos, mientras él, atacándolo

por su centro y retaguardia, lo obligaba a seguir otra dirección más a la izquierda.

No tardaron las dos compañías enviadas en auxilio de nuestro convoy en entrar en contacto con las unidades delanteras de los españoles, en un lugar donde existe una laguna llamada Laguna de San Lázaro. Sensiblemente inferiores en número, estaban perdiendo terreno, cuando Maceo, llegando en persona, inclinó a nuestro favor la balanza en ésta que fué la última fase de la acción. El enemigo abandonó el campo de batalla y, perseguido por nosotros, fué a ampararse tras los muros y espaldones de sus comenzadas obras de defensa del lado de allá de Loma China.

La bélica función había durado ocho horas: desde las cinco de la mañana a la una de la tarde. En todo este tiempo los estampidos del cañón y el crepitar de los fusiles no habían dejado de resonar por un momento en las colinas y quebradas del amplio escenario de Montezuelo. Cada boscaje, cada elevación y cada depresión del terreno había sido teatro de alguna refriega parcial que dejara en el herboso suelo el rojo matiz de la sangre.

Derrotadas en Montezuelo, las fuerzas enemigas que constituían la columna mandada por el general San Martín, de manera tan decisiva que no volvió a aparecer en el campo de batalla en el curso de aquellas operaciones, se dirigió Maceo a Tumbas de Estorino, situando su campamento el día 26 en un campo de labranzas rodeado de lomas, entre Francisco y La Manaja, en la sierra de los Organos. En la Manaja, a dos kilómetros escasos de Tumbas de Estorino, se encontraba una columna española a las órdenes del general Francés y en combinación con ella acababa de llegar otra a Francisco al mando del general Melguizo.

De la noticia obtenida sobre el terreno, se vino en conocimiento de que dichas dos unidades enemigas formaban parte de un plan del alto mando español para encerrar a Maceo en un cinturón de fortificaciones y columnas móviles, que le impidiera la marcha de regreso al oriente de la provincia, asestándole así el golpe mortal a la revolución en Pinar del Río.

COMBATE DE TUMBAS DE ESTORINO

Considerando el general Maceo la inminencia de una batalla allí en Tumbas de Estorino, adoptó las medidas correspondientes. Estableció una línea de posiciones, que, más o menos recta, y aprovechando los relieves y demás accidentes del suelo, se proyectaba del Noroeste al Sudeste, cubriendo por la derecha los caminos que venían de Mantua y Los Arroyos, que nos quedaban de frente, e iban a Dimas y a la Manaja, que teníamos a la espalda, y a Guanes y a Francisco, a la izquierda.

El día 27 una de las dos columnas mencionadas, viniendo por el camino de Francisco, que era la misma que había llegado a Los Arroyos poco después de ser este pueblo tiroteado por los nuestros y nos venía siguiendo la pista desde entonces, se había colocado a nuestro flanco izquierdo, con el propósito evidente de expugnar de costado nuestras posiciones. Esta unidad venía al mando del general Melguizo. Uno de los puestos avanzados del campamento cubano, integrado por cuarenta hombres, la detuvo por espacio de una hora, no cediendo el paso hasta no haber quemado el último cartucho. Continuaba adelante la vanguardia enemiga, cuando acudió al punto el propio general Maceo con ochenta o noventa fusileros, entablándose una fiera lucha y viéndose compelida la vanguardia española a retroceder. En este momento se escuchó nutridísimo fuego rumbo a La Manaja. Allá se estaba librando a la vez otro combate con un destacamento que previamente dejara el general Maceo, al partir para la ensenada de Corrientes. Era preciso impedir que el enemigo de La Manaja avanzara sobre Tumbas de Estorino, porque de lograrlo nos veríamos cogidos entre dos fuegos. Maceo envió al comandante Fleites, jefe del citado destacamento, un pequeño refuerzo al mando de un oficial, y momentos después al coronel Juan Ducassi con varias fraccciones desmontadas del regimiento Gómez.

Mientras tanto el general Melguizo con una mayoría de dos por uno a su favor, y prodigando el valor y la sangre de sus soldados, había podido apoderarse, ya como a las tres de la tarde, de un cerro que, a nuestra izquierda y un poco aislado de las demás posiciones cubanas, estaba defendido por algunos pelotones de infantería, que resistieron hasta el agotamiento de sus municiones.

El jefe español, una vez en posesión de aquella altura, desplegó sus batallones, formalizándose desde este momento la función. Los españoles nos enviaban un torrente de proyectiles de fusil y de cañón, mientras varias de sus compañías trataban de asaltar otras de nuestras posiciones; pero éstas fueron puestas fuera de combate en un lance en que llegaron a entremezclarse los dos bandos combatientes. Compelidos a retroceder los soldados enemigos, se vió desembocar por uno de los costados del cerro ocupado por otras porciones de la columna Melguizo, nuevas compañías que acudían al socorro de las que acabábamos de rechazar. Esto dió lugar a otro episodio parecido al anterior: se entrecruzaron los machetes y las bayonetas de los respectivos adversarios, y también en este choque parcial de hierro contra hierro fué forzado el enemigo a retroceder. Otros episodios de igual naturaleza tuvieron lugar: en uno de ellos murió el abanderado del Cuartel General, y la bandera estuvo a punto de caer en manos de los españoles. Se salvó gracias a la intrepidez de los ayudantes de Maceo, Emilio Bacardí, Alberto Nodarse y Gerardo Portela, que acudieron a rescatarla con riesgo de sus vidas, metiéndose entre un grupo de soldados contrarios.

Viendo el general Melguizo frustrados todos los movimientos de avance intentados sobre las fuerzas cubanas por las tropas de infantería, hizo funcionar un cañón emplazado en un altozano inmediato a nuestro centro: a un ademán de Maceo sus hombres se lanzaron a la carrera sobre aquella batería, y en un santiamén quedó en cuadro su dotación, y se le cogieron armas, municiones y las mulas del tiro; y poco faltó para que fuera capturada también la pieza. Abrió fuego el enemigo desde el cerro que ocupaba el jefe de la columna, con otro cañón, enviándonos granadas sobre granadas. Nosotros replicamos con las bombas del Simmis-Dudley traído por Ríus Rivera, cuyas explosiones, hacían trepidar el pavimento en Tumbas de Estorino, y repercutían fragorosas en las más apartadas cumbres y anfractuosidades de la serranía. Nuestro artillero novel, el ingeniero José Ramón Villalón, colocó certeramente dos botes de nitroglicerina en la posición del Estado Mayor español, que ocasionaron grandes estragos y descomposición consiguientes. Fué este momento psicológico de la acción, el que aprovechó Maceo para disponer el asalto general del campo enemigo. Todos nuestros cuerpos, a la voz de sus jefes y oficiales, avanzaron sobre

los españoles a paso de carga. Los toques de corneta, las detonaciones de millares de fusiles y varias piezas de artillería, y los vítores a Cuba y a España, ponían en ebullición la sangre de los combatientes, que se acometían con singular coraje. Mas, pese al admirable denuedo del enemigo, las tropas cubanas conducidas por Maceo, en incontenible rebato lo arrollaron por dondequiera, quitándole todas las posiciones y expulsándolo al cabo de Tumbas de Estorino.

Fué aquél un ataque de frente y relampagueante en el que sufrimos numerosas bajas, que no hubiese sido aconsejado en otras circunstancias; pero nuestra permanencia en Tumbas de Estorino a donde se sabía que convergían varias columnas enemigas, era de peligrosa prolongación.

Así terminó el combate de Tumbas de Estorino, a cuyo lugar había llega Melguizo con el propósito de arrojar a Maceo hacia La Manaja, en cuyo trayecto se habría de encontrar con la columna del general Francés en marcha para interceptarle el paso. Pero esta última tropa ni siquiera había podido salir de la mencionada localidad para tomar parte en la combinación: quedó inmovilizada allá por el coronel Juan Ducassi y el comandante Fleites, que en las márgenes de un río que corta el camino que va a Tumbas de Estorino le habían levantado un muro de hierro y fuego.

Obligado el enemigo a evacuar Tumbas de Estorino, tomó el rumbo perseguido por nosotros, hasta las cinco de la tarde, hora en que un copioso aguacero puso fin a la hostilidad.

Nuestras gentes, no obstante estar empapadas hasta los huesos y cansadas de tanto andar y combatir estaban contentas y orgullosas por las dos victorias obtenidas en cuatro días. Se cruzaban entre ellas graciosos comentarios y dicharachos, y el soldado pinareño cantaba, quizás por quinta o sexta vez su décima favorita:

De Anafe en la verde cumbre.....

Octubre

ESCARAMUZAS

El día 3 sostuvieron destacamentos de la columna Maceo escaramuzas en Isabel María, El Mogote y Cayos de San Felipe.

COMBATE DE CEJA DEL NEGRO

De las dos unidades españolas derrotadas por Maceo el día 27 de septiembre, en Tumbas de Estorino y La Manaja, la primera, mandada por el general Melguizo, se retiró rumbo a los montes de Francisco, y la otra, a las órdenes del general Francés, lo hizo por el camino de Bartolo. Ambas, siguiendo igual destino que la de San Martín, vencida antes en Montezuelo, hubieron de desaparecer definitivamente de la sangrienta escena que se desarrollaba entre los encinares de la sierra de los Organos, anulado su poder combativo por el plomo y el acero cubanos.

Continuando la persecución de la columna Melguizo, suspendida el día anterior a causa de una copiosa lluvia, como ya se ha dicho, que impedía observar las huellas de sus pasos, llegó Maceo a Francisco el 28 del mismo mes. El General dedicó allí los días 29 y 30 al descanso de su gente y el primero de octubre prosiguió marcha rumbo al Este, pernoctando en Peña Blanca, en camino para la trocha de Viñales, que se proponía forzar.

Era por entonces la llamada trocha de Viñales una línea de fortificaciones que, por la orilla meridional de la cordillera de Guaniguanico, se extendía de Poniente a Levante, y de la cual estaba construído ya el tramo de Viñales a San Diego de los Baños, y se estaba completando con otras secciones de las que se encontraban en vía de construcción, las que habrían de enlazar, como antes se ha dicho, a Guane, Mantua y Los Arroyos. El objeto que con ella se perseguía era el de incomunicar estratégicamente, las comarcas ponentinas de la provincia con las levantinas. Dicha obra de ingeniería militar, pretenso inexpugnable antemural, había sido ideada por el alto mando es- español, para impedir las "incursiones" y "correrías" de los insurrectos por aquellas tierras del Oeste pinareño, tenidas como muy devotas y sumisas a la metrópoli europea. Y tan resguardadas y protegidas contra nuestros asaltos las consideró con aquel valladar, y tan temible lo supuso a la vista de los revolucionarios, que vino a percatarse de que Maceo lo había cruzado, cuando el General con sus disparos despertó de su confiado y beatífico sueño a los centineles de Isabel María, de Peña Blanca, de Los Arroyos y de Mantua.

Pero ahora, que de regreso había que atravesarlo de nuevo, la empresa se presentaba más árdua y problemática, por cuanto

el enemigo estaba ya sobre aviso. Los tambores y cornetas españolas sonaban la generala en todos los cuarteles, y en poblados, fincas y vegueríos se reunían en somatén los vecinos adictos a la soberanía de España: los terratenientes, aparceros y arrendatarios, canarios inmigrantes en su mayoría, oscuros y míseros en su país de origen y convertidos de la noche a la mañana en señores feudales de la ubérrima Factoría, acudían al frente de sus mesnadas, compuestas de mozos de labranza, también procedentes de la Gomera o Tenerife y de criollos envilecidos, vagos y rufianes y borrachines que proclamaban su españolismo de taberna eruptando ginebra. Todos resueltos a mantener incólume el honor nacional y la legalidad histórica de las *Caenas*.

Maceo, "el audaz cabecilla insurrecto con sus partidas de fascinerosos e incendiarios", había invadido aquel suelo siempre leal a la madre patria, desafiando el poder tradicionalmente invencible de las armas españolas, y a los heroicos guerrilleros y voluntarios defensores de la integridad, en sus propios hogares. "Y era preciso darles una bien sonada lección, imponerle a su insolencia un castigo ejemplar, un castigo que sirviera para siempre de escarmiento a todos los desafectos a la autoridad y dominio indisputables de España en Cuba". Era necesario —decían— acabar allí mismo con la revolución; que ninguno de los invasores pudiera volver a su madriguera de Oriente; que fuesen para todos ellos las sierras extremo-occidentales un Caudium o un cementerio sin cruces, sin epitafios y sin fosas.

Y ciertamente, la respectiva situación estratégica de ambos bandos contendientes era en sumo grado favorable al español. El cubano se encontraba dentro de un reducido territorio dominado por aquél y en el que existían, muy cercanos los unos de los otros no menos de doce o catorce pueblos, veguerios y fincas de labor, cuya pormenorizada relación toponímica sería muy larga e innecesaria. Los de mayor significación respecto a los movimientos de ambos ejércitos adversarios, eran, tomando como referencia el asiento y los cayos de la hacienda San Felipe, enclavada entre Pinar del Río y Viñales, a 17 kilómetros de la primera mencionada ciudad y a catorce y al Sur de la segunda: Mogote, a dos y medio kilómetros; el Guao, cachurra (bodega en despoblado), fortificada, a cinco kilómetros al Suroeste; Isabel María, sitiería fortificada, a doce kilómetros; Cabezas, sitiería fortificada, a dieciocho kilómetros; Sumidero, sitiería fortificada,

a veinte kilómetros al Sudeste; Piloto, altura, a doce kilómetros al Nordeste; Ceja del Negro, macizo elevado, cubierto y rodeado de pinos y encinas, a siete kilómetros; Santa Fe, cachurra forticada, a seis y medio kilómetros; y Murguía, altura fortificada, a siete y medio kilómetros. La mayoría de estos lugares, como se ve, poseían obras de defensa y estaban además protegidos por la trocha que, como se ha dicho, corría al Sur de la cordillera.

Tampoco podían ser mayores las ventajas de los españoles en relación con los cubanos, en orden a los recursos militares movilizados, particularmente en lo que concierne al elemento hombre. Los primeros disponían de no menos de seis mil soldados regulares distribuídos en varias columnas de operaciones, y posiblemente de un número igual de irregulares, que, aunque afectos a las localidades referidas, eran no obstante susceptibles de ser movilizados, cosa que ocurría con harta frecuencia. En contraste, Maceo, separado de su base de operaciones por grandes distancias; aislado de la misma por un cordón de fortificaciones y puestos enemigos; sin ninguna probabilidad de recibir refuerzos ni auxilios de ningún género, disponía sólo de ochocientos combatientes, o sean hombres que por estar en posesión de un armamento siquiera fuese defectuoso estaban en capacidad de pelear. Y ni aún todos ellos podían entrar en línea en las funciones de guerra, porque de ellos era menester deducir el número suficiente para la seguridad y custodia de una muchedumbre de más de setecientos individuos, que inermes llevaban a cuestas el material bélico acabado de desembarcar por Cabo Corrientes, y no menos de doscientas criaturas desvalidas: mujeres, niños y ancianos que, huyendo de las tropelías de los guerrilleros, dejaban sus campiñas nativas, sus hogares y el modesto fruto de sus labores, y al amparo de nuestras tropas iban a buscar más seguros refugios en las comarcas del Este, que se encontraban, más o menos bajo el dominio de las armas de la revolución. Esta enorme impedimenta no sólo mermaba el efectivo armado de la columna, sino que embarazaba además los movimientos tácticos de la misma, restándole en gran parte la agilidad maniobrera que caracterizaba a nuestro ejército.

El día 2 en la mañana dejó la columna Maceo el campo de Peña Blanca, dirigiéndose al Sur, hacia un tramo de la trocha, en el que estaban comprendidos los pequeños poblados y vegueríos de Cabezas, Isabel María y Sumidero. Uno de sus regimientos tomó el rumbo de Viñales, con el fin de reconocer sus inme-

diaciones y talar aquellos campos que nos eran hostiles, y en los que cada labriego que labraba la tierra era un vigía enemigo que llevaba el fusil junto a la mancera del arado. El resto de las fuerzas, al mando directo de Maceo, siguió marcha al Sur por el camino de Cabezas a Sumidero, pasando por los aledaños de ambos lugares y sosteniendo refriegas sus destacamentos avanzados con las respectivas guarniciones que formaban guerrilleros y voluntarios, las que no salieron de sus atrincheramientos. La brigada Sur, que constituía parte del cuerpo de batalla de la columna, acampó a la vista de los fuertes de Cabezas, y el Cuartel General se situó con las demás tropas en un sitio equidistante de Cabezas y Sumidero, en disposición de acudir a cualquiera de las dos localidades en caso necesario, y esperar allí el regreso de la unidad enviada a patrullar sobre Viñales. En Viñales, según se supo, se encontraba el general español Francisco Bernal, aguardando a que le llegaran los efectivos que para ponerse en campaña había solicitado con urgencia.

Al despuntar el alba del día 3 se encaminó Maceo a los Pinares de San Felipe, sosteniendo fuego su vanguardia con los guerrilleros y voluntarios de Isabel María, El Mogote y Cayos de San Felipe, siguiendo después a Pinar de los Cayos, donde hizo un alto de varias horas. Más tarde continuó hasta el asiento de la finca llamada genéricamente San Felipe, donde pernoctó.

El día 4, de seis y media a siete de la mañana, volvió a emprender la marcha, ahora rectamente al Sur, con el propósito de cruzar la línea fortificada por el tramo que enlazaba a Santa Fe y a Murguía en el camino de Pinar del Río a Viñales. Llevaba la columna una hora poco más o menos de andar, cuando su vanguardia, compuesta a la sazón de elementos de la brigada Occidental que mandaba el brigadier Lorente, percibió pelotones de soldados enemigos en la cachurra de Guao, en el ya citado camino de Pinar del Río a Viñales. Aquí fueron disparados los primeros tiros de la que habría de ser una de las más importantes batallas de nuestras guerras de independencia, y sin duda la más gloriosa de aquella inigualable campaña de Pinar del Río.

De acuerdo con el informe de un campesino, a quien Maceo consultó sobre el terreno, aquellas tropas enemigas que se hallaban en el Guao no eran numerosas; cuatro o cinco compañías a lo sumo que, acarreando material de construcción para un reducto comenzado a levantar en dicha cachurra, habían venido de la capital de la provincia. Y así pareció ser en verdad, porque

tras unos breves minutos de pelea, el fuego comenzó a debilitarse más y más de parte de los españoles. Sus disparos sonaban cada vez más distantes, lo que pudo hacer creer que abandonaban el campo. Pero Maceo no se dejó inducir por ellos a engaño. Con la agilidad mental que lo distinguía, discurrió que dado el estado de inquietud y alarma en que se encontraban todas aquellas comarcas por la presencia de él en las mismas, una tropa enemiga sin la consistencia necesaria para afrontar con las suyas una acción de varias horas, no se hubiese aventurado a internarse a tanta distancia de sus cuarteles sin contar con apoyo; coligiendo en definitiva, que se trataba de dos o más unidades en combinación, una de las cuales, habiéndose adelantado demasiado, y viéndose comprometida, retrocedía a hacer la conjunción con las otras, para volver a abarcarnos con fuerzas superiores. En tal virtud, ordenó a Lorente que estableciera su brigada en unas alturas inmediatas a tiro de fusil de El Guao y se mantuviera en ellas mientras no recibiera una orden expresa para abandonarla. Momentos después, habiéndose reunido todos los factores dislocados del enemigo, tal como lo previera Maceo, se reanudaba con más resolución y energía el combate.

El primer choque con el enemigo hubo de sostenerlo la brigada Occidental a tiempo que aquél marchaba a cubrirse con los parapetos levantados en El Guao. En apoyo de Lorente, que no tenía en línea arriba de cien hombres de su brigada, envió Maceo las pocas secciones que contaba allí el regimiento Gómez, que fueron a establecerse en las cercanías de Piloto, y él con sus ayudantes de campo, el personal del Estado Mayor y el de su escolta, se situó en Mogote. Adoptado por Maceo este orden de batalla, se encontraban los españoles con fuerzas cubanas al frente, a la derecha y a la izquierda. Unicamente les quedaba expedito el camino a retaguardia: esto es, el de retirada a Pinar del Río, su punto de partida. Una hora después, como a las nueve de la mañana, todas nuestras fuerzas estaban empeñadas en la acción y ésta parecía haber alcanzado su máximo desarrollo. Particularmente entre la loma ocupada por los soldados pinareños de la brigada de Lorente y la fortalecida cachurra del Guao, cruzaba el aire una constante lluvia de plomo. Tronaba la artillería de ambos bandos: la del español lanzando metralla sobre los tres sectores ocupados por la gente de Maceo, y la del cubano tratando de barrer el obstáculo que en El Guano les cerraba el paso de la trocha por aquel tramo de

la misma previamente designado. Y en estas circunstancias, en pugna ya apretada con un enemigo que nos era númericamente superior, otro más numeroso y fuerte hizo su aparición en el campo de batalla: era la brigada de Bernal que procedente de Viñales, y desde la cachurra de Santa Fe, situada como ya se ha dicho en el camino entre El Guao y Cayos de San Felipe, echaba en el platillo español de la balanza, el peso de mil doscientos soldados más. No perdió ánimo por ello nuestro caudillo. A Maceo no le arredraba jamás la superioridad numérica del adversario, por pronunciada que ésta fuese, con tal de que sus hombres estuvieran bien provistos de municiones, y éstos, en la presente ocasión, tenían sus cartucheras repletas. Con marcial arrogancia e inalterable continente, se aprestó a darle la cara al nuevo contendedor, decidido a disputarle el laurel de la victoria, pese a que los tres contingentes enemigos daban ahora una proporción de tres o más soldados por uno de los nuestros.

Una vez posesionado del reducto de Santa Fe, desde el cual abrió nutrido fuego de fusilería y artillería sobre las posiciones ocupadas por las fuerzas de Maceo, inició el general Bernal un movimiento de avance hacia El Guao con el fin de darse la mano con las otras dos unidades españolas que al mando del coronel Granados se habían atrincherado allí. Trató de cruzar por los espacios abiertos que mediaban entre la colina donde estaban los hombres de Lorente, a la derecha, el Mogote al frente con los capitaneados por Maceo en persona, y Pilotos donde se hallaba establecido el regimiento Gómez, a la izquierda. Maceo hizo fracasar esta maniobra del jefe español, lanzando a su encuentro tropas del regimiento, que de ahora en adelante se llamaría Ceja del Negro, mandado por el Coronel Vidal Ducasse; las secciones del que mandaba el coronel Pedro Delgado; las del regimiento Cacarajícara del coronel Adolfo Peña y las del regimiento Invasor; así como las escoltas de los oficiales generales afectos al Cuartel General. Abortado este plan, y decidido a llegar a El Guao, donde el coronel Granados se encontraba poco menos que envuelto por los cubanos dentro de los muros de su reducto, y sin atreverse a desplegarse de los mismos, intentó Bernal avanzar por otro rumbo, para lo cual, variando un poco a su derecha, se echó por el abra de San Felipe. Era de todo punto necesario impedir la realización de esta nueva maniobra del enemigo, porque con ella ponía en peligro todas nuestras posicio-

nes tomándolas por retaguardia. Maceo corrió con todas sus tropas a hacerle frente a la nueva amenaza.

El ruido del combate ahora, aumentado el número de combatientes, iba en formidable crescendo: el aire se poblaba de vibraciones que estremecían los montes: denotaban miles de fusiles a la vez, y los estampidos de los cañones, repetidos y multiplicados por el eco, creyérase la réplica distante de una multitud de baterías ocultas y diseminadas por la montaña.

Al cabo, la columna Bernal, rechazada otra vez, hubo de retroceder hacia Santa Fe. Pero aquel su movimiento por el abra de San Felipe había dado ocasión a un hecho para nosotros sensible y angustioso: al comenzar la batalla, la muchedumbre de mujeres, niños y ancianos que seguía nuestra columna, se había refugiado, como el sitio más seguro, en el cauce de un río, que si mal no recuerdo, se llama San José, y que desde las inmediaciones de San Felipe corre de Norte a Sur, dejando a la izquierda a dos kilómetros El Guao. Al avanzar los soldados de Bernal y según se iban acercando, sus balas silbaban por sobre el cauce del río, por lo que asustados aquellos infelices, creyendo que el enemigo se les venía encima, abandonaron aquel abrigo y se lanzaron a campo abierto, buscando en la fuga su salvación. Pero con tan mala suerte, que en vez de correr hacia las líneas cubanas, atontados por el terror como se hallaban, lo hicieron en la dirección que traían los españoles, los que los fusilaban a mansalva ante la impotencia de nuestros soldados para defenderlos; porque para tirarle al enemigo los ponían a ellos entre dos fuegos. Al cabo, algunos pelotones enviados por Maceo, corriéndose por la orilla del mismo río San José, lograron infiltrarse entre perseguidores y perseguidos y amparar a éstos. Gracias a tal intervención la catástrofe no asumió mayores proporciones. Sin embargo, más de cuarenta de aquellos seres desafortunados fueron muertos o heridos: entre los primeros se contaron dos niños y diez mujeres, amén de varios hombres.

Como a las once de la mañana las dos unidades enemigas que combatían en la cachurra fortificada de El Guao, cesaron de hacerlo, iniciando la retirada por el camino de Pinar del Río; retirada que muy luego se convirtió en franca derrota y fuga bajo la persecución de algunas de nuestras secciones que, sin poder darles alcance, llegaron hasta muy cerca de la capital de la provincia.

Abandonado el campo de batalla por las tropas de Granados, sólo quedaba haciéndonos frente la columna Bernal. El general Bernal era uno de aquelos jefes españoles —numerosos por cierto— a quien, como decíamos nosotros los mambises, no se le cortaba la *boruga*. Desde las nueve de la mañana en que entró en escena, hasta las once, o sea en el espacio de tiempo de dos horas, nos había dado dos briosas embestidas.

El movimiento retrógrado de Bernal a sus primeras posiciones, lo siguió inmediatamente Maceo. Convencido el caudillo cubano de que el jefe español, aunque habiendo sufrido ya numerosas bajas, no había de dejarle el campo y cederle el triunfo sin más disputa, cuando aún el sol no había llegado al cenit y mediaba entre el día y la noche tanto tiempo para continuar la lucha, y tentar la suerte de las armas; de que su repliegue a Santa Fe sólo obedecía a la necesidad de reorganizar sus fuerzas bajo la protección de las fortificaciones de la cachurra y de que volvería al combate con igual o mayor resolución de ganarle la partida, concentró sus tropas y se preparó para afrontarlo. Fué entonces que, examinados los acidentes topográficos de aquel terreno, su mirada de águila descubrió el macizo elevado, cubierto y rodeado de vegetación, que se llama Ceja del Negro, y donde él intuyó que estaba la llave que habría de abrirle la puerta de la victoria, e inmediatamente lo ocupó. No anduvo errado Maceo en esta ocasión, conocedor como era por experiencia, del temperamento y carácter de los jefes militares españoles con quienes tan a menudo tenía que contender, ni le falló su clarividencia en cuanto a las razones estratégicas o tácticas de un adversario sobre el terreno, para efectuar un movimiento de retroceso o un cambio de frente. A poco de haberse establecido en Ceja del Negro, le dió Bernal dos formidables arremetidas, llegando en una de ellas hasta desbaratar una de las formaciones avanzadas de sus defensores e introducir la confusión y el desorden en otra, al extremo que tuvo que personarse el propio Maceo a reprimir aquel principio de pánico entre sus gentes.

Pero ambos bandos habían sufrido ya numerosas bajas y sus respectivas tropas, habiéndose visto precisadas a sostener una serie de bregas parciales, se hallaban de nuevo un tanto desorganizadas y mezcladas unas con otras las unidades, por lo que se impuso una tregua. Tregua momentánea y tácita, sin que nadie la pidiera ni nadie la concediera. Eran próximamente las dos de la tarde. Bernal llevó sus soldados a una posición rumbo

a la loma de Murguía, donde estableció su hospital de sangre, y Maceo aprovechó el tiempo en consolidarse en las suyas y prevenirse para el otro acto de la función, que por su iniciativa no tardó en ser representado. Para provocar a su contrario a renovar el duelo hizo venir al coronel Vidal con sus gentes, desde la retaguardia, que estaba a su cargo, hasta la vanguardia. Vidal Ducasse era un tirador extraordinario. Habituado a la cacería de animales salvajes en sus nativas montañas de Oriente, su puntería no dejaba jamás de ser certera; además había seleccionado en su regimiento un grupo de excelentes tiradores que estaban, por así decirlo, afectos a su persona. Con estas gentes y con sus ayudantes y su escolta, y las escoltas de todos los oficiales generales, con ellos al frente, marchó Maceo contra Bernal, sorprendiéndolo en su improvisado campamento. Destacó el español dos compañías de infantería y una pieza de artillería para rechazar aquel conato de invasión de su Cuartel General, las que fueron pronto y completamente aniquiladas por los cazadores de Vidal Ducasse. Otras vinieron a ocupar su lugar y sufrieron igual suerte, repitiéndose el episodio sucesivamente con distintos elementos de la columna enemiga. Entonces se personó el propio Bernal con otros dos cañones y gran número de soldados de infantería con las bayonetas caladas, renovándose la batalla con el calor y la vehemencia de los momentos anteriores.

Los hombres de Vidal Ducasse marchando sigilosamente por entre el monte arremetieron contra las baterías enemigas con tal ímpetu, que sus dotaciones quedaron todas fuera de combate, muertos los mulos del tiro y rotos los correajes de sus tirantes, y en poco estuvo que se apoderaran de uno de los cañones del que, al fin de una porfiada lucha, se quedaron con la cureña. Mientras tenía lugar este lance del cañón con algunos soldados, el coronel Ducasse con los demás y en seguimiento de Maceo, se metió como un vendaval en la impedimenta y sanidad de los españoles matando o dispersando a sus guardianes. Les quitó los caballos de monta, bagajes y utensilios de ambulancia, tales como carros y parihuelas. Fué este el episodio más encarnizado de la acción: se peleaba cuerpo a cuerpo, machetes contra bayonetas y hasta dientes contra dientes. Durante el mismo ocurrió un hecho que merece especial mención: varias mulas del bagaje español, azoradas con el ruido de las detonaciones y del tumulto, llegaron instintivamente huyendo a un

sitio que, como el remanso de una riada, parecía no ofrecer peligro; pero que estaba tan cerca de las líneas cubanas como de las españolas, lo que ocasionó una tenaz porfía entre dos grupos de los opuestos bandos que querían hacerse de aquellas bestias: si avanzaban los españoles, los rechazaban los cubanos, y si avanzaban los cubanos, a su vez los rechazaban los españoles. Duraba esta pugna ya como diez o doce minutos, y aún se prolongaría, cuando el general Ríus Rivera, atravesando solo el espacio donde se encontraban las disputadas mulas, las asió con sus propias manos y las pasó a nuestro campo.

Eran las tres de la tarde: la victoria, que en algunos momentos se mostrara indecisa y veleidosa, seducida al fin por la bravura y la constancia de los soldados libertadores, se decidió por nuestra causa. La columna Bernal, mutilada y sangrante, se retiró al fuerte de Murguía, sobre la meseta de la loma del mismo nombre, en la proximidad de Viñales. Hasta allí llegó Maceo a retar otra vez a su contrincante; pero el jefe español no estaba ya en condiciones de renovar la lucha y se dió por satisfecho con haber salvado de la destrucción una parte de aquellas sus bravas tropas. Desde el reducto de Murguía estuvo disparando sus cañones hasta las cinco de la tarde, hora en que se retiró Maceo.

COMBATE DE GALALON

Sepultados nuestros muertos y curados los heridos que por su mayor gravedad demandaban la atención inmediata de los médicos, en Buenavista, donde pernoctó la columna Maceo la noche del 4, después de la acción de Ceja del Negro, se puso aquélla en marcha rumbo a Caiguanabo por el camino que corre al Nordeste de Viñales. Los campos confinantes con dicha población fueron talados por la brigada Sur que cubría el flanco izquierdo, en son de desafío a sus guardadores. La marcha terminó aquel mismo día al atardecer en Caiguanabo.

El embarazo que significaba para nuestras fuerzas aquellos setecientos hombres cargados con el material de guerra traído a cabo Corrientes por el general Ríus Rivera, y la muchedumbre de mujeres, niños y ancianos que se les había incorporado a tiempo de emprender su regreso a las comarcas orientales de la provincia, se había aumentado con más de cien camillas. Esta impedimenta, particularmente en lo que atañe a los heridos, las hacían incapaces de ejecutar con entera libertad cualquier movi-

miento táctico en un choque con el enemigo. Su efectivo, por otra parte, habiendo experimentado la columna un crecido número de bajas en Ceja del Negro, y obligada a sacar de filas no menos de cien combatientes para conducir los mencionados heridos —pues no contando nuestro ejército con un cuerpo organizado de sanidad, carecía de secciones de camilleros y eran los propios soldados los que habían de realizar tan delicada misión— había disminuído notablemente.

Deseoso Maceo de hallarse expedito para combatir, y no siéndole posible dejar sus heridos en la zona de Caiguanabo, porque esto equivalía a ponerlos a la merced y ferocidad de los desarmados guerrilleros criollos y canarios de Consolación y La Palma, y con el fin de colocarlos en parajes más seguros, confiados a vecinos de reconocida lealtad a nuestra causa, levantó el campamento de Caiguanabo al siguiente día, y fué a establecerse en Galalón, un sitio alto y abrigado, a unos ocho kilómetros al Noroeste de San Diego de los Baños, pueblo fortificado y centro de operaciones de las columnas españolas que custodiaban la vía férrea del Oeste entre Pinar del Río y San Cristóbal.

El día 7 los exploradores enviados por Maceo a reconocer las inmediaciones de San Diego de los Baños, le informaron que en el mencionado pueblo se encontraba la columna española del general Echagüe, haciendo activos preparativos para marchar contra nuestro campamento en Galalón, informe cuya confirmación tuvo lugar al siguiente día 8, en que comenzó el combate como a las once de la mañana.

Las tropas españolas constituían una división compuesta de infantería, caballería y artillería, y además la guerrilla de San Diego de los Baños. A tan numerosas fuerzas, sólo podía oponer Maceo unos cuatrocientos combatientes.

El enemigo, habiendo ocupado la loma Catalina, a un kilómetro y medio, aproximadamente, al Sudeste de Galalón, inició la batalla, batiendo en todas direcciones el campo intermedio entre dicha altura y la de Galalón, con el propósito evidente de despejarlo de posibles emboscadas. Y luego de haber arrojado sobre él una lluvia de proyectiles de artillería y fusilería, como preparación previa para el asalto, comenzó a descender de la loma. Mas, apenas su vanguardia comenzaba a salir de los encinares y pinares de los declives del referido alcor, encontró

la recia y decidida oposición de las guardias y patrullas del campo cubano que le interceptaron el paso, y hubo de detenerse allí, pese a los esfuerzos, al nutrido fuego y a las cargas que intentó a la bayoneta, para seguir adelante. Mientras tanto, el grueso de la columna permanecía inmovilizada en Catalina, desde donde continuaba su inútil bombardeo contra los macizos de árboles y maniguazos que servían, más que para protegerlos, para sustraerlos a su vista, a los grupos de tiradores insurrectos. Tal parecía que el enemigo había resuelto cambiar por la defensiva la ofensiva tomada en el primer momento y procuraba cubrirse con una cortina de fuego de los asaltos de su adversario. Pero Maceo, que había tenido ya como antagonista varias veces a Echagüe, y sabía que era un jefe entendido y valiente, no podía atribuirle, al encaminarse hacia su campamento de Galalón con tal golpe de gente, el propósito de reducir al cabo aquella operación a una simple *mise en scéne;* a hacer oir el ruido de sus cañones a los habitantes de San Diego de los Baños y embaucar a los bobalicones con el relato, tan en boga entre otros espadones, brigadieres y divisionarios españoles, del "enemigo puesto en fuga y tantos muertos vistos"; por lo que extrañado de su inmovilidad y conjeturando que ésta se debía al planeamiento de la táctica que habría de adoptar, frustrado aquel primer conato de avance, destacó para que lo atacaran de frente un par de compañías (unos noventa hombres), con otras dos compañías como sostén de las primeras, y envió otras cuatro para que lo acometieran por el flanco izquierdo, con objeto de obligarlo a desplegar sus unidades y descubrir sus intenciones. Efectivamente, al verse el jefe atacado con brío por su vanguardia y por aquel flanco a la vez, hizo maniobrar sus batallones por la derecha, y llevando una ala muy ceñida a la izquierda, tomó el rumbo de las lomas y sitiería de Bermejales, con el propósito aparente de tomar de revés el campamento cubano de Galalón.

Maceo envió sobre la retaguardia enemiga aquellas compañías que hasta entonces habían estado combatiéndola de frente, y él, poniéndose a la cabeza de las demás fuerzas, y salvando a galope por la izquierda la distancia de kilómetros y medio que separa a Catalina de Galalón, le cerró el paso en un sitio intermedio entre la sitiería de Bermejales y Galalón. Detenida allí la vanguardia española, pronto lo estuvo también toda la columna, y el combate, generalizándose, alcanzó su mayor vigor e

intensidad. Las detonaciones de millares de fusiles y de varias piezas de artillería en actividad; las interjecciones y los gritos, ora de cólera, ora de triunfo, ora de dolor, de los combatientes, dentro de un espacio de terreno que no excedía de mil a mil doscientos metros, se confundían en un solo formidable estruendo, que desbordándose por valles y montañas en largas leguas a la redonda, ahuyentaba de los pastos al ganado y de los árboles a las aves.

Hostilizada la columna enemiga por tres puntos distintos, recibiendo fuego por delante, por el costado izquierdo, por el derecho y por la espalda, pugnaba en balde por despejar alguno de sus frentes, destacando compañías tras compañías y batallones tras batallones, que sucesivamente eran compelidos a replegarse mermados por los certeros y mortíferos disparos de la gente de Maceo, que dividida, siguiendo la norma de nuestra táctica *sui géneris*, en partidas francas: compañías, secciones y pelotones, y con la agilidad maniobrera que la caracterizaba, tan pronto tiraban protegidos por un montículo, como por una zanja o un macizo de árboles.

El general Maceo se multiplicaba acudiendo, de uno a otro, a los lugares de mayor peligro, y sus ayudantes de campo cruzaban ligeros en todas direcciones el campo de batalla trasmitiendo sus órdenes.

Era en verdad un espectáculo heroicamente hermoso el que ofrecía aquella lucha, en la que nuestro caudillo sin par, con sólo cuatrocientos hombres, le hacía frente, rechazaba y al cabo vencía a tres mil.

Como a las dos de la tarde, densas y oscuras nubes cubrieron el ardiente sol de aquel día, con gran satisfacción de los combatientes, que ahora peleaban a la sombra; pero una hora más tarde se desató un torrencial aguacero, que los compelió a suspender la función. Esta se reanudó con igual desnuedo poco antes del crepúsculo, y se prolongó mientras hubo claridad, en las mismas posiciones, no habiendo el enemigo podido hacer un movimiento más, y pernoctando, con su vanguardia y su centro en la sitiería de Bermejales, y su retaguardia y sus bagajes en el camino de Catalina. Y todavía, mientras se acondicionaba para acampar, fué duramente tiroteada por los nuestros desde los encinares del alto de Galalón, en cuyo sitio vivaqueó Maceo la misma noche.

La operación emprendida por el general Echagüe con objeto de impedirle a Maceo el paso de la trocha por San Diego de los Baños o por entre Consolación del Sur y Paso Real, y obligarlo a retroceder en derrota hacia el Poniente, no había sido juiciosamente meditada. Porque el jefe cubano encontrándose en Galalón, ya a muy corta distancia de las sierras de Rangel y del Brujo, con la ruta expedita para las comarcas de Levante, su centro de operaciones no tenía ahora necesidad de atravesar la línea de fortificaciones española de Viñales. De tal manera, que, de haberlo deseado así, hubiese podido eludir aquel combate.

Es posible que Echagüe después de varias horas de combatir sin fortuna, estimuladas sus dotes intelectuales y su pericia de estratega por el mal cariz que iba tomando para él la lucha, discurriera con más lógico razonamiento; pero era ya tarde para abandonar el campo: había experimentado multitud de bajas y tenía que sepultar los muertos y curar los heridos. Se encontraba rodeado de enemigos ufanados y enardecidos por las ventajas obtenidas, que habrían de seguirlo pisándole los talones y hacerlo entrar en San Diego de los Baños con las apariencias todas del desastre y la derrota.

En silencio ya el campo de los españoles a poco de cerrar la noche, creeríase que todo en él era quietud e inactividad. Sin embargo, procedían a preparar, con el mayor sigilo, la retirada, la que iniciaron al amanecer del siguiente día rumbo a San Diego de los Baños, por el mismo camino que habían seguido al venir de Catalina a Bermejales.

Marchaba la columna española con paso furtivo y callado, envuelta en las últimas sombras de aquella, para ella, triste noche, de lamentos, insomnios y sobresaltos, cuando, sorprendida por las guardias avanzadas del campamento cubano, recibió los primeros disparos con que habría de comenzar el último acto de la función, en el nuevo día.

Al ruido de las detonaciones acudió Maceo con el núcleo de su gente, el fuego se renovó con igual violencia que el día anterior, enviándonos mutamente espesas rociadas de plomo de retaguardia a vanguardia, desde el alba hasta las nueve de la mañana, en todo el trayecto que media entre Galalón y el río Catalina, que debía pasar el enemigo para llegar a San Diego de los Baños, el cual cruzaron también en aquella ocasión las

balas de los soldados de la libertad, llevando raudas, en sus metálicas vibraciones, mensajes de desafío y de muerte a los soldados de la tiranía.

Con la columna Echagüe eran ya seis las desaparecidas del campo de batalla, derrotadas por Maceo. Entre todas, bien podían sumar de siete a ocho mil combatientes, mientras que el caudillo cubano solamente pudo oponerles ochocientos en la primera acción y cuatrocientos en la última, y retornó de aquella maravillosa excursión por comarcas dominadas por el enemigo, sin dejarse quitar una sola pieza del material de guerra que fuera a recoger al extremo más occidental de la isla.

Fué con ocasión de esta operación que un periódico ilustrado de Barcelona dijo —copiando de una revista militar italiana— que Maceo estaba rivalizando con Napoleón en la primera campaña de Italia.

Después del combate de Galalón se sucedieron varios días de calma en las operaciones. Maceo acampó en Sabanamaíz, el 10; y luego se dirigió hacia las lomas del Rosario, sin encontrar opositores, pues que todas las columnas españolas de aquellas comarcas habían sido derrotadas por él y necesitaban largos días para reponerse del sufrido quebranto. El día 21, en la noche, llegó a Laborí, a ocho o nueve kilómetros de Artemisa, donde pernoctó.

ATAQUE AL CUARTEL GENERAL DE LA DIVISION DE LA LINEA MILITAR ESPAÑOLA DE MARIEL-MAJANA EN ARTEMISA

La trocha o línea militar fortificada española de Mariel-Majana contaba con algunos miles de soldados de guarnición. Su principal baluarte por tierra era el pueblo de Artemisa, y allí estaba también establecido el Cuartel General de la división. El terreno en que se levanta dicha población es llano y despejado en general, circunstancia ésta que, aparte la consiguiente vigilancia de sus defensores, la hacía difícil a un salto por sorpresa. Pero el general Maceo, que nada más que catorce días atrás tantos y tan rudos golpes asestara al poderío y prestigio militar español, combatiendo en el extremo occidental de la provincia, deseaba ahora hacerse sentir, siquiera fuese con un ruidoso alarde de fuerza, en el extremo oriental. Para esta finalidad ningún punto más neurálgico y ostensible que el centro mismo de aquel

valladar, con que el Estado Mayor español pretendía extrangular la Revolución en Occidente: Artemisa.

Maceo dejó en la tarde del día 22 de aquel mes el campamento de Laborí al frente de quinientos infantes, doscientos jinetes y la pieza de artillería traída por Ríus Rivera, y en las primeras horas de la noche se situó en un palmar al Este y próximo a las murallas de la referida plaza.

Emplazado el cañón en el mismo sitio ocupado por el Estado Mayor y convenientemente extendida la infantería a lo largo del palmar, nuestro improvisado pero magnífico artillero, el ingeniero José Ramón Villalón, hizo funcionar la pieza en el instante preciso en que dentro de la plaza sonaban a silencio las trompetas de los españoles: eran las nueve de la noche Oímos la ruidosa explosión de la bomba lanzada dentro del recinto fortificado y, en seguida, el gran rumor producido por la gritería del vecindario, sobrecogido de pánico, y las voces y carreras de las tropas enemigas apercibiéndose a la defensa. Entre aquellas voces llegaba a nuestros oídos, precedida por las consiguientes interjecciones:

—¡Atrás, atrás!

Era que el paisanaje trataba de echarse fuera de las murallas, a buscar su salvación en campo abierto.

No fué sino cuando ya habíamos hecho nosotros cuatro disparos de cañón que los españoles comenzaron a contestar nuestro fuego, haciendo funcionar su artillería, ametralladoras y fusiles. La lluvia de sus proyectiles sobre el paumar era copiosa y en particular sus granadas, dirigidas al rumbo en que deducían que se encontraba nuestro cañón, estallaban alrededor del general Maceo y el Estado Mayor. Mientras tanto la infantería cubana había entrado también en gran actividad y las detonaciones de sus fusiles, disparando sobre trincheras y casamatas, aumentaban el estruendo. El enemigo no hizo ningún intento de salida, y nosotros, después de haber colocado dieciocho bombas que ocasionaron no pocos desperfectos en la parte más céntrica de la plaza de Artemisa —y habiendo realizado Maceo aquel acto de ostentación sobre dicha línea militar, más que con el propósito de obtener ventajas militares, con el de causar una impresión de consecuencias políticas—, nos retiramos a la una de la madrugada del día 23, sin ser hostilizados por el enemigo fuera de sus atriuncheramientos.

COMBATE DE SOROA

En la sierra del Rosario, señoreando el valle de San Diego de Núñez, a nueve o diez kilómetros al noroeste de Candelaria, y a igual distancia, poco más o menos, al Sur de la primera aludida población, se levanta un macizo montañoso, conocido por Montes de Soroa. Sus alturas culminantes se nombran Cansa Vaca, Brazo Nogal y Miracielo. Desde cualquiera de las tres cumbres mencionadas, se ofrece a la vista del espectador, en un gran trecho, el magnífico panorama de la provincia extremo-occidental, con la multiplicidad tópica de su suelo y la variedad y exuberancia de su flora tropical. Abajo, en primer término, se extiende el valle, mansión predilecta de Ceres y de Pomona. Tierra fecunda, en su seno se dan en abundancia, sin otros fertilizantes que el sol y la humedad, todas las plantas, todos los vegetales, todas las frutas comprendidas en la vasta nomenclatura de la botánica cubana.

En el segundo y tercer término, y hasta donde la empinada serranía no intercepta la mirada, se divisan cerros de aspecto y de estructura rocal, alcores y colinas de diversas y caprichosas formas, arroyos y riachuelos de zigzagueantes cauces y límpidas corrientes, frondosos bosques, grupos e hileras de esbeltas y empenachadas palmas; y acá y acullá, el grato verdor de las vegas y cañaverales, torres de ingenios, pajizos bohíos, y los techos y los campanarios parroquiales de los pueblos vecinos. Desde Miracielo, en horas de diafanidad atmosférica, y según se vuelvan los ojos a uno o a otro lado, se ven espejear y agitarse las ondas del Golfo de México o las del Mar de las Antillas.

Entre Cansa Vaca, Brazo Nogal y Miracielo existe otra altura menor del terreno, llamada Meseta de Soroa. Se alza ésta del fondo de una gran barranca u hondonada, que, por su poca profundidad, en relación con las tierras adyacentes, y por lo acantilado de sus bordes en algunos puntos, bien pudo haber estado al ras con la meseta y formar parte de la misma en edades remotas; pero que, debido tal vez a una fractura producida por sacudimientos sísmicos, o a la lenta y constante denudación de las aguas derramadas por los flancos de las montañas que la circundan durante los milenios, al presente, y salvo alguno que otro pequeño relieve, que no basta a restarle continuidad, ha venido a ser como una prolongación del valle.

Los terrenos de Soroa forman parte de una extensa zona cafetalera que abarca desde Candelaria a las Pozas por el Norte de la cordillera, y desde Candelaria a los Palacios por el Sur, y en la que se encuentran los cafetales de la loma del Cuzco, del Rubí, de Frías, de Buenavista, de Docourt, de Divigneaux, de el Brujito, de la Furnia, de la Aurora, de Río Hondo, de Neptuno, etc., etc. Estos cafetales, y otros que han desaparecido, fueron fomentados a principios del siglo XIX por una colonia de franceses arrojados de Haití por Dessalines, y expulsados de Cuba por el Capitán General Marqués de Someruelos en 1809, con motivo de la invasión de España por los ejércitos de Napoleón.

Antes de comenzar nuestra contienda del 95, existía también un cafetal en Soroa, así como un balneario de aguas sulfurosas; pero en los días a que he de referirme sólo quedaban allí las ruínas de los edificios de las caldas y algunos que otros cafetos diseminados aquí y allá, que, faltos de cuidado y de cultivo a causa de la guerra, resistían aún a las acometidas de sizañas y malezas, y mostraban en la rojiza madurez de sus nectáreas bayas la reciedumbre de su vida vegetal y la feracidad del agro pinareño.

Soroa marca un jalón histórico en el ensangrentado camino de nuestra independencia nacional. Aquel campo fué escenario de una de las batallas más reñidas y gloriosas, libradas por Maceo en la campaña de Pinar del Río. Allí, cabe el valle y los alterosos montes, y entre vericuetos y derriscos, cubanos y españoles, animados por la pasión y el rencor de los opuestos e irreconciliables ideales que nos diferenciaban, pero iguales en el valor y en el denuedo que caracterizan a los hombres de nuestra raza, combatimos sin tregua ni desmayo por espacio de dos días disputándonos el laurel de la victoria.

El 10 de octubre de 1896, o sea al día siguiente del combate de Galalón, dispuso el general Maceo que una parte de las fuerzas que lo acompañaron a Cabo Corrientes, particularmente de la infantería, se retiraran a sus respectivas comarcas, a reponerse un tanto de las fatigas de aquella dura y agitada campaña, pero dejando destacamentos en determinados lugares estratégicos, entre ellos Río Hondo, en la zona de San Cristóbal. Al frente de este destacamento puso al general Ríus Rivera con poco más de cien hombres.

Algunos días más tarde, los españoles enviaron un batallón a levantar obras de fortificación en el asiento o meseta de Soroa, que, dificultadas por los hombres de Ríus Rivera, daban ocasión a diarias y constantes escaramuzas

El día 23 del expresado mes, el coronel Enrique Segura, encargado de proteger aquellos trabajos, llegó a Soroa con el grueso de la brigada de su mando, con lo que las escaramuzas llegaron a tomar el calor de verdaderos combates. Noticioso de esto el general Maceo, se dirigió en la tarde de aquel mismo día, esto es, al siguiente del bombardeo a Artemisa, a las alturas de Cansa Vaca, recogiendo de paso el destacamento de Río Hondo, y temprano en el mañana del 24 se encontraba a la entrada del campamento español. El total de las fuerzas con que contaba era de quinientos hombres de infantería.

Nuestro primer contacto con el enemigo, a eso de las nueve de la mañana, fué una operación de simple reconocimiento, de tanteo, para descubrir la consistencia del adversario en la propia meseta de Soroa, ya que se habían podido observar algunas patrullas del mismo en las alturas de Brazo Nogal, lo que podría significar la existencia allí de otro núcleo sirviendo de reserva y de apoyo al primero. Pronto se pudo verificar lo atinado de tal conjetura. En Brazo Nogal se encontraba efectivamente el grueso de la brigada Segura con su propio jefe, quien al darse cuenta, por las repetidas descargas que hacían los defensores del asiento de Soroa, de que éstos estaban siendo atacados en forma, se movió muy pronto en su auxilio con todo el resto de su unidad, bajando por las laderas del monte, en dirección a la mencionada meseta de Soroa. Maceo hizo desplegar los pocos elementos con que contaba allí el regimiento Ceja del Negro, al mando del coronel Vidal Ducasse, con la orden de hostilizar de flanco al enemigo, y él, con una fuerza de ciento veinte o ciento treinta hombres, constituída por la escolta del Cuartel General, las dos de los generales Ríus Rivera y Pedro Díaz, una sección de la brigada de Occidente, y sus propios ayudantes, lo atacó por el frente. Acometida de súbito y con tanto brío la columna española, sin poder desplegar sus componentes por falta de espacio, perdió en un instante todo el primer elemento delantero, consistente en una compañía. Pudo después formar en triángulo otra compañía en un pequeño resalto despejado, la que sufrió la misma suerte: fué desbaratada y acuchillada.

Deshecha de tal manera la vanguardia de las tropas enemigas, viendo su jefe el progreso que mientras tanto hacíamos nosotros hacia la meseta de Soroa, y temeroso de que le interceptáramos definitivamente el paso para reunirse con el batallón que levantaba allá las obras de defensa, situó como retén en otra altura un batallón con una pieza de artillería, en tanto que él, al frente de sus demás fuerzas intentaba el cruce por sitios más accesibles. Con esto el fuego de la fusilería y de la artillería se generalizó, y el valle y la montaña se llenaron de estampidos, que repercutían en las cumbres vecinas de Cansa Vaca, Brazo Nogal y Miracielo.

La noche impuso una tregua a los combatientes por aquel día, para reanudar la lucha a la aurora del siguiente. Ahora las posiciones ocupadas por ambos bandos eran éstas: los españoles con un batallón en la meseta de Soroa, otro, con una pieza de artillería, en el mismo rellano del día anterior, sirviendo de retén, y el coronel Segura, con un millar de hombres de que aún podía disponer, en Brazo Nogal; y Maceo, con unos cuatrocientos de los suyos, en Cansa Vaca. Al venir los claros del día se renovó el combate. Desde Cansa Vava intentó Maceo tres veces consecutivas cruzar a los cerros opuestos para descender al valle e interponerse entre los españoles de la meseta de Soroa y los de Brazo Nogal, pero fué siempre rechazado. Segura por su parte intentó varias ocasiones la misma operación para hacer contacto con aquella fracción de su unidad que levantaba los parapetos en el asiento de Soroa, con igual resultado. En estas condiciones iba transcurriendo la mañana, y eran ya las once. La provisión de municiones del enemigo, a juzgar por el diluvio de proyectiles que arrojaba sobre nuestra posición de Cansa Vaca, era inagotable. La nuestra, siempre escasa, estaba ya para agotarse. Maceo dispuso la retirada.

Noviembre

COMBATE DE EL ROSARIO Y DEL RUBI

Los terrenos de la finca El Rosario se encuentran a unos veinte kilómetros al Suroeste del Mariel y a ocho o nueve de Cabañas. El sitio es conocido también por Lomas del Rosario, nombre tomado con seguridad del de la sierra así llamada que, como es sabido, desciende en ondulaciones hacia la costa Norte. Entre El Rosario y Cabañas, colindantes con el primero, se en-

cuentran las colinas y los bosques de El Rubí. Las unas comienzan a levantarse a la entrada de Cayajabos, al Sur, y los otros se extienden hacia el Norte, encuadrando el asiento de la finca últimamente citada, al cual da acceso en aquella dirección una vereda de monte.

El día nueve de noviembre, acampado el general Maceo en un sitio llamado Tienda Nueva, en terrenos de El Rubí, tuvo conocimientos, ya muy entrada la mañana, de que numerosas fuerzas españolas, procedentes del Mariel, se hallaban en los valles de Tapia y Manuelita, y que otras, salidas de Artemisa, se encontraban por Cayajabos. De acuerdo con los informes recibidos por el General, las distintas columnas enemigas sumaban de diez a doce mil soldados de las tres armas. El general Maceo, que después de la acción de Soroa diseminara la mayor parte de sus tropas a causa de la escasez de municiones en que nos volvíamos a encontrar, había retenido nada más que doscientos cincuenta hombres, de los cuales cien le había dejado al general Ríus Rivera para vigilar, como ya se ha dicho, el camino de Soroa a Candelaria. De manera, pues, que él, Maceo, no disponía de más de ciento cincuenta combatientes en aquellos momentos. No obstante, con aquel exiguo contingente marchó de inmediato a El Rosario a presentarle combate al enemigo en aquellas lomas, en cuya dirección marchaba una de las columnas españolas como vanguardia.

Maceo desplegó sus ciento cincuenta infantes en los sembrados de una sitiería existente entonces allí y, a poco, la referida vanguardia enemiga al mando del general Echagüe, que venía por el camino de Cayajabos, entraba en contacto con nosotros, atacando de frente nuestras posiciones con los elementos delanteros y tratando de envolverlas con su centro. En esta situación, y durando como una hora el desarrollo de la primera fase del combate, se incorporó al general Maceo el general Ríus Rivera, con lo que el número de nuestros combatientes se elevó a doscientos cincuenta. Mientras tanto, viniendo de Manuelita, se veían asomar las cabezas de otras numerosas columnas españolas que, según supimos después, constituían el centro de aquel gran contingente del ejército español, al mando de su propio general en jefe, Capitán General Valeriano Wéyler. Mas estas nuevas fuerzas llegaron a El Rosario demasiado tarde para tomar parte en la función de aquel día, a la que ya habían puesto

fin las sombras de la noche. Ambos bandos quedaron en sus respectivas posiciones.

En una hora u hora y media, que había durado la acción, los españoles sufrieron 67 bajas, entre ellas un general herido, Ramón Echagüe, y nosotros solamente 8.

Al siguiente día, muy temprano en la mañana, el general Maceo, suponiendo que las fuerzas que constituían el ala derecha del ejército enemigo avanzaban por la finca El Rubí, dejó en El Rosario al general Ríus Rivera frente a las posiciones que ocupaban allí los españoles, y él con unos ciento cuarenta o ciento cuarenta y cinco hombres, contando entre los mismos una fracción de las fuerzas del brigadier Pedro Delgado que acaba de unírsele, entró por la vereda de monte antes indicada y conocida por la Vereda de El Chumbo, que conduce al asiento El Rubí, con el fin de disputarle el paso a aquellas tropas enemigas. Estas ya se habían adelantado y ocupaban el mencionado asiento. Allí mismo, disparándonos a quemarropa, se entabló el combate, los españoles en la meseta donde se levantaba la casa ya en ruinas del antiguo cafetal y nosotros cuesta arriba de la vereda de El Chumbo. La vanguardia de la columna enemiga, después de varios infructuosos ataques de frente para desalojarnos de aquella posición dominante, trató de flanquearla por la izquierda, pero fué rechazada igualmente. Al mismo tiempo que este episodio se desarrollaba dentro del montuoso marco de El Rubí tenía lugar otro de la misma índole en las lomas de El Rosario, donde el general Ríus Rivera con cien hombres trataba de cerrarle el camino a seis batallones y una media brigada de artillería que, a las órdenes directas de Wéyler, procuraban hacer su conjunción con la división que se batía en El Rubí al mando de González Muñoz, compuesta de dos mil soldados y dos piezas de artillería.

Llevábamos ya más de una hora de combatir a pie firme en la vereda de El Chumbo, cuando el general Maceo determinó la evacuación de ambas posiciones de El Rubí y El Rosario, dejando allí, en la vereda de El Chumbo uno de sus ayudantes con algunos hombres cubriendo su retirada y la de Ríus Rivera más tarde.

La acción todavía se prolongó hasta las cuatro de la tarde, desarrollándose su última fase entre la loma Madama y la Gloria, a una legua al Suroeste de donde comenzara el día anterior.

Pero no fué tan sólo en El Rosario y en El Rubí, y por la gente acaudillada por Maceo en persona, que fueron acometidas aquellas fuerzas españolas. La columna Segura, que había salido de Soroa con intento de reunirse a Wéyler, fué combatida el día 11 por el coronel Juan Ducasse en El Delirio. La de González Muñoz, al dirigirse a Río Hondo, hubo de sostener combate en loma Colorada con los destacamentos mandados por los coroneles Vidal Ducasse y Pedro Ibonet. El mismo González Muñoz, unido a los generales Bernal y Suárez Inclán, tuvo que luchar en San Blas, El Brujo y el Brujito, con los mismos destacamentos de Vidal e Ibonet y los mandados por el brigadier Francisco Peraza y por Pedro Sáenz.

Las operaciones de Wéyler terminaron el día 18 con, más o menos, cuatrocientas bajas. Las nuestras se redujeron a cincuenta y seis. Tal fué el resultado de aquella campaña en que el Capitán General español, con el iluso propósito de exterminar de una vez y para siempre al diminuto ejército separatista con que Maceo vencía a diario las armas españolas y asombraba al mundo, movilizara bajo su propio mando doce mil soldados de las tres armas y a nueve generales. Maceo, para hacerle frente sólo pudo disponer de quinientos hombres.

Desde los últimos días de octubre Maceo había concebido la intención de cruzar hacia Oriente la trocha de Mariel-Majana. Con tal propósito había dado instrucciones al general Ríus Rivera, a quien se proponía designar para que lo sustituyera en el mando del sexto cuerpo de ejército, afecto a la provincia de Pinar del Río. Desde entonces habían practicado varios reconocimientos sobre la expresada línea militar. Su plan consistía en burlar la vigilancia de la misma, ya que para forzarla no contaba con los elementos necesarios.

COMBATE DE EL JOBO

La loma El Jobo forma parte de las estribaciones de la sierra del Rosario y se encuentra a cosa de una legua y media de la finca de este último nombre. Contigua a la loma El Jobo y al Sur existe otra altura llamada San Roque. El general Maceo acampó el día 25 en El Jobo, con el propósito de reconocer por sí mismo las condiciones de vigilancia y defensa de la trocha, resuelto ya a cruzarla del 27 al 28 de aquel mismo mes por cualquier sitio que ofreciera alguna probabilidad. Con este in-

tento salió de El Jobo el día 26, pero ya en marcha, como a las ocho de la mañana, tuvo conocimiento por los exploradores de que una columna española que había acampado en el demolido ingenio San Juan de Dios, a una legua al Norte de El Jobo se hallaba en movimiento hacia ese último lugar. Esta columna era la de Suárez Inclán. Minutos después se oyeron los disparos de su vanguardia con uno de nuestros puestos avanzados que cubrían fuerzas del brigadier Pedro Delgado. Maceo, sin dilación, corriéndose por el flanco izquierdo en auxilio de aquel retén, entabló la acción en el mismo camino y obligó al enemigo a cambiar de frente. Este ocupó al fin la loma de El Jobo e hizo funcionar su artillería, dándole si no mayor efectividad, mayor aparato a la bélica función. Esta duró de treinta a cuarenta minutos.

Pocos momentos después se vieron grupos sobre la loma San Roque. El General ordenó a un ayudante que fuera a reconocerlos. El ayudante le informó que aquéllos eran tropas españolas que formaban parte de las que estaban en la loma de El Jobo que parecían en retirada. En efecto, la columna Suárez Inclán retrocedía a Cayajabos, en donde entró hostigada por las fracciones de Pedro Delgado, y el general Maceo acampó en San Felipe, colonia del ingenio San Juan de Dios, o sea casi en el mismo tereno de donde aquella mañana había salido la columna española.

Maceo no había podido desplegar frente a aquella unidad enemiga de novecientos o mil soldados, nada más que ciento cuarenta tiradores.

El primero de diciembre el teniente coronel Carlos González Clavell, comisionado al efecto por el general Maceo, y acompañado de un oficial nombrado Pedro Núñez, como práctico, reconoció la trocha entre la caseta de Obras Públicas de El Mariel y un camino que conducía a la playa donde terminaban las trincheras enemigas. Se creyó que por allí se podía efectuar el cruce y, con estos informes, el General se dispuso a realizarlo en la noche siguiente. Durante ese día hicieron exploraciones por el ingenio Regalado, al Sur de Guanajay, prosiguiéndose la marcha al oscurecer y, ya entrada la noche, llegamos a los primeros atrincheramientos del recinto militar. No era tampoco posible el paso por allí. A veinte o veinticinco varas, a que nos encontrábamos de la línea, veíamos las patrullas

enemigas discurrir por la calzada y oíamos el "quien vive" que se daban unas a otras. El General determinó ir a buscar otro pasaje al Norte de Guanajay, con el mismo resultado negativo. Al retornar, como a las diez de la noche, tuvimos tiroteo con un destacamento español en la finca Zayas. En el camino, el General cayó de repente de su caballo, presa de un vahído, accidente que nos causó a todos profunda y dolorosa impresión. A las seis de la mañana del día 3 hicimos alto en San Felipe.

COMBATE DE VEJERANO Y LA GOBERNADORA

La serie de colinas conocidas por nosotros generalmente con el nombre de Vejerano, y con los de loma de Charco Azul, El Jobo, San Roque y Gobernadora, forman parte de los eslabones del extremo septentrional de la sierra de El Rosario y se levantan en territorio de El Mariel entre Cabañas y Guanajay, a unos dieciocho kilómetros de la primera localidad, a diez de la segunda y a unos veinte de la tercera. Todas éstas eran centros de operaciones de las columnas españolas, que tenían como uno de sus principales puntos de etapa y de confronta a Cayajabos, lugar más o menos intermedio.

En San Felipe, a poco de llegar, tuvo Maceo conocimiento de una columna española, de las tres armas, se encontraba en marcha por el camino de Vejerano hacia la Gobernadora, quemando a su paso casas y sembrados, y en el acto dispuso ir a su encuentro.

Las fuerzas que tenía a mano el general Maceo en aquellos momentos consistían en cincuenta infantes, de su escolta la mayoría, y otros tantos jinetes, todos jefes y oficiales del Estado Mayor, amén de algún otro que, como el brigadier Roberto Bermúdez se encontraba en el Cuartel General por una u otra causa.

De San Felipe a Vejerano hay más de cuatro kilómetros. La distancia se alargaba por las dificultades del camino que debíamos recorrer, que no era más que un angosto y pedregoso sendero que tan pronto trepaba a un ribazo como descendía al fondo arcilloso de una quebrada.

Resuelto el general Maceo a darle alcance al enemigo de cualquier modo que fuera, y sorprenderlo en plena tarea incendiaria, entregó el mando de su infantería al general Pedro Díaz, recomendándole que, si por las malas condiciones del

camino no le era posible marchar con la misma prontitud que él sobre la retaguardia, se dirigiera a ocupar una de las colinas de Vejerano desde la cual contrarrestar la acción de los españoles desde la Gobernadora, en el caso de que éstos nos hubiesen ganado ya la delantera. Luego echó a andar con toda la celeridad que le permitía el terreno hacia Vejerano, seguido de los cincuenta jinetes. A poco de aproximarnos a Vejerano comenzamos a oir descargas cerradas intermitentes y disparos graneados de fusilería en dirección a la Gobernadora, lo que nos hizo conjeturar que alguna de nuestras prefecturas estaban hostilizando al enemigo, que, a juzgar por el humo de los incendios, llevaba un rumbo perpendicular al que seguíamos nosotros. Continuamos de frente, a paso forzado, con el propósito de colocarnos al flanco izquierdo de aquél, hasta llegar a un punto donde existía una cerca viva o vallado muy tupido y de altos árboles. No se veía ni escuchaba ningún rumor que denunciara por allí la presencia de los españoles, pero continuábamos oyendo fuego por la Gobernadora, aunque los disparos individuales característicos de nuestras gentes sonaban más distantes. En esto el general Maceo, que, con el general Miró y un par de ayudantes, se había apartado algunas varas a la derecha, a escudriñar una hondonada que bajaba desde el vallado, descubrió allá en el fondo de la misma al enemigo que marchaba en absoluto silencio. Nos hallábamos nada más que a cuarenta o cincuenta metros del mismo. Los disparos de revólver del general Maceo fueron la señal del ataque. Los españoles, sorprendidos con tan brusca como inesperada acometida, demoraron no menos de un minuto en responder a la agresión. Nosotros oíamos claramente las voces de mando de sus oficiales intercaladas de blasfemias y juramentos, cosa que nos daba la idea de la gran confusión que en las tropas habíamos producido. Entonces no fué ya desde el borde del barranco que disparábamos nuestros fusiles, sino que acortamos la distancia situándonos en su mismo declive, desde el cual tirábamos sobre la masa de los contrarios con toda seguridad de hacer blanco. Al fin el enemigo logró ordenarse y repelernos barranca arriba, donde nos hicimos fuertes, y cobró su máximo desarrollo el combate. Todavía abrigados nosotros en aquella cerca viva y tirando de arriba a abajo contrarrestábamos en parte la inmensa superioridad del opuesto bando. Este al cabo dejó la hondonada y fué a tomar mejores posiciones en la Gobernadora. Mas antes de haber escalado aquellas alturas

hubo de caer bajo el fuego que, desde una colina de Vejerano, le hicieron los infantes comandados por el general Pedro Díaz, a los que se habían unido las guerrillas de las prefecturas, unos cincuenta tiradores, que habían sido los primeros en hostilizarlos. La columna española nos hizo varios disparos de cañón desde la Gobernadora.

El general Maceo, luego de haber dejado al general Pedro Díaz en la posición que ocupaba, y al teniente coronel Carlos González Clavell, a quien había reforzado con parte de las gentes del primero, sobre la retaguardia del enemigo, atacó de nuevo a éste con cuarenta hombres por el camino de Vejerano. Luego, reuniendo todas sus pequeñas tropas en Vejerano, las dejó allí, y él, con un reducido séquito, se dirigió como a las tres de la tarde, al ingenio Begonia.

PASO DE LA TROCHA MARIEL-MAJANA

En la tarde del mismo día, dejando el ingenio Begonia. emprendimos camino hacia la Caleta de la Caña, en la proximidad de El Mariel, guiados por el comandante José Manuel Barrios. Aquí se encontraba escondido un bote en el cual cuatro hombres de corazón, adictos a nuestra causa: Carlos Soto, Gerardo Llaneras, Eudaldo Concepción y Juan Funes, efectuaban viajes nocturnos por las afueras de la bahía de El Mariel, conduciendo la correspondencia que del oriente de la trocha y del exterior venía para el Cuarte General de Maceo y la que era enviada por éste. En la noche anterior el patrón del bote, Carlos Soto, le había asegurado al General de la posibilidad que, sin otro riesgo que el mínimo del mar, ofrecía para burlar la trocha el derrotero del pequeño buque filibustero, que era de la Caleta de la Caña a Mosquitos. El General había aceptado la idea, más conformándose al criterio del marino de no ser practicable el viaje aquella misma noche, por lo tempestuoso del tiempo, fué pospuesto el viaje para la noche siguiente, pero haciendo saber el General que estaba resuelto a no diferir un día más dicha operación.

Volvimos a la Caleta de la Caña sobre las diez de la noche del siguiente día; la noche oscura e inolvidable del 4 de diciembre de 1896.

El tiempo, lejos de haber amainado, se había hecho terriblemente borrascoso, y la mar, bajo el soplo huracanado del viento.

levantaba su insondable seno como en el espasmo de una cólera monstruosa. Los boteros, que se hallaban allí, estuvieron de acuerdo en que no se podía realizar la travesía en tales circunstancias, al menos por el acostumbrado derrotero de la Caleta a Mosquitos. En realidad la embarcación era demasiado pequeña y frágil para zurcar en ella las revueltas hondas. No obstante, y por mandato del General, se la echó al agua. La corriente la devolvió con ímpetu a la arena, y fué preciso convencerse al cabo de que por aquella ocasión no era posible utilizar dicha vía. Fué entonces que Carlos Soto, vista la insistencia del general Maceo en cruzar las líneas españolas sin más dilación, propuso como derrotero la misma boca de la bahía de El Mariel. Por ella estaba descartado el riesgo de zozobrar, pues las aguas eran tranquilas; pero habríamos de arrostrar grandes peligros de diferente índole. La bahía contaba con fortificaciones y trincheras a ambos lados, numerosas patrullas rondaban sin interrupción por todo su perímetro y a la sazón había en el puerto dos cañoneros. El General, por toda respuesta, mandó a cargar con el bote, siendo él uno de los primeros en asirlo por un extremo. Y así, en hombros de once de los expedicionarios y de los tres marinos lo condujimos a la boca de la bahía, a donde llegamos sobre las once de la noche.

Eran los acompañantes de Maceo los generales José Miró y Argenter, jefe del Estado Mayor, y Pedro Díaz; los coroneles Alberto Nodarse, Charles Gordon, Máximo Zertucha, médico del Cuartel General, en sustitución interina del general Hugo Roberts que lo era en propiedad; los tenientes coroneles Alfredo Jústiz y Manuel Piedra; los capitanes Nicolás Souvanell, Ramón Peñalver y Ramón Ahumada; los tenientes Francisco Gómez Toro y José Urbina; el sargento Juan Pérez, afecto al servicio personal de Maceo; los asistentes del general Maceo, Benito Echavarría y Ricardo Echavarría; el asistente del general Miró, José Delgado, y el del general Díaz, Andrés Cuervo.

Puesta a flote nuestra embarcación, embarcó con el primer grupo el general Maceo y aguardó en el muelle tres viajes sucesivos del bote trayendo otros grupos; luego siguió a un sitio cercano llamado El Palomar, dejando en el repetido muelle a uno de sus ayudantes aguardando el quinto y último viaje del bote, con instrucciones de seguirlo con las demás gentes.

LA HABANA

Reunidos todos en El Palomar hicimos rumbo al Sur por el camino de Miranda al demolido ingenio La Merced. Como de seis a seis y media de la mañana hicimos un breve alto para descansar, pues el General venía muy fatigado y enfermo; tan próximos al mar estábamos que alcanzamos a ver los hombres de la tripulación de una goleta que con todas las velas desplegadas cruzaba por allí en aquellos momentos.

Caminando hacia La Merced vimos a nuestra espalda y a corta distancia una tropa enemiga que parecía seguir el mismo rumbo que nosotros. Aquel sitio está por completo despoblado de vegetación: ni un árbol ni una manigua donde poder ocultarse un hombre; todo limpio como las palmas de las manos. Nos tendimos en el suelo. Los españoles dijérase que nos habían divisado, pues seguían en derechura hacia nosotros después de haberle dado candela, de paso, a unas casas. Llegaron a ponerse tan cerca que casi podíamos detallarlos individualmente. El General preguntó quién tenía fósforos y al contestar el coronel Gordon que él, le dijo que se los diera a uno de sus ayudantes, a quien ordenó que desempaquetara la mecha de una de las bombas que traíamos. Por fortuna la columna enemiga cambió de dirección rumbo a Occidente.

Poco antes de las nueve de la mañana llegamos a La Merced, donde encontramos en una casa dos soldados de caballería de nuestro ejército. Al penetrar en el corral de la misma, el General le dió esta consigna al ayudante que iba inmediatamente detrás de él: "hemos cruzado la trocha por tierra, por el ingenio Cañas".

La razón que existía entonces para no revelar la verdad de la manera como habíamos burlado las líneas españolas era la de poder conservar en secreto aquella ruta del mar, cosa de seguir conduciendo por allí nuestras estafetas y posiblemente para ser utilizada por otras expediciones y comisiones. Además, era preciso evitar cualquiera indiscreción que dejara en descubierto a aquellos cuatro hombres beneméritos, que tan valiosos servicios prestaban a la causa, cruzando y recruzando el mar, con frecuencia por entre los buques y fortalezas enemigos, en un frágil esquife.

En la casa de La Merced pasamos la noche del 5 al 6. El General, agudizada su dolencia por la caminata de toda la noche anterior y de todo aquel día a pie, se recogió temprano.

Al campamento de La Merced llegaron como a las doce de la noche el coronel Ricardo Sartorio y el comandante o teniente coronel Baldomero Acosta. Habiendo sido el propósito del general Maceo cruzar la trocha del 27 al 28 del mes anterior, como antes se ha dicho, había enviado instrucciones con anterioridad al jefe de la división de La Habana, general José María Aguirre, y demás jefes de las fuerzas que operaban en dicha provincia, para que se concentraran en un punto determinado del territorio de la misma, donde debían permanecer desde el día 26 hasta el 28 del referido mes. El General había solicitado también caballos para "una familia de doce miembros" que debía trasladarse al Este de la trocha en aquella oportunidad. Estas instrucciones fueron cumplidas en parte: el coronel Sartorio y el teniente coronel Acosta estuvieron en la playa de Mosquitos durante los dos expresados días, y el general Silverio Sánchez, jefe de la brigada del Sur, se había situado en la playa de Banes. Pero, habiéndose visto obligado el general Maceo a señalar para una fecha posterior el cruce de la trocha, y no habiéndole sido posible comunicarse oportunamente con las fuerzas del lado de acá de la línea y darles nuevas instrucciones a sus jefes, el general Silverio Sánchez, el coronel Sartorio y el teniente coronel Acosta se retiraron. Así, pues, el conocimiento que tuvieron Sartorio y Acosta de la presencia del general Maceo en La Merced no había sido por aviso expreso de éste, y no conducían los caballos que él había solicitado, requisito indispensable en aquellas circunstancias para que los expedicionarios pudieran continuar la marcha, ya que el General por sus dolencias no podía andar a pie.

Baldomero Acosta salió en seguida en busca de los caballos que, conforme a las órdenes del general Maceo, debían estar en el campamento de La Merced entre 7 y 8 de la mañana del mismo día o sea del día 6, pero como todavía en las primeras horas de la tarde Baldomero no había regresado, el General dió orden de emprender la marcha a pie.

Cuando dejábamos el campamento de La Merced el cielo estaba cubierto de densas humaredas por el lado de El Mariel. Las tropas españolas poniendo en práctica el método de guerra de Wéyler, se entregaban a la tarea de quemar y talar los ranchos y sembrados de los campesinos cubanos, con el propósito de privar de recursos a las huestes libertadoras.

A poco de habernos adelantado por el litoral de Banes en dirección al ingenio El Garro se presentó de nuevo Baldomero

Acosta con algunos elementos del regimiento Goicuría y conduciendo los caballos ordenados por Maceo, y pudimos continuar la marcha montados. Como a las tres de la tarde llegamos al mencionado ingenio El Garro, propiedad de Perfecto Lacoste. El señor Lacoste aguardaba allí al General, defiriendo a los deseos previamente expresados por éste de tener con él una entrevista. Lo acompañaba la señora Lacoste. Maceo, luego de haber sostenido con el señor Lacoste una prolongada conversación, se entregó a la ocupación de dictar su correspondencia, con lo cual se pasaron allí cerca de seis horas.

Al cabo dejamos aquella casa a las nueve de la noche.

De El Garro nos trasladamos a una colonia del demolido ingenio Baracoa, donde pasamos algunas horas de la noche.

De Baracoa salimos a las dos de la madrugada del siguiente día. Sumados ahora a los hombres de la comitiva de Maceo los que había llevado al principio Baldomero Acosta, y elementos del propio regimiento que más tarde se nos incorporaron, éramos unos sesenta.

El rumbo de nuestra marcha aquella mañana fué, primero francamente al Sur hasta la carretera de Hoyo Colorado, la que cruzamos tan cerca de dicha localidad que la hubiésemos tenido a la vista, de no reinar aún la oscuridad de la noche.. De allí enderezamos el rumbo al Este y, luego de hacer muy corta parada en un sitio llamado Hernández, en la proximidad de la laguna La Pastora, y de haber atravesado ésta por su extremo Norte al rayar el alba, continuamos en la misma dirección, aunque inclinándonos de nuevo un tantico al Norte hasta la finca San Pedro, a donde llegamos como a las nueve de la mañana.

COMBATE DE SAN PEDRO, ULTIMO DE LAS CAMPAÑAS DE MACEO:

FIN DE UNA VIDA ESTELAR

La finca San Pedro, donde se libró el combate que puso término, junto con su vida, a la mil veces gloriosa carrera militar de Antonio Maceo, se encuentra —en líneas rectas— a unos nueve kilómetros de Punta Brava, a trece o catorce de Hoyo Colorado y, poco más o menos, a igual distancia de Marianao.

La carretera que, viniendo de Marianao, pasa por Punta Brava y va a Hoyo Colorado, cruza por las inmediaciones de San Pedro, y muy cerca de dicha carretera, y casi paralelo a la

misma, corre un camino conocido por Camino Viejo de Hoyo Colorado.

Abandonada en aquella época la finca San Pedro, a causa seguramente de la guerra, se hallaba en su mayor parte cubierta de yerbajos y plantas silvestres, ofreciendo nada más que a largos trechos pequeños espacios despejados.

El campo que ocupábamos nosotros tenía al frente, o sea hacia el Oeste por donde van la carretera y el camino mencionados, una cerca de piña o maya, entre la que crecían algunos piñones. Perpendicular a este vallado y a la derecha de nosotros se alzaba una cerca de piedra, y a la izquierda otra que, describiendo una curva al Oeste se enlazaba con la primera formando un ángulo irregular y abierto. Entre ambas cercas de piedras, pero más próxima a la de la izquierda, corría otra de piña que tocaba por su extremo Este el vallado de piña y piñón antes dicho, y del lado opuesto había otro de maderos y uno más de piña. Estos dos últimos cercados estaban, más o menos, junto a la salida Oeste de la finca, o sea por el lado por donde nosotros habíamos penetrado en la misma. Todos estos vallados eran en general difícilmente visibles a distancia, a causa de los matorrales que poblaban el terreno.

Se comprenderá muy bien que atribuyéndosele a los jefes que operaban en la provincia de La Habana el mejor conocimiento de las condiciones topográficas de las comarcas donde de ordinario se movían, hubiesen sido ellos los encargados de elegir el lugar para la concentración de fuerzas ordenada por Maceo; y de las condiciones de San Pedro se podrá juzgar por la descripción que del mismo precede. Eran inapropiadas para sostener un combate de caballería, única arma con que contábamos allí, y solamente por ignorarlas en el momento, pudo el General haberlo aceptado.

Las fuerzas reunidas en San Pedro pertenecían a la brigada Sur y estaban constituídas por elementos del regimiento Santiago de las Vegas a las órdenes del teniente coronel Juan Delgado, el cual tenía como subalternos a los capitanes Dionisio Arencibia, Miguel Hernández y Rafael Sánchez, figurando en la plana mayor el capitán Rodolfo Bergés, y el doctor Carlos Guas como médico; del Goicuría a las órdenes del comandante Baldomero Acosta, con los capitanes Andrés Hernández e Ignacio Morales; del regimiento Calixto García a las órdenes del teniente coronel Al-

berto Rodríguez y de los comandantes Isidro Acea y Alfredo Ramírez y los capitanes Emilio Collazo y Luis Felipe. En el Estado Mayor de la brigada figuraban el comandante Rafael Cerviño y el capitán Manuel Olivera, y mandaba la escolta el comandante Juan Manuel Sánchez. Se encontraba también una sección del regimiento que mandaba en Pinar del Río el coronel Pedro Delgado. Al frente de todas las tropas, que sumarían a lo más cuatrocientos cincuenta hombres, se encontraba el jefe de la brigada general Silverio Sánchez, y el coronel Ricardo Sartorio tenía el mando superior de los regimientos Santiago de las Vegas y Goicuría. Es necesario consignar que del total de cuatrocientos cincuenta hombres, sólo unos trescientos se encontraban más o menos bien equipados y en condiciones de pelear. Del resto, la mitad estaba mal armada y los otros carecían de armas de fuego.

En una función en campo abierto, donde la caballería puede maniobrar con rapidez y el arma blanca desempeña un papel de importancia, con frecuencia decisivo en nuestra clase de guerra, todos aquellos hombres se hubiesen podido considerar como combatientes. Pero ya lo hemos dicho: no eran estas las condiciones del campamento de San Pedro.

La llegada del General produjo, como de sólito, delirante entusiasmo entre las tropas allí congregadas, que estuvieron victoreándole por espacio de treinta o cuarenta minutos. Después de establecido el silencio, comenzaron las visitas y presentaciones de los jefes y oficiales de la brigada y las conferencias con aquellos más caracterizados.

El campamento estaba tranquilo y parecía bien resguardado. De las exploraciones practicadas se había llegado primero a la creencia de que no había tropas enemigas en movimiento por aquellos contornos; una media hora más tarde se tuvo conocimiento de que una columna española se encontraba en camino de Punta Brava, pero marchando hacia Cangrejeras o sea en sentido opuesto a nuestro campo. El General, confiado en tales informes, luego de haber almorzado se despojó de sus armas y de sus botas de montar y se tendió en la hamaca, desde la cual continuó conversando con Juan Delgado, Baldomero Acosta y el doctor Carlos Guas, mientras, a pocas varas de él el general Silverio Sánchez terminaba una relación de nombres y jerarquías militares de su brigada que esperaba Maceo.

De pronto se escuchó fuego. Por la proximidad en que sonaban las descargas se pudo suponer que el enemigo se encontraba

ya dentro de nuestro campo. Las balas cruzaban por la tienda del General, quien sentado aun en su hamaca trataba de calzarse las botas con ayuda de uno de sus asistentes, mientras el general Miró ayudaba personalmente a otros a ensillarle el caballo. De segundo en segundo se esperaba ver al enemigo llegar hasta el General y capturarlo o matarlo, sin darle tiempo a ponerse al frente de los suyos. Pero pocos momentos después el General, el mismo hombre y el mismo gran capitán, hacía frente a los españoles dominando con la entereza y elegancia de siempre el campo de batalla. Si la sorpresa del campamento por el enemigo pudo haberle causado algún sobresalto en los primeros instantes, ahora, puesto ya al frente de sus soldados, la confianza en sí mismo, que es patrimonio del genio, le había devuelto todo el aplomo, toda la serenidad de espíritu, que le eran peculiares. Sus órdenes precisas y concluyentes como siempre, no hubiesen dejado lugar a la duda de que se encontraba posesionado de la situación.

Nuestras fuerzas, reducidas en los primeros momentos a unos doscientos hombres, debido a que el resto había sido sobrecogido de pánico por la sorpresa del enemigo, se alinearon en el siguiente orden: las de Juan Delgado y las de Baldomero Acosta, se situaron a la derecha, frente al cercado de piña y piñón, las del segundo prolongándose a la izquierda de las del primero, separadas por un corto intervalo; las mandadas personalmente por Silverio Sánchez, hacían frente a la entrada de San Pedro, a la espalda de Maceo; las de Alberto Rodríguez se hallaban a la izquierda de las de Silverio Sánchez y las de Isidro Acea a la izquierda de las de Alberto Rodríguez. Las distancias que separaban las respectivas fuerzas entre sí y respecto al sitio ocupado por Maceo, antes de encaminarse al sitio donde cayó, no eran largas. pero es necesario tener en cuenta la poca visibilidad que ofrecía el escenario a causa de los maniguales que en él existían.

Duraba la función sobre una hora, cuando los españoles comenzaron a cejar, buscando el amparo de las cercas de piedras, donde una porción de los suyos se había previamente parapetado. Entonces Maceo, lanzándose por la derecha hacia la salida del potrero —la misma por donde habíamos entrado nosotros— con el fin de interceptarle la retirada al enemigo, fué a colocarse precisamente y por su desconocimiento de la topografía del cuartón, frente al ángulo formado por las dos cercas de piedras ya mencionadas. Llegó allí solamente con unos cuarenta y tantos hombres: las demás tropas, a causa, como se ha dicho, de la poca vi-

sibilidad del terreno, no habían notado su movimiento hacia la salida del potrero, y en cuanto a los hombres de su Estado Mayor, no todos lo pudieron seguir, porque unos, matados sus caballos se encontraban a pie, y otros estaban tan mal montados, que les fué imposible andar con la misma rapidez que lo había hecho él.

El espacio entre el sitio donde se encontraba Maceo y el referido ángulo de piedras, era despejado, y el General presentaba un excelente blanco a los soldados españoles apostados detrás de aquél. Allí recibió dos balazos casi simultáneamente, que mortales por necesidad ambos, le privaron de la vida en cuestión de segundos. Al morir, su cuerpo había sido atravesado veintiséis veces por las balas españolas.

¡Pereció, pereció Maceo; pereció el héroe de mil combates, el capitán insigne, el estratega maravilloso! Pereció, mas la revolución, que él encontró todavía en embrión, inconexa y vacilante al arribar de nuevo a las playas nativas, y a la que, con su pericia insuperable, su prestigio militar y su asombrosa actividad, imprimiera cohesión, iniciativa y vigor; la revolución que él sacó de un peligroso período de titubeo y marasmo, reducida y estacionada en las regiones orientales, y con genial inteligencia y potente brazo condujo vencedora desde Baracoa a Mantua y al través de todo el territorio de la Isla-patria esclavizada, transcurridos los primeros instantes de estupor y desaliento que le produjera la caída de su caudillo invicto, y poseída ya del impulso de su espíritu inmenso, prosiguió su carrera de triunfos, hasta obtener la victoria cabal y definitiva: la constitución de la Reuública de Cuba, dueña y señora de sus propias determinaciones y de su destino.

INDICE

INDICE

CAMPAÑA DE OCCIDENTE

CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA
6 DE DICIEMBRE DE 1946 EN LOS
TALLERES TIPOGRAFICOS DE
E D I T O R I A L   L E X
SITUADOS EN LA CALLE HABANA
NUMERO 412. LA HABANA, CUBA.



17 32 15x 18 9/10/94

